DYLAN MARTINS & JANIS SANDGROUSE

LO QUE PASE EN EL CRUCERO...



DYLAN MARTINS & JANIS SANDGROUSE

LO QUE PASE EN EL CRUCERO...

Primera edición.

Lo que pase en el crucero…

©Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©septiembre, 2025.

©Imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47

Epílogo

Capítulo 1



Lara

Aquel viernes por la noche Sevilla ardía. Y no por el calor, que, dicho sea de paso, me tenía hasta el moño, sino por algo más intenso: esa electricidad que se sentía en el aire cuando estabas a punto de cambiar de etapa, de cerrar un ciclo, de soltar el peso que llevabas arrastrando sin darte cuenta.

Me miré al espejo una última vez antes de salir. El vestido negro de tirantes finos me abrazaba las curvas sin pedir permiso, y entre tanto, mi lunar junto al labio destacaba aún más, como una firma en la esquina de un cuadro.

Mi madre diría que iba demasiado escotada. Mi padre, que tenía cara de "haber dormido poco". Los dos tenían razón.

Pero esa noche no era para opiniones ajenas. Esa noche era mía, y de mis dos cómplices de siempre.

Lola: *¿Preparada para romper corazones o solo hígados?*

Sonreí al ver el mensaje de mi mejor amiga, y le respondí con un selfi y un “Ambos”.

Diez minutos después, un claxon sonó en la calle. El rugido de un coche que reconocía sin mirar: el descapotable rojo y llamativo de Saúl. Y allí estaban, mis dos mejores amigos, mis compañeros de tropelías, mis terapeutas no licenciados y mis cómplices de vida.

Lola bajó del coche con un minivestido fucsia que parecía sacado de una editorial de moda postapocalíptica. Brillaba. Ella, no el vestido. Aunque, bueno, el vestido también lo hacía. Saúl llevaba su sonrisa canalla, una camisa blanca abierta hasta donde la decencia lo permitía, con unos pantalones negros y ese olor embriagador que siempre le acompañaba, mezcla de madera, cuero y algo que nunca supe identificar.

—¿Lista para que Sevilla entera sepa que nos vamos de vacaciones un mes y no nos jodan ni por correo electrónico? —dijo Saúl, levantando una botella de vino desde el asiento trasero.

—¿A esto lo llamáis discreción? —pregunté, subiendo al coche con una carcajada.

—A esto lo llamamos "libertad", cariño —contestó Lola, dándome un beso sonoro en la mejilla.

Lola era preciosa. Pelirroja, ojos azules, pecas, metro sesenta y un cuerpo atlético que llamaba mucho la atención. Pero tras esa carita de ángel se escondía una mujer explosiva, muy expresiva e impredecible. Solía decir lo que pensaba sin filtros, y era esa chispa que contrastaba a la perfección con Saúl y conmigo.

Tenía treinta y dos años, dos más que yo; nos conocimos en la universidad y, desde entonces, nos habíamos vuelto inseparables. Era chef y dueña de un *food truck* vegano que era un éxito desde que lo puso en marcha hacía ya seis años.

Y Saúl era… Saúl, sin más. Alto, moreno con los ojos color miel, una barba perfectamente recortada y una sonrisa de chico malo que hacía suspirar a más de una. Era sarcástico, pero encantador, además de un ligón empedernido. Lo mejor de él era que tenía un corazón de oro, aunque lo solía disfrazar tras una fachada superficial.

Al igual que Lola, tenía treinta y dos años y ellos ya eran amigos cuando nos conocimos, por lo que fui adoptada por ellos y, desde ese momento, hacía ya varios años, no me habían dejado sola ni me habían soltado la mano. Era

fotógrafo de moda y un especialista en redes sociales, por lo que él se encargaba de subir las fotos que nos hacíamos.

Y así, entre risas, gritos y una *playlist* con lo mejor del pop español de los últimos tiempos, cruzamos la ciudad como adolescentes escapando de sus padres.

El destino: un bar de copas nuevo, con terraza en la azotea y vistas a la Giralda. Un sitio de esos donde te cruzabas con gente que no veías desde el instituto o, peor, con algún ex que aún te seguía en Instagram como si no te hubiera roto el alma en dos.

Pero esa noche no era para fantasmas del pasado. Esa noche era para brindar.

Nada más entrar, el aire cambió. Las luces tenues, la música vibrando en los cristales, el rumor de las conversaciones animadas y ese cosquilleo en el estómago que me decía: "Estás viva, joder".

Nos hicimos con una mesa cerca de la barra y pedimos la primera ronda. Gin tonic para mí, margarita para Lola, whisky para Saúl. Los clásicos.

—¿Te das cuenta de que, ahora mismo, no le debes una mierda a ningún cliente? —dijo Lola, levantando su copa— Ni planos, ni muestras, ni nada que tenga que ver con el diseño de interiores. Solo descanso, sol, mar y… buenorros con penes descomunales si se tercia.

—Lola, por favor —reí—. ¿Puedes pasar una noche sin mencionar genitales?

—No —dijo muy seria, y rompimos a reír los tres a carcajadas.

Con ella siempre era así, imposible aburrirse. Saúl nos miró como si fuéramos dos adolescentes hormonadas y luego se unió al brindis.

—Por Lara —dijo—. Porque después de matarse currando como una loca, por fin va a vivir un mes como una reina. Y si se lía con un camarero guapo en Mykonos, mejor que mejor.

—¡O con un tatuador en Capri! —añadió Lola.

—O con un surfista brasileño en Ibiza —rematé yo.

Brindamos, bebimos y nos reímos hasta dolernos la barriga. La música subía el ritmo, la terraza empezaba a llenarse, y yo sentía que algo dentro de mí despertaba lentamente. Como si mi cuerpo recordara cómo era ser mujer más allá del trabajo, del deber, del control.

Miré alrededor y vi cómo algunas miradas se posaban en nosotros. Era lógico. Éramos escandalosamente felices, y eso siempre atraía. Pero lo que no esperaba era ver a ese alguien entre la multitud.

Al otro lado del local, junto a la barra, un tipo alto, con barba corta, camiseta negra y mirada peligrosa me observaba con una media sonrisa. Y yo lo conocía.

Demasiado bien, en realidad.

El cosquilleo volvió, esta vez más intenso. Entre las piernas. Era Samuel.

Y ahí supe que la noche aún tenía mucho que dar de sí.

La música había subido tanto que ya no podíamos mantener una conversación sin gritar, pero a nadie parecía importarle. La terraza estaba llena de gente, luces de neón bailaban sobre las paredes y las copas vacías se amontonaban en la mesa como trofeos de guerra. Lola no paraba de lanzar comentarios incendiarios, mezclando anécdotas de su *food truck* con bromas sobre los últimos ligues desastrosos de Saúl.

—¿Y en serio te crees que aquel rollo con la influencer duraría más que un suspiro? —me preguntó Lola, con una sonrisa torcida.

—Duró lo justo para que me dejara el WhatsApp lleno de mensajes con emojis de berenjenas y pepinos —respondió Saúl, encogiéndose de hombros.

Nos reímos tanto que faltó poco para que se me cayera la copa. Ahí, entre el estruendo y las risas, sentí cómo la tensión del último año se desvanecía como humo en el aire.

De repente, Lola se levantó con una energía que parecía inagotable.

—¡Vamos a bailar, que la noche es joven y este lugar está pidiendo a gritos un poco de caos controlado!

Saúl asintió, levantando su copa.

—¿Quién se apunta a que Lara se marque un striptease improvisado?

—¡Para nada! —protesté, aunque con una sonrisa que delataba lo mucho que me estaba divirtiendo.

Nos metimos entre la gente que ya estaba entregada a la música. El DJ lanzaba ritmos que iban del pop más pegadizo a clásicos del flamenco mezclados con electrónica, un combo que en Sevilla se sentía como un homenaje a la ciudad misma.

Lola y Saúl se soltaron enseguida, ella con sus movimientos explosivos y él con su famosa sonrisa. Yo me quedé un poco más tímida al principio, pero no tardé en dejarme llevar. El sudor en la piel, la música vibrando en el pecho y la sensación de estar viva inundaron cada uno de mis sentidos.

Fue entonces cuando él volvió a aparecer en mi campo visual. Samuel no era un fantasma del pasado, sino un recuerdo vívido, pulsante, y estaba ahí con sus ojos fijos en mí desde el otro lado del local.

Por un momento, pensé que me estaba jugando una mala pasada la mente, pero no. Allí estaba él, caminando hacia mí con una seguridad que era pura provocación.

—¿Lara? —susurró cuando estuvo a mi lado, con una sonrisa que parecía retarme.

—Samuel... —contesté, intentando mantener la compostura mientras mi corazón daba saltos.

Las copas parecían pesar más en mis manos, y la música de fondo se convirtió en una melodía solo para nosotros.

—¿Te apetece bailar? —me propuso, sin apartar la mirada de la mía.

No tuve que pensarlo demasiado.

—Claro —dije, dejando que me guiara hacia la pista.

La química era palpable, siempre lo fue entre nosotros. Cada roce, cada mirada, era una descarga eléctrica que me hacía olvidar todo lo demás.

Nos movíamos al ritmo de la música, ajenos a todo, envueltos en una burbuja que parecía no tener fin.

Me rozó el cuello con la yema de los dedos, y sentí cómo me temblaban las piernas. El destino de aquella noche se estaba escribiendo en silencio, con la promesa de un momento que me iba a sacar de mi zona de confort.

La música estaba en su punto álgido, vibrando en cada rincón del local y envolviéndonos en una atmósfera casi mágica. Samuel y yo nos movíamos al compás; la distancia entre nosotros desaparecía con cada paso, con cada roce. Notaba el calor de su cuerpo pegado al mío, la fuerza de su presencia invadiendo mi espacio personal, y una mezcla de nervios y deseo que hacía que la sangre me subiera a la cabeza.

No era la primera vez que sentía esa tensión con él, ni mucho menos. Pero después de tanto tiempo, tras esos encuentros furtivos que habían quedado grabados en mi memoria como un fuego inextinguible, esto parecía un reencuentro con una parte de mí misma que había estado dormida.

Samuel deslizó una mano por mi espalda, justo por encima de la curva de mi cadera, y un escalofrío me recorrió. Me susurró al oído algo que no llegué a entender del todo, pero no importaba; su voz ronca era un latido más dentro de mi pecho. Sentí su aliento cálido, su barba rozando mi piel, y no pude evitar acercarme más.

Lola y Saúl estaban a unos metros, perdidos entre la gente, pero yo, solo tenía ojos para él.

Nos dejamos llevar por la música, y es que las palabras sobraban cuando el cuerpo hablaba. Cada gesto suyo era una invitación, cada mirada un pacto silencioso. La noche nos envolvía, y en esa burbuja todo parecía posible.

En un momento, Samuel me cogió de la mano y me guio fuera de la pista, entre la multitud, hacia la entrada del hotel justo al lado del local. El lugar estaba casi vacío a esas horas, con la puerta apenas abierta para dejar entrar el aire fresco de la noche sevillana.

—Ven conmigo —dijo con una sonrisa que mezclaba desafío y complicidad.

No pregunté, solo lo seguí.

El ascensor nos llevó a una de las habitaciones más discretas, y en cuanto la puerta se cerró detrás de nosotros, el mundo desapareció.

Solo quedábamos Samuel y yo, dos cuerpos reclamando el instante perdido, el deseo contenido que había estado latiendo bajo la superficie durante tanto tiempo.

Sus ojos me devoraban, verdes contra verdes, intensos y sinceros, sin juicios, solo con la promesa de un placer compartido. La mano de Samuel acarició mi rostro con una suavidad que contrastaba con la firmeza de sus dedos cuando empezaron a deslizarse por mi cuello, bajando lentamente hasta mis hombros.

Sentí el calor de su cuerpo tan cerca que podía oler su piel, esa mezcla de tabaco y especias que siempre me había fascinado.

—¿Sabes cuánto he deseado esto desde que te he visto en ese local? —murmuró, con la voz ronca por la emoción y el ansia contenida.

No respondí con palabras. Me lancé a sus labios, entregándome al beso con toda la urgencia que sentía. Su boca era cálida y experta, sus labios presionaban y nuestras lenguas se encontraban en un juego de exploración y dominio que me desarmaba.

Deslicé mis manos por su espalda, sintiendo los músculos tensarse bajo la tela de su camisa antes de que la quitara con una brusquedad que me hizo estremecer. Su piel desnuda contra la mía era fuego, y me atrajo hacia él con un magnetismo imposible de resistir.

Mis dedos encontraron el botón de sus vaqueros, desabrochándolos lentamente mientras él recorría mi cuerpo con sus caricias, bajando por mi clavícula, mis costillas, hasta llegar al borde de mi escote. Tiró suavemente del vestido, que cayó al suelo en un suspiro, dejando al descubierto la suavidad de mi piel y la curva generosa de mis pechos.

Sus manos envolvieron uno de ellos con firmeza, mientras su boca bajaba para dejar una línea de besos ardientes desde mi cuello hasta el hueco entre mis pechos. Mi cuerpo reaccionó sin control, arqueándose hacia él, buscando más, necesitando ese contacto que hacía tiempo que no sentía con tanta intensidad, puesto que habían pasado dos meses desde la última vez que nos vimos.

Él deslizó una mano entre mis piernas, encontrando la humedad que ya me delataba, y me hizo soltar un gemido bajo. Sus dedos se movían con seguridad, explorando, provocando, aumentando mi deseo hasta un punto casi insoportable.

—Lara... —susurró, con esa voz cargada de necesidad— Quiero que sientas todo lo que he guardado para ti.

No hizo falta que me lo dijera dos veces. Nos fundimos en un baile carnal, donde cada roce, cada gemido, cada mirada eran un lenguaje secreto solo nuestro. Sus labios encontraron mi vientre, sus manos me sujetaban con pasión y ternura a la vez, y yo me entregaba sin reservas, sin miedo, dejando que la lujuria nos consumiera.

Lamió mi sexo hasta hacerme enloquecer al tiempo que me penetraba con dos dedos mientras los míos se enredaban en su cabello y mis caderas se movían buscando más. Hasta que llegué al borde de ese precipicio de placer y finalmente me penetró antes de que me sacudiera el orgasmo.

Cada movimiento era una declaración, una explosión de placer que recorría mi cuerpo de pies a cabeza. Nos perdimos en ese vaivén, en esa danza frenética y delicada a la vez, hasta alcanzar juntos un clímax que me dejó temblando, exhausta y eufórica.

Quedamos abrazados, con nuestros cuerpos aún pegados, respirando al unísono, con la piel cubierta de un brillo de sudor y satisfacción.

En ese instante, supe que, aunque la vida siguiera con sus complicaciones y miedos, había recuperado una parte de mí que creía perdida.
Una parte que ahora brillaba con más fuerza que nunca.

Capítulo 2



Ethan

El día estaba despejado, y el sol sevillano calentaba la terraza del restaurante donde había quedado con Julia, mi hermana pequeña. No solíamos hacer muchas comidas juntos, pero esta vez era distinto, quería saber cómo estaba después de todo el drama con Alessandro. No era fácil verla así, aunque lo disimulara.

La observé mientras removía nerviosa el café. Su cabello oscuro caía liso sobre sus hombros, y sus ojos verdes parecían guardar mil historias que no se atrevía a contar.

—¿Sabes que deberías dejar de mover tanto la cucharilla? —le solté en tono sarcástico, intentando romper la tensión.

Ella me lanzó una mirada entre divertida y exasperada.

—Si tú te preocuparas menos por esas tonterías y más por lo que me pasa, quizás no estaría así —me devolvió la broma con un guiño.

—*Touché* —le concedí la victoria con una sonrisa—. Pero, en serio, Julia, ¿cómo estás?

Suspiró y me miró directamente.

—Pues... todavía dolida. Dejé a Alessandro porque me estaba engañando con otra, y eso duele más de lo que imaginaba —se mordió el labio—. Todo

lo que habíamos planeado, nuestra boda, la luna de miel... Ahora parece que voy a tener que ir sola.

En ese momento, sentí un nudo en el estómago. No me gustaba verla así, vulnerable y perdida. Tenía veintiocho años, era mi hermana pequeña y siempre sería mi niña, como solía decir nuestro padre.

—Mira, no voy a darte discursos cursis sobre lo que tienes que hacer, pero quiero que sepas que cuentas conmigo. Siempre.

Ella esbozó una sonrisa triste.

—Gracias, Ethan. Y hablando de la luna de miel… No sabes cuánto me ilusionaba ese viaje que me regalaste.

—Sí, me consta que lo tenías marcado en rojo desde hace meses —le dije con una sonrisa—. Pero, ¿no crees que ir sola te hará bien? Un poco de tiempo para ti misma, despejar la mente…

—No lo sé —negó con la cabeza—. La idea de ir sola me da miedo. ¿Y si me siento peor? Por eso, he estado pensando... —Me miró de reojo— ¿Tú me acompañarías?

Me quedé paralizado. ¿Ir de viaje solo con mi hermana? La idea no me parecía nada atractiva.

—¿Solo nosotros dos? Ni loco me voy de viaje solo contigo, Julia.

Ella frunció el ceño, indignada.

—Eso no es justo, Ethan.

—¿No es justo? —dije, arqueando una ceja, divertido.

—Soy tu hermana favorita —se acercó y bajó la voz, como si fuera un secreto—. Y te quiero mucho. Tienes que venir.

Le lancé una mirada, intentando ocultar la sonrisa que se me escapaba.

—Para empezar, eres mi única hermana —respondí, dando la vuelta a la jugada.

—¡Razón de más! —dijo y soltó una carcajada— Si quieres, puedes llevarte a Aiden para que no te mate el aburrimiento.

Puse los ojos en blanco y suspiré.

—Vale, pero solo porque sé que, si no, vas a ponerme de los nervios.

Julia gritó de emoción y me abrazó con fuerza.

—¡Eres el mejor hermano del mundo mundial! Te quiero mucho.

En ese abrazo, por un instante, sentí que podría protegerla de todo. Porque la necesitaba, y me necesitaba.

Durante la comida, entre bocados y risas, volvimos a esos días en los que todo parecía más sencillo. Recordamos anécdotas, bromas absurdas, y hasta hicimos apuestas ridículas sobre quién aguantaría más tiempo sin su móvil durante el viaje.

—Ya que me acompañas, prometo no hacer más selfis ridículos —me aseguró Julia.

—Eso es un reto demasiado grande, hermana.

Por dentro, sabía que ese viaje iba a ser un punto de inflexión para los dos. Para ella, para despegarse de un pasado que le pesaba; para mí, para reconectar con una parte de la familia que siempre había dejado a un lado por el trabajo y la distancia.

La oficina estaba casi vacía cuando llegué, ese momento del día en el que la ciudad empezaba a bajar el ritmo y las luces de la ciudad se reflejaban en los cristales del edificio. Me quité la chaqueta y dejé caer el maletín sobre la mesa, dejando escapar un suspiro pesado. No era que odiara mi trabajo, pero a veces sentía que era una jaula dorada.

Aiden, como siempre, estaba enfrascado en la pantalla de su ordenador, con esa expresión seria que lo hacía parecer a punto de resolver la crisis financiera mundial.

Amigos desde la infancia, éramos el claro ejemplo de dos polos opuestos. Él, rubio de ojos azules, un poco más serio que yo, que ya era decir, con un sentido del humor de lo más irónico, pero, al igual que yo, muy protector.

Yo, moreno con los ojos gris azulado, reservado y serio. Ambos altos, ambos con cuarenta años, y siendo un par de solteros de oro, como decía mi hermana.

—¿Sabías que tengo que soportaros a mi hermana y a ti un mes entero? —dije, dejándome caer en la silla frente a él.

Levantó la vista y me lanzó una sonrisa irónica.

—¿Vacaciones con Julia? Eso sí que no me lo esperaba, Ethan.

—Pues ella me ha puesto contra las cuerdas. Que si no voy, que si sí… —respondí con un gesto resignado— No me ha dejado opción.

—Y aquí está el héroe, salvando a la damisela en apuros —Aiden soltó una carcajada—. ¿Tienes pensado cómo vas a sobrevivir? Porque Julia no es precisamente el perfil de persona que se queda quieta.

Negué con la cabeza, aunque en el fondo sabía que iba a ser una experiencia interesante.

—Lo sé, pero si me quedo en Londres o en Sevilla, tampoco voy a tener mucha paz.

—¿Y qué hay de las locuras de Julia? ¿Vas a estar preparado para sus "experimentos literarios" en pleno viaje?

Reímos los dos, dejando que la conversación relajara el ambiente.

—Además, me ha dejado claro que puedo llevarte para no aburrirme, y como eres quien mejor me aguanta…

—¿Yo? ¿Un mes de vacaciones contigo y el pecado de tu hermana? Que ya sabes que no me he lanzado a por ella porque te respeto y me cortarías las pelotas, pero un mes, Ethan, un mes con ella… Me quieres poner a prueba.

Le lancé una mirada amenazante.

—Si no vienes, será peor.

Aiden suspiró, como si aceptara el desafío.

—Vale, vale. Pero que conste que lo hago porque también necesito un mes de relax con todo incluido.

—Lo tendré en cuenta.

Después de eso, nos sumergimos en las tareas pendientes, pero la mente me seguía dando vueltas al viaje y a Julia. Quería que estuviera bien, quería que por fin encontrara esa paz que se merecía después del disgusto con Alessandro.

Más tarde, cuando la oficina ya estaba en silencio y solo quedaban las luces nocturnas, me quedé solo trabajando en mi despacho. La puerta se abrió de golpe y apareció Sabrina. Llevaba un vestido negro que parecía haber sido diseñado para no dejar nada a la imaginación. No llevaba ropa interior, yo lo sabía porque la conocía muy bien, y su mirada era un desafío.

—¿No vas a preguntarme qué hago aquí a estas horas? —dijo, con una sonrisa que me hizo perder el aliento.

Intenté mantener la compostura, algo imposible con esa mujer delante.

—Sabrina, ya te dije que esto se acabó.

Ella se acercó lentamente, desabrochando los botones del vestido uno a uno.

—Pero tú y yo sabemos que no es así —susurró, tocándose la pierna con lentitud.

En ese instante sentí que todo mi cuerpo se tensaba y se relajaba al mismo tiempo. Era la contradicción perfecta: lo que debía evitar y lo que más me atraía.

La puerta se cerró suavemente tras ella, y el aire en la habitación pareció cambiar. Sabrina estaba ahí, de pie frente a mí, con ese vestido negro que se ceñía a su cuerpo como una segunda piel, la tela rozando sus curvas con una sutileza provocativa.

—Sabes que esto es una mala idea, ¿verdad? —le dije, intentando que mi voz sonara firme, aunque dentro de mí un torbellino de emociones me descolocaba.

Ella me sonrió, esa sonrisa que siempre había sabido manejarme como un titiritero.

—Puede que lo sea, pero ¿qué es la vida sin un poco de riesgo?

Se acercó despacio, mientras seguía desabrochando los botones del vestido, dejando al descubierto más piel, dejando que la tensión subiera con cada gesto.

Yo me mantuve en silencio, pero cada fibra de mi cuerpo gritaba por detenerla y, al mismo tiempo, por dejarme llevar. Su perfume me envolvía, mezclándose con el aroma de la madera de mi despacho y con el propio sudor de la excitación contenida.

—No entiendo por qué sigues haciendo esto —le dije con un suspiro, intentando no perder el control—. Sabes que esto no tiene futuro.

Ella se detuvo un instante, y sus ojos buscaron los míos.

—¿Y quién dice que el futuro sea lo que importa? —susurró, deslizando sus dedos por mi cuello, rozando mi piel con una delicadeza que me hizo temblar.

Mi resistencia empezó a ceder. Mi mirada bajó hasta sus labios, que parecían estar llamándome, desafiándome a cruzar esa línea que habíamos cruzado tantas veces antes.

Entonces, sin aviso, empezó a acariciarse a sí misma con lentitud, como si quisiera tentar cada sentido, hacer que mi voluntad se rompiera.
Cada movimiento suyo era una declaración, un reto.

—Vamos, Ethan —me dijo con voz ronca—. Sabes que siempre acabamos igual. ¿Por qué negar lo que somos?

Mi mente luchaba contra lo que mi cuerpo reclamaba con urgencia.

—Esta tiene que ser la última vez, Sabrina.

Ella se acercó más, apoyando su cuerpo contra el mío, susurrándome al oído.

—Por mucho que lo niegues, siempre me aceptarás en tu cama. Funcionamos muy bien juntos.

En ese momento, supe que, aunque quisiera ponerle fin, esa noche no sería la excepción.

Sabrina me miraba con esos ojos llenos de promesas y secretos que siempre me habían enredado. Sus manos empezaron a recorrer mi pecho con una mezcla de suavidad y urgencia, como si quisiera grabar cada centímetro de mi piel, y la distancia entre nosotros desapareció por completo.

—Sabes que no puedo quedarme aquí parado sin hacer nada, ¿verdad? — murmuré, dejando caer mi corbata, intentando romper un poco la tensión.

Ella soltó una risa baja, una risa que tenía algo de burla y algo de complicidad.

—No hace falta que digas nada — susurró, mientras sus dedos se perdían bajo el cuello de mi camisa.

Cada roce era un golpe directo a mi voluntad. Por un momento pensé en apartarla, en decir que no, que era mejor dejarlo atrás, pero su cuerpo se pegó al mío y su aliento cálido me envolvió.

Con delicadeza, desabroché los últimos botones de su vestido y lo dejé caer al suelo. Sabrina estaba allí, frente a mí, pura tentación.

La cogí entre mis brazos, nuestros cuerpos se fundieron y todo lo demás desapareció. La habitación se llenó de susurros, gemidos y de la electricidad que se desataba entre nosotros.

Cada beso era más intenso, más urgente. Sus manos exploraban mi espalda, mi cuello, mientras yo me perdía en la textura de su piel, en la calidez de su cuerpo contra el mío.

Era como si intentáramos aferrarnos a algo que sabíamos que no duraría, pero que ninguno quería soltar.

—¿Por qué seguimos haciendo esto? —pregunté entre jadeos.

—Porque somos fuego y no podemos evitar quemarnos.

Sus palabras eran un veneno dulce, imposible de resistir.

Nos dirigimos hacia el sofá, donde continuamos nuestra danza prohibida, explorando cada límite con una mezcla de pasión y desesperación.

Su respiración se aceleraba junto a la mía, y en sus ojos veía reflejado ese fuego que tanto temía y ansiaba a la vez. No era solo el deseo; era la tensión de lo prohibido, de lo complicado, de lo que ambos sabíamos que no debía continuar, pero que seguíamos alimentando sin remedio.

Con manos temblorosas, la acerqué más a mí, notando la suavidad de su piel bajo mis dedos, la calidez que desprendía y que parecía traspasar cualquier barrera. No solo era físico, era algo más profundo: la necesidad de sentir, de conectar, aunque fuese solo por una noche.

Por un momento, cerré los ojos y me dejé llevar por la sensación, por la complicidad que compartíamos. Su perfume, su tacto, el calor de su cuerpo contra el mío… Todo eso me anclaba a un presente que, sin embargo, sabía efímero.

—Ethan… —susurró con voz ronca— No puedo evitarlo. Contigo siempre es así.

La miré, intentando captar la esencia de lo que decía, sabiendo que detrás de esa confesión había mucho más que simple pasión.

Y entonces, sin dejar de mirarme, se pasó la lengua por los labios, esos que fue abriendo poco a poco, deslizó la punta de la lengua por mi erección y me acogió en su boca por completo. Jadeé y cerré los ojos, dejando que el escalofrío que me había provocado me recorriera todo el cuerpo. Los abrí de nuevo y vi a Sabrina devorando mi miembro, degustándolo como a ella le gustaba hacerlo. Y lo disfruté, como tantas y tantas veces antes, porque, como ella había dicho, los dos éramos fuego y siempre acabábamos quemándonos.

Cuando no pude más, hice que se apartara, la coloqué de espaldas a mí y se sentó con las piernas separadas sobre mí, permitiéndome ver la humedad que había en su sexo, ese que me pedía que lo poseyera.

Sabrina comenzó a deslizarse hacia abajo, dejando que mi miembro duro y erecto se abriera paso en su vagina, y cuando no pude más, embestí con fuerza haciéndola gritar. Se estremeció, agarró con fuerza mis muslos y llevé mis manos a sus pechos para masajearlos, para pellizcarle los pezones y darle esa mezcla de dolor y placer que a ella tanto le gustaba.

No dudé en llevar una de mis manos entre sus piernas y, mientras seguía penetrándola, al tiempo que ella se deslizaba arriba y abajo engullendo mi miembro con su vagina, comencé a jugar con su clítoris entre mis dedos hasta llevarla al límite.

Acabamos los dos llegando al clímax en cuestión de segundos, y ambos sabíamos que después de eso siempre venía una segunda ronda de sexo salvaje, pero esta vez… Esta vez no pasaría.

—Quizás no pueda ser… pero nunca dejaré de intentar que lo sea —dijo, mirándome por encima del hombro.

No dije nada; ella sabía que lo nuestro era lo que era y que nunca iría a más. Se levantó, me dio un beso en los labios y se puso el vestido de nuevo para marcharse.

Cuando la puerta se cerró tras ella, el silencio volvió a invadir la estancia. La oscuridad se hacía densa, casi palpable, y yo me quedé allí, sentado en el sofá, medio desnudo, sintiendo cómo el eco de su presencia todavía vibraba en la habitación.

Sabía que aquello no podía continuar. No de aquella manera. No, si quería salir de ese círculo vicioso que me mantenía atrapado entre el deseo y la culpa, entre lo que quería y lo que debía hacer. Tenía que poner remedio, y hacerlo pronto, antes de que las cosas se complicaran aún más.

Pensé en Julia, en su mirada dolida y llena de incertidumbre, en cómo merecía todo mi apoyo ahora que el mundo se le había desmoronado. Tenía que ser fuerte por ella, no podía permitirme distracciones ni remordimientos. Este mes que íbamos a pasar juntos, ese viaje que quería tomarse con la intención de tener un descanso y la posibilidad de empezar de nuevo, tenía que ser una oportunidad para resetear también mi propia vida.

Me pregunté si realmente estaba preparado para todo eso. Para ser el hermano mayor, el guardián, el apoyo incondicional. Para dejar a un lado mis propios fantasmas y centrarme en lo que realmente importaba.

Pero la imagen de Sabrina, con esa mezcla de desafío y vulnerabilidad, no desaparecía. Como una sombra que se negaba a marcharse. Sabía que, si no ponía límites claros, volvería a caer. Y quizás esa vez, la caída sería más dolorosa.

Suspiré, cerré los ojos un momento y me prometí que haría todo lo posible para cortar eso de raíz. Para que este viaje con Julia fuera no solo un escape, sino un comienzo para los dos.

Y mientras me dirigía hacia la ventana, mirando la ciudad iluminada, comprendí que este mes no solo sería un reto para ella, sino para mí mismo. Una oportunidad para reencontrarme, para sanar, para, quizás, volver a creer que puede haber algo más allá del vacío que había arrastrado durante tanto tiempo.

Capítulo 3

Lara

El domingo amaneció con ese brillo dorado que solo tenía la luz de Sevilla. Me desperté sin despertador, cosa rara en mí, con el pelo revuelto sobre la almohada y la cara pegada a la funda de lino blanco. Estiré el cuerpo lentamente, saboreando el silencio, ese que solo se conseguía cuando no había correos por responder, ni planos por revisar, ni llamadas urgentes de clientes que se daban cuenta a última hora de que el mármol travertino no combinaba con el suelo hidráulico que ellos mismos eligieron.

Ese domingo era mío.

Me levanté descalza, con la camiseta grande de Bowie que había robado a un ex hacía siglos, uno de esos ex que ya no me daba ni rabia, ni pena, ni ganas de buscar en Instagram, y caminé hacia la cocina con la luz colándose entre las cortinas blancas de lino. La casa olía a domingo, a madera cálida y café recién molido. Mi casa. Mi refugio.

Vivía en una pequeña vivienda adosada en la zona norte de Sevilla. Dos plantas, dos habitaciones, un salón diáfano con cocina abierta y un porche trasero que me tenía enamorada desde el primer día. La decoré yo misma, claro, obvio al ser diseñadora de interiores. No podía permitirme errores en mi propio hogar, aunque eso supusiera obsesionarme durante semanas con el tono exacto de las baldosas o los cojines del sofá.

Cada rincón llevaba algo de mí. Las sillas del comedor eran de ratán natural con estructura negra industrial, una mezcla que adoraba. El sofá era

grande, mullido, con fundas blancas lavables, y encima tenía una manta de punto grueso que me trajo Lola de Portugal. Las paredes estaban llenas de arte: láminas vintage, cuadros abstractos y una pieza pequeña de cerámica que me regaló Saúl por mi cumpleaños.

Encendí la cafetera automática, esa maravilla italiana que me hacía sentir en una cafetería de diseño cada mañana, y mientras el *espresso* se preparaba, abrí la puerta trasera que daba al porche.

El jardín era pequeño, pero estaba lleno de vida. Tenía lavanda, romero, hierbabuena y una buganvilla que trepaba por la pérgola blanca con más decisión que muchas personas que hubiera conocido en mi vida. Puse mi desayuno en la mesa de madera: café negro, zumo de naranja natural y tostadas con aguacate, tomate rallado y escamas de sal. Porque sí, era de esas. Y lo disfrutaba como una reina.

Me senté allí, en pijama y con el pelo enmarañado, y respiré. El sol acariciaba mi piel. Cerré los ojos y respiré hondo esa paz que acompañaba el día.

Llevaba meses trabajando sin parar. Diseños, reformas, viajes exprés, clientes pesados. Cuando una era *freelance*, el trabajo no se acababa nunca. Pero por fin tenía unos días por delante para desconectar. En unos días me iría de vacaciones con Lola y Saúl. Un mes entero. Un crucero. Playa, copas, bailes, comidas nuevas y, si el universo se portaba bien, alguna historia interesante entre sábanas ajenas.

Pero aún no. Aún era domingo. Y antes del viaje, tocaba hacer una visita importante, una a casa de mis padres.

Terminé el desayuno despacio, sin mirar el móvil. Lo dejé dentro. Necesitaba esa pequeña desconexión, aunque solo fueran veinte minutos sin notificaciones. Me recogí el pelo en un moño desordenado, llevé la bandeja a la cocina y subí a la planta de arriba para arreglarme.

Me vestí sencilla, pero con mi toque habitual: vaqueros rectos de tiro alto, camiseta blanca, cinturón de piel marrón y unas sandalias planas de cuero.

Añadí unos pendientes dorados y un pañuelo anudado al bolso de rafia. No necesitaba más.

Antes de salir, pasé la mano por encima del cabecero de la cama de la habitación de invitados, acariciando sin pensar. Era una costumbre tonta, como si ese gesto me asegurara que todo en casa quedaba bien.

Cogí las llaves, el bolso y salí rumbo a casa de mis padres.

Salí a la calle y el calor sevillano ya empezaba a insinuarse. No apretaba todavía, pero se notaba ese aire denso, ese olor a azahar que aún resistía en algunas esquinas, aunque ya estuviésemos bien metidos en el verano. Subí a mi coche, encendí el aire y puse una *playlist* suave, como me gustaba para conducir sin prisa.

El camino a casa de mis padres no era largo. Vivían en un barrio tranquilo, de esos con casas antiguas reformadas, árboles frondosos y vecinos que aún se saludaban con un "buenos días" desde la acera. A veces pensaba que el barrio en sí era como mis padres: discreto, acogedor, lleno de historia y con encanto sin pretensiones.

Mientras conducía, me permití una sonrisa melancólica. Mis padres, Antonio y Lucía, eran todo para mí. Podía sonar cursi, pero era la verdad. Me habían dado una infancia preciosa, llena de libros, meriendas caseras y risas. Nunca me faltó un abrazo, ni una respuesta a una pregunta, por más extraña que fuese. Mi padre, con su amor por el arte y ese aire despistado que lo hacía entrañable, me enseñó a observar. A mirar los detalles, los colores, los volúmenes. A preguntarme siempre por qué algo me parecía bello.

Y mi madre… mi madre fue siempre una fuerza serena, un remanso firme de cariño y firmeza. Me enseñó a poner límites, a valorarme, a no esperar que nadie me salvara.

Recordé una vez, tendría yo ocho años, que llegué llorando a casa porque un niño en el cole se había metido conmigo por llevar un vestido "de vieja". Mi madre me miró a los ojos, me sentó a su lado y me dijo: *"Si llevas algo que te gusta y alguien se ríe, es su problema. Tú sigue brillando."* Desde

entonces, nunca dejé que nadie decidiera lo que debía ponerme, ni lo que debía sentir.

Paré frente a su casa y me bajé del coche. La fachada estaba igual que siempre, con su buganvilla reventona trepando por el lateral y las baldosas del porche que mi madre limpiaba con una mezcla de vinagre y jabón de Marsella. Esa casa era una cápsula del tiempo. Había crecido allí, había aprendido a leer en su salón, había llorado mis primeros desamores en su cocina y me había jurado mil veces que, cuando fuese mayor, tendría una casa tan bonita como la de ellos.

Llamé al timbre sabiendo que no hacía falta. Mi madre, seguramente, estaría en la cocina y mi padre, en el patio, hablando con sus rosales. Y así fue.

—¡Pasa, cariño! —me gritó mi madre desde dentro, con esa voz cálida que arrastraba las eses y convertía cada frase en un suspiro.

Entré y el olor a comida casera me envolvió como una manta tibia. Aquello olía a tomate frito con albahaca, a horno encendido y a pan recién hecho. Mi madre no era cocinera de recetas rápidas, ni mucho menos. Todo lo que preparaba llevaba mimo y tiempo.

—¿Qué estás haciendo que huele así de bien? —pregunté, asomándome a la cocina.

Ella tenía el pelo corto, plateado, y llevaba un vestido largo de lino crudo con un delantal estampado de amapolas. Se giró para darme un beso y sonrió.

—Unos canelones de espinacas y *ricotta*. Y de postre, flan de huevo. Del de verdad, nada de polvos.

—¿Pero esto qué es? ¿Domingo de estrella Michelin?

—Para ti siempre, hija —me dijo mientras me colocaba el flequillo detrás de la oreja—. Estás más guapa cada día.

—Mentira. Hoy no me he puesto ni colorete.

—Pues por eso estás más guapa —rio.

Mi padre apareció entonces, con su camisa de cuadros remangada y las manos aún manchadas de tierra. Me abrazó con fuerza, de esos abrazos que daban la vida.

—¿Y mis rosales? ¿Sobreviven al calor? —le pregunté.

—Sobreviven porque les canto Bach. No lo digo yo, lo dicen ellos —respondió con su tono solemne y esa media sonrisa de quien no podía evitar bromear hasta cuando iba en serio.

Nos sentamos a la mesa poco después, en ese comedor de toda la vida, con la vajilla de flores azules que mi madre cuidaba como si fuera de porcelana china. Todo estaba igual. La lámpara de araña, los muebles de madera oscura, el aparador con las fotos enmarcadas… Aquella casa no era solo un hogar. Era un refugio emocional. Un lugar donde nunca me sentía sola, donde siempre podía volver, incluso rota.

—Entonces, ¿ya está todo listo para el viaje? —preguntó mi padre, mientras se servía vino tinto.

—Casi todo. Me falta preparar la maleta, pero tengo los billetes, los pasaportes, las reservas… Lola y Saúl están igual de nerviosos que yo.

—¿Y qué vais a hacer durante ese mes? —preguntó mi madre, sentándose frente a mí con su copa en la mano— Aparte de beber mojitos y bailar hasta perder el sentido, claro.

—Eso y más —reí—. Queremos visitar cada puerto, comer lo típico en cada sitio, descansar, hacer snorkel o buceo, si me atrevo. Y Saúl ha dicho que quiere grabar vídeos de todo. Quiere hacer como un “diario de viaje” para subirlo a redes.

—Vais a pasarlo bien. Te lo mereces —dijo ella, y su tono cambió, más suave, casi melancólico—. Llevas demasiado tiempo sin parar. Siempre corriendo, siempre trabajando. A veces se te olvida vivir, Lara.

—No es fácil, mamá —le respondí, clavando el tenedor en el canelón—. Cuando eres autónoma, si paras, no cobras.

—Y si no paras, te pierdes la vida —interrumpió mi padre.

Comimos entre anécdotas, bromas sobre el pasado y recuerdos que volvían en oleadas. Mi madre contó por enésima vez cómo una vez me caí en la fuente del parque mientras perseguía una paloma. Mi padre recordó cuando pinté toda una pared de mi cuarto de azul cobalto sin avisar porque "necesitaba que el espacio fluyera". Yo tenía catorce años en aquel entonces.

Después del postre, nos pasamos al patio. Mi padre regó las plantas mientras mi madre y yo tomábamos un café bajo la sombrilla. El cielo se había teñido de ese azul limpio y profundo que solo se veía después del almuerzo, cuando la ciudad se rendía a la siesta y todo parecía detenerse un poco.

Me despedí con un abrazo largo, de esos que olían a colonia familiar, a ropa tendida al sol, a amor incondicional. Y prometí que llamaría antes de salir de viaje.

Ahora tocaba ver a Lola y Saúl.

La cafetería donde habíamos quedado era una de nuestras favoritas. Pequeña, acogedora, con mesas de madera gastada y plantas colgantes en cada rincón. Estaba en una calle tranquila cerca del centro, de esas que aún conservaban sombra por los árboles y donde se respiraba un poco más lento. Me senté en la terraza mientras esperaba, con mis gafas de sol y una tónica con rodajas de pepino. No era de café por la tarde; me pone nerviosa, y antes del viaje, nervios ya tenía suficientes.

Lola llegó primero, como una exhalación. Pantalón corto de cuadros, una camiseta blanca con una ilustración de una zanahoria punk y unas botas de plataforma que hacían ruido al caminar. Llevaba el pelo suelto, salvaje, como siempre, y se sentó a mi lado con una risa escandalosa.

—¡Nenaaa! —exclamó, abrazándome por detrás— ¿Estás lista para el paraíso? ¡Porque yo tengo la maleta mental hecha desde hace tres días!

—Tú tienes la maleta mental hecha desde febrero, no mientas —le respondí entre risas.

—¿He mentido? No. Solo he sido previsora. Además, ¿tú has visto el itinerario? Esto no son unas vacaciones, es una ruta espiritual de placer. Vamos a comer, bailar, nadar y beber hasta olvidar nuestros traumas.

—¿Hasta olvidar a tus ex o hasta volver a hablarles? —bromeé.

—Uy, eso depende del vino local.

En ese momento llegó Saúl, con su eterno estilo de chico que parecía no esforzarse y, sin embargo, iba perfecto. Camisa beige remangada, pantalones azul marino, gafas de sol redondas, barba recortada. Siempre impecable, siempre oliendo a algo carísimo.

—¿He llegado tarde o solo a tiempo para escuchar el inicio del caos? —preguntó, mientras se sentaba y se pedía un cortado.

—Siempre llegas en el momento justo para reírte de nosotras —le dije, dándole un codazo cariñoso—, pero hoy te toca trabajar. Lola quiere planificar cada segundo del viaje.

—¿Y eso me tiene que sorprender? —respondió él, sin inmutarse— ¿Cuántos documentos compartidos llevamos ya? ¿Tres? ¿Cuatro? El Excel con las coordenadas GPS del bar más recomendado de cada puerto fue el colmo.

—¡La comida es cultura! —saltó Lola indignada— Y tú sabes que donde se come bien, se vive bien.

—Eso sí es verdad —dije—. Pero también quiero espacio para improvisar, ¿eh? No quiero andar con el cronómetro. Si me enamoro de un camarero en Santorini y decido quedarme en su barco, no quiero que el Excel me lo impida.

—En ese caso nosotros también nos quedamos —dijo Lola, levantando su copa imaginaria—. Brindamos con champán y te ayudamos a fugarte.

Saúl resopló.

—Perfecto. Un viaje, tres fugas sentimentales y diez kilos de más por comer pulpo todos los días. La previsión me encanta.

Nos reímos los tres. Era fácil. Siempre lo era cuando estábamos juntos. Ellos eran mi tribu. Mi refugio. Podíamos estar meses sin vernos cada día, pero al sentarnos a una mesa, todo volvía a encajar.

—¿Y la maleta? —preguntó Saúl— ¿Tú ya has empezado?

—No. Hoy por la noche empiezo. Esta tarde estuve con mis padres. Ya sabes, los domingos son sagrados.

—¿Y qué dicen? —preguntó Lola.

—Mi madre, como siempre, que viva, que disfrute, que no trabaje tanto y que me enamore, a poder ser. Mi padre… que no trabaje tanto.

—Clásico Antonio —dijo Saúl sonriendo—. Ese hombre debería tener un *podcast*.

—"La vida según Antonio Mendoza". Con monográficos sobre el Renacimiento y la poda de los rosales —añadió Lola, riendo a carcajadas.

La tarde fue cayendo lentamente sobre nosotras, entre comentarios absurdos, historias de nuestros ex, teorías sobre si en el crucero habría o no demasiados turistas alemanes y una apuesta no oficial sobre quién sería el primero en ligar.

—Yo digo que Lara —dijo Saúl, cruzándose de brazos—. Tiene esa energía misteriosa de mujer sexy que no busca nada, y eso los vuelve locos.

—Yo digo que tú —le respondí—. Porque tienes esa barba ridícula y la sonrisa de "me he acostado contigo, pero ahora finjo que no te conozco".

—Uy, ¡cómo lo sabes! —interrumpió Lola— Pero en realidad la primera en ligar voy a ser yo. Porque me he comprado un conjunto rojo que no va a

dejar títere con cabeza.

—Ahora quiero fotos de eso —dije levantando la ceja.

—Las tendrás. Con suerte, incluso con contexto sexual.

Nos despedimos al cabo de un rato, entre abrazos y promesas de mensajes con los últimos detalles. Quedaban pocos días, lo teníamos todo casi listo y, por primera vez en mucho tiempo, me sentía ligera.

Volví a casa ya con la luz del atardecer teñida de naranja. Subí las escaleras con la ropa todavía oliendo a sol y risas. Me solté el moño, me quité los pendientes y encendí unas velas en la habitación. Me puse música suave y abrí el armario.

La maleta me esperaba. Y por primera vez en meses, me hizo ilusión prepararla.

Capítulo 4



Ethan

Desperté ese lunes con la luz dorada filtrándose por el gran ventanal de mi salón. Parecía atrapada en el aire, moviéndose lento como queriendo quedarse un rato más. No me costó mucho incorporarme: el silencio y la brisa suave del amanecer me envolvieron casi de inmediato. Esa sensación de paz pura me confirmó que aquel día no habría prisa.

Vivía en una casa amplia, luminosa y moderna, con cuatro habitaciones: una para mí, otra para invitados, una más para trabajar sin distracciones y otra que convertí en gimnasio minimalista; una cocina abierta conectada al salón y un jardín generoso con piscina y zona de tumbonas que había sido diseñado para que respirar se sintiera como un lujo. Todo había quedado exactamente como lo imaginé: espacios diáfanos y luz natural inundándolo todo. Tenía el privilegio de sentirme extraño y libre al mismo tiempo.

Me levanté, fui al porche trasero y me detuve al borde de la sombra proyectada por un toldo retráctil. El aroma a jazmín y lavanda llegó antes que yo. Preparé un desayuno sencillo en la mesa de madera exterior: café recién colado, tostadas con aceite de oliva, aguacate y tomates *Cherry* y un zumo de naranja natural. La brisa junto al sonido lejano del agua de la piscina era un abrazo inagotable.

Mientras desayunaba, pensé en Julia. En su mirada después del desastre de Alessandro. En cómo mi instinto fraternal me obligaba a protegerla. Acompañarla. Casi me sorprendía a mí mismo dudando si tendría las fuerzas necesarias para hacerlo sin perder el equilibrio.

En ese momento, sonó mi móvil, y vi que era una llamada entrante de "Papá". Lo cogí sin prisa.

—Hola, hijo —dijo la voz de mi padre, cálida como siempre—. ¿Qué tal estás? ¿Cómo está tu hogar, ese que tanto te costó montar?

—Bien, papá. Tranquilo, todo en orden —levanté la mirada hacia el jardín, donde el sol empezaba a dorar las tumbonas.

—Me alegra escuchar eso. Oye, llamaba por Julia… —se notó el peso en su voz antes de que terminara la frase— Me preocupa verla así, tan rota. El viaje… esa luna de miel era su sueño.

Tomé aire. Quería tranquilizarlo, quería tranquilizarme a mí mismo.

—Le daba miedo ir sola, y al final me acabó convenciendo para que vaya con ella. Aiden también vendrá —agité la cabeza con una ligera sonrisa—. Vamos a cuidar de ella, seremos su Batman y Robin, en versión Drake.

Él soltó una risa que se coló por el auricular al escuchar nuestro apellido.

—No sabes lo agradecido que estoy. Gracias por estar ahí —su voz bajó un tono—. Tu madre estaría orgullosa de ti. Cuídala, Ethan. Te lo pido, por favor.

—Lo haré, papá. De verdad.

Colgamos poco después; dejé el móvil junto a la taza de café mientras el sol ya golpeaba fuerte y pensé en mi madre, Camila. Su ausencia seguía siendo un hueco vacío y doloroso, inexplicable. Diez años habían pasado, pero el dolor seguía vivo, como una marca invisible en el pecho. Mi padre, tras el divorcio, encontró el amor en Daniela, la madre de mi hermana pequeña. Él encontró refugio en ella, pero para mí, mi padre seguía siendo mi padre. Y el peso de cuidar de Julia seguía siendo un recordatorio urgente: aquello no era solo otro viaje. Era algo más profundo.

Justo entonces, apareció Aiden en el porche, impecable como siempre. Camisa azul claro remangada, gafas de sol oscuras que reflejaban la piscina y

vaqueros oscuros. Tenía esa capacidad suya de vestir sin esfuerzo y, aun así, quedar perfecto.

—Buenos días, señor madrugador —saludó con su voz serena.

—Buenos días, maestro de finanzas —respondí, señalando la taza—. ¿Solo o con un café doble para espabilarte?

—Hoy, solo —dijo, señalando mi taza con desenfado—. Pero cuento contigo para el decoro.

Nos sentamos frente a frente. Aiden limpió el cristal de la mesa con la manga de la camisa antes de apoyarse.

—¿Qué me he perdido? Llamada de alto voltaje familiar, lo sé por el brillo en tus ojos.

—Mi padre. Hemos hablado de Julia. Le dije que iríamos con ella al viaje.

—Ah, ya —dijo, tomando el café—. El plan que incluye cuidar de la menor Drake y montar un crucero para el bienestar emocional. ¿Cómo vamos a sobrevivir?

—Con mucha voluntad y cero jerséis cursis en el barco —respondí con una sonrisa torcida—. Pero lo importante es que voy a estar para ella un mes entero.

Aiden asintió con la cabeza.

—Me alegro. Ella te necesita y tú necesitas oxígeno. Este viaje es justo lo que tenéis que hacer.

Hubo silencio. Un silencio cargado de años de amistad y lealtad. Él había estado conmigo en lo más oscuro, cuando perdí a mi madre, cuando el vacío me aplastaba. Sabía más de mí que muchos, y eso era raro. Eso era más que suficiente.

—¿Y Sabrina? —su tono cambió. Casi no necesitaba decirlo.

Mi mirada titubeó. El café me supo a nada.

—Dije que había terminado —empecé, con voz vacilante—, pero el otro día apareció en mi despacho y… y volví a caer.

Aiden suspiró, con las cejas levantadas, pero sin sorpresa socarrona.

—Esto no puede seguir así. Si la cosa sale a la luz, o si quien no debe enterarse lo hace… puede acabar siendo un problema.

—Lo sé —asentí, quitándole importancia con un trago—. Solo quiero que entienda que esto no puede ser. Solo eso. Que no somos parte del mismo camino.

—Pues te toca poner los límites más firmemente que un guardia de frontera —contestó, más tranquilo—. Y si necesitas que yo le diga algo, avísame.

Le sonreí con gratitud.

—Y ahora, hablemos de algo más alegre. ¿Una lista rápida de supervivencia para un crucero? —propuse, intentando cambiar de tema.

—Empieza por decir, "pack de incoherencias Drake: chanclas, bañador, gafas de sol, protector solar factor máximo y una buena dosis de espontaneidad".

Reímos de nuevo. Hablamos de fortalezas emocionales, de cómo necesitábamos cuidar de Julia, de ese viaje que debía ser un *reset* para todos nosotros. No bastaba con flotar; había que dejar que ella volviera a sentirse sólida. Que recuperara el brillo que perdió.

—¿Y tú qué harás aparte de cuidarla, componer *playlists* mañaneras y pegarte a su pelo mientras duerme? —bromeó.

Le di un codazo suave. Su ironía siempre funcionaba.

—Molestarla, hacerla reír, foto tras foto ridícula… Seré el hermano que ella merece, no el CEO que estoy obligado a ser.

—Perfecto —me contestó—. Forma parte del plan de emergencia emocional: Sonríe, sé tonto, ríe fuerte…

Nos levantamos juntos, recogimos las tazas y nos movimos hacia la casa, el ritual íntimo y cotidiano. Al llegar a la puerta principal, sacó su móvil.

—Me voy a ir, que todavía tengo que preparar mis cosas —dijo.

—Yo también —respondí—. Hoy toca hacer maletas. Cuando necesites ayuda con combinaciones ridículas, llámame.

Se fue, y me quedé solo en el porche. El sol ya brillaba pleno, cargando cada hoja, cada partícula de aire, de luz inmensa. Cogí el móvil y vi que tenía un mensaje de mi hermana.

Julia: *Estoy deseando que llegue el viaje. Me hace mucha ilusión pasar esos días con vosotros. Gracias por todo.*

Sentí que se me encogía el pecho de ternura, y le escribí de vuelta.

Ethan: *Yo también, pequeña. Haré todo lo que esté en mi mano para que este viaje sea solo para ti. Para que recojas risas, sol y mar. Punto de partida para sanar.*

Y lo envié.

Guardé el móvil, respiré hondo y decidí que empezaría a preparar la maleta esa misma tarde. Porque, de verdad, necesitaba sentir que podía cuidar de los demás y de mí mismo. Sentía que, por primera vez en mucho tiempo, tal vez estaba listo para dejar de tensar las cuerdas y simplemente… soltarme.

Después de enviarle aquel mensaje a Julia y sentir cómo mi pecho se aligeraba, me quedé observando el jardín a través del ventanal del salón. La piscina brillaba, cristalina, y las tumbonas parecían esperar mi cuerpo en otra vida donde descansar no sonara a privilegio. Me dispuse a avanzar con las tareas del día: recoger un par de documentos, preparar un par de cosas, empezar a organizar la maleta de verdad…

Entonces sonó mi móvil de nuevo. Era un número que no reconocí de inmediato. Contesté pensando que sería alguna llamada laboral.

—Hola, ¿sí?

—Ethan, cariño —dijo una voz dulce que resonó con familiaridad y ternura. Era Daniela, la esposa de mi padre.

—Daniela. Vaya sorpresa —me incorporé y me acerqué al porche, dejando que el aire ligero se colara en la casa.

—Quería llamarte. Tu padre me ha contado que vas con Julia y Aiden al viaje. No sabes cuánto me alegra que hayas aceptado ayudarla.

Una oleada de ternura me atravesó. Como su madre que era, ella también se preocupaba por Julia.

—Gracias, Daniela. De verdad —respondí—. Sé que papá te confió ese pedacito de información con voz un poco temblorosa, como quien suelta un globo al viento.

Silencio. Después ella habló de nuevo.

—Solo quería decirte que, si necesitas cualquier cosa... lo que sea que necesites, estamos aquí. He tenido contacto con Julia estos días. Está algo ausente, pero cuando me ha dicho tu padre que ibas a estar con ella, supe que estaría en buenas manos. Te quiero, hijo.

Aquello se me hizo un nudo en la garganta. Quise decir algo más, pero me quedé sin palabras.

—Ya sabes que la quiero mucho. Y haré todo lo que esté en mi mano para compensar esto.

—Gracias, de verdad. Cuídate, Ethan. Y recuérdale que el dolor pasará, y que, como dicen por allí en Sevilla, hay más peces en el mar —sonreí al escucharla; ella también lo había hecho.

—Lo haré, descuida.

Colgamos tras despedirnos y me quedé unos momentos en el porche, mirando la casa, la piscina, sintiendo cómo mi mundo, de pronto, se expandía con amor y responsabilidad.

Pensé en mi padre, en mi madre, en cómo esas conexiones familiares eran más profundas de lo que aparentaban. Aunque mi madre ya no estaba, se sentía en cada flor, en cada cuadro que colgaba en la pared, en cada risa que rompía el silencio de la casa.

Cerré los ojos, respiré hondo e hice un plan mental: no solo vestiría a Julia de felicidad esos días, sino que volveríamos juntos fuertes. Listos para reconstruir aquello que el dolor había intentado borrar.

Mi móvil volvió a sonar y vi que era Aiden.

—¿Ya me echas de menos? —pregunté.

—Quería ver si me había pasado metiendo algunas cosas en la maleta —dijo, y me contó lo que llevaba.

—Me reservo el derecho a opinar —reí.

—No puedo contigo, en serio —resopló—. ¿Todo bien?

—Mejor imposible.

Le conté la llamada de Daniela y su reacción, y su mirada se suavizó.

—Esa mujer es un pequeño milagro —comentó—. Tu padre y tú estáis en buenas manos, igual que Julia.

Asentí con firmeza, recostándome en la silla.

—Este mes no es solo un viaje, Aiden, es una misión. Y me doy cuenta de lo solo que estaría sin ti en esto.

—Te cubro la espalda. Siempre.

Sonreí. Después cambiamos de tema, como si eso fuera lo más natural del mundo.

—¿Trajes de fiesta? —pregunté con curiosidad— ¿O elegancia playera para un cóctel improvisado?

—Humilde apuesta: traje de lino, camisas sueltas y bermudas neutras —dijo él con una sonrisa en su voz—. Pero si hay fiesta, me tendrás en esmoquin mental.

Reímos juntos, sintiendo que ese tipo de bromas compartidas era el pegamento que nos mantenía tan sincronizados después de tantos años.

—¿Sabes una cosa? —dije, mientras me levantaba y alisaba la camisa— Te odio porque haces esto parecer tan sencillo.

—Lo digo en serio, Drake —respondió él—. Prepárate. Estoy seguro de que este va a ser el viaje de nuestras vidas, socio, uno que recordaremos siempre.

Nos despedimos poco después, colgué y me quedé en la terraza. El sol ya se había colado por completo en el patio, tiñendo todo de dorado. Cogí el móvil y revisé el mensaje de Julia nuevamente: aquel “gracias por todo” me dio fuerzas.

Me dije a mí mismo que sí, que, como había dicho Aiden, este sería mucho más que un viaje para los tres.

Capítulo 5

Lara

Habíamos llegado a Barcelona, hacía justo una hora. Me resultaba casi surrealista pensar que ya estábamos allí, con las maletas rodando sobre la acera, el mar reluciendo al fondo y el aire denso con ese olor inconfundible a sal, sol y ciudad grande. Barcelona tenía esa mezcla de modernidad y caos que me resultaba embriagadora. Me gustaba. Siempre me había gustado. Aunque esta vez no venía por trabajo ni por ocio. Esta vez, venía a embarcarme en una aventura.

Un crucero. Treinta días. Ocho destinos. Dos de mis mejores amigos. ¿Qué podía salir mal?

El puerto era una locura: coches, taxis, turistas de todas partes arrastrando maletas enormes, familias sacando fotos delante del barco y parejas abrazadas como si fuesen a separarse durante años. El bullicio era constante y yo no dejaba de mirar a todas partes, absorbida por cada detalle, como si el viaje ya hubiese comenzado en cuanto pisamos el puerto.

Lola, cómo no, iba haciendo comentarios a cada paso.

—¿Has visto ese chico? Camisa de lino blanca, gafas de pasta, pinta de que hace yoga y toca el ukelele. Me caso —dijo sin disimulo, girando la cabeza para seguir al susodicho con la mirada.

—¿No era que te ibas a casar con el griego que nos iba a servir vino en Santorini? —pregunté, fingiendo incredulidad.

—Una no anula la otra. Grecia da para poliamor —dijo, guiñándome un ojo.

Saúl se rio por lo bajo, sacando el móvil para hacer una foto del barco que ya se alzaba ante nosotros. Era enorme. Colosal. Una auténtica ciudad flotante. Blanco, elegante, con varias cubiertas y balcones de camarotes que parecían pequeños apartamentos con vistas al mundo. En la proa, una enorme letra dorada: *Elena*. Así se llamaba nuestro crucero.

—¿Habéis visto esto? —dijo él, mostrándonos la pantalla del móvil— Según la web, tiene quince cubiertas, siete restaurantes, cuatro piscinas, cine al aire libre, spa, gimnasio, casino y un *sky* bar giratorio.

—¿Giratorio? —pregunté arqueando una ceja— ¿No se nos va a subir eso a la cabeza?

—Mejor que se nos suba el vino, ¿no? —replicó Lola— Este mes no va a haber espacio para la sobriedad.

Sonreí por dentro, me sentía como una niña en la mañana de Reyes. Algo dentro de mí sabía que este viaje iba a marcar un antes y un después. No por las vistas, ni los cócteles, ni los baños en playas turquesas, sino porque había algo mágico en empezar de nuevo desde el mar.

Tras el control de equipajes, que fue más fluido de lo que esperaba, subimos al barco por una pasarela de moqueta azul, flanqueada por empleados sonrientes que nos daban la bienvenida con una amabilidad casi teatral. Al entrar, la primera impresión fue deslumbrante. El vestíbulo principal era de un lujo casi escandaloso: mármol brillante, lámparas de cristal colgantes, una escalera doble que parecía sacada de una película de Hollywood. Todo olía a limpio, a nuevo, a promesa.

—¿Esto es un barco o el hotel del cielo? —murmuré, girando sobre mis talones para mirarlo todo.

—Yo me pido dormir en esa lámpara —dijo Lola, apuntando con el dedo como si estuviésemos en una atracción de feria—. Si me caigo, al menos caigo sobre terciopelo.

Un empleado nos guio hacia los ascensores de cristal, donde un panel nos mostraba cada cubierta con iconos dorados: spa, piscina, discoteca, bufé, teatro… Era imposible no emocionarse y aún no habíamos visto nuestros camarotes.

Saúl nos grababa con el móvil, como siempre.

—Día uno. Hora cero. Tres ilusos creyendo que no van a engordar cinco kilos en este crucero. Se aceptan apuestas —dijo, enfocándonos mientras Lola hacía un saludo militar y yo sonreía con la mano en la cintura.

—Como engorde más, me vas a tener que llevar rodando a la vuelta —le respondí.

—Yo ya he aceptado mi destino. Voy a salir de aquí rodando y feliz —añadió Lola.

Nos tocaban camarotes contiguos en la séptima cubierta, zona *Panoramic Premium*, según la tarjeta que nos habían dado al hacer el *check-in*. Y no habían exagerado.

Mi habitación era una fantasía de diseño moderno y lujoso. Todo tenía tonos claros: blanco, arena, madera clara y detalles metálicos en oro mate. A un lado, una cama enorme con sábanas de algodón egipcio y un cabezal acolchado. Frente a ella, un tocador minimalista con espejo retroiluminado y una pantalla curva de televisión colgada en la pared. A un lado, un armario empotrado con puertas correderas de cristal esmerilado. Y lo mejor, sin duda, era la terraza.

Salí allí, como hipnotizada.

Era amplia, con dos tumbonas de diseño, una mesa redonda con dos sillas y barandilla de cristal que dejaba ver el puerto en todo su esplendor. Desde allí podía oler el mar, ver cómo se movían los barcos pequeños en el agua azulada, escuchar las gaviotas. Supe que ahí desayunaría cada mañana. Café, zumo, el sol en la cara y el vaivén de las olas.

Saqué el móvil y marqué el número de mi madre. No quería esperar más para enseñarles el lugar.

—¡Hija! —contestó enseguida, con esa mezcla de alegría y preocupación que le era tan propia— ¿Has llegado bien?

—Mamá, espera que te enseño —dije, girando la cámara hacia la habitación—. Mira esto. ¿No es una pasada?

Ambos estaban sentados en el sofá, mi padre con su libro en las manos y las gafas de leer puestas.

—Madre mía… —dijo él, ajustándose las gafas para ver mejor— Eso no es un camarote, eso es un piso piloto de lujo.

—¿Y esa terraza? ¡Eso es para que te relajes, no para que trabajes con el portátil! —añadió mi madre, con ese tono entre broma y advertencia.

—Lo prometo, nada de portátil. Solo tumbonas, desayunos al sol y alguna que otra copa de vino —sonreí.

—Disfruta mucho, hija —dijo él—, de verdad, y llámanos a menudo. Que sepamos que estás bien.

—Os voy a llamar mil veces. No os vais a librar de mí tan fácil —respondí con una risa.

Nos despedimos entre besos lanzados a la cámara y promesas de fotos. Dejé el móvil sobre la cama, lista para abrir la maleta, cuando alguien llamó a la puerta. Ni siquiera me dio tiempo a contestar.

—¡Laraaa! —gritó Lola, abriendo de golpe y entrando como un vendaval — ¡Tienes que venir ya! ¡A cubierta! ¡Es el momento!

—¿Qué momento? —pregunté, descolocada.

—¡El de despedirse de la gente del puerto! Como Leonardo DiCaprio en *Titanic*, ¡pero sin iceberg!

Puse los ojos en blanco, riéndome.

—Estás completamente loca.

—Y tú me quieres así. ¡Vamos!

Salimos al pasillo, todavía riendo, y allí estaba Saúl, apoyado en la pared con una sonrisa de medio lado.

—¿Ya estamos haciendo el papelón? —preguntó.

—¡Y aún no hemos ni zarpado! —exclamó Lola.

Fuimos los tres a la cubierta principal. Había más gente de la que imaginaba. Turistas de todas las edades, familias, parejas, grupos de amigos. Todos amontonados junto a las barandillas, saludando, haciendo fotos, gritando desde lo alto a quienes se habían quedado en el puerto. El ambiente era festivo, casi eufórico.

—¡Mira, mira! —señaló Lola— Esa mujer lleva una pancarta. Pone "¿Adiós, cuñada"? ¡Qué arte!

—Esto está a reventar —comenté.

—Y eso que, según un camarero que he escuchado, aún no está lleno del todo —dijo Lola—. En algunos de los puertos van a subir más pasajeros.

—¿Más aún? ¿Dónde los van a meter, en la bodega? —bromeó Saúl.

—Pues en Dubrovnik, donde hacemos escala para coger el otro crucero, suben otros grupos.

El barco comenzó a emitir un suave zumbido que se sintió más que se escuchó. Un leve temblor recorrió la cubierta bajo nuestros pies. La gente comenzó a aplaudir, a silbar, a gritar despedidas. Los altavoces del barco sonaron con una música épica, mezcla de pop instrumental y algo de orquesta, como si estuviésemos iniciando una película.

—¡Allá vamos! —gritó Lola, agitando la mano como una reina en su despedida— ¡Adiós, Barcelona! ¡Voy a tomarme una copita a vuestra salud! ¡No me echéis mucho de menos!

La miré y no pude evitar reír. Era imposible no quererla. Saúl también se rio y negó con la cabeza.

—Está completamente mal de la cabeza —dijo.

—Pero ya no la descambiamos, ¿no? —respondí, dándole un codazo.

—Ya no. Es nuestra responsabilidad emocional.

Nos quedamos allí unos minutos más, viendo cómo el puerto se hacía más y más pequeño, cómo las gaviotas se alejaban y las boyas flotaban solitarias en el mar. Barcelona se desdibujaba a lo lejos, como una postal en sepia, y el sol caía dorado sobre el Mediterráneo.

—¿Piscina? —propuso Saúl de repente.

—Pensaba que nunca lo dirías —respondí.

—*¡Bikini time!* —gritó Lola, dándose media vuelta y desapareciendo en dirección al ascensor como un rayo.

Nos fuimos cada uno a nuestros camarotes. Al llegar, abrí por fin la maleta y empecé a rebuscar. Escogí un bikini verde turquesa, de esos que me hacían sentir guapa sin tener que pensarlo demasiado. Me puse encima un pareo azul marino que contrastaba bonito, unas gafas de sol grandes y redondas y las cuñas del mismo tono. Recogí mi pelo en un moño alto, metí crema solar, móvil, una revista en mi capazo de mimbre, y salí con la sensación de que algo bueno estaba por empezar.

La zona de piscina estaba en la cubierta superior, y al llegar, el sol lo bañaba todo. La piscina central era enorme, de bordes infinitos, con tumbonas blancas alineadas y sombrillas de lino beige. Había un pequeño bar tropical a un lado, rodeado de sillas altas y camareros que preparaban cócteles sin parar. Todo olía a crema solar, fruta fresca y mar.

Lola ya nos esperaba en una tumbona, con un bikini rojo que gritaba verano por los cuatro costados y unas gafas tipo ojo de gato que parecían sacadas de una revista retro.

—¡Pero bueno, guapa! —me dijo al verme— ¿Te has puesto ese bikini para matar o para seducir?

—Un poco de ambas. Ya sabes, equilibrio —le respondí, dejando el capazo a su lado.

Saúl apareció justo después, con un bañador azul marino, gafas de sol y una camisa blanca abierta. Llevaba el pelo algo revuelto por el viento y una sonrisa tan relajada que casi no lo reconocía.

—¿Ya estamos listas para inmortalizar el momento o qué? —dijo, sacando su móvil.

Nos hicimos mil fotos. De pie, tumbados en la piscina, con los cócteles sin alcohol que pedimos: yo uno de piña y jengibre, Lola uno de sandía y Saúl uno de lima y pepino. Cada foto venía con una broma, una pose ridícula, una carcajada. Era de esos momentos que no hacían falta explicar porque lo decían todo: el brillo en los ojos, la complicidad sin esfuerzo, la risa fácil.

—Vale, vale, esta va para *stories* —dijo Saúl, subiendo una donde los tres hacíamos morritos absurdos y brindábamos con las copas.

—Pon: *"Primer día de crucero y ya nos quieren echar por exceso de actitud"* —sugirió Lola, riéndose.

—"*Demasiado sexis para esta cubierta"*, me gusta más —añadí.

Nos tumbamos a descansar al sol, aunque el descanso duraba lo que tardábamos en comentar lo que veíamos. A pocos metros, un grupo de hombres de unos treinta y tantos no nos quitaba ojo. Vestían bañadores caros, gafas de sol de marca, y uno de ellos tenía un tatuaje en la clavícula que parecía un poema en latín.

—Los de allí están más pendientes de nosotras que del sol —dijo Lola, bajándose las gafas para mirar mejor.

—Uno de ellos lleva mirándome desde que me senté —comenté, sin darle demasiada importancia.

—Pues tú devuélvele la mirada, cariño, que para eso llevamos los labios rojos y autoestima.

—¿Y tú, Saúl? —pregunté— ¿Te has dado cuenta de esas dos chicas que no te quitan ojo desde que llegaste?

—¿Cuáles? —dijo, incorporándose un poco.

—Las de los pareos de flores. La rubia te mira como si fueses un batido de vainilla en agosto.

—Ah… —dijo él, con esa sonrisa suya medio ladina— Es que tengo esa energía de osito que da abrazos y después desayuna contigo.

—O de gato callejero que ronronea, pero no se deja coger —añadió Lola.

—Me estáis confundiendo con un licor dulce. Yo soy más bien, whisky escocés: fuerte, lento y con final intenso.

Nos reímos tanto que un señor mayor de la tumbona de al lado nos miró y negó con la cabeza entre sonrisas.

—Sois de lo que no hay —murmuró.

Y tenía razón.

Éramos de lo que no hay. De esas amistades que se sostenían con fuerza, con sarcasmo, con cariño del bueno. De las que no necesitaban mucho para disfrutar, porque el simple hecho de estar juntos ya era motivo suficiente para celebrar.

Esa primera mañana terminó con los pies en el agua, las gafas de sol empapadas y rímel corrido de tanto reír. Aún no habíamos puesto un pie en Santorini, ni en Mykonos, ni en ninguno de los sitios que habíamos soñado durante meses. Pero ya sabíamos que este viaje sería especial.

Y lo mejor… es que solo acababa de empezar.

Capítulo 6

Ethan

Nunca había estado en un crucero de lujo. Ni siquiera lo había considerado. Pero allí estaba, dentro de la inmensa estructura blanca y reluciente del *Elena*.

La llegada había sido impactante, sobre todo para mi hermana Julia, que no dejaba de mirar hacia arriba, con esa mezcla de asombro y emoción que tanto la caracterizaba, con sus gafas de sol grandes que le cubrían media cara, pero no hacía falta ver sus ojos para saber que estaba intentando mantener la compostura. La conocía bien. Desde pequeña había sido así: fuerte por fuera, frágil por dentro.

—*Es... impresionante* —murmuró, sujetando con fuerza el asa de su maleta de ruedas.

—*Y eso que aún no hemos subido* —le dije, con una sonrisa ladeada.

Aiden se unió a nosotros unos pasos detrás, con su andar relajado y esa eterna expresión de "nada puede tocarme". Traje ligero de lino y gafas de sol estilo aviador. Si alguien parecía haber nacido para este tipo de vida, era él.

—*Ya me estoy imaginando la piscina, los cócteles... y esa carta de vinos interminable que anunciaban en la web* —había comentado Aiden, mientras nos encaminábamos a la zona de embarque.

—*No hablas de mujeres por primera vez en tu vida* —le respondí, fingiendo sorpresa.

—*Dame una hora* —dijo él, guiñándome un ojo.

El embarque fue rápido, fluido. Personal perfectamente uniformado, amable, sonriente. El *Elena* era prácticamente una ciudad flotante. Las cubiertas superiores brillaban al sol, las barandillas estaban impecables y el aire acondicionado que nos recibió en el vestíbulo principal era casi un abrazo divino después del calor del puerto.

Pasamos por el hall principal del crucero, donde una enorme lámpara de cristal caía en espiral desde lo alto, sobre un suelo de mármol pulido que reflejaba las luces con un brillo casi teatral. Todo estaba cuidado al milímetro. Columnas blancas con detalles dorados, una gran escalera de caracol alfombrada en rojo oscuro y, a los lados, ascensores panorámicos que subían y bajaban entre cubiertas con un zumbido casi inaudible.

Nos entregaron nuestras tarjetas de camarote, nuestras pulseras inteligentes y una copa de champán de bienvenida que Julia aceptó con una sonrisa agradecida. Yo apenas di un sorbo. Me gustaba más el whisky.

El camarote que me habían asignado estaba en la cubierta ocho, zona *Signature*, una de las más exclusivas. No lo había pedido así. Al parecer, el sistema nos había actualizado por cortesía. Aiden, por supuesto, soltó un "como debe ser" mientras entraba en el suyo con la seguridad de un marqués.

Mi habitación no se parecía en nada a lo que esperaba. Era... moderna, elegante, masculina. Dominaban los tonos grises y azul petróleo, con detalles en madera clara y líneas limpias. La cama, inmensa, estaba vestida con sábanas blancas perfectamente alisadas. Había un sofá de cuero oscuro frente a una pantalla plana que cubría media pared. El minibar era una joya: botellas perfectamente alineadas, copas de cristal tallado, incluso una pequeña caja de habanos en un compartimento especial.

Pero lo mejor estaba al fondo: una terraza privada con vistas al mar. Dos tumbonas, una mesa redonda con sillas y una pequeña lámpara colgante. Abrí la puerta acristalada, salí y respiré el aire salado que subía desde las olas. El sol comenzaba a descender, tiñendo el cielo de tonos ámbar y violeta.

Me quedé allí un minuto, en silencio. No era mi estilo ponerme nostálgico, pero había algo en ese momento... algo que me apretaba el pecho. Quizá era saber que Julia necesitaba esto más de lo que ella misma admitía. O quizá era la sensación de que, por una vez, estábamos los tres en el mismo lugar, en el mismo punto vital y eso no pasaba a menudo.

El día había transcurrido entre charlas, algunas bromas, cócteles en la piscina y comiendo juntos, hasta que después del café decidí volver a mi camarote para trabajar un poco. Sí, estaba de vacaciones, pero tenía una empresa que requería mi atención más a menudo de lo que nadie pudiera imaginar.

Después del trabajo llegó la hora de prepararme para la cena. Me metí en el baño, de mármol, claro, me di una ducha rápida y salí al dormitorio, abriendo la maleta. Tenía la ropa perfectamente doblada, cortesía de mi asistente. Después de colocarla en los armarios, cogí el traje azul marino, camisa blanca, sin corbata, y me vestí sin prisa. El botón superior de la camisa quedó abierto. Después, el segundo. El cuello ligeramente suelto me hacía sentir más cómodo. Nada de rigidez esta noche. No era momento para la formalidad estricta; aquella noche se trataba de disfrutar, de relajarse. Me pasé la mano por el pelo para acomodarlo y cogí mi reloj del cajón.

Me miré en el espejo de cuerpo entero junto al armario. No estaba mal. El azul del traje resaltaba el tono bronceado de mi piel y el gris azulado de mis ojos. El reloj de pulsera completaba el conjunto. Cogí la cartera, la llave digital y salí del camarote. Teníamos cena de bienvenida, y no pensaba llegar tarde.

Mientras caminaba por el pasillo que conducía al ascensor central, se notaba ya el ambiente festivo. Gente elegante, risas suaves, el sonido lejano de copas brindando. El crucero *Elena* era prácticamente una ciudad flotante. Y esta era solo la primera noche.

El restaurante estaba en la cubierta tres. Aiden me había enviado un mensaje hacía un rato: “La barra ya me conoce por mi nombre. Deprisa, hermano.” No pude evitar reírme.

Cuando entré, lo primero que me golpeó fue el ambiente. No era un restaurante cualquiera. Era como entrar en uno de esos sitios que solo conocías por revistas de lujo. Paredes de cristal con vistas al mar, iluminación suave, mesas con mantelería blanca impecable y centros de mesa con orquídeas. En el fondo, una barra de madera oscura con toques dorados, donde ya estaba Aiden, con su traje gris oscuro y copa en mano, saludándome con una sonrisa de medio lado.

A su lado, Julia. Y joder... mi hermana estaba preciosa.

Llevaba un vestido azul celeste, ajustado, pero elegante, con un escote discreto, pero provocador y una abertura lateral que dejaba entrever una pierna perfectamente esculpida por años de pilates. Su cabello suelto caía en ondas suaves, y su maquillaje era sutil, resaltando sus ojos verdes y su sonrisa radiante. Nada en ella gritaba "recién salida de una ruptura". Todo en ella decía "mujer libre y peligrosa".

—Por fin llegas —dijo Aiden, levantando su copa.

—Había tráfico en la cubierta —respondí, y me acerqué a la barra.

—Pareces sacado de una campaña de publicidad de Armani —me dijo.

—Y tú pareces a punto de romperle el corazón a media tripulación —respondí mientras me acercaba.

—¿Qué te parece? —preguntó Julia, dando una pequeña vuelta sobre sí misma.

—Creo que Aiden está a punto de atragantarse —solté sin pensar.

—No soy de piedra, Ethan —respondió él, sin quitarle ojo—. Estás espectacular, Julia.

—Gracias —dijo, sonriendo con coquetería—. Vosotros tampoco estáis nada mal.

El camarero nos sirvió otra ronda. Yo pedí un whisky, como siempre.

Nos sentamos en la barra mientras la gente seguía entrando. Parejas elegantes, grupos de amigos, algún que otro viajero solitario con pinta de millonario excéntrico. Julia y Aiden reían, comentaban en voz baja, observaban el ambiente como si fuera una pasarela de personajes sacados de una novela.

—¿Has visto a esa mujer de rojo? —dijo Julia, dándole un sorbo a su cóctel— Creo que lleva más bótox que sangre.

—¿Y su acompañante? ¿Es hijo, sobrino o amante? —curioseó Aiden.

Hasta que la mujer sonrió con coquetería, el hombre se inclinó y la besó.

—Amante, como Marujita y Dinio —respondió mi hermana, dando un sorbo.

Me eché a reír, porque, a pesar de ser joven para saber quiénes eran esas dos personas que había nombrado, eran tan conocidos que, hasta ella, originaria de Londres, había oído hablar de ellos.

En ese momento se acercaron para decirnos que podíamos sentarnos a la mesa. Una de las encargadas de sala, elegante y amable, nos condujo hasta un rincón con vista al mar, en una mesa redonda perfectamente vestida, con copas de cristal finísimo y cubertería de plata. Música en directo sonaba desde el pequeño escenario cercano. Una mujer morena, de voz cálida, cantaba versiones suaves de clásicos del jazz con una elegancia que acariciaba los sentidos.

Un camarero nos ofreció el menú, y lo leí con cierta sorpresa. Aquello no era una simple cena. Era una experiencia gastronómica, algo digno de cinco estrellas Michelin.

Como entrantes había tartar de atún rojo con aguacate, lima y crujiente de alga nori, carpaccio de buey con lascas de parmesano y trufa blanca o ensalada templada de langosta con vinagreta de cítricos.

Como plato principal se podía elegir entre solomillo de ternera gallega al foie con reducción de vino de Oporto, lomo de lubina salvaje sobre cremoso

de apio y aceite de albahaca o raviolis caseros de *ricotta* y espinacas con salsa de mantequilla y salvia.

En cuanto a los postres, tenía claro que mi hermana iba a tener un serio problema para elegir. Había coulant de chocolate con helado de vainilla de Madagascar, milhojas de crema pastelera y frambuesas frescas o sopa fría de mango con espuma de yogur griego y crujiente de menta.

Y para acabar la noche, una copa de champán francés *Brut Rosé*.

—¿Quién ha dicho que no se puede comer bien en altamar? —bromeó Aiden mientras elegía el carpaccio y el solomillo.

—Sin duda, un menú de cinco estrellas. Después de este viaje voy a necesitar un mes solo a base de ensaladas —murmuró Julia, que se decantó por el tartar y la lubina.

Yo opté por la ensalada templada de langosta y los raviolis. Siempre había tenido debilidad por la pasta bien hecha. El vino blanco que nos sirvieron era fresco, afrutado, perfecto. Y el servicio, impecable: atentos, pero discretos, como debía ser.

Capítulo 7

Ethan

Durante la cena, reímos más de lo que lo habíamos hecho en semanas. Julia parecía otra. Más ligera, más viva. Incluso Aiden, el rey de la ironía, estaba especialmente bromista. Me gustaba verlos así. Me gustaba sentirme parte de algo que no tuviera que ver con negocios, estrategias o clientes. Esto era... otra cosa.

Mientras la cantante interpretaba una versión suave de *"Fly Me to the Moon"*, Julia dejó la copa sobre la mesa y nos observó con una sonrisa traviesa.

—No sé si os habéis dado cuenta —dijo Julia, bajando la voz mientras miraba de reojo—, pero soy la envidia de muchas mujeres esta noche. Estáis siendo la fantasía de medio crucero. Las mujeres no os quitan ojo. Ni las solteras, ni las que están con pareja.

—No será para tanto —contesté, pero sabía por experiencia que cuando Aiden y yo salíamos juntos, no pasábamos desapercibidos entre las mujeres.

—Mira hacia tu izquierda, tres mesas más allá de la nuestra. Cuatro mujeres. Todas mirándoos como si fueran leonas en plena caza. Y no mires directamente, disimula —añadió, dándome un codazo.

Aiden giró la cabeza con disimulo y luego soltó una carcajada.

—Madre mía. Tienen pinta de saber lo que quieren.

Giré sutilmente la cabeza. Cuatro mujeres, de entre treinta y pocos y cuarenta y tantos. Bien vestidas, risueñas, y sí: nos miraban descaradamente. Una de ellas incluso se lamió los labios al cruzar su mirada con la mía. Le sonreí, sin más.

—Y de no aceptar un no por respuesta —añadí.

—No te preocupes, Julia —dijo Aiden, dándole un sorbo a su copa—. Mientras estemos contigo, no tendremos ojos para otras.

Julia volteó los ojos y soltó una risa suave.

—No soy idiota, Aiden. Sé perfectamente que no vais a pasaros todo el mes haciendo de niñeras. Si necesitáis escabulliros como dos adolescentes en busca de un rincón oscuro para tener sexo, no voy a deciros nada.

—¡Julia! —exclamé, entre indignado y divertido.

Aiden levantó una ceja con una sonrisa traviesa.

—Ya la has oído. Podemos escabullirnos y divertirnos con esas cuatro bellezas —me dijo, mirando hacia la mesa.

—¿Con las cuatro a la vez? —preguntó mi hermana, girándose hacia él con cara de sorpresa.

—No sería la primera vez —contestó Aiden sin perder la sonrisa.

Julia se giró para mirarme, con los ojos abiertos como platos.

—¿En serio? ¿Ethan?

—No voy a responder a eso —dije, llevándome la copa a los labios.

—Bueno, ahora que soy oficialmente una mujer soltera, podríais llevarme donde sea que os divertís tanto —añadió, juguetona.

—Ni hablar. Eres mi hermana. Mi hermana pequeña —dije en tono seco.

—¡Eres un aguafiestas, Ethan!

—Soy tu hermano.

—Y yo una mujer soltera que quiere divertirse. Así que si tenéis algún rincón secreto donde las cosas se ponen interesantes... llevadme.

—Ni de coña.

—Tranquila —intervino Aiden, guiñándole un ojo a Julia—. Ya te llevo yo.

Resoplé, medio sonriendo. A veces no sabía si Aiden me ayudaba o me complicaba la vida.

Acabamos los postres entre más risas, más copas y el sonido embriagador de la voz de la cantante. Cuando el camarero sirvió el champán final, brindamos de nuevo, esta vez en silencio, como si los tres entendiéramos lo importante que era esa noche. El principio de algo. Un reseteo, como lo había llamado Julia.

Al terminar, me disculpé y salí del restaurante, sacando la cajetilla de tabaco del bolsillo interior de la chaqueta. Caminé por el pasillo central, cogí el ascensor y subí a la cubierta.

Salí al exterior, donde el aire nocturno era más fresco, con esa mezcla de sal y brisa que solo el mar podía ofrecer. Encendí un cigarrillo, cerré los ojos y me dejé llevar por el sonido de las olas, del motor del crucero rompiendo suavemente el agua. Era una noche perfecta. Y el viaje no había hecho más que empezar.

Me apoyé en la barandilla, inhalando profundamente. No fumaba mucho, solo en momentos como este. Momentos que pedían un respiro. Literalmente.

Pensé en Julia, en cómo la había visto reír, en cómo Aiden la había hecho bromear como hacía semanas no lo hacía. Y pensé en lo jodido que había sido ver cómo ese cabrón de Alessandro había jugado con ella.

Este viaje no era solo un paréntesis. Era un intento real de volver a empezar para ella, pero también para mí.

Entonces la escuché. Una voz femenina, clara, que soltó una maldición entre dientes.

—Genial. Tenías que romperte en la primera noche.

Me giré con curiosidad, y allí estaba.

Una mujer morena, de cabello largo y ondulado, estaba a pocos metros, inclinada sobre su zapato. Llevaba un vestido verde pastel que resaltaba su piel tostada y su figura curvilínea. Elegante, pero sin esfuerzo. Sexy, pero sin pretensiones. El vestido se ceñía en la cintura, con escote cruzado y falda fluida que dejaba ver sus piernas cuando el viento movía la tela. Un diseño que sabía dónde dejar volar la imaginación y dónde atraparla.

Ella se quitó el zapato roto y resopló.

—¿Todo bien? —pregunté, sin poder evitar una sonrisa.

Ella levantó la mirada y por fin pude ver sus ojos. Verdes, intensos, claros y salvajes al mismo tiempo.

—Todo perfecto. Solo que mi tacón ha decidido suicidarse.

—Quizá no le gustó el crucero.

Ella rio acercándose con el zapato en la mano.

—Quizá. O quizá ha sido el karma por bailar con demasiados desconocidos esta noche.

—Entonces es un mártir —respondí.

—¿Y tú? ¿También huyes de la fiesta?

—Solo necesitaba aire y un cigarro, aunque no es tan glamuroso como un tacón roto.

Ella sonrió, y juro que esa sonrisa tenía algo, algo peligroso.

—Lara. Lara Mendoza —se presentó, extendiéndome la mano.

—Ethan Drake —respondí, estrechándosela.

Su piel era cálida, y su apretón, firme.

—¿Estás sola en este viaje? —pregunté, por simple curiosidad, o tal vez por algo más.

—No, estoy con mis dos mejores amigos. Un par de locos adorables. Me convencieron de que era hora de tomarme vacaciones de verdad —respondió, sonriendo.

—¿Primera vez en crucero?

—Sí. Y tú, ¿viajas solo?

—No, con mi hermana pequeña y mi mejor amigo. Es… un viaje para ayudarla a pasar página —dije, sin entrar en detalles.

Lara asintió, como si entendiera mucho más de lo que decía.

—Eso es bonito. Que la acompañes así —susurró, bajando la mirada un instante.

—Eso piensa mi padre —añadí—. ¿Puedo preguntar a qué te dedicas?

—Soy diseñadora de interiores. *Freelance*. Trabajo desde casa o desde donde pueda montar mi portátil. Pero siempre he tenido el sueño de hacer este crucero. Este año… me lancé.

—Entonces estás cumpliendo un sueño.

—Y tú, ¿de dónde eres?

—Vivo en Sevilla desde hace tres años, pero nací en Londres. Mi empresa tiene la sede allí, aunque también tenemos oficinas en otros países.

—Eso explica el nombre. No pareces muy sevillano —dijo con una sonrisa traviesa, y me reí.

—Tú sí pareces sevillana.

—Y lo soy. De nacimiento y de corazón.

Ambos reímos suavemente mientras caminábamos despacio por la cubierta, disfrutando del aire y del cielo estrellado. En algún momento, sin darnos cuenta, nos encontramos frente a una puerta. El camarote de Lara.

—Gracias por acompañarme —dijo ella, deteniéndose frente a la puerta—. Debo admitir que, entre el vaivén del barco, el vino y el champán, estaba un poquito mareada.

—Ha sido un placer, señorita Mendoza —respondí con una sonrisa—. Nos veremos por el barco. Buenas noches.

—Buenas noches, señor Drake —respondió, con una ligera inclinación de cabeza.

La vi entrar, y cuando la puerta se cerró tras ella, me quedé allí unos segundos. Luego giré sobre mis talones y comencé a caminar de nuevo por el pasillo con una sonrisa en los labios, recordando el modo en que había maldecido al ver su tacón roto. Y esa mirada suya. Dios… esa mirada.

Justo entonces, el móvil vibró en mi bolsillo. Lo saqué, ya con la sospecha de quién era.

Sabrina: *Te echo de menos. Y no sabes lo mucho que te deseo ahora mismo.*

El mensaje estaba seguido de una foto muy subida de tono que me hizo resoplar. Era directo, como ella, y en otra ocasión, en otro momento, habría cogido el coche más que dispuesto a ir hacia el hotel en el que me estaría esperando. Pero ahora no. Ya no.

Guardé el móvil sin contestar. Era evidente que tenía que ponerle fin a aquello. Dos años y medio de encuentros esporádicos sin compromiso, sin sentido. Cuando regresara a Sevilla, hablaría con ella en serio.

Volví a mi camarote. Me quité la chaqueta, me serví un whisky y salí a la terraza. Me dejé caer en una de las tumbonas, con la vista fija en ese mar negro y profundo que se extendía frente a mí.

Y pensé.

Pensé en el pasado. En lo que dejé en Londres. Pensé en Julia, en Aiden, en Sabrina, incluso en Lara, esa morena sevillana cuya mirada y sonrisa eran un peligro para cualquiera.

Y, por un momento, sentí que este viaje podría ser más que unas simples vacaciones. Podría ser el comienzo de algo nuevo.

Capítulo 8

Lara

Me desperté con el murmullo sordo del mar golpeando suavemente el casco del crucero. Era un sonido hipnótico, casi como una caricia, y por un momento me dejé envolver por él sin abrir los ojos, disfrutando de la sensación de estar completamente desconectada del mundo. La brisa marina se colaba por la rendija de la puerta corredera que daba acceso a la terraza, trayendo consigo el olor salado del mar y el rumor lejano de alguna gaviota despistada.

Me estiré en la cama, aún algo adormilada, y fue entonces cuando llamaron a la puerta.

—Servicio de habitaciones —dijo una voz masculina al otro lado.

Me incorporé como pude, aún algo desorientada, y tiré de la bata de algodón blanco que colgaba del respaldo del sillón. Caminé hasta la puerta y la abrí lo justo para ver al camarero, que empujaba un carrito con una bandeja cubierta por una campana de plata y una cafetera humeante.

—Buenos días, señorita Mendoza. Su desayuno.

—Gracias. ¿Podría dejarlo en la terraza, por favor?

—Por supuesto.

Retrocedí para dejarle pasar y él, muy profesional, condujo el carrito a través del camarote hacia la terraza donde pensaba desayunar cada mañana.

Cuando el camarero se retiró, agradecí en voz baja y cerré la puerta. Crucé el salón y salí a la terraza, donde el desayuno me esperaba impecablemente presentado: zumo de naranja natural, una cafetera, croissants calientes, mermeladas artesanales, un bol de frutas frescas y yogur griego con miel.

Me senté en una de las sillas, sintiendo la calidez del sol en las piernas. Frente a mí, el azul del mar se perdía en el horizonte. La brisa agitaba mi cabello suelto mientras me servía una taza de café y respiraba hondo. Aquello sí que era despertar con estilo.

Entonces, inevitablemente, pensé en él. En Ethan Drake.

No sabía muy bien por qué, pero su imagen no dejaba de colarse en mis pensamientos. Tal vez porque había sido el último rostro que vi la noche anterior, o quizás porque había algo en su forma de mirar, en ese tono calmado con el que hablaba, que me dejaba un eco difícil de silenciar.

Alto, debía rozar el metro noventa, con ese cuerpo trabajado sin duda alguna por el deporte, aunque no del tipo que se exhibía en un gimnasio. Su complexión era natural, de quien vivía activo, con los hombros anchos, la espalda recta, el porte elegante. El cabello negro, ligeramente desordenado, como si el viento marino no pudiera resistirse a despeinarlo. Y los ojos…

Dios, sus ojos. Un gris azulado que no había visto nunca. Como el cielo justo antes de una tormenta, cambiantes, magnéticos. La mandíbula marcada, la sonrisa enigmática, como si ocultara un secreto que solo compartiría si estabas dispuesta a jugar.

Me sorprendí a mí misma suspirando mientras mordía un trozo de croissant. Por el amor de Dios, que esto era un crucero, no una película romántica. Además, un hombre así no se fijaría nunca en una mujer como yo.

Él había sido simplemente amable. Un caballero que notó que yo iba un poco bebida y se ofreció a acompañarme hasta la puerta de mi camarote. Nada más.

Aunque… su sonrisa cuando me habló del tacón roto, su forma de escucharme cuando le conté lo de mis amigos, su mirada cuando nos

despedimos… Había algo, o al menos eso quise creer. ¿Me lo habría imaginado todo por culpa del vino y el champán?

Cogí el móvil y saqué una foto al desayuno. El contraste del blanco del mantel, los colores vivos de la fruta y el azul del mar de fondo era sencillamente perfecto. La publiqué en mis redes con una frase breve, pero muy significativa.

"Despertar con vistas al paraíso. Hoy toca sol, piscina y risas. #crucerodelossueños #momentosúnicos"

No tardaron en llegar los primeros *likes* y comentarios y, después, un mensaje de mi madre.

Mamá: *¿Ya estás despierta, cariño? ¿Cómo fue la primera noche?*

Le respondí con un audio, que no tardó ni un minuto en contestar con otro.

—Pero ¿cómo que se te rompió el tacón la primera noche? ¡Eso es muy tuyo! Seguro que fue culpa de esos zapatos tan altos. ¿Y ese tal Ethan? ¿Cómo era? Cuéntame más, hija, que me dejas a medias.

Sonreí. Mi madre era un terremoto. Tenía sesenta y cinco años, pero energía de veinteañera. Le conté un poco más de la anécdota y le aseguré que me estaba divirtiendo mucho, que Lola y Saúl estaban igual de entusiasmados, y que esa mañana bajaríamos a la piscina para relajarnos y disfrutar del sol. Me dio las típicas recomendaciones de madre: no te quemes, no bebas mucho, cuida de tu bolso, y nos despedimos entre risas.

Tras terminar de desayunar, recogí la bandeja y la dejé junto a la puerta para que la retiraran. Me dirigí al baño y me di una ducha templada. El agua me despejó y me dejó la piel con ese olor a crema y jabón que tanto me gustaba. Me enrollé una toalla al cuerpo y me puse otra en el pelo mientras elegía qué ponerme para ir a la piscina.

Opté por un bikini rosa con lunares negros, con top *halter* y braguita de talle alto. No era el típico traje de baño diminuto, pero me hacía sentir cómoda y algo sexy, sin pretensiones. Encima, me puse un vestido negro

ligero, casi transparente, que se movía al ritmo de mis pasos. Guardé crema solar, gafas de sol, un libro, aunque dudaba que pudiera leer algo, y el móvil en mi capazo de playa de rafia.

Me miré en el espejo antes de salir. No estaba mal. No tenía el cuerpo de una modelo, pero después de mucho trabajo había aprendido a querer mis curvas, mis caderas anchas, mi pecho generoso. Tenía treinta años y estaba aprendiendo a dejar de pelearme con el reflejo del espejo.

Salí del camarote con las gafas puestas, y al sentir el calor suave del sol, supe que aquel día sería perfecto.

Me esperaba una mañana de piscina con mis dos mejores amigos. Y aunque intenté no pensarlo más de la cuenta, en el fondo de mi mente seguía flotando un nombre con sabor a misterio.

Ethan Drake.

La piscina principal del crucero estaba situada en una zona amplia y luminosa rodeada de tumbonas, sombrillas y palmeras artificiales que, aunque falsas, conseguían crear una atmósfera tropical bastante lograda. El aire olía a protector solar, a coco y a cloro, con ese leve fondo a mar que lo envolvía todo en una sensación de verano infinito.

Vi a Lola y Saúl en cuanto llegué. Ocupaban tres tumbonas pegadas a la barandilla que daba vistas al océano, con una pequeña mesa de centro donde ya descansaban dos zumos de frutas. Lola estaba de espaldas, con su melena recogida en un moño alto y un pareo naranja atado a la cintura. Saúl, como siempre, llevaba unas gafas de sol ridículamente grandes y un sombrero de ala ancha que lo hacía parecer una versión moderna y algo excéntrica de Indiana Jones.

—¡Buenos días, dormilona! —exclamó Lola, al ver que me acercaba.

—¡Si supieras lo bien que he dormido! —respondí dejando el bolso sobre la tumbona vacía— Creo que el vaivén del barco me arrulló como si fuera una bebé.

—O fue el champán, cariño —dijo Saúl, levantando su zumo como brindis —. Todo es más dulce con burbujas.

Reí y me quité el vestido, dejándolo cuidadosamente doblado en una de las esquinas. El sol acarició mi piel y cerré los ojos un momento, disfrutando de esa sensación cálida que solo se sentía al inicio de unas vacaciones. Me senté en la tumbona y extendí la toalla.

—Hoy estoy decidida a que me dé el sol como si fuera una lagartija —dije, mientras me embadurnaba los brazos con protector solar.

—Y yo decidida a que nos traigan un mojito bien pronto —añadió Lola.

Pasamos un buen rato hablando de todo y de nada. De las primeras impresiones del barco, de los planes para los días siguientes, de si participaríamos o no en las actividades organizadas. Saúl ya había fichado a la instructora de yoga, y Lola había descubierto que había un taller de cocina internacional el miércoles. Yo, por mi parte, solo quería desconectar y dejarme llevar. Fluir.

—Creo que voy a darme un baño —anuncié al rato, poniéndome en pie—. El agua está llamándome desde que llegué.

—Ve, diosa del mar. Te estaremos observando desde la seguridad de nuestras tumbonas —dijo Saúl, de manera teatral.

Sonreí, me ajusté la parte superior del bikini y me dirigí a la piscina. No había demasiada gente en el agua, lo cual era perfecto. Bajé por los escalones poco a poco, dejando que la frescura del agua me envolviera. Cuando estuve completamente sumergida, me impulsé hacia delante y nadé unos metros bajo el agua.

Nadar siempre había sido una especie de liberación. Un espacio donde el mundo se silenciaba y solo quedaba el latido del propio cuerpo. Emergí, cogí aire y volví a sumergirme, dejando que el cuerpo flotara, ligero, como si no tuviera peso ni preocupaciones.

Y entonces ocurrió. Al salir a la superficie en uno de esos pequeños buceos, me choqué contra algo sólido y cálido.

—Uy, perdón —dije rápidamente, abriendo los ojos—. No te vi…

Y allí, justo frente a mis incrédulos ojos, estaba él.

Capítulo 9

Lara

De todos los pasajeros a bordo del crucero, de todas las zonas de la piscina… tenía que chocar precisamente con él, con Ethan Drake.

—No te preocupes —dijo con una sonrisa leve—. Si todos los choques fueran así, no me importaría repetir.

Me quedé un segundo paralizada. Notaba su mano apoyada en mi cintura, firme, pero suave, como si me sostuviera para mantenerme segura y que no perdiera el equilibrio. La corriente del agua nos había dejado a escasos centímetros. Su piel estaba mojada y brillaba bajo el sol. Tenía el cabello algo revuelto por el baño y, aun así, parecía salido de un catálogo.

—¿Estás bien? —preguntó con esa voz grave y tranquila.

—Sí, sí. Solo… me sorprendí un poco —respondí, sintiéndome torpe. Me aparté un poco, aunque la distancia seguía siendo mínima.

—Veo que ya te has recuperado del incidente con el tacón.

—Y yo, que aún te acuerdas —dije, riendo—. Fue una forma muy poco elegante de empezar el crucero.

—A mí me pareció original. Pocas personas pueden romper un tacón y aún parecer tan dueñas de la situación.

Me quedé mirándolo, sin saber si me estaba tomando el pelo o realmente era un halago. Pero había algo en su tono que me resultaba sincero. Cercano.

—¿Has venido sola? —preguntó entonces, curioso.

—No, he venido con mis amigos. De hecho, están ahí, tomando el sol —señalé discretamente a las tumbonas, donde Saúl hacía como que no miraba.

—Entonces puede que esta vez te presente a mi equipo también. Mira, allí están —señaló a un extremo de la piscina.

Giré la cabeza y vi a una mujer en bikini celeste y a un hombre con gafas de sol oscuras sentados en unas tumbonas cercanas.

—Mi hermana Julia. Y él es Aiden, mi mejor amigo. ¿Quieres que vayamos a saludar?

Dudé por un instante. No sabía si me apetecía tanto cruzarme de golpe con más desconocidos, pero algo en su forma de invitarme, tan natural, tan directa y sin segundas intenciones, me convenció.

—Vale —asentí—. Vamos.

Salimos del agua juntos. Caminaba a su lado consciente de cada paso, de cada gota que resbalaba por mi piel. Sentía su mirada, y eso me ponía nerviosa. Muy nerviosa.

—¿Tengo algo en la cara, o en otro sitio? —le pregunté, entre risas, intentando romper la tensión.

Él frunció ligeramente el ceño, confundido.

—¿Perdona?

—Es que me estás mirando como si estuviera descompuesta —bromeé, tragando saliva.

Y entonces él sonrió, esa sonrisa medio torcida, enigmática, que parecía solo suya.

—No hay nada malo —respondió—. Todo está perfecto.

Sentí un rubor subirme por el pecho hasta las mejillas. Apreté los labios y desvié la mirada un segundo. Aquello no era normal. No me pasaba con cualquiera. Algo había en él que alteraba mi radar interno, y mucho.

Al llegar a las tumbonas, Julia se incorporó, mirándome con curiosidad. Era preciosa, de esas mujeres que tenían algo magnético sin necesidad de hablar. Piel clara, ojos verdes, sonrisa dulce y un tipo de belleza que era imposible no notar. El hombre a su lado, Aiden, era el contraste perfecto: alto, rubio, con pinta de tipo serio, pero mirada astuta.

—Julia, Aiden —dijo Ethan—. Esta es Lara, nos hemos encontrado en la piscina.

—Encantada —dijo ella, tendiéndome la mano—. Ethan ya nos ha hablado de ti.

—Ah, ¿sí? Espero que solo cosas buenas —reí, algo cortada.

—Por supuesto —añadió Aiden, con un guiño.

—Mis amigos están ahí mismo —dije, señalando de nuevo—. Lola y Saúl. Seguro que estarán encantados de saludaros.

—Pues diles que se vengan —respondió Aiden con una amplia sonrisa—. Así hacemos grupo.

Miré hacia donde estaban Lola y Saúl y vi que ambos me miraban con una sonrisa cómplice. Lola incluso meneó la cabeza de forma divertida, y no pude evitar que me viniera a la mente su comentario de la noche anterior, cuando me dijo aquello de “vaya par de bombones son esos dos” cuando los vio en la barra del restaurante.

—Vuelvo enseguida —les dije, y me giré para ir con mis dos locos favoritos.

Caminé hacia ellos, todavía con las gotas de agua resbalando por la piel y la sonrisa puesta. Cuando llegué, Lola no tardó en hablar.

—¿Ya? ¡Cuéntanos! ¿Quiénes son esos dos?

Saúl se acercó y, al verme tan animada, bromeó.

—¿Tienes algún plan ya con esos "bombones"? Que no se te escape ningún detalle.

Me reí, y entre bromas, les conté un poco de quiénes eran, sin entrar en demasiados detalles.

—Nos invitan a unirnos a ellos —dije.

—Pues ya estamos tardando, nena —contestó Lola, con una amplia sonrisa de lo más pícara.

Lola y Saúl se levantaron sin perder tiempo y me siguieron hacia donde estaban los otros. Al acercarnos, Aiden nos recibió con una sonrisa.

—Lola, Saúl, ellos son, Julia, Aiden y Ethan. Julia es su hermana, y Aiden, su mejor amigo —comenté tras las presentaciones.

—Encantada —dijo Julia, estrechando la mano de Lola con fuerza.

—Un placer —añadió Aiden, haciendo lo propio con Saúl.

Nos acomodamos todos alrededor de una mesa cercana, que ya tenía algunos cócteles y canapés dispuestos. El camarero nos sirvió bebidas frescas, y no tardamos en comenzar a charlar animadamente y hablar sobre nuestras vidas y a lo que nos dedicábamos.

—¿Eres chef? —le preguntó Julia a Lola con interés— ¿Qué tipo de cocina haces?

—Soy dueña de un *food truck* vegano en Sevilla —respondió Lola, orgullosa—. La verdad es que ha sido toda una aventura, pero ahora es todo un éxito.

—¡Eso suena genial! —exclamó Aiden— Me encanta la comida vegana, aunque reconozco que me cuesta encontrar sitios buenos.

—Pues si vienes por Sevilla, ya sabes dónde encontrarme —bromeó Lola.

—Yo soy fotógrafo de moda y me encargo de la parte de redes sociales del negocio de Lola —comentó Saúl—. Así que estamos bien compenetrados.

—Qué combinación tan interesante —comentó Julia—. Yo soy escritora de novelas juveniles.

—¿Novelas juveniles? —pregunté con curiosidad— ¿Qué tipo de historias escribes?

—De todo un poco —respondió Julia con una bonita y sincera sonrisa—. A veces fantásticas, otras más realistas, pero siempre con personajes con los que los jóvenes puedan identificarse. He tenido la suerte de publicar en Londres, Francia y ahora en España.

—Vaya —dijo Saúl, impresionado—. Eso es increíble.

—Entonces, estáis aquí de vacaciones de amigos, ¿no? —preguntó Julia, mirándonos a los tres.

—Sí —respondió Lola—. Este crucero es como nuestro pequeño retiro anual, para desconectar y pasarlo bien.

—¿Vosotros también? —curioseó Saúl.

—Nosotros no estamos exactamente de vacaciones de amigos —dijo Julia, bajando un poco la voz—. Este viaje era mi luna de miel.

El silencio que se formó fue breve, pero palpable.

—¿Luna de miel? —pregunté, tratando de no sonar demasiado curiosa.

—Sí —continuó Julia—. Mi prometido me fue infiel con una compañera de trabajo justo antes de la boda. Así que, claro, hacer el viaje sola no me apetecía nada. Convencí a Ethan para que me acompañara, y él a Aiden.

Aiden asintió y añadió con una sonrisa:

—Lo que no hagamos nosotros por Julia, no lo hace nadie.

Nos reímos todos, pero la historia de Julia dejó una sombra leve entre las bromas.

—¿Y qué edad tienes? —preguntó Saúl, tratando de aliviar el ambiente.

—Veintiocho años —respondió ella con una sonrisa.

Lola hizo un gesto como de incredulidad.

—Todavía eres muy joven para sufrir por un hombre que no te merece.

Nos miramos entre todos, y aunque era un comentario amable, todos sabíamos que esas heridas solían ser más comunes de lo que uno quería admitir.

—Yo tengo treinta —dije—. Y tampoco es que esté libre de esas historias.

—Saúl y yo tenemos treinta y dos años —añadió Lola—. Y podríamos llenar un libro con historias de ex que ni recordamos ni queremos hacerlo.

Aiden sonrió antes de volver a hablar.

—Tanto Ethan, como yo, a nuestros cuarenta, tenemos una lista de amores y conquistas que tampoco merecen ser recordadas.

—Vaya, parece que todos hemos pasado por lo mismo —dijo Julia, levantando su copa—. Brindemos por eso.

Todos chocamos las copas y nos reímos, sintiendo la complicidad que se creaba cuando compartías no solo alegrías, sino también cicatrices.

Entonces Aiden propuso algo que resonó en todos.

—Si os parece bien, podríamos pasar estos días juntos. Tengo la sensación de que nos vamos a llevar muy bien.

Miré a Lola y noté cómo sus ojos brillaban al escuchar aquello. La forma en que Aiden la miraba no me pasó desapercibida; había algo cálido y auténtico en esa mirada que hacía sonreír a Lola de manera especial.

Todos aceptamos sin dudar, y el resto de la mañana la pasamos entre risas, bromas y bebidas refrescantes.

Sentí que Ethan me miraba con cierta frecuencia, y aunque eso me ponía nerviosa y un poco avergonzada, también me llenaba de una emoción extraña. Mi cuerpo, aunque no me disgustaba, no era como el de Julia, que tenía una figura esbelta y tonificada. Yo tenía algunas curvas más, y eso me hacía sentir insegura en ocasiones.

Sin embargo, esa mirada de Ethan parecía decirme que estaba bien tal y como era, y eso hizo que mi sonrisa fuera más auténtica.

Capítulo 10



Ethan

El vapor todavía flotaba en el aire del camarote cuando salí de la ducha, envuelto en una toalla que apenas se sostenía en mi cintura. Me pasé una mano por el pelo húmedo, sacudiendo las últimas gotas de agua antes de avanzar hacia la cama. El crucero estaba siendo mejor de lo que imaginaba, aunque no me había dado aún el tiempo de procesarlo del todo. La brisa salada del mar, el sol golpeando con fuerza durante el día y las risas de Julia, mi hermana, llenando cada rincón del barco... Era como si estuviésemos en una burbuja fuera del tiempo.

Entonces sonó el móvil. Vibró sobre la mesita de noche con insistencia, acompañado del tono que tenía asignado a mi padre. Sonreí sin querer. Sabía que tarde o temprano llamaría para saber si todo iba bien.

—¿Sí? —contesté, aún con el cuerpo húmedo y dejando que la toalla se deslizara un poco más mientras me sentaba en el borde de la cama.

—Hola, hijo. ¿Cómo va ese crucero de lujo? —la voz grave y cálida de mi padre me arrancó una sonrisa más amplia.

—Todo bien, papá. Julia está disfrutando como una niña, y yo… bueno, sobrevivo entre tanta actividad y comida a todas horas —reí.

—¿Y cómo está mi pequeña? ¿Come bien? ¿Se está cuidando?

—Come más que yo, no para de hablar con todo el mundo y se ha hecho amiga de media tripulación. Está mejor que en casa, créeme.

—Eso quería oír, que estéis bien los dos —hizo una pausa—. ¿Y tú? ¿Te estás divirtiendo?

—Digamos que estoy en proceso —respondí, pensando en lo que me esperaba esa noche.

—No me digas que no has conocido a nadie aún… —soltó con tono burlón.

—No vamos a tener esa conversación, papá —respondí, esquivando su curiosidad con una sonrisa que él no podía ver, pero seguro intuiría.

—Vale, vale… Nada de hablar de sentar la cabeza, que siempre serás el eterno soltero de la familia. No te interrumpo más. Solo quería saber cómo iba todo. Cuida de tu hermana y pásatelo bien, ¿eh?

—Lo haré. Te quiero, papá.

—Y yo a ti, hijo.

Colgué con una sensación cálida en el pecho. A pesar de nuestras diferencias, mi padre siempre estaba ahí. Me levanté, dejé el móvil sobre la mesa y caminé hacia el armario. Era hora de vestirme para la cena. Habíamos quedado todos en el restaurante principal del crucero: Aiden, Julia, Lara, Lola y Saúl. Un grupo peculiar, pero con una química inesperada.

Me puse unos pantalones negros ajustados y una camisa blanca de lino, remangada hasta los codos. Me miré en el espejo mientras me abrochaba los botones con calma. El reflejo me devolvía la imagen de un hombre más bronceado de lo habitual, relajado, casi desenfadado. La camisa marcaba ligeramente el pecho y los brazos, detalle que no me desagradaba.

Pensé en Lara.

En lo guapa que estaba siempre, sin esfuerzo. Su forma de moverse, de mirar... Esa risa grave que salía de su garganta y que a veces me descolocaba. Era un torbellino de sensualidad. Tenía un cuerpo que no pasaba

desapercibido, eso estaba claro. Curvas sensuales, piernas largas y una mirada que decía más de lo que ella misma imaginaba.

Me fijé en mi entrepierna. El simple pensamiento de ella había bastado para que mi cuerpo reaccionara. Arqueé una ceja, entre divertido e incrédulo. Ni siquiera la había visto esa noche aún y ya estaba así. Sonreí. Esa mujer iba a ser un problema.

Cogí el móvil, la cartera y el reloj. Me puse los zapatos y salí del camarote rumbo al restaurante.

Las luces cálidas del pasillo iluminaban el camino mientras avanzaba. El murmullo del barco era constante: risas, música suave de fondo, conversaciones en múltiples idiomas.

Nada más llegar al restaurante, vi a Aiden apoyado en la barra, esperándome con una copa en la mano. Lo saludé con un gesto de cabeza y me acerqué.

—¡Hombre! Por fin —dijo con su eterna sonrisa socarrona—. ¿Te has perdido por el camino o qué?

—Tenía que sobrevivir a la llamada de mi padre primero —respondí, chocando mi puño con el suyo.

—¿Y qué tal todo por allí?

—Bien, preguntando por Julia, cómo no.

—Normal, es la consentida de la familia —dijo, dio un trago a su copa y luego me miró de lado—. Por cierto… ¿Has visto a Lara y Lola esta noche? Están brutales.

—Todavía no —dije, aunque no podía negar que lo estaba deseando—. ¿Tan espectaculares vienen?

—No te exagero, Ethan. Las dos están para pecar. Pero Lara... joder. Esa mujer tiene algo. Muy de tu rollo, si me entiendes.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, aunque lo sabía perfectamente.

—Que igual este crucero se vuelve más divertido si ellas se atreven a jugar con nosotros.

Volteé ligeramente los ojos y solté una carcajada, negando con la cabeza.

—Deja de hacer planes y piensa en lo que podemos hacer mañana. Llegamos a Santorini.

Aiden iba a responder, pero de pronto su rostro se transformó. Se quedó mirando hacia la entrada del restaurante, completamente serio.

—Pues por lo pronto, esta noche no voy a poder dormir con lo que estoy viendo —dijo en voz baja.

Me giré para mirar, y allí estaban. Julia, Lara, Lola y Saúl entraban riendo, iluminando el salón entero con su energía. Pero yo solo tuve ojos para una.

Lara.

Esa preciosa mujer entró como si el mundo se detuviese solo para contemplarla. El tiempo pareció ralentizarse mientras mis ojos recorrían cada línea de su cuerpo. Llevaba un vestido negro brillante, ajustado, de tirantes finos que dejaban al descubierto sus hombros y parte del escote. La tela le llegaba hasta la mitad del muslo, abrazando cada curva como si hubiese sido diseñado solo para ella.

Sandalias plateadas de tacón alto realzaban aún más sus largas piernas. Caminaba con seguridad, pero sin pretensión, riéndose con esa naturalidad suya que la hacía aún más jodidamente atractiva. Llevaba el pelo recogido en un moño desordenado que dejaba su cuello totalmente expuesto y su espalda… completamente descubierta.

Y eso significaba que no llevaba sujetador.

Tuve que tragar saliva. Noté una punzada de deseo recorrerme desde el vientre bajo hasta la entrepierna. Sí, mi cuerpo no mentía. Estaba excitado

con solo verla entrar. Me obligué a mantener la compostura mientras arqueaba una ceja, con una sonrisa ladeada.

—Dios… —murmuré más para mí, que para Aiden.

—¿Lo ves? Te lo dije —respondió él, también observando la escena con atención—. Esa mujer es una bomba de relojería y ni siquiera se da cuenta.

Los cuatro se acercaban riendo. Julia parecía estar contando algo que los hacía reír a carcajadas, y Lara caminaba junto a ella, con una sonrisa de lado que me hizo maldecir en voz baja.

No era solo su cuerpo, era la manera en la que se movía. Con una confianza discreta, sin buscar atención, pero obteniéndola sin remedio. Y no era el único que la miraba. Vi a dos hombres en la mesa contigua darse codazos y señalarla con disimulo. Otro, más descarado, prácticamente se la comía con los ojos.

Tuve que contener un gruñido.

Cuando llegaron a la barra, Lola fue la primera en lanzarse a saludarnos. Como siempre, su impulsividad era parte de su encanto.

—Pero ¡qué guapos! —exclamó, abrazando primero a Aiden con un beso en la mejilla y luego a mí— Estáis muy elegantes, ¿eh? Así da gusto viajar.

—Y vosotras venís peligrosamente atractivas —le respondió Aiden, devolviéndole el guiño.

Mientras todos intercambiaban saludos y comentarios, yo me acerqué discretamente a Lara. No lo pensé demasiado. Mi mano se posó suavemente en su cintura. Ella se tensó durante un segundo al sentir el contacto, y entonces se giró hacia mí.

Me incliné un poco, quedando a su altura.

—¿Tú no vas a saludarme con un beso, Lara?

Vi cómo se mordía el labio inferior. Levemente. Casi imperceptible… pero estaba ahí. Su rubor se encendió en las mejillas. Sonreí de forma contenida, esperando.

Entonces se puso de puntillas y me besó en la mejilla. Su boca rozó la piel con más suavidad de la que imaginaba. Un gesto simple, pero que me prendió como gasolina sobre una llama.

—Estás preciosa —le dije al oído—. ¿Sabes que todos los hombres aquí te están mirando?

Ella ladeó la cabeza con una sonrisa torcida, pero sin apartarse de mí.

—Es porque no están acostumbrados a ver a una mujer con mis curvas en un vestido tan pequeño —contestó, encogiéndose de hombros.

Me eché a reír, divertido y encantado a partes iguales. Le acaricié la mejilla con el dorso de los dedos, un gesto natural, íntimo, como si me perteneciera de alguna forma.

—Ellos se lo pierden —susurré—, pero esta noche no pienso dejar que nadie se acerque a ti. Quiero que seas mi acompañante.

La expresión de Lara se suavizó, y ese rubor volvió a aparecer en sus mejillas, como si mis palabras la descolocaran.

—Me gusta ese rubor que te sale cuando estás cerca de mí —añadí, sin apartar la mirada.

—Es que me impones —soltó ella, con una risa nerviosa.

Arqueé una ceja, divertido.

—¿Yo? ¿Por qué?

—No lo sé. Tienes una mirada… una presencia. Como si tuvieras un cartel luminoso en la frente que dice “peligro”.

Solté una carcajada y me encogí de hombros, sin negar ni confirmar. Julia se giró entonces hacia nosotros.

—¡Venga! Vamos a sentarnos ya, que tengo hambre —dijo con ese tono alegre que la caracterizaba.

Nos dirigimos a la mesa reservada y, de forma natural, nos acomodamos en parejas: Aiden con Lola, Julia con Saúl, y yo con Lara a mi lado.

La cena comenzó con risas, copas de vino blanco y varios entrantes que llegaron a la mesa sin que nadie los pidiera. El ambiente era de lo más natural, como si todos lleváramos años viajando juntos.

—Mañana llegamos a Santorini —dijo Julia, mientras partía un trozo de pan—. Quiero hacer algo de turismo gastronómico. He leído que hay sitios buenísimos por allí.

—Y ver los sitios típicos —añadió Lara—. Las cúpulas azules, las callejuelas blancas… todo eso.

—Yo quiero ver monumentos —intervino Lola con una sonrisa traviesa—. Tengo entendido que los griegos en sí ya son un monumento…

Y al escuchar a la pelirroja, estallamos todos en carcajadas.

—He visto que hay un local muy curioso en Santorini —comentó Aiden, levantando una ceja.

—¿Curioso, tipo qué? —pregunté, sabiendo que su tono implicaba algo más.

—Un sitio donde puedes tomar una copa, bailar, conocer gente… y lo que surja —dijo con una sonrisa ambigua.

Julia lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Lo que surja tipo sexo?

El silencio duró medio segundo. Saúl, Lara y Lola la miraron como si hubiese dicho algo impensable.

—Sí —asintió Aiden, sin inmutarse—. Es un sitio rollo liberal. No hay presión. Entras, te tomas algo y si te apetece, participas.

Noté cómo el cuerpo de Lara se ponía algo tenso a mi lado, y se removió en la silla, como si esa idea la hubiera incomodado… o despertado cierta inquietud.

Me incliné hacia ella.

—No le hagas caso, está bromeando —susurré, para tranquilizarla.

Pero ella giró el rostro hacia mí y dijo:

—Tomar una copa suena bien. Por mí no hay problema.

Y ahí estaba. Esa mujer iba a sorprenderme más de lo que creía. Me quedé mirándola un segundo más de la cuenta, sabiendo que acababa de abrir una puerta que ninguno de los dos esperaba.

—Pues si estáis todos dispuestos… —intervino Julia—, ya tenemos plan para mañana, durante el día y por la noche.

Los demás asintieron entre risas, brindando con sus copas. Y así, sin apenas darnos cuenta, el crucero empezaba a arder.

Capítulo 11



Ethan

Después de la cena, la atmósfera cambió. La música en el restaurante se hizo más movida, más festiva, y todos sentimos que era hora de bajar al área de la discoteca del barco. Salimos juntos, todavía riendo por las bromas y los planes para Santorini, y nos dirigimos hacia la zona de la barra, donde nos sentamos para pedir unas copas.

Las chicas no tardaron en lanzarse a la pista de baile. Julia, Lola y Lara, desaparecieron entre la multitud, moviéndose con soltura y soltando risas que parecían contagiarse por todo el local. Ellas no parecían darse cuenta, o no querían hacerlo, pero los hombres las miraban y yo sabía que querían acercarse a ellas, invitarlas a bailar o a una copa. Aiden, Saúl y yo nos quedamos en la barra, en modo observador, sin dejar de charlar y brindar.

Saúl, que parecía el más relajado del grupo, nos contó que, en Sevilla, solían ir a un local *swinger* de vez en cuando.

—¿Lara también? —pregunté sorprendido, echándole un vistazo para ver su reacción.

Saúl asintió.

—Sí, vamos los tres. Es una forma de desconectar y divertirnos sin complicaciones.

Aiden frunció el ceño con curiosidad y quiso saber si los tres jugaban juntos. Saúl soltó una carcajada amplia, despreocupada.

—No, no, cada uno escoge su acompañante. Y os digo una cosa: yo a ellas las quiero como si fueran mis hermanas. Por muy sexis y explosivas que estén, y que se lo diga sin cortarme lo más mínimo, jamás cruzaría esa línea.

Aiden asintió con comprensión.

—Con Julia me pasa lo mismo —dijo, sonriendo hacia donde estaba mi hermana.

Fue en ese momento cuando las chicas regresaron, con las mejillas sonrojadas y el brillo de la música en los ojos. Julia tomó la mano de Saúl y se lo llevó para bailar juntos, sonriendo como si el mundo no existiera más allá de ellos.

Lola se volvió hacia Aiden.

—¿Quieres bailar?

—Nena, contigo quiero lo que tú quieras —respondió él, provocándole una sonrisa dulce y desafiante.

Lola miró hacia donde estaba Lara y murmuró:

—Tengo la sensación de que este viaje va a ser mejor de lo que esperaba.

Y entonces Aiden y Lola, se perdieron entre la multitud de bailarines. Yo me quedé solo en la barra con Lara, observándola sin que ella me mirara.

Me acerqué y le pregunté si quería bailar, pero ella contestó con cierto titubeo.

—Si no quieres, no te voy a obligar.

Sonreí y me bebí el whisky de un trago. Luego le cogí la mano y la llevé a la pista. La música comenzó a sonar, y no era cualquier canción, sino una bachata de Romeo Santos, una de las más sensuales y cargadas de pasión que, según mi hermana, tenía ese hombre. *“Propuesta Indecente”*.

“Dígame si ha hecho algo travieso alguna vez…”

Nos acercamos el uno al otro, pegándonos con la suavidad y la intensidad con la que solo ese ritmo podía conseguir. Noté cada pequeño movimiento de su cuerpo, cada roce, cada suspiro.

Poco a poco, mis manos empezaron a recorrerla con delicadeza, acariciando su muslo despacio, notando cómo su piel temblaba bajo mis dedos. Le levanté la pierna e hice que me rodeara con ella la cadera, apretándola contra mí.

“Si levanto tu falda, ¿me darías el derecho a medir tu sensatez? …”

Vi cómo se mordía el labio, dejando claro que ella también sentía la electricidad que fluía entre nosotros. Me incliné hacia su cuello, rozando la piel con la punta de la nariz, y escuché un gemido bajo, apenas audible, cuando mi miembro se presionó contra su sexo.

Nos miramos a los ojos sin decir una sola palabra. Y en ese instante supe que Lara iba a ser un peligro para mí durante un mes.

Volvimos a la barra después de bailar, pero yo no podía despegar mis ojos de Lara. Había algo en su forma de moverse, en la manera en que sus ojos brillaban cuando la música la atrapaba, que me mantenía hipnotizado. Los demás seguían bailando, entregados a la música y las risas, mientras nosotros pedíamos un par de copas más, aunque apenas sentía el sabor del alcohol; mi atención estaba completamente atrapada en ella.

Sin pensarlo demasiado, le cogí la mano con suavidad, entrelazando los dedos, y la conduje hacia una zona más apartada, donde había varios reservados discretos. Ella no protestó, aunque noté que sus pasos eran un poco más lentos, como si de repente le pesara la realidad de aquel gesto.

Nos sentamos en un sofá, casi pegados, y noté cómo sus nervios aumentaban. Lara jugaba con el borde del vaso, mientras su mirada se desviaba de la mía, como si luchara por controlar algo dentro de ella. Quise romper esa distancia y me acerqué despacio, hasta que nuestras rodillas se rozaron.

—¿Estás nerviosa? —le pregunté bajito, sin apartar los ojos de los suyos.

Ella tragó saliva y asintió con una sonrisa tímida.

—Un poco… no esperaba que esto fuera tan rápido.

Sonreí divertido, sintiendo un cosquilleo en el pecho.

—A veces lo inesperado es lo mejor —murmuré—. No tienes que preocuparte, estoy aquí contigo.

Mis dedos comenzaron a acariciar su muslo con delicadeza, subiendo lentamente, explorando esa piel suave y caliente. Sentí cómo su cuerpo reaccionaba a cada toque, un pequeño estremecimiento que me hizo sonreír de manera casi imperceptible.

Lara levantó la vista y nuestros ojos se encontraron, cargados de algo intenso y difícil de describir. Sin decir ni una palabra, se acercó a mí y sus labios se posaron sobre los míos con una mezcla de timidez y urgencia.

El beso se fue haciendo más profundo, las lenguas comenzaron a jugar entre sí, y la electricidad que sentía me recorrió de arriba abajo. La cogí por la cintura y la senté en mi regazo, sintiendo cómo su cuerpo se moldeaba contra el mío, haciendo que mi erección se clavara con fuerza en sus muslos.

—Eres increíble —le susurré al oído, notando que su respiración se aceleraba.

Sus manos se enredaron en mi cabello y sus dedos apretaron con suavidad, aumentando la intensidad del beso. Sentí su calor, su perfume y el temblor de su cuerpo completamente entregado.

Con una mano exploré su espalda desnuda, deslizando mis dedos por esa piel tersa y descubierta, mientras que con la otra acariciaba su muslo despacio, notando cómo se estremecía bajo mi tacto. Lara mordió su labio inferior, y sus ojos brillaron con una mezcla de deseo y vulnerabilidad que me volvió loco.

Poco a poco, ella levantó una pierna y con ella me rodeó la cintura, apretándome contra ella. Pude escuchar un gemido bajo y ahogado, apenas un suspiro que me hizo rozar con más insistencia mi miembro contra su sexo, provocando que el deseo se hiciera aún más palpable.

Me incliné para rozar su cuello con la punta de la nariz, disfrutando del temblor que recorría su cuerpo, y escuché un gemido más claro, que me dijo que estábamos jugando con fuego.

—Lara… —susurré, con la voz ronca—, no sé si voy a poder controlarme.

Ella me miró entrecerrando los ojos, sonrojada, y contestó con una voz suave.

—Yo tampoco.

Nos quedamos mirándonos en silencio, comunicándonos sin palabras, con la intensidad de una llama que amenazaba con devorarnos.

Cuando me separé un poco, le pregunté.

—¿Quieres que sigamos?

Lara mordió su labio otra vez, y no me pude resistir. La besé y yo mismo mordí ese labio que me llamaba constantemente, que me incitaba a hacerlo. Entonces asintió con un brillo travieso en la mirada.

—Sí —dijo en un hilo de voz—, quiero.

Empezó a desabrocharme el pantalón con manos decididas, deslizando la mano al interior de mi bóxer. Su tacto era cálido y firme, y sentí un leve gruñido escapando de mí, ronco y contenido. Mientras, mis dedos encontraron el borde de su tanga, lo aparté con suavidad para acariciar su clítoris.

Ella me masturbaba con ritmo, y la combinación era electrizante. Nuestra respiración se aceleraba, el calor entre nosotros crecía hasta casi quemar la piel.

—¿Tienes preservativos? —me preguntó con la voz entrecortada antes de que la alcanzara un orgasmo.

Asentí y saqué uno de mi cartera, poniéndomelo con calma, pero sin perder la urgencia que nos dominaba.

Nos entregamos en ese sofá con una pasión casi salvaje. Cada movimiento era un juego de fuego, un intercambio de caricias, gemidos y suspiros que se perdían en la música que seguía de fondo. Sentí su cuerpo contra el mío, la presión de sus curvas, la suavidad de su piel. Era erótico, intenso, visceral.

Cuando terminamos, nos quedamos abrazados, jadeando, compartiendo esa calma que venía después de la tormenta. Lara me miró con ojos brillantes, las mejillas sonrojadas y una sonrisa que era pura complicidad.

—Lo que pase en el crucero, se queda en el crucero —susurró, antes de levantarse y salir del reservado, dejándome allí, con el corazón latiendo a mil por hora y la certeza de que aquella mujer era mucho más de lo que había imaginado.

Pensé que estaba perdido, que me había metido en algo peligroso, pero también que no podía esperar a ver hasta dónde nos llevaría ese fuego en el que estaba más que dispuesto a arder sin miedo.

Capítulo 12

Lara

Me desperté con la luz tenue filtrándose por la cortina del camarote. Un rayo de sol se colaba justo por la rendija, acariciándome el rostro con la delicadeza de una caricia apenas consciente. Estaba tumbada bocarriba, envuelta en una sábana fina que cubría mi cuerpo desnudo, con el corazón latiendo con fuerza por los recuerdos de la noche anterior.

Cerré los ojos y sonreí. Ethan.

No necesitaba más que ese nombre para que una oleada de calor me recorriera el cuerpo. Volví a vivir mentalmente la bachata en la pista de baile, sus manos en mi cintura, sus dedos explorándome como si supiera exactamente qué parte de mí quería que tocara. Su nariz rozándome el cuello, la manera en la que su respiración se entrecortaba cuando me pegaba más a él, y luego, en el reservado…

Respiré hondo, mordiéndome el labio inferior.

Aquello había sido mucho más que un simple revolcón. Fue lujuria, sí, pero también deseo contenido, hambre sin medida, conexión física y mental. Me estremecía con cada recuerdo: su voz susurrándome al oído, el gruñido grave cuando le acaricié por dentro del pantalón, cómo me tomó en el sofá como si le perteneciera, cómo mi cuerpo reaccionó sin filtros.

Me giré lentamente sobre el colchón, estirando los músculos que aún me dolían agradablemente por el encuentro. Cerré los ojos un segundo más;

después me levanté y fui a darme una ducha.

Me di una ducha rápida, dejando que el agua caliente me ayudara a aterrizar en el presente. No podía quitarme de la cabeza el tacto de Ethan, ni la forma en que me hacía sentir tan deseada.

—Buenos días, zorrita —dijo Lola.

—¡Pero qué susto, joder! —grité, porque no la esperaba—. ¿Tú no sabes llamar?

La muy cabrita estaba sentada en el borde de mi cama, sonriendo, con un croissant en la mano.

—Llamé dos veces y tú no contestaste —respondió ella, encogiéndose de hombros—. Así que asumí que estarías muerta, o con resaca, o en coma post-sexo.

Se llevó el croissant a la boca y me guiñó un ojo.

—Café y bollitos en el bufé. He traído para ti —dijo, señalando la bandeja con dos tazas humeantes y varios dulces—. Tienes una cara de haber follado que no puedes con ella —soltó entre carcajadas.

—Eres muy sutil —respondí, sentándome frente a ella y cogiendo el café.

Desayunamos en silencio durante unos segundos, hasta que no pudo más.

—Venga ya, cuéntamelo todo. Ethan… ¿Es tan bueno como parece?

Me atraganté ligeramente con el primer sorbo de café.

—Lola…

—No, no te hagas la digna ahora. Tú sabes lo que quiero decir. ¡Que anoche casi tenías un orgasmo solo bailando!

—Es que… —resoplé, dejando la taza en la mesilla— Fue… increíble. De verdad. No sé qué tiene ese hombre. Me rozaba la piel y era como si me electrificara. No sabía si quería besarlo o que me empotrara contra la pared.

—Y al final fue lo segundo, ¿eh? —Me miró con una ceja arqueada.

—Nos… nos liamos en el reservado —confesé, bajando la voz.

—¿Liar rollo besos o liar rollo ‘le metiste mano mientras te agarraba de la cintura’?

Me eché a reír, avergonzada pero feliz. Ya estaba dicho, no iba a ocultarlo.

—Lo hicimos —admití finalmente, bajando la voz.

Lola pegó un brinco en la cama, dando palmas como si hubiese ganado un premio.

—¡Nena! ¡Eres mi ídolo! ¡Te juro que te amo! O sea, tú sí que sabes vivir. ¡Qué maravilla! ¡Esto sí es aprovechar un crucero como se debe!

Su entusiasmo era contagioso. Me reí a carcajadas mientras me quitaba el albornoz para empezar a vestirme.

—Y me alegro, ¿sabes? —añadió Lola más tranquila— Me acuerdo perfectamente de cómo eras con aquel imbécil con el que casi te casas hace cinco años. Era un gilipollas integral y tú estabas apagada, como si te hubieran quitado el brillo.

Me detuve un segundo al oír eso. Sí, había sido un error dejar que alguien tan gris controlase mis colores.

—Ya era hora de que volvieras a ser tú. Salvaje. Divertida. Sexy. Y libre.

Se acercó y me abrazó con fuerza, sin más palabras. A veces, Lola era escandalosa, alocada y sin filtro, pero sabía exactamente cuándo decir lo que hacía falta.

—Gracias —murmuré, emocionada—. ¿Y tú con Aiden? —curioseé.

—Pues casi lo hacemos en su camarote —rio—. Pero no, dijimos que mejor esta noche, que los dos vamos a jugar y exprimir ese local al máximo.

—Estás loca —reí, mientras me levantaba para vestirme.

Me puse un conjunto cómodo: pantalón corto de lino blanco, blusa ligera de tirantes y unas sandalias planas. Cogí mi bolso, gafas de sol, crema solar, y tras darnos un último retoque, salimos juntas del camarote listas para nuestro día en Santorini.

El sol griego nos recibió con fuerza nada más poner un pie en la cubierta del barco. El azul del mar se extendía como un espejo líquido y las casitas blancas de Santorini brillaban en la distancia como un lienzo recién pintado. Me coloqué las gafas de sol sobre la cabeza mientras avanzábamos hacia la zona de desembarque. El aire olía a sal, a jazmín, a verano.

Allí estaban ya Saúl, Julia, Ethan y Aiden, esperándonos. Apenas los vi, mi mirada se fue directa a él, como si el resto del mundo quedara en segundo plano. Ethan vestía con una camiseta negra ajustada que marcaba sus brazos y un pantalón beige que se ceñía de forma peligrosa a su cuerpo. El sol le daba justo en el rostro y me hizo preguntarme si podía haber un hombre más atractivo a esas horas de la mañana.

Y entonces me miró, y a mí se me paró el corazón.

Esa forma suya de observarme, como si me desnudara sin prisas, como si recordara exactamente cómo sonaba mi voz cuando gemía en su oído… Me sonrojé sin remedio. Podía notar el calor subir por mis mejillas, por mi cuello, por todo el cuerpo.

Lola, por supuesto, saludó a todos con la misma energía que si fuese una fiesta privada. Besó en la mejilla a cada uno y, al llegar a Aiden, se detuvo un par de segundos más de la cuenta.

—Buenos días, rubio —le lanzó una sonrisa torcida que era puro juego.

Aiden se la devolvió con un guiño, claramente encantado.

Yo estaba a punto de saludar a Julia cuando Ethan se acercó. No me dio tiempo ni a pensar. Se inclinó un poco, me rodeó la cintura con una mano y me dio un beso suave, justo en la comisura de los labios.

—Buenos días, preciosa —su voz grave me rozó la piel como si fuera terciopelo—. ¿Has dormido bien?

Lo miré, atónita, con el corazón en la garganta.

—Sí… bastante bien —respondí en un susurro. No supe si me temblaba más la voz o las piernas.

La bajada del barco fue tranquila, aunque ya no era capaz de concentrarme en nada más que no fuera él. Caminábamos todos juntos, con la emoción de turistas novatos. Santorini se alzaba ante nosotros como un pequeño paraíso: casas encaladas, tejados azules, callejuelas empedradas, flores que colgaban de cada balcón y un cielo tan limpio que parecía sacado de un sueño.

Julia, como siempre, era la más organizada. Llevaba una pequeña lista en el móvil con los sitios que quería ver, y Saúl la seguía sin rechistar, sonriendo, como si aquello le encantara.

—Primero vamos al mirador de Oía —dijo ella con entusiasmo—. Desde allí se ve todo el mar Egeo. Dicen que las fotos parecen postales.

Y tenía razón. El lugar era espectacular. Nos hicimos mil fotos: selfis, grupales, en pareja, fotos robadas y hasta alguna que otra más artística con el mar de fondo. Lola posaba como si fuera modelo profesional, mientras Aiden, le hacía las fotos sin disimular que se lo pasaba bomba.

—Vale, esa me gusta —dijo ella revisando su móvil—. Esta noche la subo a Instagram con una frase muy profunda tipo, “perdiéndome para encontrarme” o algo así de intenso.

Todos reímos. Yo, por mi parte, sentía la mano de Ethan rozando la mía mientras caminábamos. A veces nuestros dedos se tocaban apenas un

segundo, como un roce accidental, pero no era casual, lo sabía y él, también.

Después de un rato visitando tiendas y callejuelas preciosas, fuimos a comer a una pequeña taberna con terraza. El sitio tenía vistas al mar y olía a hierbas aromáticas y pan recién hecho.

—Dios, qué hambre tengo —dijo Saúl, dejándose caer en una silla—. Creo que me comería una oveja entera.

—Pues estás de suerte —añadió Aiden, hojeando el menú—. Aquí tienen *souvlak*i de cordero, moussaka, hojas de parra rellenas…

Pedimos un poco de todo: ensalada griega con feta, *kleftiko*, *spanakopita* y vino blanco helado. El postre fue una absoluta delicia: *baklava* con miel y pistacho y un café griego tan fuerte que me puso los ojos como platos.

Durante la comida, todo fueron risas. Entre bromas sobre los platos griegos, miradas cruzadas y toques por debajo de la mesa, la tensión entre Ethan y yo iba creciendo a pasos agigantados. Me ponía nerviosa. Me ponía muy nerviosa.

Cada vez que nuestras miradas se encontraban, sentía como si una corriente eléctrica me recorriera la piel. Y él… él no dejaba de observarme como si ya supiera cómo acabaríamos esa noche.

Tras la comida, seguimos recorriendo el pueblo, visitamos una iglesia ortodoxa con frescos impresionantes y una pequeña tienda de cerámicas donde Julia se enamoró de una taza pintada a mano. Fue en ese momento, cuando los demás estaban entretenidos viendo recuerdos, que Ethan me cogió de la cintura sin previo aviso.

—Ven —me susurró al oído.

Y antes de poder reaccionar, me llevó con decisión a un pequeño callejón estrecho, escondido entre dos casas. El corazón me palpitaba con fuerza. Me apoyó suavemente contra la pared encalada y, sin dejarme tiempo para pensar, me besó con hambre contenida.

—No podía aguantar más sin hacer esto —susurró contra mis labios, mientras una de sus manos recorría lentamente mi cintura.

Cerré los ojos y me dejé llevar.

Mis dedos se enredaron en su camiseta, mi cuerpo se pegó al suyo sin remedio y, durante unos segundos, olvidé dónde estábamos, olvidé el mundo entero. Solo existía él, su boca, su lengua, sus manos, y el calor que desprendía su cuerpo.

Me separé un poco, mordiéndome el labio de forma instintiva. Maldita sea. Vi cómo sus ojos se oscurecían al ver ese gesto. Reconocí ese brillo en su mirada. El mismo de anoche. Ese que decía que quería más. Mucho más.

—Deja de morderte así el labio —murmuró—. No me estás ayudando a controlarme.

—¿Y quién ha dicho que quiero que te controles?

Ambos sonreímos. Se inclinó una vez más y me besó despacio, con esa ternura que contrastaba con el deseo que nos devoraba por dentro. Y después, sin decir más, me cogió de la mano y regresamos al grupo, como si nada hubiera pasado.

Los demás seguían mirando recuerdos en una tienda, riendo entre ellos.

—¡Eh! Venid, hay imanes con gatos griegos con toga —dijo Lola entre carcajadas—. ¡Y condones con la cara de Zeus!

Entramos las tres juntas a la tienda mientras los chicos esperaban fuera.

Y yo, mientras miraba pulseritas con olivas de cerámica, solo podía pensar en esa boca, esos labios, esas manos… y en lo mucho que me quemaban por dentro las ganas de repetirlo todo.

Capítulo 13

Lara

El camarote estaba en silencio. Solo se oía el zumbido suave del aire acondicionado y el leve repicar del agua golpeando el casco del barco.

Estaba sentada frente al espejo, en ropa interior, mientras la plancha del pelo soltaba vapor y yo intentaba calmar los nervios. Aunque ya había compartido momentos muy íntimos con Ethan, esa noche tenía un matiz diferente. Era el hecho de saber que íbamos a un local *swinger* lo que me ponía en un estado de excitación y alerta.

Aun así, me centré en arreglarme con mimo. Elegí un vestido azul marino, de tirantes finos cruzados en la espalda, que dejaba casi toda mi piel al descubierto. El escote era discreto, pero la espalda... la espalda era pura provocación. Me recogí el cabello en una coleta alta, bien pulida, dejando que los mechones sueltos enmarcaran mi rostro.

Un toque de maquillaje sutil: piel luminosa, ojos ligeramente delineados y labios rojos. No necesitaba más.

Me puse unos tacones negros de tiras y cuando me miré en el espejo de cuerpo entero, tuve que admitirlo. Me sentía jodidamente guapa.

Cogí el bolso, respiré hondo y salí del camarote.

Al llegar al punto de encuentro, los vi a todos ya allí. Julia y Saúl charlaban animadamente. Lola estaba sentada en un banco junto a Aiden, riéndose por algo que él le susurraba al oído. Y entonces lo vi a él.

Ethan vestía pantalón negro, recto, elegante, y una camisa azul marino, ligeramente desabotonada en el cuello, que combinaba con el tono de mi vestido. Cuando su mirada se cruzó con la mía, sentí cómo me temblaban las rodillas. Sus ojos me recorrieron de arriba abajo y sonrió de lado, ese gesto suyo tan masculino, tan seguro.

—Estás… preciosa —dijo, acercándose con paso lento, como si saboreara el momento—. Ese vestido… Vas a matar a alguien esta noche.

—¿Incluyéndote a ti? —le pregunté con una ceja arqueada.

—A mí el primero —contestó, y su mirada bajó, sin disimulo, hasta el nacimiento de mis pechos.

Noté cómo me ardían las mejillas, pero no aparté la mirada.

—¿Listos para una noche griega? —dijo Aiden, rompiendo el momento.

Todos asentimos y comenzamos a bajar del crucero rumbo a la cena.

El restaurante al que fuimos era uno de esos lugares encantadores que parecían sacados de una película: terraza abierta, farolillos colgando y mesas de madera con manteles de lino blanco. Estaba situado en lo alto de una colina, con vistas al mar y las luces parpadeantes de los pueblos cercanos. La brisa era cálida y el ambiente, perfecto.

Nos sentamos en una mesa redonda. Y, como siempre, yo estaba junto a Ethan, tan cerca que su pierna rozaba la mía cada vez que se movía. Él no decía nada. Solo jugaba con sus dedos sobre mi muslo, como si se tratara de una coreografía silenciosa que solo yo entendía.

Pedimos vino blanco y varios platos típicos. *Gyros* de pollo con *tzatziki*, *pastitsio*, ese pastel de pasta cremoso y especiado, *fava*, un puré suave de lentejas amarillas, calamares rellenos y, de postre, una ración enorme de *galaktoboureko*, con crema pastelera y hojaldre crujiente.

Las conversaciones fluían con naturalidad. Julia hablaba animadamente sobre los lugares que aún quería ver, Saúl contaba una anécdota graciosa de

su juventud, y Lola y Aiden no paraban de reír entre ellos, con esa complicidad que era imposible no notar.

Pero yo… yo solo era consciente de la mano de Ethan bajo la mesa.

Primero me acarició la rodilla con la yema de los dedos. Luego subió lentamente por mi muslo, deteniéndose un poco más arriba de lo "permitido". Yo intentaba mantener la compostura. Sonreía, respondía, bebía… pero cada roce me incendiaba por dentro.

—Estás temblando —me susurró al oído.

—Estás jugando —le respondí, sin mirarle.

—¿Y te gusta?

Me mordí el labio, pero no respondí. No podía. No quería darle la victoria tan fácil.

Pero entonces su mano subió más. Mucho más. Despacio, acarició el borde de mi tanga y, sin más, me rozó justo donde más lo necesitaba. Tragué saliva. El vino me supo de golpe demasiado dulce. Sentí un calor húmedo subir por mi cuerpo.

—Estás mojada —murmuró, con esa voz baja que solo yo oía.

Lo miré y vi que sus ojos estaban fijos en mí. Oscuros. Ardientes. Me besó la mejilla, despacio, y volvió a apoyar la mano en mi muslo como si nada hubiera pasado.

Maldito fuera ese hombre que me encendía como nadie antes lo había hecho.

Cuando la cena terminó, salimos caminando hacia el local. La noche era perfecta. Cálida, con el aire salado del mar mezclado con los aromas dulces de las buganvillas que colgaban de las paredes. Santorini era mágico, pero esa noche, lo más excitante no era la isla, era lo que vendría después.

—¿Nerviosa? —me preguntó Lola mientras caminábamos juntas por una calle empedrada.

—Un poco. ¿Y tú?

—Muchísimo. Pero me pone. ¿A ti no?

Sonreí. Sí, me ponía. Me ponía muchísimo.

Ethan, unos pasos detrás, no me quitaba ojo de encima, y a pesar de mis nervios recordé lo que le había dicho la noche anterior. *"Lo que pase en el crucero, se queda en el crucero."*

Y esta noche, estaba dispuesta a llevar esa frase hasta el límite.

La noche había caído con elegancia sobre Santorini, tiñendo todo de azules profundos y naranjas suaves. El día había sido tan perfecto que no imaginaba cómo podría superar eso… hasta ahora.

Cruzamos la calle iluminada por farolillos hasta la entrada del local. Al acercarnos a la puerta, una tensión eléctrica me recorría por dentro. No era ningún sitio típico de fiesta; algo en la atmósfera me hizo entender que íbamos a cruzar un umbral. El interior estaba iluminado con luces tenues y una música suave, casi inaudible, rompía el silencio con sensualidad. El ambiente olía a exóticos cócteles y deseo contenido.

Nos acercamos a la barra, erguidos y llenos de una mezcla extraña de nervios y excitación. Todos nos mirábamos con curiosidad y complicidad. El aire estaba cargado de promesas, de secretos a punto de desvelarse.

—¿Queréis algo especial? —preguntó el camarero con voz grave y profesional, sonriendo con discreción.

—Lo que tú nos recomiendes —respondió Aiden, guiñando un ojo a Lola —. Algo… atrevido.

Lola soltó una carcajada ligera, y me dio un codazo sutil.

—Vas a flipar —susurró.

El murmullo de risas apagadas y el tintinear de copas creaban un ambiente íntimo. El camarero nos sirvió cócteles adornados con pétalos y brotes de fruta que parecían encenderse bajo la luz.

Minutos después, tras observar todo aquello que nos rodeaba, Lola se levantó, impulsiva como siempre, y le guiñó un ojo a Aiden.

—¿Nos vamos, rubio? —dijo con voz sugerente.

Él asintió con una sonrisa de complicidad, y se acercaron el uno al otro. Le dio un beso en los labios y salió de la barra con ella, entre risas y miradas cómplices.

Yo observé cómo Saúl rodeaba con un brazo a Julia; su gesto protector era evidente. Ella le sonrió, algo insegura, y murmuró algo que no llegué a escuchar. Él la apretó con una mano apacible, como queriendo infundirle calma.

—No me mires así, Ethan —le pidió Julia a su hermano—. Todavía no sé si quiero entrar en una de esas habitaciones.

—No te preocupes —le dijo Saúl a Ethan—, si no vamos, cuidaré de ella.

Entonces, la mirada de Ethan me alcanzó. Era como un imán. Sus ojos me invitaban a seguirlo, a abandonar esa barra y adentrarme en lo desconocido. Lo vi inclinarse hacia mí, y su voz, baja y grave, fue un latido en mi oído.

—¿Vienes conmigo? —me susurró, y sentí su aliento en mi piel como un roce de fuego.

El pulso se me disparó. Mi piel se erizó.

—Sí —respondí, sin pensarlo—. Quiero.

Él sonrió y me besó en los labios, suave al principio, luego con una intensidad que me heló el cuerpo entero. Me cogió de la mano y me condujo

hacia una puerta casi oculta, que llevaba a una zona más íntima del local.

Caminamos por el pasillo y llegamos a una puerta donde Ethan me miró, tragué saliva y supe que esa noche sería un antes y un después para este viaje.

Al entrar, el espacio parecía sacado de un sueño erótico: luces tenues en tonos ciruela, muebles de terciopelo, velas perfumadas y un aroma profundo que envolvía todo. En las paredes, pequeños estantes con juguetes cuidadosamente dispuestos: plumas, esposas de satén, látigos suaves, aceites perfumados… Una zona con sofás, la cama tamaño extragrande y cortinas translúcidas que invitaban a lo prohibido.

La puerta se cerró tras nosotros con un leve chasquido que resonó en mi interior.

—Desde anoche, no he dejado de pensar en estar así contigo —susurró Ethan, mientras me atraía hacia él.

Esas palabras hicieron que me estremeciera. Él me sostuvo con ternura y deseo, al tiempo que sus manos descendían por mi cintura con firmeza.

—Entonces vamos a usar esos pensamientos y a hacerlos realidad —respondí, notando cómo mi voz temblaba de deseo contenido.

Él me acarició la nuca con delicadeza y me guio hacia un sofá amplio, cubierto de terciopelo rojo oscuro. Me senté, y él se sentó junto a mí, de modo que noté sus rodillas rozando las mías.

Empezó a recorrer suavemente mi cuello, chupando con presión discreta y dejando un rastro de besos ardientes en mi piel. Sus manos me agarraban la cintura con firmeza, mientras deslizaba un dedo delicado por mi escote, explorando cada centímetro de piel. A través de los tirantes del vestido azul marino que llevaba, sentí su contacto como fuego suave.

Sus labios encontraron los míos con urgencia contenida. El beso era lento y eléctrico, un nuevo lenguaje que solo nosotros dos conocíamos. Quise responderle con la misma intensidad y lo hice con cada fibra de mi ser.

Él deslizó sus manos por mi espalda, bajando los tirantes del vestido con delicadeza. Me quitó el vestido lentamente, con una ternura que me desarmó. Sentí cómo la tela se deslizaba y mi espalda quedó completamente al descubierto. Ethan apoyó la palma en mi piel, y su tacto hizo que mi respiración se acelerara.

Con suavidad, me cogió de la cintura y me sentó sobre su regazo. El roce de su cuerpo contra el mío fue un torrente de deseo. Sentí su miembro duro sobre mi sexo, y mi cuerpo se arqueó instintivamente. Nos besamos con una pasión que vibraba en todo nuestro centro.

—¿Has sentido esto desde el primer beso? —susurró contra mi cuello, bajando la voz, esa voz ronca por el deseo.

—Sí —confesé.

Él sonrió entre gemidos profundos y deslizó una mano por mi entrepierna. Sus dedos acariciaron mi sexo sin prisa. Cerré los ojos y me entregué a ese masaje erótico que me arrancó un gemido bajo.

Él respondió con caricias húmedas y precisas. Me recostó en el sofá y lo vi colocarse entre mis piernas, mirándome con deseo y esos ojos oscurecidos por este. Su boca rodeó mi clítoris con ternura, y su mano siguió explorando, cada vez con más intensidad. Jadeé, y él se detuvo un segundo, mirándome con una mezcla de adoración y lujuria.

Luego, con un cuidado casi reverente, me vendó los ojos usando la suave tela negra. Una vez envuelta en la oscuridad, todos mis sentidos se dispararon.

La primera caricia fue una pluma deslizándose desde mi hombro hasta el muslo. Jadeé sin control: el tacto tan ligero, tan íntimo, me hizo estremecer. La sensación se expandió por mi piel, quemándola de deseo.

Luego sentí cómo ponía en funcionamiento el vibrador, y el zumbido llenó el aire. Él lo deslizó por mi muslo, subiendo y bajando lentamente, roces suaves que ampliaban cada nervio mío.

Cuando finalmente me tocó el clítoris con aquella vibración, mi mente se apagó. Solo existíamos su tacto y mi cuerpo ardiendo. Respiré hondo y acabé jadeando su nombre sin darme cuenta.

El siguiente sonido fue el del *Satisfyer*. Lo colocó con precisión y comenzó su succión controlada. Me llevó al borde de la locura y acabé estallando en un orgasmo largo, intenso, que hizo que se estremeciera cada fibra de mi ser. En el silencio cargado de placer, solo escuchaba su respiración y el latido de mi corazón.

Al bajarme la venda, lo vi sonreír con una mezcla de adoración y hambre. No lo pensé más.

—Por favor —susurré, entregada.

Él me levantó en brazos y me recostó sobre la cama. Nos besamos con pasión contenida que explotó en intimidad absoluta. Me penetró despacio, lentamente, con una firmeza deseada. Nuestras pieles encajaban perfectamente, como si esto lo hubiéramos hecho mil veces.

Me apoyé sobre él, y lo sentí temblar. Nuestras bocas se unieron en un beso frenético, con labios que devoraban y lenguas que se buscaban sin prisa. Gemí su nombre, y el ritmo fue intensificándose hasta llevarme al borde otra vez.

—Eres una llama que no sé si quiero apagar —murmuró en mi oído.

—Entonces deja que arda —le susurré, llevada por el fuego.

La intensidad no paró. Fue salvaje, sensible, estremecedora. Nos perdimos en el deseo, en la piel, en el aroma del otro, en el latido desbocado de nuestros cuerpos entregados.

El placer fue un incendio lento que se expandió por todo mi ser. Nuestros cuerpos se movían al unísono, un ritmo intenso, crudo y profundamente íntimo. En cada embestida, yo sentía el mundo oscurecerse y solo nosotros permanecíamos.

—Eres fuego y sal —susurré entrecortada.

—Y tú, eres mi adicción —contestó él con voz ronca, cargada de confesión.

Gemí su nombre, embriagada por su olor y enloquecida por su tacto. Y entre sus brazos sentí que me descubrí entera: en deseo, vulnerabilidad y abandono.

Cuando finalmente el temblor cesó y nos quedamos abrazados, jadeando y temblando, sentí una calma intensa. Nos separamos ligeramente con nuestras respiraciones entrecortadas, llenas de satisfacción y complicidad.

—Lo que pase en este crucero... —comencé, repitiendo mis palabras de la noche anterior.

—Se queda en el crucero —terminó él, sellándola con un beso suave en mis labios.

Me miró, sonrió y me besó suavemente la comisura de los labios.

Nos vestimos con lentitud, como si cada segundo estuviese contado en sensaciones. Luego salimos del reservado, de nuevo al bullicio del local donde los demás nos esperaban.

—¿Todo bien? —preguntó Lola con picardía.

—Como nunca —respondí, con una sonrisa contenida.

Y al salir a la noche de Santorini, con el cosmopolita murmullo del local y la música suave de fondo, supe que todo había cambiado. El crucero ardía, Santorini brillaba, y nosotros estábamos encendidos, con el deseo encallado en el recuerdo más explosivo.

Capítulo 14



Ethan

El agua caliente me recorría la espalda como si intentara arrastrar consigo los recuerdos de la noche que había pasado con Lara, pero era inútil. Cerré los ojos, dejé que el vapor me envolviera y apoyé las manos en la pared de la ducha, como si pudiera fundirme con ella. Aun así, no conseguía sacar de mi cabeza la imagen de Lara, ni la sensación de su cuerpo bajo mis manos, ni el sonido de su voz jadeando en mi oído.

Era imposible olvidar aquella noche en Santorini.

Todo estaba grabado a fuego: el ambiente cargado de deseo en aquel local *swinger* al que habíamos llegado casi por curiosidad, las luces bajas, la música envolvente, el olor a perfume caro y piel húmeda... y ella. Sobre todo, ella, con ese vestido que parecía haber sido cosido directamente sobre su piel. Aún recordaba cómo me miraba, cómo se movía, cómo me provocaba sin pronunciar una sola palabra.

Y lo peor, o lo mejor, según cómo se viera, era lo receptiva que fue a todo. Se dejaba llevar. Le gustaba. Lo notaba en su cuerpo, en sus gestos, en la forma en que se rendía sin miedo ni culpa.

Era un puto vicio verla así.

Nos habíamos acostado dos veces desde que el crucero zarpó, y sabía que no sería suficiente. No podía bastarme. Durante ese mes compartiendo desayunos, piscina, comidas, cenas y excursiones, iba a desearla otra vez.

Una y otra. Y otra más. Sabía que lo haría. Y lo que era peor: sabía que, aunque ella fingiera resistirse, terminaría cediendo. No iba a poder evitarlo.

Abrí los ojos, sin dejar de sentir el agua cayendo sobre mi cuerpo. Mi pecho se alzaba con respiraciones lentas y contenidas, como si estuviera en medio de una cuenta atrás. Quería más. Necesitaba más. Y ni siquiera tenía claro si era por lujuria, por obsesión o por esa mezcla peligrosa que siempre acababa saliendo mal.

Cerré el grifo y salí, dejando que el aire frío del camarote me golpeara la piel. Me sequé rápido, me enrollé la toalla a la cintura y caminé hasta la mesita, donde el móvil vibraba por enésima vez. Lo cogí sin demasiadas ganas y, al ver el nombre en la pantalla, resoplé.

Sabrina. Otra vez.

La llamada sonó durante unos segundos que se me hicieron eternos antes de cortarse sola. No contesté, no pensaba contestar. Aquello ya había acabado. Lo sabía yo y lo sabía ella, aunque no quisiera aceptarlo. Habíamos tenido nuestra historia, sí, pero ahora estaba muerta, tan muerta como la ilusión que alguna vez me hizo creer que podía funcionar. Le había dicho que no quería seguir, que no había futuro para nosotros, pero ella insistía. Llamaba. Mandaba mensajes. Inventaba urgencias.

Y allí estaban otra vez.

Seis llamadas perdidas y tres mensajes que no necesitaba abrir para saber lo que ponían. Lo leí en las notificaciones: *“Necesito hablar contigo”*, *“Es urgente”*, *“Por favor, Ethan”*.

Cerré los ojos unos segundos, con el móvil aún en la mano. Me planteé apagarlo durante el resto del viaje. Mandarlo a la mierda. Desconectarme de todo lo que no fuera este barco, este mes, este escape.

Pero no podía hacerlo.

Mi padre querría hablar conmigo. Seguía preocupado por Julia, mi hermana, que aún seguía dolida por culpa de ese capullo de Alessandro. Lo

que iba a ser una luna de miel de ensueño para ella se había convertido en unas vacaciones compartidas con su hermano mayor y mi mejor amigo en un intento desesperado por no hundirse. Y mi padre no podía evitar preocuparse. A veces me llamaba solo para saber cómo la veía, si comía bien, si sonreía.

El móvil volvió a vibrar, sacándome de mis pensamientos. Esta vez el nombre en la pantalla me hizo sonreír. Daniela.

Respondí sin dudarlo.

—Buenos días, Daniela —dije con voz aún ronca—. Qué alegría escucharte.

—Hola, cariño. Perdona que te llame tan temprano... —su voz era cálida, pero se notaba el tono de madre preocupada— ¿Cómo está mi niña?

—Está bien —respondí, dejándome caer en la butaca frente a la cama—. Julia te lo dice de verdad cuando habla contigo. No lo hace solo para que te quedes tranquila. Se la ve mejor. Ríe, bromea, está más suelta. A veces piensa en él, claro. Tiene esos momentos de bajón, pero ya sabes que es normal. Es muy reciente todo.

—¿Tú crees que va a superarlo?

—Estoy seguro, solo necesita tiempo y estar rodeada de buena gente. Y te aseguro que de eso no le falta aquí.

Hubo un pequeño silencio al otro lado de la línea, como si ella necesitara asimilar cada palabra.

—Gracias por cuidar de ella, Ethan. Ya sabes lo importante que es para mí. Y tú también. Aunque no seas mi hijo, así te siento.

Me salió una sonrisa sincera, de esas que no se forzaban, y cerré los ojos un segundo.

—Y yo a ti, Daniela. Siempre. Dale recuerdos a papá, ¿de acuerdo? Y tranquila, que aquí todo va bien.

—Un beso enorme, cielo. Cuidaos.

—Tú también.

Colgué y me quedé unos segundos mirando la pantalla del móvil. Aquella llamada me había asentado. Me ayudaba a recordar por qué estaba allí, por qué todo esto, más allá de los líos con Lara o las llamadas de Sabrina, tenía sentido. Estábamos juntos, en familia, aunque fuera una familia hecha a retales.

Me levanté y abrí el armario, tocaba vestirse. Me puse unos vaqueros y una camiseta sencilla. Habíamos quedado todos para desayunar en el bufé y no quería llegar tarde. Julia me mataría si la hacía esperar. Y, además, ella estaría allí.

Lara.

El bufé del crucero olía a café recién hecho, pan tostado y fruta. A medida que me acercaba al salón principal, el murmullo de conversaciones y risas me envolvía como una corriente. Era uno de esos lugares donde el tiempo parecía detenerse un poco, como si todo el mundo se permitiera un respiro antes de que el día realmente comenzara.

Vi a mi hermana desde la entrada.

Julia estaba sentada con los demás en una de las mesas grandes cerca de la cristalera. Llevaba una camiseta blanca de tirantes y el pelo recogido en una coleta alta. Sonreía, animada, mientras gesticulaba con las manos. A su lado estaban Aiden, Lola, Saúl… y Lara.

Ella irradiaba una luz diferente. No sabría explicarlo bien, pero cuando la miraba, el resto del mundo parecía bajar el volumen. Estaba riendo por algo que Saúl había dicho, cubriéndose la boca con una mano como si eso pudiera frenar la risa. Tenía las mejillas ligeramente sonrojadas y los ojos brillantes. Supongo que fue eso lo que me hizo sonreír antes incluso de llegar a la mesa.

—¡Míralo! ¡El dormilón! —dijo Lola en cuanto me vio aparecer.

—Buenos días —saludé mientras me acercaba, con esa media sonrisa que usaba para casi todo.

—A ti te han debido de poner el despertador a golpes —añadió Aiden entre risas.

—No todos tenemos la energía de una modelo de Instagram a las ocho de la mañana —respondí, dejando caer el comentario con fingida seriedad.

Las risas siguieron, pero yo apenas presté atención. Mis ojos se encontraron con los de Lara y, por un instante, solo estuvimos nosotros dos en esa mesa. Me dedicó una sonrisa suave, casi tímida, y vi cómo sus mejillas se encendían un poco más. Ese leve rubor, esa reacción tan espontánea, me volvió a atrapar. Me senté a su lado, justo en el hueco libre que habían dejado para mí, y me obligué a pensar en otra cosa.

En la mesa había un auténtico festín para el desayuno. Había platos de croissants, napolitanas de chocolate, una montaña de tostadas de pan rústico, varios recipientes con mermeladas de fresa, albaricoque y frutos del bosque; una bandeja de fruta fresca troceada con sandía, melón, kiwi, piña, y zumos naturales de todos los colores: naranja, melocotón, multifrutas… También había huevos revueltos, bacon crujiente, salchichas, tortitas con sirope e incluso churros con chocolate. Un auténtico desayuno de hotel cinco estrellas en alta mar.

—Si alguien muere aquí será por gula —comenté, cogiendo una tostada mientras me servía un poco de café.

—O por falta de ritmo —añadió Julia, que tenía esa sonrisa traviesa que me recordaba a nuestro padre cuando preparaba alguna sorpresa.

—¿Cómo dices? —pregunté sin saber a qué venía eso.

—¡Que esta noche hay concurso de baile por parejas! —exclamó con entusiasmo, mirando a todos— Es después de la cena, en la cubierta principal. Hay premios, música en directo, luces... ¡Tiene muy buena pinta! Y me gustaría participar, la verdad.

Aiden se echó hacia atrás en su silla y levantó las manos.

—Yo paso. Si participo, acabo el último, soy un tronco con piernas y no quiero hacer el ridículo.

—Vaya, y eso que en la cama te mueves como un dios... —dijo Lola con fingido asombro, mientras todos rompíamos a reír.

Aiden la miró con cara de "no me ayudes", pero sonrió igualmente. Saúl, que estaba sentado al otro lado de Julia, se giró hacia ella con una expresión que no sabría describir del todo. Cariño, tal vez. O esa complicidad tranquila que parecía estar comenzando a construirse entre ellos.

—Si tú quieres, yo puedo ser tu pareja de baile —dijo con tranquilidad.

Julia abrió los ojos como platos, se levantó de golpe y se lanzó a sus brazos para darle un beso en la mejilla.

—¡Eres mi héroe, Saúl! ¡Mi héroe total! ¡Gracias!

Más risas. Más bromas. Más calidez.

Mientras ellos cuatro se enfrascaban en sus propias conversaciones, yo me giré un poco hacia Lara. No quería preguntar en voz alta, no quería que nadie más lo oyera, así que me acerqué solo lo justo para que ella sintiera mi aliento en el cuello.

—¿Y tú? ¿Te animas a bailar?

Ella se giró hacia mí con una sonrisa contenida.

—¿En el concurso? —preguntó, bajando también la voz, y asentí— Me gusta bailar —dijo—, pero hacerlo en un concurso... me pone nerviosa. Seguro que acabaría tropezando, o haciendo una tontería, o cayéndome del escenario.

—Eso sería digno de ver —bromeé.

—Muy gracioso —respondió, empujándome suavemente con el hombro.

Nos reímos, y luego sus ojos se quedaron fijos en los míos. Sin pensar demasiado, y sabiendo que en esa mesa nadie se fijaba en nosotros en ese momento, me incliné y le di un beso rápido en los labios. Un roce, pero suficiente para sentir cómo se le aceleraba el pulso y cómo, de nuevo, ese rubor precioso le subía por las mejillas.

—Te pones roja muy fácil, ¿lo sabías? —le susurré.

—Tú tienes la culpa —me contestó, sin poder sostenerme la mirada más de tres segundos.

Intenté no quedarme demasiado tiempo observándola, pero era difícil. Había algo en Lara que me atrapaba incluso en los momentos más simples, como aquel desayuno. No era solo el físico, aunque sí, joder, era una mujer que cortaba la respiración, sino la manera en que reaccionaba a todo: sus silencios nerviosos, su risa medio contenida, ese rubor que aparecía como si no pudiera evitarlo.

Me desarmaba. Me gustaba ver cómo se descolocaba cuando me acercaba, cómo bajaba la mirada justo antes de reír. Me hacía querer provocarla más, explorarla más y, sí, conocerla más.

Capítulo 15



Ethan

El resto seguía hablando entre bocados de fruta y sorbos de café. Julia no paraba de hablar del dichoso concurso de baile. Le hacía ilusión, lo notaba. En cierto modo, me alegraba verla así. Después de cómo había empezado el viaje para ella, ver esa sonrisa real, sin esfuerzo, me tranquilizaba. Supuse que Saúl también lo notaba, porque desde que le dijo que bailaría con ella, no le quitaba ojo.

—Pero ¿tú sabes bailar, Saúl? —preguntó Lola, con ese tono suyo que mezclaba sarcasmo y curiosidad genuina.

—Lo justo para no pisar —respondió él con una mueca.

—Perfecto, porque yo sé lo justo para pisar —añadió Julia entre risas.

—Lo vais a hacer genial —dije, cogiendo una porción de sandía.

—¿Y tú no vas a participar, Ethan? —preguntó Aiden, mirándome con media sonrisa— Pensé que te gustaba el espectáculo.

Me encogí de hombros.

—Depende del tipo de espectáculo. El de esta noche lo veo mejor desde el público.

—Mentira —dijo Julia, apuntándome con el tenedor—. Sabes que mi madre siempre ha dicho que bailas muy bien. Y tienes pareja —añadió,

mirando de reojo a Lara.

Lara abrió mucho los ojos y levantó las manos, riendo nerviosa.

—¡Eh, que yo ya he dicho qué no! Soy una patosa bailando bajo presión. Me descoordino, me bloqueo… Acabo haciendo el ridículo.

—Eso no es verdad —le dije en voz baja, inclinándome un poco hacia ella —. La otra noche bailaste conmigo y lo hiciste de maravilla.

—Eso no era un concurso. Eso era… otra cosa.

—¿Y qué era?

Me miró un segundo, después bajó la vista al plato, jugueteando con la cucharilla del yogur, y sonrió.

—Algo que no debería repetir —y luego me miró de nuevo—. Pero igual repito.

Tuve que contener una carcajada. Era imposible no querer morderle la boca cuando hablaba así.

—Sois un par de adolescentes hormonados —murmuró Lola, volteando los ojos con diversión.

—Y tú estás celosa —respondí sin mirarla.

—De vosotros, jamás —dijo ella, dándole un mordisco provocador a una fresa—. Aunque reconozco que tenéis cierta gracia.

Julia se levantó y se estiró como si llevara horas sentada.

—Voy por más zumo. ¿Alguien quiere algo?

Todos negaron. Saúl se levantó con ella.

—Te acompaño —dijo, y se fueron juntos entre risas, caminando hacia la zona de bebidas.

Aiden y Lola empezaron a discutir sobre si las tostadas debían untarse con mantequilla o con aceite, una pelea absurda que derivó en referencias a sus abuelos, a la dieta mediterránea y al colesterol. Yo ya no los escuchaba. Solo la sentía a ella, a Lara, tan cerca que podía oler el leve perfume de su piel y tan lejos como si estuviéramos separados por un océano entero de dudas.

Me giré un poco más hacia ella y le hablé en voz baja.

—¿Te pones así con todos?

—¿Así cómo?

—Así de roja. Así de nerviosa. Así de irresistible.

Me miró con los ojos entrecerrados y una sonrisa que intentaba parecer desafiante, pero que se desvaneció demasiado rápido.

—Contigo es diferente —murmuró.

—¿Por qué?

—Porque tú me miras como si supieras lo que estoy pensando.

—Porque lo sé.

Lara se mordió el labio inferior y se removió en la silla. Miró hacia la cristalera, donde el mar se extendía azul y brillante bajo el sol de media mañana. Luego me miró de nuevo.

—Esto… no va a quedarse solo en dos veces, ¿verdad?

Le sostuve la mirada.

—No, no se va a quedar en dos veces.

—Y si yo te dijera que quiero parar…

—Mentirías —dije sin dudar—. Y no soy tan cabrón como para obligarte a seguir, pero tampoco tan ingenuo como para creérmelo.

Volvió a bajar la mirada, sonriendo, y asintió de manera casi imperceptible.

—Vale —susurró.

No dije nada más. No hacía falta.

Julia y Saúl volvieron a la mesa con un par de vasos en la mano. Traían zumo de mango y uno de esos batidos verdes que sabían a césped.

—¿Y esto? —preguntó Aiden, mirando con desconfianza el líquido viscoso.

—Salud en estado puro —respondió Saúl, como si fuera un experto en nutrición.

—Salud, mis cojones —añadió Aiden—. Eso tiene pinta de comida para tortugas.

—Calla, ignorante —soltó Julia, dándole un sorbo con gesto dramático.

Y volvimos a reír. El ambiente era perfecto, familiar, de esos que no abundaban. Y mientras hablábamos, comíamos y bromeábamos, no podía evitar pensar que ese momento era de los buenos. De los que luego uno echaba de menos sin saber por qué.

Y que lo que estaba creciendo entre Lara y yo, aunque empezara como un juego, ya no era solo eso.

El sol caía sin piedad sobre la cubierta del crucero, pero el aire era suave, con ese toque salado del mar que lo hacía más soportable. Bajamos todos a la zona de la piscina con toallas al hombro, gafas de sol y ese tipo de despreocupación que solo aparecía cuando no había obligaciones ni tiempos con los que cumplir.

Me encantaba esa sensación de libertad flotando entre el olor a crema solar, el chapoteo del agua y la música suave que salía de los altavoces. Todo tenía un ritmo lento, como si el mundo estuviera tomándose un respiro, y nosotros con él.

Lara se tumbó a mi lado en una de las tumbonas, con un bikini negro que me hacía perder el hilo de cualquier pensamiento. No es que me pillara por sorpresa, pero verla así, tan cómoda, tan natural, tan jodidamente atractiva, me desmontaba.

Julia y Saúl fueron directos al borde de la piscina, se sentaron con los pies dentro y empezaron a hablar de las coreografías más ridículas que habían visto en algunas bodas. Lola y Aiden se tiraron al agua casi sin pensarlo, salpicando a un grupo de niños que se vengaron lanzándoles agua con pistolas de juguete. El caos veraniego ideal.

—¿Qué vas a tomar? —me preguntó Lara, girando la cabeza hacia mí, mientras se colocaba las gafas de sol.

—Un mojito, probablemente. Aunque a estas horas un zumo tampoco me vendría mal.

—Yo quiero uno de esos de frutas tropicales. Los que llevan piña, mango, maracuyá…

—Y azúcar suficiente como para poner nervioso a un endocrino —añadí, riéndome.

—Exacto —dijo, levantándose—. Vamos. Yo invito —dijo tan seria que me hizo reír a carcajadas, porque lo de invitar, en un crucero donde estaba todo incluido, no era una opción.

Nos acercamos juntos al bar de la piscina, descalzos y tranquilos. El suelo estaba caliente, pero soportable. Hicimos la cola entre turistas de todas las edades, algunos ya bastante rojos por el sol, y otros embutidos en bañadores que desafiaban toda lógica estética.

—¿Has visto la pinta de ese? —me susurró al oído, señalando disimuladamente a un hombre con un bañador de leopardo.

—Estoy intentando no mirarlo demasiado. Me parece que, si nos cruzamos las miradas, me va a invitar a un ritual extraño.

Lara se rio con esa risa contenida que me gustaba tanto. Pedimos nuestras bebidas, mi mojito y su zumo tropical de colores imposibles, y regresamos a las tumbonas, bebiendo despacio, dejándonos calentar por el sol.

—¿Estás bien? —me preguntó después de un rato, sin mirarme.

—Sí. ¿Por?

—No sé… Llevas el ceño fruncido desde que nos sentamos.

—¿Sí? —me pasé una mano por la frente y solté una pequeña carcajada— Debe de ser por lo que estoy pensando.

—¿Y qué piensas?

—En ti.

Ella giró la cabeza hacia mí, bajándose un poco las gafas para mirarme directamente.

—¿Mucho?

—Más de lo que debería —admití sin rodeos.

Hubo un silencio, de esos que no incomodaban, pero que dejaban el aire más denso. A veces los silencios también decían cosas. A veces decían demasiado.

—Lo de la otra noche… —empezó ella, sin terminar la frase.

—¿Qué pasa con lo de la otra noche?

—No es lo que suelo hacer —se quedó mirando su bebida como si fuera un oráculo—. No soy de lanzarme así. No soy… esa clase de mujer.

—¿Y qué clase de mujer crees que eres?

—No lo sé, pero no la que se acuesta dos veces con alguien en medio de un crucero y luego finge que no pasa nada.

—Tú no estás fingiendo que no pasa nada —dije, dejando mi vaso a un lado—. Al contrario, estás aquí, hablándome de ello. Eso ya es bastante.

Ella suspiró, como si le costara decir lo siguiente.

—Me impones.

La palabra me pilló un poco por sorpresa.

—¿Te impongo?

—Sí. No por cómo me hablas ni cómo me tratas. Es por cómo me haces sentir. No estoy acostumbrada a… esto.

—¿A qué? —pregunté en voz más baja.

—A que alguien me mire como tú lo haces. Como si supieras lo que pienso antes de pensarlo. Como si pudieras leerme. Como si no tuvieras miedo a lo que ves.

Me incliné hacia ella, rozándole la pierna con la mía, y le levanté el rostro con dos dedos en la barbilla.

—No me tengas miedo, Lara, jamás te haría daño. Jamás.

Ella tragó saliva. Lo vi. Su cuerpo se tensó un segundo y luego se relajó. Y entonces me besó. Fue un beso suave, lento, sin urgencia. Uno de esos que no necesitaban más que un gesto para decirlo todo.

Cuando nos separamos, sus mejillas estaban ardiendo, y no solo por el sol.

—Esta noche —dije en voz baja—, quiero que duermas en mi camarote.

Ella dudó.

—No debería…

—Dijiste que lo que pase en el crucero se queda en el crucero. ¿Recuerdas?

Ella sonrió, con la cabeza baja.

—Me arrepiento de haber dicho eso.

—¿Porque sabes que puede que no se quede solo en el crucero?

—Exacto.

—Entonces ven.

—Vale —susurró—. Esta noche dormiré contigo.

Y seguimos en nuestras tumbonas como si nada hubiera pasado, pero todo había cambiado. O al menos así lo sentía yo. Y a pesar de que hablábamos de cualquier cosa que nos viniera a la mente en ese momento, en mi cabeza solo resonaban sus palabras: *"Esta noche dormiré contigo"*. Y me repetía esa frase una y otra vez como si fuera una canción que no podía quitarme de la cabeza.

Julia y Saúl seguían con los pies dentro del agua, ahora practicando lo que, según ella, era "el paso básico de cualquier coreografía digna". No era más que un vaivén de caderas combinado con un par de giros torpes, pero su entusiasmo era contagioso.

—¡Ethan! —gritó ella al verme— ¡Ven, te lo enseño!

—Estoy bien donde estoy, gracias —respondí con una sonrisa, acomodándome junto a Lara.

—¡Cobarde!

—¡Orgullosamente!

Lola apareció poco después con el pelo mojado y el bikini torcido, dejando un reguero de agua a su paso mientras se dejaba caer sobre su toalla con un suspiro exagerado.

—Ese niño me ha salpicado los ojos. ¿Dónde están los padres de los niños salvajes? —se quejó, frotándose la cara con una toalla.

Aiden, aún dentro de la piscina, levantó la mano.

—¡Eh! Que ese niño tenía puntería. Deberías contratarlo para tus sesiones de maquillaje extremo.

—¡Cállate, bobo! —le respondió, riendo— Como me haya corrido el rímel, te mato.

—Si se te ha corrido el rímel y no ha sido por mí, estoy ofendido.

Las carcajadas estallaron de nuevo. Me encantaba verlos así. Aiden y Lola siempre estaban a punto de matarse, pero era su idioma. Se entendían a través de la pelea. Saúl, por su parte, parecía un ancla para Julia. Tranquilo, pausado, siempre midiendo lo que decía, pero con una sonrisa constante en los ojos.

—¿Tú no te bañas? —me preguntó Lara, estirándose en su tumbona, con las piernas cruzadas y la piel brillando por el sol y la crema.

—¿Y dejarte aquí sola rodeada de miradas curiosas?

—¿Insinúas que me van a mirar?

—No lo insinúo, preciosa. Lo afirmo —dije, y le di un sorbo al mojito, que ya empezaba a calentarse.

Ella negó con la cabeza, pero se sonrojó, como siempre. Me gustaba hacerla ruborizar. Me gustaba ver cómo perdía la seguridad por un segundo, solo para volver a recomponerse con una sonrisa que le nacía desde dentro.

—Bueno, tú sabrás —dijo al final—. Yo sí voy a meterme, hace demasiado calor.

Se levantó con gracia, se recogió el pelo en un moño improvisado y caminó hacia la piscina. Yo me obligué a no mirar más de lo necesario, aunque fallé estrepitosamente. Era imposible no mirarla.

—¿No piensas mojarte al menos los pies, Ethan? —me gritó Julia desde el borde, ya dentro del agua.

—Ahora voy.

Lara ya se había lanzado, sumergiéndose completamente. Cuando salió, se sacudió el agua de la cara y me lanzó una mirada desde el centro de la piscina que me retó sin palabras. Así que me levanté, me quité la camiseta y bajé los escalones.

El agua estaba perfecta. Ni fría ni caliente. Me hundí hasta el pecho y nadé hasta donde estaba ella. Nos acercamos nadando sin hablar, solo mirándonos, y cuando estuvimos frente a frente, el mundo desapareció un poco más.

—¿Sabes que no soy buena nadadora? —mintió con voz baja, solo para mí.

—¿Y por qué te metes?

—Porque sabía que tú vendrías conmigo.

La respuesta fue tan directa que me pilló con la guardia baja. Me acerqué un poco más y le puse una mano en la cintura, justo donde el bikini empezaba. Ella no se apartó.

—Me estás volviendo loco, Lara.

—¿Solo un poco?

—No me hagas prometerte lo que no podré cumplir.

—No te estoy pidiendo promesas, solo que seas tú, con eso me vale.

Fue entonces cuando entendí que esto no era solo sexo, no para ella, ni para mí, aunque no quisiera admitirlo del todo.

Nos miramos un segundo más y luego nos zambullimos al mismo tiempo, cada uno en una dirección distinta, como si el agua pudiera calmar lo que nos hervía por dentro.

Después del baño volvimos a nuestras tumbonas. Me tumbé bocarriba, con el pecho aún húmedo, sintiendo el sol secarme poco a poco. Lara se tumbó a mi lado y entrecerró los ojos, con expresión de paz.

—No sé si alguna vez he estado tan tranquila —murmuró.

—Es lo que tiene alejarse del mundo.

—Y de las expectativas.

—Y de las consecuencias.

—¿Y crees que no las habrá?

No supe qué decir, no en ese momento.

El resto del grupo siguió bromeando un rato más, hasta que el estómago empezó a quejarse.

—¡Hora de comer! —gritó Julia— Si no vamos ya, solo quedará sopa de sobre y ensalada seca.

—Y no pienso alimentarme de hojas —dijo Aiden, levantándose—. Soy un carnívoro confeso.

Recogimos nuestras cosas y fuimos todos juntos al restaurante del bufé. Al llegar, el olor a comida recién hecha nos abrió el apetito como una patada en el pecho: arroz, carnes, pescados, pastas, ensaladas frescas, postres que parecían sacados de una revista…

Nos acomodamos en una mesa cerca de las ventanas, con vistas al mar, y el murmullo del comedor se mezcló con nuestras voces y nuestras bandejas llenas. Y mientras todos hablaban de la tarde libre, de si irían al spa o a la sala de juegos, yo pensaba en esta noche.

En ella conmigo, en mi camarote. Y sabía que ese sería solo el principio.

Capítulo 16

Lara

Nunca me había mirado tanto al espejo como lo hacía esa noche.

Tenía el neceser abierto sobre el lavabo del baño, las brochas alineadas como si fuesen armas y una expresión de concentración que, sinceramente, parecía más propia de una cirujana que de una mujer poniéndose un poco de base. Me reí en voz baja. Ridícula. Pero era eso o dejar que los nervios me ganaran la partida.

Pasé con cuidado la esponjita húmeda por el rostro, igualando el tono de mi piel. No necesitaba mucho maquillaje, no lo quería. Solo lo justo para que las ojeras no contaran secretos, para que el rubor natural de mis mejillas pareciera aún más bonito, para que los labios, mis carnosos labios como los describía Lola, fuesen lo primero que notase cuando me mirase… o cuando él me mirara.

Ethan. Apenas pronuncié su nombre en mi cabeza y ya sentí un cosquilleo en el estómago, esa maldita reacción automática que se encendía con solo recordarlo. No podía evitarlo, había algo en él, en su manera de caminar, en su voz, en la forma en la que me sostenía la mirada cuando yo la esquivaba, que me desarmaba por completo. Me ponía nerviosa, sí, pero no de forma incómoda, era ese tipo de nervios que aparecían justo antes de saltar al vacío, cuando no sabías si ibas a volar o a estrellarte. Y, aun así, decidías saltar.

Me incliné un poco más hacia el espejo. Cogí el pintalabios rojo, mi favorito, lo pasé con precisión por el labio inferior primero, luego el superior,

y presioné los labios entre sí suavemente. Ahí estaba. La versión de mí que sabía usar su cuerpo como bandera.

No era una mujer perfecta. No tenía el cuerpo de una modelo de *Victoria's Secret*, ni una cintura que cupiese en la palma de una mano. Pero tenía curvas, tenía piel y tenía ganas. Y, sobre todo, tenía el valor de mirarme al espejo sin pedir perdón.

Sabía que Ethan estaba acostumbrado a otro tipo de mujeres. Lo veía en su seguridad, en la forma en que se movía por el mundo como si supiera que tenía al alcance todo lo que quisiera. Y yo… yo no era ese "todo". Yo era más real, más carne, más pliegue. Más yo. Y, aun así, él me miraba como si no hubiera otra.

Y eso, joder, eso me hacía sentir peligrosa.

Fui al armario, deslicé la percha con el vestido negro. Lo había traído "por si acaso". Nunca pensé que realmente me atrevería a ponérmelo. El escote en la espalda era profundo, el largo apenas llegaba a medio muslo, y los tirantes anchos sostenían más que tela: sostenían intenciones.

Me lo puse con cuidado, sintiendo cómo me abrazaba las caderas. No marcaba demasiado, pero tampoco escondía nada. Me miré de nuevo. Me di una vuelta. Me solté el pelo. Me mordí el labio. Sí. Esa era yo esta noche.

Las sandalias de tacón plateado esperaban al lado de la cama. Me las puse de pie, con una mano apoyada en la pared del camarote para no caerme, y justo entonces el móvil vibró.

Era una videollamada de mi madre y resoplé con cariño. Sabía que no podía ignorarla.

Deslicé el dedo por la pantalla para responder y su cara apareció al instante, junto con el fondo del salón de casa.

—¡Hola, mi niña! —saludó con esa sonrisa suya de siempre.

—¡Hola, mamá! —respondí, colocándome mejor la cámara para que no se viera medio escote en primer plano— Justo me estaba arreglando.

—¿Arreglándote? ¡Estás deslumbrante! Mira qué guapa, Antonio, ven a ver a nuestra hija, que parece una actriz de cine.

Escuché el crujido de una silla al fondo y poco después apareció la cara de mi padre, con sus gafas de lectura y esa expresión mezcla de orgullo y resignación que ponía cada vez que me veía con un vestido ajustado.

—¿A dónde vas así, vestida para matar? —preguntó con tono burlón.

—A cenar y a ver un concurso de baile —respondí—. Hoy hay un evento especial.

—Pues más de uno va a acabar con tortícolis esta noche de tanto girarse para mirarte —dijo, sonriendo.

—Papá… —me quejé entre risas.

—Lo digo en serio. Estás radiante, hija.

—¿Y cómo lo estás pasando? —preguntó mi madre, apoyando la cabeza en el hombro de mi padre.

—Bien. Muy bien. Está siendo… increíble —y era cierto. Aunque no les contara todos los detalles—. El grupo es estupendo y el crucero es precioso.

—¿Y Saúl y Lola? ¿Cómo están?

—Feliz. Esta noche baila con Julia en el concurso. Julia es una chica que hemos conocido aquí; está haciendo el viaje con su hermano y un amigo de este.

—Entonces, no estáis los tres solos, por lo que veo —comentó mi padre.

—No, nos hemos unido a ellos. Así es menos aburrido el viaje —sonreír.

—Pues me parece muy bien, cariño.

Quise decir algo más, pero el reloj del camarote me recordó que ya iba justa de tiempo.

—Os llamo mañana, ¿vale? Que si no me van a matar por llegar tarde.

—Ve tranquila, cielo. Disfruta, pero con cabeza —dijo mi madre, lanzándome esa mirada que todas las madres del mundo compartían; después me lanzó un beso al aire—. Te quiero, mi niña preciosa.

—Y yo a vosotros. Muchísimo.

Colgué con una sonrisa que me duró varios minutos. Me miré de nuevo en el espejo. El vestido estaba perfecto. El maquillaje en su sitio. El corazón acelerado, pero con buen motivo.

Cogí mi bolso de mano, respiré hondo y salí del camarote. Esta noche no sabía qué iba a pasar, pero una cosa tenía clara…

Estaba lista para lo que fuera.

El sonido de mis tacones sobre la moqueta del pasillo resonaba más fuerte de lo que me habría gustado. A cada paso, sentía cómo el corazón se me subía un poco más al pecho. No era solo emoción, era… expectativa, deseo y también ese pequeño y puñetero miedo de hacer el ridículo. De que mis piernas temblaran más de lo necesario cuando lo viera. De que me mirara como no quería que me mirase. O peor aún, que no me mirase en absoluto.

Pero cuando doblé el último recodo y vi el restaurante iluminado, con la barra ya repleta de pasajeros bebiendo cócteles y charlando animadamente, lo primero que vi fue a ellos tres. Y entonces supe que esta noche, si algo se iba a tambalear, no serían mis piernas, sino mi capacidad de pensar con claridad.

Saúl, como siempre, fue el primero en verme. Estaba apoyado en la barra, de espaldas al camarero, con una copa en la mano y esa camisa azul oscuro remangada hasta los codos que le quedaba de escándalo. Su silbido me llegó antes que sus palabras.

—¡Pero mira quién llega, joder! —dijo, separándose de la barra como si acabaran de anunciar su nombre en un escenario.

Me reí, no lo pude evitar. Ese era mi mejor amigo, ese loco que había estado a mi lado en los peores y mejores momentos de mi vida, al igual que Lola. Se acercó con los brazos abiertos, me rodeó por la cintura con un abrazo breve y luego me besó en la frente, como hacía siempre que quería protegerme sin decirlo en voz alta.

—Estás que rompes, nena. Literal. Si me giro más de la cuenta, me lesiono.

—No exageres —le dije, pero con una sonrisa de las que no se podían disimular.

Aiden, junto a él, levantó la copa y me guiñó un ojo. Estaba impecable con su camisa blanca entallada y un pantalón oscuro que lo hacía parecer salido de una campaña de perfume caro.

—Guapísima, Lara. Y para que lo sepas: esta noche vas a eclipsar a todas. Incluida a tu hermana postiza, que ya es decir.

—Gracias. Aunque no hay quien eclipse a Lola, ni a ti, con ese aire de modelo sueco.

—Lo intento, lo intento.

Y entonces, miré a Ethan. Se había girado lentamente cuando me vio llegar, como si mi presencia le hubiera interrumpido un pensamiento importante, o como si yo fuera ese pensamiento.

Estaba de pie, apoyado ligeramente contra la barra, con una copa en la mano y una camisa negra que parecía diseñada exclusivamente para él. Le remarcaba los hombros, los antebrazos, el pecho. Y ese maldito reloj que llevaba, tan simple y masculino, le daba el último toque para ser absolutamente irresistible.

Mi piel se erizó incluso antes de que se acercara. Y cuando lo hizo, madre mía…

Me rodeó con una sola mano por la cintura, firme y segura. El roce de sus dedos sobre mi espalda desnuda me provocó un escalofrío directo, sin filtro. Se inclinó hacia mí, y en ese momento su aliento, cálido y lleno de intenciones, me rozó el oído.

—Este vestido —murmuró, despacio, como si cada palabra fuera un disparo medido— va a quedar mucho mejor en el suelo de mi camarote… mientras estás desnuda en mi cama.

El mundo se quedó en silencio.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. Se me aflojaron las piernas y tuve que contener el gemido que se me escapó al sentir su boca tan cerca, su voz tan sucia y perfecta en mi oído. Me estremecí y lo sentí todo: el calor subiendo por mi cuello, el deseo anudándose en la boca del estómago, la piel reclamando su tacto como si llevara años sin ser tocada.

Él me miró entonces, apartándose lo justo para verme los ojos. Los suyos estaban más oscuros, cargados de esa intensidad que me quemaba viva. Y entonces me besó. Con hambre. Con necesidad. Con una pasión que apenas pudo controlar, que me sacó un gemido bajito, íntimo, que él saboreó con una sonrisa contra mis labios antes de separarse apenas unos centímetros.

—Guapísima no, lo siguiente —añadió con voz ronca.

Y yo, por un instante, no supe cómo seguir respirando.

No nos dio tiempo a más, porque entonces aparecieron Lola y Julia, las dos radiantes, como si acabaran de salir de una revista de verano.

Julia llevaba un vestido blanco de encaje corto, con tirantes finos y una falda con vuelo que giraría perfectamente en la pista de baile. El pelo recogido en un moño suelto, con mechones que le enmarcaban la cara, y unos labios en tono rosa suave. Dulce y sexy a partes iguales.

Lola, en cambio, parecía la versión griega de una diva de los años noventa: vestido rojo ajustado, escote en pico, sandalias negras altísimas y un

delineado felino en los ojos que, francamente, daba miedo. En el mejor sentido.

—¡Pero qué pandilla de guapos estamos hechos! —dijo Lola, levantando las manos.

—¡Estoy deseando que empiece el concurso! —añadió Julia, dando una pequeña vuelta sobre sí misma— Saúl, espero que hayas practicado, porque esta noche… vamos a ganar.

—Confío ciegamente en tus habilidades de estrella —dijo él, ofreciéndole el brazo como si fueran a entrar en un salón de gala.

Y, por fin, entramos en el restaurante, guiados por una camarera que nos condujo hasta una mesa amplia junto a las ventanas.

El ambiente era elegante, sin ser pretencioso. Las luces cálidas, la música instrumental suave de fondo, el tintineo de las copas y las voces murmurando. Me senté entre Ethan y Lola, con Julia en frente. La mesa estaba decorada con pequeños faroles de cristal, y a los pocos minutos empezaron a llegar los platos.

Primero, una crema de calabaza especiada con crujiente de queso parmesano que me hizo cerrar los ojos al primer sorbo. Luego, una ensalada de mango con langostinos y vinagreta de cítricos. Después, un solomillo de ternera con reducción de vino tinto que se deshacía al cortarlo, acompañado de puré de patatas. De postre, coulant de chocolate caliente con helado de vainilla.

Entre plato y plato, no dejamos de hablar, de reír, ni de burlarnos unos de otros con cariño.

Aiden contó una anécdota sobre cómo en su último viaje confundió un spa nudista con una playa familiar, y acabó siendo expulsado por “exceso de sinceridad anatómica”. Julia y Lola casi lloraban de la risa. Saúl decía que, si eso le hubiera pasado a él, se habría muerto allí mismo de la vergüenza. Y Ethan… Ethan se limitaba a mirarme de reojo, a rozarme la pierna con la

suya, a dejarme sin aire con una sonrisa de medio lado que decía: “esta noche es nuestra.”

Y yo… yo no podía esperar más.

Capítulo 17

Lara

La cena avanzaba entre risas, confidencias y miradas, pero yo apenas podía concentrarme del todo. Escuchaba las conversaciones a medias. Me reía cuando los demás se reían. Asentía a comentarios que ni siquiera registraba. Todo porque había una pierna, su pierna, concretamente, rozando la mía con una cadencia pausada y segura que me mantenía en vilo. Un roce que no era accidental. Que no era casual. Que sabía perfectamente lo que hacía.

Ethan no hablaba demasiado. De vez en cuando soltaba un comentario certero, una broma afilada, alguna réplica que desataba carcajadas, pero su atención… su atención estaba en mí. No me lo decía con palabras, me lo decía con su rodilla presionando contra la mía bajo la mesa. Con su mano que, en un descuido fingido, rozaba mi muslo cuando se inclinaba a coger la copa. Con sus ojos que no me miraban con descaro, sino con hambre. Un hambre contenida, caliente, como un fuego que no se apagaba, sino que se alimentaba de cada pequeño gesto.

Y yo, jodidamente vulnerable a él, a todo él, me dejaba hacer. Me dejaba sentir.

Lola, sentada a mi lado, se inclinó un poco hacia mí, cuando el camarero trajo las copas de vino dulce para acompañar el postre.

—Estás muy callada, ¿todo bien?

—Sí —susurré, intentando sonar natural, aunque tenía las mejillas ardiendo y los labios resecos del deseo.

Me dedicó una mirada de medio lado, entre curiosa y pícara, y luego bajó la voz aún más.

—¿Está pasando algo más con Ethan?

Solté una risa nerviosa y bebí un sorbo de vino, como si así pudiera esconderme tras la copa.

—¿Qué te hace pensar eso?

—¿En serio? Os miráis como si el postre fuerais vosotros dos, servidos el uno al otro —dijo entre dientes, divertida—. Y desde que te sentaste, no ha dejado de mirarte el escote ni un segundo.

—Me está mirando la cara —protesté, pero ni yo me creía esa mentira.

—Cariño —me susurró—, ni tú te lo crees.

Las dos nos reímos y, por un momento, agradecí tener a Lola. Era ese tipo de amiga que no necesitaba saber todos los detalles para entender lo que sentías. Lo leía en tu piel, en tu forma de respirar.

Y sí, estaba pasando algo con Ethan. Algo que no podía seguir negando.

Después del postre, el camarero retiró los platos y nos ofreció café o licores. Algunos pidieron copas; otros, como Julia, solo una infusión. Yo dije que no quería nada. Tenía la boca demasiado seca como para más alcohol. Lo que necesitaba no era una bebida, era una ducha fría o sus manos. O ambas.

Ethan se acercó un poco más, hasta que sus labios estuvieron peligrosamente cerca de mi oído.

—Estás preciosa —murmuró, sin esperar respuesta.

Cerré los ojos un instante, solo un segundo, pero fue suficiente para sentir cómo mi cuerpo reaccionaba, cómo se me erizaba la nuca, cómo mis muslos se apretaban por reflejo. Me tenía. Me tenía completamente.

—¿Preparada para darlo todo en la pista, Julia? —preguntó Aiden desde el otro lado.

—¡Nací preparada! —respondió ella, entusiasmada, mientras aplaudía en silencio con una sonrisa enorme— Pero necesito a mi pareja. ¡Saúl, vamos, que tenemos que calentar!

—¿Calentar? Pero si llevo sudando desde que bajé del camarote… —bromeó él, poniéndose de pie con una reverencia exagerada.

Nos fuimos levantando todos poco a poco. El restaurante ya estaba casi lleno, y algunas mesas ya comenzaban a vaciarse en dirección a la zona central del salón, donde habían despejado un espacio amplio que hacía las veces de pista de baile improvisada. Luces tenues, una bola de espejos girando en el techo y un DJ con chaqueta blanca listo para animar el lugar.

Antes de salir hacia allí, Ethan me ofreció la mano. No para bailar, sino para caminar a mi lado.

No hizo falta que me dijera nada, yo lo sabía, así que la acepté y entrelacé nuestras manos.

Y mientras caminábamos, su pulgar acariciaba el dorso de mi mano como si estuviera trazando círculos invisibles. Círculos que sentía directamente en la parte baja de mi vientre.

Me estaba deshaciendo. Y aún no había empezado a jugar como sabía que podría hacerlo conmigo esa noche.

La pista de baile ya bullía de movimiento cuando llegamos.

La música sonaba a volumen perfecto: lo bastante alta para que se notara el ambiente de fiesta, pero no tanto como para impedir las conversaciones. Varias parejas ya ocupaban el espacio central, improvisando pasos y giros

con más entusiasmo que técnica. El DJ, desde una pequeña tarima iluminada con luces azules, animaba a los presentes a participar con una voz enérgica y cargada de humor.

Nos colocamos en un lateral, cerca de una de las columnas forradas de terciopelo oscuro, con una visión perfecta de la pista. Las luces giraban despacio, lanzando reflejos plateados que salpicaban el suelo y los rostros de los que miraban. Julia parecía explotar de energía, sujetando a Saúl de la mano mientras ambos esperaban su turno para salir a bailar.

—No puedo creer que esté tan emocionada —le murmuré a Ethan.

—Se nota que lo está disfrutando —respondió él, acercándose a mí lo suficiente como para que sus palabras rozaran mi mejilla—. Saúl la hace reír. Le saca esa luz que tenía medio apagada desde semanas antes de que subiéramos al barco.

Lo miré de reojo. La forma en la que hablaba de Julia… no como un hermano sobreprotector, sino como alguien que realmente quería verla feliz, me enterneció. Pero no llegué a decir nada porque en ese momento el DJ comenzó a hablar.

—¡Y ahora sí, damas y caballeros! ¡Damos comienzo oficial al Concurso de Baile en Alta Mar! Parejas, preparaos, porque el público os va a juzgar sin piedad… ¡Y con mucho amor! ¡Vamos con la primera canción!

Las primeras notas de *"Can't Take My Eyes Off You"* con la peculiar voz de Michael Bublé llenaron el aire, y las parejas comenzaron a moverse. Algunas eran torpes, otras demasiado ensayadas, pero la risa estaba en todas partes. Julia y Saúl no salieron en la primera tanda, pero yo no podía apartar los ojos de ellos. Ella se agarraba a su brazo, hablándole al oído, probablemente nerviosa. Saúl la miraba con esa sonrisa suya de pillo que siempre terminaba relajando a todo el mundo.

—Tu amigo tiene labia —me dijo Ethan—. Y sabe usarla bien —añadió sin apartar los ojos de ellos.

—¿Lo dices por Julia?

—Lo digo por ti —se giró hacia mí, sonriendo con una intensidad que me hizo contener la respiración—. Desde que llegaste esta noche, Saúl ha tenido que recordarse al menos tres veces que sois solo amigos.

Le di un codazo suave, entre divertida y avergonzada.

—Déjate de tonterías.

—No son tonterías —se inclinó un poco más—. Pero no me importa porque esta noche… tú vas a dormir en mi cama.

No dije nada, solo lo miré. Porque sabía que tenía razón. Porque no quería negarlo. Porque me estaba dejando llevar. Porque esa noche iba a ser suya. Y mío.

—¡Segunda ronda! —anunció el DJ— ¡Saúl y Julia, al centro!

Los vítores fueron inmediatos. Nosotros fuimos los primeros en aplaudir, animando mientras ellos avanzaban hacia la pista.

—¡Vamos, Julia! —grité entre palmas.

Ella giró la cabeza y me lanzó un beso al aire. Saúl le hizo una reverencia exagerada justo antes de que comenzara a sonar *"Shivers"* de Ed Sheeran, con un ritmo alegre y pegadizo que encajaba perfectamente con su estilo.

Y entonces empezaron a bailar.

No eran profesionales, claro que no. Pero tenían algo que el resto de parejas no: complicidad. Julia seguía a Saúl con risas, con una entrega que no era fingida, mientras él la guiaba con naturalidad y la giraba con una destreza que, sinceramente, me sorprendió. No sabría decir si era por el vino, por el ambiente o por el momento, pero parecían sacados de una película romántica en la que, al final, el chico y la chica acababan besándose en la pista mientras el mundo aplaudía.

Cuando terminó la canción, la ovación fue inmediata.

Julia volvió al grupo con el rostro encendido, sudor en la frente y una carcajada feliz que me contagió por completo.

—¡Dios! ¡No sabía que Saúl se movía así! —gritó Lola, dándole una palmadita en el hombro.

—¿Habéis visto? ¡Y sin romperme un solo dedo del pie! —respondió Julia.

—Increíble —añadí, sinceramente orgullosa.

Ethan se acercó a ella y la abrazó brevemente.

—Papá y tu madre estarían encantados —le dijo en voz baja.

Ella asintió, emocionada. Y por un instante, entre las luces, la música y los aplausos, sentí que estábamos exactamente donde debíamos estar.

El concurso siguió. Más parejas. Más canciones. Pero para mí, la noche ya tenía ganadores.

La pista estaba encendida. Literalmente. Las luces cambiaban de color al ritmo de la música, las parejas se balanceaban entre risas, pasos descoordinados y algún que otro giro improvisado que, aunque torpe, se ganaba los aplausos de todos.

Julia y Saúl estaban allí, en el centro, brillando. Y no solo por lo bien que se movían juntos, sino porque se notaba que lo estaban disfrutando de verdad.

—¿Pero de dónde ha salido esa soltura? —pregunté divertida, girándome hacia Lola, mientras observábamos a Julia y Saúl bailar.

—Creo que esa niña se ha estado guardando ases bajo la manga —respondió ella, cruzándose de brazos—. Y Saúl… joder, ese cabrón sabe moverse.

Ambas reímos.

Saúl llevaba la camisa remangada, el primer botón desabrochado y los pantalones oscuros ajustados. Julia giraba con agilidad entre sus brazos, el vestido blanco ondeando a cada vuelta. Se miraban, se reían, y nadie allí podía negar que entre ellos la conexión era real y explosiva.

—Se entienden sin hablar —comenté.

—Como tú y Ethan —soltó Lola, dándome un empujón con el hombro.

—No empieces…

—No empiezo. Solo digo lo que es evidente. Ese hombre no te quita los ojos de encima ni por error.

La miré, conteniendo la sonrisa. Lo sabía. Lo sabía demasiado bien.

Ethan estaba detrás de mí en ese momento, y no podía verlo, pero podía sentirlo. Era como si su presencia me acariciara la espalda, como si pudiera notar el calor de su mirada deslizándose por mis hombros desnudos, bajando por mi columna, hasta perderse en el vestido.

Una voz interrumpió mis pensamientos.

—¿Quién crees que ganará? —preguntó Ethan, ahora a mi lado.

Me giré un poco, lo justo para poder mirarle. Tenía el rostro relajado, pero los ojos encendidos. Oscuros. Intensos.

—Julia y Saúl lo están haciendo muy bien. Se complementan. Se entienden. Y eso, en la pista, se nota —respondí, y él asintió.

—Lo veo. Me sorprende lo natural que es ella cuando se suelta. La he visto rota… pero ahora está diferente, más brillante.

—Él la hace brillar —dije sin pensarlo, con la voz más baja.

Ethan me miró entonces, sin decir nada durante unos segundos, solo con esa intensidad suya, que parecía poder leer dentro de mí sin necesidad de

preguntas.

—Tú también brillas, ¿lo sabías?

Tragué saliva.

—No siempre.

—Conmigo sí —añadió—. Cada vez que te miro, me ardes en las manos.

La música siguió cambiando: mezclas de pop latino, bachatas, boleros adaptados. Algunas canciones me arrancaban risas, otras solo me dejaban contemplando el espectáculo y sintiendo cómo mi corazón latía más fuerte.

Y entonces anunciaron a las tres parejas finalistas.

Julia y Saúl estaban entre ellos, por supuesto. Las otras dos parejas eran mayores, probablemente matrimonios de años, con movimientos más suaves, pero encantadores. El DJ explicó que habría una última ronda con una canción sorpresa, y el público votaría con aplausos.

La canción que empezó a sonar fue *"Vivir mi vida"* de Marc Anthony.

Saúl no perdió el tiempo. En cuanto la primera nota retumbó en los altavoces, hizo un gesto elegante y llevó a Julia al centro como si estuvieran en una final olímpica. Ella no paraba de reír, pero seguía el ritmo con soltura, girando, elevando los brazos, dejando que el vestido volara a su alrededor.

La pista vibraba. Los aplausos, los silbidos, los gritos de ánimo… era una locura. Yo aplaudía, gritaba su nombre, reía sin poder contener la emoción. Aiden animaba a pleno pulmón. Lola no paraba de sacar vídeos con su móvil, gritando "¡Vamos, reina!". Y Ethan… Ethan sonreía. Orgulloso de su hermana pequeña. Cómplice. Feliz.

"Voy a reír. Voy a gozar. Vivir mi vida, la, la, la, la…"

Cuando acabó la canción, el DJ pidió al público que votara a cada pareja. Y el estruendo fue unánime. Julia y Saúl ganaron.

Ella gritó, se abrazó a Saúl, le besó la mejilla y luego corrió hacia nosotros como si no pudiera sostener tanta emoción dentro del cuerpo.

—¡Lo hemos ganado! ¡Una cena en Mykonos, en el restaurante más exclusivo! ¡Es solo para dos personas!

—¿Y ya sabes a quién vas a invitar? —le pregunté con una sonrisa.

Se giró hacia Saúl y le tendió la mano.

—Obviamente, a mi pareja de baile. Mi héroe de la noche.

Saúl aceptó la mano con una reverencia exagerada, y todos rompimos a aplaudir otra vez.

Julia estaba radiante. El sudor le perlaba la frente, pero no le importaba. Su sonrisa podía con todo. Y Saúl… Saúl no dejaba de mirarla como si la hubiera descubierto esa noche.

Ethan se acercó a su hermana, la abrazó y le susurró algo al oído que no logré oír. Pero ella le respondió con un beso en la mejilla y una sonrisa tímida, diferente. Había algo nuevo en ella. Algo que no había traído desde casa, eso seguro.

Después del concurso, todos nos dirigimos a la discoteca del crucero. Una zona más íntima, con luces rojas y púrpuras, sofás en los laterales, una barra central y una pista de baile perfecta para perderse.

En el momento en que empezó a sonar *"Clavaito"* de Abraham Mateo y Chanel, Ethan no preguntó. Me cogió de la mano y me llevó a la pista como si no pudiera haber otra respuesta.

Nuestros cuerpos se pegaron, mis manos rodearon su cuello, sus manos se apoyaron en mis caderas y bailamos.

Lento. Despacio. Peligrosamente cerca. La música hablaba por nosotros.

—¿Qué harías si te dijera que no quiero que acabe esta noche? —me susurró en el oído.

—No sé —respondí—. Quizá deberías convencerme.

Él acercó su rostro al mío, pero nuestros labios no se tocaron, tan solo se rozaron, justo antes de que la canción terminara.

—Voy a convencerte, Lara. Pero no con palabras.

Y en ese momento supe que todo lo que estaba sintiendo, era real.

Capítulo 18



Lara

La música seguía envolviendo el ambiente como una brisa cálida y embriagadora. Luces tenues, risas lejanas, copas tintineando. Pero nada de eso importaba ya. Mis ojos solo podían mirar a los suyos.

Ethan me sostuvo la mirada con esa intensidad suya que me dejaba sin aire. Se acercó más, su boca peligrosamente cerca de mi oído, y con un tono grave, casi ronco, dijo:

—Es hora de irnos.

Yo asentí sin pensarlo. Mi cuerpo ya había decidido mucho antes que mi mente. Sonreí. Una sonrisa que era promesa y rendición a partes iguales. Nos despedimos del grupo casi sin palabras, solo con gestos. Caminamos por el pasillo alfombrado del barco como si el resto del mundo no existiera. Su mano en mi espalda baja era apenas un roce, pero la sentía como una llamarada. Cada paso hacia su camarote era un paso hacia el abismo, y yo lo deseaba con cada fibra de mi cuerpo.

La puerta del camarote se cerró tras nosotros con un sonido seco y definitivo, y en ese instante el mundo pareció detenerse. La atmósfera se volvió densa, cargada de electricidad, y el silencio no fue más que un telón que arropaba nuestro deseo. Ethan me miraba con esa intensidad que hacía que mi piel se erizara, como si sus ojos prendieran fuego a cada centímetro de mi cuerpo. Sentí un escalofrío recorrer mi espalda y su mano posarse con firmeza en mi cintura, atrayéndome hacia él.

No hizo falta hablar. Solo nos miramos. Yo sabía lo que quería. Y él también.

Me acercó lentamente, con esa seguridad suya que me volvía loca. Me sujetó por la cintura y me atrajo hacia él. Sentí el calor de su cuerpo pegado al mío. Su respiración rozándome el cuello. Su perfume, una mezcla entre madera y algo especiado, me envolvía como un hechizo, y cerré los ojos.

—Llevo toda la noche imaginando cómo sabrías —me susurró al oído, su voz grave, casi un rugido contenido—. Y te juro que voy a saborearte entera.

Mi estómago se contrajo. Un escalofrío me recorrió la espalda. Su boca bajó a mi cuello, despacio, explorando, besando, probando. Yo incliné la cabeza hacia un lado, ofreciéndome a él y jadeé.

—¿Sabes lo que haces conmigo? —preguntó en un susurro ronco.

No pude responder con palabras, solo con un suspiro ahogado. Mi cuerpo reaccionaba de forma instintiva, vibrando de deseo, cada nervio alertado, cada célula pidiendo más. Su tacto suave, pero decidido, comenzó a recorrer mi espalda, mis costillas, bajando lentamente hasta mis caderas, mientras sus dedos exploraban con hambre cada curva, cada borde de piel que dejaba entrever mi vestido.

—Eres fuego —murmuró con sus labios, rozando mi piel con una suavidad que dolía—, y quiero quemarme contigo.

No pude reprimir un gemido y mis manos buscaron su rostro, enredándose en su cabello, tirando suavemente, invitándolo a acercarse más. Su boca me encontró en un beso profundo, cargado de urgencia contenida, una mezcla perfecta de suavidad y pasión que me desarmó por completo. Sentí su lengua entrelazarse con la mía, su cuerpo pegado al mío, fundidos en un instante donde no existía nada más que nosotros dos.

Mis manos se aferraron a su camisa mientras la abría ansiosa, como si cada botón me separara de algo vital.

Su torso era todo lo que había imaginado y más. Calor, firmeza, deseo contenido.

Él me desnudó despacio, con las manos y con la mirada. Como si cada centímetro de piel descubierta fuera un tesoro que merecía atención. Sus dedos rozaban mis costillas, mis caderas, mi vientre, como si memorizara mi cuerpo. Me sentía deseada. No solo físicamente, sino de una forma más profunda, casi primitiva. Y yo también le deseaba. Como no había deseado a nadie nunca.

Nos besamos y ese beso no fue casto, ni suave, fue una declaración, una entrega. Labios, lenguas, respiraciones entrecortadas… Un beso que me hizo perder el equilibrio, que me hizo olvidar quién era, dónde estaba, lo que venía después. Solo importaba ese momento, su boca, su cuerpo contra el mío, el deseo que nos devoraba.

Me levantó como si no pesara nada y me llevó hasta la cama, sin dejar de besarme, de tocarme, de hacerme sentir como si fuera la única mujer del mundo.

—Estás preciosa... y estás temblando —murmuró, con una sonrisa mientras me tumbaba con cuidado.

—Estoy ardiendo —le respondí, con la voz entrecortada—. Y tú tienes la culpa.

Me recostó en la cama con una delicadeza que contrastaba con la pasión que ardía en sus ojos. Su cuerpo se posó sobre el mío con un peso cálido y firme, y en ese contacto sentí la fuerza de su deseo mezclada con una protección absoluta. Cerré los ojos, dejándome llevar por el tacto de sus manos, por la sensación de su boca que descendía por mi cuello, marcando mi piel con besos lentos y profundos, tatuándome con su presencia.

—Dime qué quieres —me susurró, y su voz fue un ronroneo que vibraba en mi oído—. Quiero escucharte, que me hables, que me pidas qué quieres.

Abrí los ojos y lo miré, buscando en su mirada la seguridad que necesitaba para desnudar no solo mi cuerpo, sino también mis deseos más íntimos.

—Quiero que me hagas tuya —respondí con un suspiro—. Que me muestres lo que solo tú sabes, que me quemes y me cures al mismo tiempo.

Su sonrisa fue lenta, profunda, llena de promesas. Volvió a besarme con intensidad, esta vez sin contener nada, dejando que el deseo fluyera libre, salvaje, consumiéndonos. Su lengua exploraba, sus manos recorrían cada centímetro de mi cuerpo con una precisión que me hacía temblar de anticipación y placer.

Ethan bajó sobre mí como una tormenta cálida. Su boca no dejaba de explorarme. Cada beso, cada lamida, cada mordisco suave era una provocación calculada, una invitación al delirio. Me murmuraba cosas en voz baja, palabras que nunca había oído en boca de un hombre, cosas sucias y bellas a la vez. Me decía cuánto me deseaba, lo que iba a hacerme, lo que me haría repetir. Y yo las absorbía como un conjuro.

—Te voy a hacer olvidar a todos los que vinieron antes de mí, Lara —susurró—. Después de esta noche, ningún otro sabrá tocarte como yo.

Y supe, sin duda alguna, que tenía razón.

Su lengua bajó por mi vientre como una caricia incendiaria. Yo ya no sabía quién era. No había pensamiento coherente en mi cabeza. Solo él, su boca, su cuerpo sobre el mío. Sentí cómo sus manos se deslizaban por mi piel, descubriéndome lentamente. Cada roce suyo me hacía vibrar, me consumía, me transformaba. Sus palabras me envolvían, haciéndome sentir más viva, más deseada, más mujer que nunca.

Mi cuerpo reaccionaba a cada movimiento suyo como si estuviéramos conectados por dentro. Ethan se deslizó hasta situarse entre mis piernas, me miró con esos ojos gris azulado más oscuros que de costumbre y vi cómo su lengua se abría paso entre sus labios para lamer mi centro. Cerré los ojos y gemí sin poder evitarlo, arqueando la espalda mientras sentía el placer recorrerme de pies a cabeza.

No se detuvo, todo lo contrario, siguió lamiendo y añadió dos dedos a su juego, ese que me hacía estremecer. Me penetraba al tiempo que con su

lengua y los dientes torturaba mi clítoris, lamiendo y mordisqueando sin cesar, llevándome al borde de ese placer que solo él parecía darme.

Y por mucho que quise controlar mi cuerpo y mis necesidades, no pude. Acabé teniendo un orgasmo tan brutal como intenso entre lamidas y penetraciones con sus dedos, gritando y gimiendo presa del placer.

Vi a Ethan volver a incorporarse y acercarse a mí. Extendí la mano y envolví con ella su miembro, ese miembro duro y erecto que palpitaba en la palma de mi mano y me dejaba claro que me deseaba, que deseaba aquello tanto como yo.

Nos miramos fijamente a los ojos y el placer y el deseo que vi en los suyos mientras lo masturbaba, hizo que me mordiera el labio de manera instintiva. Ethan deslizó el pulgar por mi labio inferior, se inclinó para besarme y dio un leve mordisco como otras veces había hecho, algo que me gustaba que hiciera mientras yo cerraba los ojos y sentía mucho más.

—No sabes lo que provocas en mí cuando haces eso —dijo con la voz entrecortada mientras yo seguía envolviendo su miembro con mi mano.

—¿Qué provoco? —pregunté con una mirada y un tono de voz tan sensual como pude.

—Que no me pueda controlar contigo —confesó.

Sonreí, y en ese momento la que comenzó a deslizarse por la cama bajo su cuerpo fui yo, hasta que quedé con su enorme y brillante erección ante mis ojos. Lo miré, Ethan tragó saliva mientras me observaba, y deslicé la lengua entre mis labios abiertos para deslizarla por toda su longitud, acabando en esa punta que ya goteaba de placer. Llevé con mi lengua esas pequeñas gotas y lo acogí en mi boca mientras él dejaba escapar un leve gruñido.

Se apartó un poco para incorporarse y quedar arrodillado ante mí; me incorporé y quedé sentada frente a él para así poder volver a llevarme su miembro erecto a la boca y le hice disfrutar del momento como él me había hecho disfrutar a mí.

El placer era para los dos, sin duda, puesto que al igual que él disfrutaba dándome placer a mí, yo disfrutaba dándoselo a él.

Cuando Ethan supo que, o cortaba ese momento o acabaría antes de tiempo, sostuvo mis mejillas entre sus manos y me apartó; nuestras miradas se encontraron y se inclinó para besarme con esa mezcla de hambre y pasión que ya conocía bien.

Fue recostándome poco a poco en la cama, colocándose entre mis piernas, y sentí la punta de su miembro junto a la entrada de mi vagina. Deslicé las manos por su espalda, notando el modo en el que cada músculo parecía cobrar vida cuando se movía, y me penetró despacio, haciendo que un gemido bajo escapara de mis labios.

Nos fundíamos en un vaivén lento, profundo, salvaje a ratos, suave y posesivo en otros. Mis uñas le arañaban la espalda. Su aliento caliente me llenaba los oídos.

Sus palabras seguían. Eróticas, obscenas, deliciosas.

—Eres mía ahora —dijo con voz ronca, clavando sus ojos en los míos—. Mía en cuerpo y alma. ¿Lo sabes?

No tuve que responder. Mi cuerpo gritaba la respuesta, mi alma se entregaba sin reservas. El clímax llegó con una fuerza arrebatadora, un estallido de sensaciones que me dejó sin aliento, temblando en sus brazos.

Cuando llegó, fue devastador. Un estallido. Una sacudida en todo mi cuerpo que me dejó sin aliento. Él no tardó en seguirme, hundiendo el rostro en mi cuello mientras gemía mi nombre. Nos quedamos allí, inmóviles, abrazados, sudorosos, latiendo al mismo ritmo, exhaustos, compartiendo el calor y la calma que solo el deseo saciado podía traer.

Yo le rodeé con mis brazos, y él me sujetó con fuerza, como si no quisiera dejarme ir. Su perfume y el mío se mezclaban en el aire. Ese olor a deseo, a sexo compartido, a piel contra piel, era ahora parte de mí. Me sentía entera. Llenísima. Tocada por algo que no había sentido antes.

Aun con los ojos cerrados, pensé en todo lo que había ocurrido esa noche. En sus caricias. En cómo me miraba. En la forma en que se movía dentro de mí, como si me conociera de siempre.

Y supe, con absoluta certeza, que después de este crucero, el sexo con otros hombres nunca sería igual.

Él me acariciaba la espalda con suavidad, mientras su respiración se volvía lenta, acompasada. Yo me acurruqué más cerca, sintiendo su piel caliente, su pecho firme bajo mi mejilla. Sonreí, aún con la boca entreabierta por el suspiro final, rodeada de su olor, de su abrazo y del recuerdo ardiente de una noche que jamás olvidaría.

Mientras me dejaba arrullar por el sueño, pensé que aquel crucero había cambiado algo dentro de mí. Que después de Ethan, nada volvería a ser igual. Que el sexo, el deseo, la pasión habían alcanzado un nivel al que ya no podría renunciar.

Y supe, con una certeza cálida y ardiente, que esa noche y ese hombre serían para siempre un fuego imposible de apagar.

Capítulo 19



Ethan

Aquella mañana, mientras me vestía en el camarote con ropa cómoda para el día que nos esperaba en Mykonos, sentía cómo cada pensamiento estaba enredado en Lara. Me puse la camiseta blanca, esa que se ajustaba suavemente a los músculos de mis brazos y marcaba un poco el pecho. Pantalones cortos color caqui, con los bolsillos laterales donde metí el móvil y la cartera. Mientras me abrochaba, repasaba mentalmente todas las veces que la había tenido conmigo en aquel mismo lugar, en aquella misma cama. Y, contra todo pronóstico, el deseo no se agotaba, sino que parecía crecer con cada encuentro, con cada instante compartido, con cada roce, con cada mirada.

Pensaba en su sonrisa, esa que a veces ocultaba con un leve gesto de timidez, y en cómo sus ojos podían prender fuego a cualquier parte de mi cuerpo con solo una mirada. Me sorprendía a mí mismo sintiendo esa mezcla de ansiedad y calma, de urgencia y paciencia, que solo una mujer como Lara podía provocarme.

Al salir a cubierta, el aire fresco del mar golpeó mi cara y me despejó de inmediato. Ahí estaban Aiden y Saúl, con sus voces cargadas de bromas y carcajadas, sentados en unas tumbonas, con gafas de sol, esperando el inicio del día.

—¡Ethan! —me saludó Aiden al verme— ¿Listo para conquistar Mykonos, hermano?

—Más que listo —respondí con una sonrisa, dejando que el sol calentara mi piel.

Saúl, que estaba mirando el móvil, arqueó una ceja y sonrió.

—¿Quién se apunta a perderse primero? Porque si vamos a hacer turismo, mejor liarla un poco.

Justo entonces apareció Julia, seguida de cerca por Lara y Lola. Mi hermana caminaba con esa seguridad serena que siempre la caracterizaba, con una sonrisa cómplice y ese brillo en los ojos que decía: "voy a disfrutar cada segundo". Lola, en cambio, llegaba con una energía desbordante, saludando a todo el mundo como si llevara días sin verlos, y lanzando bromas al aire como si fuera la anfitriona de una fiesta.

Me quedé quieto un momento, simplemente mirando a Lara. Llevaba un vestido azul claro, sencillo, que parecía hecho para ella, que le daba un aire fresco y natural, y, aun así, sin que ella se diera cuenta, irradiaba una sensualidad que me hacía perder la concentración. Cada vez que se movía, el vestido se ceñía y se soltaba en el lugar justo para que mi mirada se quedara clavada en ella.

Lola, al verme tan absorto, no perdió la oportunidad de picarme.

—¡Venga, Ethan, que no estás en un museo! ¿Vas a dejar que Lara se te escape o qué?

—¿Escaparse? —le contesté, sin apartar la vista de Lara— Creo que ella sabe bien dónde tiene que estar.

Julia me miró con una sonrisa pícara.

—¿Ya os habéis contado todos los secretos del camarote, hermanito? Porque yo todavía no he tenido mi dosis de cotilleos.

Lara me lanzó una mirada divertida, como diciendo: “Déjalos, que son unos niños”, y eso me hizo sonreír aún más.

—¿Sabes? —dije, acercándome a Lara y bajando la voz para que solo ella me escuchara— Me encanta verte así, tan natural, sin darte cuenta del efecto que tienes sobre mí.

Ella se sonrojó levemente.

—Quizá debería vestirme siempre así entonces —susurró.

—Te aseguro que no es la ropa, sino tú —contesté, rozando su mano con la mía.

Aiden rompió la magia con su habitual energía:

—¡Vamos, que no nos pagan por quedarnos aquí mirándonos las caras! Hay un desayuno griego que nos está esperando.

—¡Y mejor qué no se enfríe! —añadió Saúl, levantándose con pereza— Vamos, que quiero un café cargado que me despierte.

Los seis bajamos del barco, charlando, lanzándonos bromas y haciendo planes. La calle cercana estaba llena de turistas, pero para nosotros era como si el mundo se hubiera hecho a nuestra medida. El aroma del mar se mezclaba con el olor de pan recién hecho y café, y la luz del sol hacía que todo brillara con una intensidad especial.

Entramos en una cafetería típica, con mesas de madera, y pedimos cafés griegos y dulces como *baklava* y *koulouri*. Mientras esperábamos, la conversación se animaba y las risas no paraban.

—¿Sabéis? —dijo Julia, mirando a Lola— Tengo la sensación de que hoy vamos a encontrar más de un tesoro escondido.

—¿Tesoro? —preguntó Lola, con exagerada sorpresa— ¿Qué, joyas o chicos guapos?

—Los dos —respondió Julia, guiñando un ojo.

Lara se rio y añadió:

—Yo solo espero que el único tesoro sea no perderme en esas callejuelas.

—¿Eso incluye perderme a mí? —bromeé, dándole un leve empujón.

—A ti no, que eres como un GPS con patas —contestó mi hermana—. Aunque a veces algo despistado.

—Oye, que mi sentido de la orientación es impecable —me defendí, riendo.

Aiden y Saúl se unieron a la broma.

—Claro, y por eso acabamos en Santorini dando una vuelta de tres horas para encontrar una simple taberna —dijo Saúl.

—Fue para ver el paisaje, ¿vale? —justifiqué— Todo por vosotros.

—Sí, claro —dijo Lola, sarcástica—. A ver si te creemos.

Entre bromas y risas, acabamos el desayuno y salimos de nuevo a la calle. Mykonos estaba en su máximo esplendor: las casas blancas con puertas y ventanas azules, las flores que decoraban las fachadas, el sol que calentaba suavemente y la brisa marina que hacía que el aire oliera a sal y libertad…

—¿Y si nos perdemos? —propuso Julia con su espíritu aventurero— No hay nada mejor que dejarse llevar sin mapas ni horarios.

—¿Y quién nos guía? —preguntó Lola, fingiendo preocupación.

—Pues yo, la mejor exploradora —dijo mi hermana, tomando la delantera.

—Bueno, mientras no acabemos en ninguna cueva secreta o algo peor —bromeé.

—Eso sería la aventura perfecta —exclamó Saúl— ¿Te imaginas? Encontrar una cueva, quedarnos atrapados y luego tener que salir nadando a buscar el barco.

—Ves demasiadas películas —le dijo Lara, riendo.

Lara y yo caminábamos juntos, disfrutando del calor, de la gente, de la vida que parecía más intensa aquí que en cualquier otro lugar. Ella tenía esa mezcla de curiosidad y alegría que me hipnotizaba.

—Ethan, ¿me haces una foto? —me pidió, señalando una puerta azul que brillaba al sol.

Cogí el móvil y le hice una foto espontánea. En la pantalla apareció esa sonrisa que se le dibujaba cuando estaba feliz y relajada, la sonrisa que me tenía loco.

—Queda preciosa —le dije, mirándola con ternura.

Ella sonrió con un toque de vergüenza.

—Tú también —me contestó, con un susurro—. Pero no se lo digas a nadie, que me pongo roja.

Nos miramos, y en ese instante supe que la conexión entre nosotros iba mucho más allá de las palabras o las fotos.

Más tarde, Julia y Saúl se acercaron para contarnos sus planes para la noche.

—¡Vamos a la cena que ganamos en el concurso de baile! —anunció Julia con entusiasmo.

—¿Y vosotros qué? —preguntó Saúl.

Lola, con una sonrisa traviesa, se dirigió a Aiden.

—¿Quieres salir conmigo a solas, Aiden?

Aiden la miró con una sonrisa ladeada antes de contestarle.

—¿Cómo iba a decir que no? Serás mi pareja de baile.

Lola me lanzó una mirada cómplice y me guiñó un ojo. Entonces me giré hacia Lara, con la intención clara y directa.

—¿Qué te parece si esta noche cenamos solos tú y yo?

Ella me miró, sorprendida, pero con una felicidad que se reflejaba en sus ojos.

—Me encantaría —respondió con suavidad.

El día continuó entre paseos, comidas típicas y compras de recuerdos, pero para mí, el tiempo se ralentizaba cada vez que ella estaba cerca. La complicidad crecía sin que ella se diera cuenta, y yo notaba cómo más de uno la miraba, no porque no cumpliera con la obsesión absurda con los estándares de belleza, sino porque Lara desprendía un aura, un magnetismo natural que nadie podía ignorar.

Mientras la veía caminar, con esa mezcla de comodidad y sensualidad sin pretenderlo, pensé que nadie más podría tener esa influencia sobre mí.

—Oye, Ethan —me dijo Lola de repente—, ¿qué le has hecho a Lara? Porque está más radiante que nunca.

Le sonreí con complicidad.

—Eso, Lola, es un secreto.

Nos reímos y seguimos disfrutando de aquella isla que parecía hecha para momentos como ese.

La tarde avanzaba y Mykonos parecía un escenario perfecto para que los seis disfrutáramos sin preocupaciones, perdiéndonos por sus callejuelas y dejándonos llevar por la atmósfera de la isla.

—Chicos, ¿os habéis fijado en lo bonitas que son las paredes blancas? —comentó Julia, mientras nos deteníamos a observar una fachada decorada con geranios— Parece que cada casa cuenta una historia.

—Seguro que la historia es que alguien aquí se olvidó de la pintura y se quedó ahí años —bromeó Saúl, arrancando una carcajada de todos.

Lola, con su habitual energía, no pudo evitar saltar.

—¡Ay, que eres un gruñón! Eso aquí es arte, Saúl.

—Arte o abandono, a veces es difícil saberlo —contestó él, riendo.

Lara y yo caminábamos un poco más atrás, entrelazando las manos, sintiendo cómo nuestros pasos se sincronizaban sin esfuerzo.

—¿Sabes? —me dijo ella en voz baja— Estoy encantada de estar aquí contigo, en este momento.

Me giré hacia ella y la miré con intensidad.

—Yo también, Lara. A veces siento que contigo todo es más sencillo y, a la vez, más intenso.

Ella soltó una risita y negó con la cabeza.

—¡Qué romántico te has puesto! Me vas a hacer sonrojar.

—¿Y eso no es lo que quieres? —le susurré, acercando mi cara a la suya— Porque a ti, quiero sonrojarte mucho más.

Su respiración se aceleró un poco, y sus ojos brillaron con un destello que me decía que el juego había comenzado.

En un cruce de callejuelas, nos paramos frente a una pequeña tienda de artesanía local. Dentro, había desde joyas hechas a mano hasta cerámicas pintadas a mano, y cada objeto parecía contar la historia de la isla.

—¿Quieres ver algo? —le pregunté.

—Claro —respondió ella con una sonrisa curiosa.

Cogí un pequeño colgante en forma de olivo y se lo mostré.

—Esto es un símbolo de paz y prosperidad aquí en Grecia —le expliqué—. Podría quedarte bien.

Ella sonrió, lo miró y se lo acercó al cuello.

—Si me lo regalas, prometo que será mi amuleto para que nunca nos perdamos.

—Entonces, será un recordatorio de este día —le dije, mientras notaba cómo su mano rozaba la mía al coger el colgante.

Nos miramos con esa mezcla de ternura y complicidad que solo ocurría cuando las palabras sobraban y todo se decía tan solo con la mirada.

Más adelante, Saúl y Aiden empezaron a hacer fotos con sus móviles, intentando captar poses ridículas y graciosas para luego reírnos todos a carcajadas.

—¿Queréis verme hacer la pose del dios griego? —preguntó Aiden, levantando los brazos y exagerando una sonrisa.

—Por favor, sí —le animó Lola, ya riéndose.

—Esto es un sacrilegio —dijo Julia, cruzándose de brazos, aunque no pudo evitar sonreír.

Lara me miró y me dijo en tono bajo, pero con un brillo juguetón en los ojos:

—¿Y tú? ¿Nos vas a deleitar con algún paso de baile? —me preguntó Lara en tono bajo, mirándome con un brillo juguetón en los ojos.

—Si quieres, después te enseño unos movimientos... Pero solo si tú me acompañas.

Ella me devolvió la mirada con ese aire desafiante que siempre me ponía alerta.

—Trato hecho —dijo.

Nos detuvimos frente a un pequeño café para sentarnos un rato y reponer fuerzas. La camarera, con esa simpatía que te hacía sentir en casa, nos trajo vasos con agua fresca y un plato de melón y queso feta, típico de la zona.

—Esto es increíble —comentó Lara, probando el plato por primera vez—. Dulce y salado a la vez, como un baile para el paladar.

—Tú sí que eres un baile para mí —le dije, bajando la voz para que solo ella me escuchara.

Ella me lanzó una sonrisa tímida, y de nuevo sentí cómo mi corazón se aceleraba. Me acerqué a Lara y le susurré:

—Esta noche es solo nuestra.

Ella se puso un poco roja y respondió.

—Perfecto. Me apetece mucho.

El sol comenzó a descender, tiñendo el cielo de tonos dorados y anaranjados. El día en Mykonos estaba llegando a su fin, pero para nosotros, apenas comenzaba.

Mientras caminábamos de regreso al barco, sentí que el tiempo se detenía cuando estaba cerca de Lara. Esa sensación de que todo podía pasar, de que el mundo se limitaba a nuestras risas, nuestras miradas y el roce de nuestras manos.

Capítulo 20



Ethan

Mientras me vestía en el camarote, intentando elegir la ropa más cómoda, pero que a la vez transmitiera algo especial, no podía dejar de pensar en Lara. Aquella mezcla de nervios y deseo me recorría la espalda como un cosquilleo persistente. Me puse una camisa de lino blanca, de esas que parecían livianas y frescas, y unos pantalones claros que me permitían moverme con facilidad. Todo el rato, su imagen aparecía en mi mente: su sonrisa tímida, el modo en que sus ojos brillaban cuando se sentía observada y ese vestido que la hacía parecer una diosa moderna, sensual sin pretenderlo.

Cogí el móvil para comprobar que todo estaba listo: había reservado un sitio en un restaurante que había encontrado navegando por Internet, un lugar alejado del bullicio de Mykonos, algo íntimo y exclusivo. Quería que aquella noche fuera diferente, única, para los dos.

Salí a cubierta, apoyándome en la barandilla mientras me encendía un cigarro, tratando de calmar la mezcla de ansiedad y emoción. Entonces la vi aparecer por la esquina, y todo a mi alrededor se difuminó. La forma en que caminaba, ligera, con ese leve vaivén de sus caderas, me dejó sin aliento.

—Ethan —dijo con esa voz dulce, rozando casi un susurro—, ¿te gusta?

Me acerqué lentamente, sintiendo cómo un calor intenso me invadía. El perfume que llevaba era una mezcla sutil de flores y algo amaderado que me atrapaba.

—Me encantas —le dije al oído, bajando el volumen para que solo ella me escuchara—. Estás impresionante.

Sus mejillas se tiñeron de un rojo suave y sus ojos se clavaron en los míos con una mezcla de timidez y deseo. La cogí de la mano y la sensación de tenerla cerca, con su cuerpo rozando el mío, era como un imán que no podía ni quería resistir.

Bajamos juntos del crucero; la ciudad parecía desvanecerse mientras caminábamos hacia el taxi. Los gestos, las miradas cómplices, los pequeños roces de nuestras manos cuando nos ajustábamos el paso, lo decían todo. No hacían falta palabras.

Cuando llegamos a aquella casa convertida en restaurante, todo era como un sueño hecho realidad. La luz tenue de las velas y el aroma de las flores nos envolvían. El camarero nos condujo hasta un reservado donde nos esperaba una mesa decorada con mimo, velas encendidas y ese silencio cálido que solo se compartía con alguien que sabías que te entendía.

Al sentarnos, me acerqué para coger la mano de Lara y apretarla con suavidad.

—Esta noche es para ti —le dije, mirándola a los ojos con sinceridad—. Quiero que disfrutes cada segundo.

Ella me sonrió, y en ese momento supe que aquel día había valido la pena solo por verla así.

El vino blanco frío fue el primero en abrirse paso entre nosotros. Lara lo probó con cuidado, sus labios rozando la copa, y me dijo que tenía un sabor dulce y afrutado que la conquistaba. No pude evitar acercar mi mano para acariciar la suya, disfrutando del contacto y del latido de su pulso.

La cena comenzó con platos que parecían diseñados para seducir los sentidos: mariscos frescos, especias sutiles, texturas que se mezclaban en la boca con delicadeza. Yo le ofrecía pequeños trozos, acercándolos lentamente a sus labios, observando cada gesto, cada reacción. Sus ojos se posaban en mí, brillantes, con ese punto de timidez que me derretía.

—¿Sabes? —le susurré en un momento, mientras mi aliento se perdía en su cuello— No puedo concentrarme en la comida cuando estás tan cerca.

Ella soltó una pequeña risa, casi un suspiro, y me respondió.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

No hizo falta responder con palabras. Mis dedos comenzaron a deslizarse lentamente por su brazo, subiendo hacia su hombro, rozando la piel desnuda que asomaba por el escote del vestido. Su piel era suave, cálida, y sentí cómo su respiración se aceleraba bajo mi toque.

La conversación se volvió cada vez más íntima, con murmullos apenas audibles que solo nosotros podíamos entender. Nos confesamos deseos, miedos, secretos que solo compartíamos en ese espacio cerrado y protegido del mundo.

—Eres tan diferente a todo lo que he conocido —le dije, rozando con los labios la curva de su mandíbula—. Cada vez que te miro, siento que todo cambia.

Ella cerró los ojos un instante, dejando que mis palabras se hundieran en su interior.

—Bésame, Ethan —me pidió con una sonrisa ladeada.

Lo hice, lento y profundo, dejando que nuestros labios se buscaran, que nuestras lenguas se encontraran en una danza de fuego y ternura. Sentí sus manos en mi camisa, sus dedos aferrándose con delicadeza, pidiendo más.

El vino se convirtió en cómplice de nuestra pasión. Cuando el postre llegó, un dulce elaborado con miel y frutos rojos, ya estábamos entregados el uno al otro. El champán apareció entonces, y entre burbujas y susurros, la ropa comenzó a caer. Cada prenda abandonaba nuestro cuerpo con urgencia contenida, dejando al descubierto la verdad de nuestro deseo.

Las miradas se volvieron más intensas, las caricias más valientes. Recorrí su espalda con la punta de los dedos, sintiendo cómo su piel se erizaba, cómo

su cuerpo respondía a cada roce.

—Eres perfecta, Lara —le susurré al oído, mientras nuestras bocas se unían de nuevo.

—Eres mi locura, Ethan —respondió.

Lamí su cuerpo, sus pechos, mordisqueé sus pezones y mientras la tenía sentada a horcajadas sobre mí, la penetré con mis dedos, haciendo que Lara temblara entre mis brazos.

Seguí jugando con ella mientras se movía sobre mi miembro, rozándose con mi erección, haciendo que el fuego que ya me hacía arder en brasas se avivara aún más.

Y no pude contenerme, ni quise hacerlo. Así que la sostuve por las caderas y la guie poco a poco hasta que mi miembro quedó alineado con la entrada de su vagina. Nos miramos fijamente, nos lanzamos a por los labios del otro y Lara comenzó a deslizarse mientras mi miembro se abría paso en su cuerpo. Gimió en mi boca y eso fue música para mis oídos.

Nos perdimos en esa pasión salvaje y tierna a la vez, una explosión de sensaciones que nos llevó al límite y más allá. Después, sentados en la silla, sentí su cuerpo contra el mío, su respiración aún agitada, y cerré los ojos, dejándome llevar por ese momento perfecto. Su aroma mezclado con el mío y el de la noche, impregnado de deseo y ternura, me hizo pensar que ese crucero, esa mujer y esa noche eran algo que nunca olvidaría.

Después de la cena, caminábamos por las callejuelas empedradas de Mykonos, con la brisa fresca que acariciaba su piel y el leve vaivén de su pelo que parecía desafiar la calma de la noche. Tenía su mano entrelazada con la mía y sentía cómo cada roce electrizaba mi piel, como si el simple contacto nos uniera más allá de lo físico. Nos mirábamos sin necesidad de palabras, porque en sus ojos veía todo lo que quería saber: deseo, complicidad, ganas.

De repente, me detuve y la atraje hacia mí. Puse una mano en su nuca y acerqué su rostro al mío despacio, para que el momento durara. Su

respiración se aceleró, y la mía se mezcló con la suya mientras nuestros labios se encontraron en un beso suave que fue creciendo en intensidad, lento, explorando, como si fuera la primera vez. Notaba el calor de su cuerpo, el latir acelerado bajo la piel, y eso me hizo desearla aún más.

—Eres un fuego que no puedo apagar —le susurré al oído, rozando su mejilla con la mano—. Cada vez que te miro, me pierdo.

Ella respondió con una sonrisa tímida y sus labios rozaron mi lóbulo, susurrándome a su vez.

—Y tú eres la locura que me hace sentir viva.

Seguimos caminando sin que nuestras manos se soltaran en ningún momento, y cuando subimos al taxi que nos llevaba de vuelta al crucero, se apoyó en mi hombro y cerró los ojos, entregándose a la sensación de estar conmigo. Esa confianza, esa intimidad, me hizo querer cuidarla, protegerla, pero también devorarla con la misma intensidad.

Al llegar, la música vibrante de la discoteca nos recibió, y allí estaban Lola, Aiden, Julia y Saúl, bailando con alegría. Nos unimos a ellos por un rato, pero yo solo tenía ojos para Lara. La forma en que se movía, cómo sus caderas marcaban el ritmo, la sensualidad natural que irradiaba me volvía loco.

Al sonar una bachata suave, me acerqué y le dije bajito:

—¿Quieres que esta noche termine conmigo? Porque yo quiero que duermas en mi camarote.

Su respuesta fue una mirada cargada de deseo y un simple “sí” que me hizo sonreír de oreja a oreja.

Dejamos la fiesta y nos dirigimos al camarote, donde el silencio y la privacidad nos envolvieron como un refugio. Cerré la puerta tras nosotros y la atraje hacia mí con fuerza, sintiendo su cuerpo estremecerse al contacto. Nuestros labios se encontraron con urgencia, con ese hambre contenida que habíamos ido acumulando durante todo el día.

Mis manos exploraban su espalda, dibujaban sus curvas con una mezcla de ternura y pasión, mientras sus dedos se enredaban en mi cuello, tirando de mí para no dejar espacio entre nosotros. Susurré su nombre con voz ronca y ella respondió con gemidos apenas audibles que me hicieron temblar.

—Nunca he deseado tanto a alguien —le confesé, mientras bajaba a besar su cuello, dejando una estela ardiente que la hacía temblar.

—Eres mi fuego, Ethan —me susurró con sus labios rozando mi piel—. No quiero que esto acabe nunca.

La ropa fue cayendo lentamente, como un ritual que nos desnudaba no solo el cuerpo, sino el alma. Cada caricia era un acto de adoración, cada beso una promesa. Nos entregamos el uno al otro sin reservas, dejándonos llevar por ese deseo salvaje y tierno a la vez.

Nuestros cuerpos se unieron con una intensidad que hacía que el mundo desapareciera. Las palabras susurradas, las miradas cómplices y los gemidos eran la banda sonora de nuestra unión. Sentí cómo cada movimiento, cada roce, encendía una llama que nos consumía sin piedad.

Cuando llegamos al clímax, fue como si todo estallara en mil pedazos de placer y ternura. Quedamos exhaustos, entrelazados en la cama, con nuestros cuerpos temblando, las respiraciones entrecortadas y los latidos desbocados.

Me acurruqué junto a ella, inhalando su aroma, una mezcla de su perfume, el mío y ese olor inconfundible de pasión compartida. Cerré los ojos y pensé que, después de esta noche y este crucero, nada volvería a ser igual. Porque Lara me había mostrado un mundo nuevo, un deseo profundo y una conexión que jamás habría imaginado.

Mientras la veía dormirse en mis brazos, supe que esta experiencia quedaría grabada para siempre en mi memoria y en mi piel.

Capítulo 21



Lara

Desperté envuelta en un calor ajeno, tibio, protector. Tardé un par de segundos en recordar dónde estaba. El leve vaivén del camarote, el murmullo del mar filtrándose por la puerta entreabierta de la terraza, el aroma inconfundible a sábanas limpias mezclado con la piel de un hombre… Todo volvió a mí de golpe.

Estaba en el camarote de Ethan.

Me quedé inmóvil, tumbada de lado, observándolo dormir. Respiraba con suavidad, con la boca entreabierta, el pelo ligeramente revuelto y una mano extendida hacia el otro lado de la cama, como si inconscientemente me buscara. Había algo terriblemente tierno en verle así, tan desprotegido, tan humano. No era la primera vez que compartía una cama con un hombre, pero sí era la primera vez que me sentía… vista.

Ethan me miraba como si me viera de verdad. No como un cuerpo diferente, uno que no tenía esa silueta que encajara en los malditos estándares absurdos de la sociedad. Me miraba como si dentro de mí hubiera algo más que curvas y piel, como si en mis ojos viera algo que otros no se habían molestado en buscar.

Sonreí al recordar la noche anterior. La cena, las miradas furtivas entre plato y plato, su mano rozando la mía bajo la mesa, el vino suavizando los silencios, cómo nos entregamos al deseo en el reservado de aquel restaurante... Y luego, el camarote. Las risas, los besos, las caricias... cómo

me hizo suya sin prisas, como si cada parte de mí mereciera su propia atención. Había algo en él que me hacía sentir poderosa y vulnerable a la vez.

Deslicé mi mano por su pecho desnudo, acariciando los músculos que se marcaban bajo su piel dorada. Incluso dormido parecía esculpido por algún dios travieso y caprichoso. Sentí un cosquilleo recorrerme los dedos y, como si tuviera vida propia, mi mano siguió bajando, lenta, casi como un juego. La yema de mis dedos descendió por su vientre hasta el borde de la sábana, donde la tela comenzaba a cubrir lo que mi imaginación ya visualizaba con claridad.

—Si no quieres quemarte, preciosa, no sigas bajando —murmuró de repente, con la voz ronca aún por el sueño.

Me quedé quieta, sorprendida. Lo miré y vi que seguía con los ojos cerrados, y una sonrisa apenas insinuada asomaba en sus labios.

—¿Estás dormido o es una amenaza? —susurré, divertida, pero no respondió.

Así que, sonriendo, deslicé mi mano bajo la sábana sin dudar. Lo encontré caliente, duro, palpitante. Lo envolví con la palma mientras él soltaba un gemido grave, gutural, que me hizo morderme el labio.

—Ahora ya no puedes echarte atrás —dijo, abriendo los ojos despacio, clavando su mirada en la mía.

Y entonces empezó todo de nuevo. Sus manos encontraron mis caderas, mi espalda, mis pechos. Se incorporó, me atrajo hacia él y nos besamos con esa urgencia controlada que solo aparecía cuando ya no había nada que demostrar. No era sexo por inercia, era deseo consciente, hambre del uno por el otro. Me tumbó con delicadeza, besando cada parte de mi cuerpo con la adoración de quien memorizaba un idioma nuevo. Me hizo gemir su nombre. Lo hice gritar el mío. Y cuando ambos llegamos al clímax, rendidos, entrelazados y sudorosos, no hubo palabras. Solo suspiros. Sonrisas. Miradas.

Pero no acabó ahí.

Me llevó a la ducha, y sus manos recorrieron mi cuerpo bajo el agua caliente mientras el vapor nos envolvía. Me empotró suavemente contra la pared de cristal, besándome entre el cuello y el hombro, deslizando su lengua por mi clavícula. Hicimos el amor otra vez, entre el vapor y los jadeos, como si el mundo se hubiera detenido y solo existiéramos nosotros.

—¿Siempre te mueves así? —preguntó entre risas mientras me enjabonaba la espalda— Porque tengo que admitir que hay algo en lo que haces que me tiene completamente loco.

—¿A qué te refieres exactamente? —dije, dándome la vuelta con una sonrisa pícara.

—A todo. A cómo gemías, a cómo te movías sobre mí, a lo que hacías con tus caderas. Pero, sobre todo, a esa forma en la que me mirabas. Como si me estuvieras… desafiando.

Me reí, inclinándome para besarlo.

—Es bueno saberlo —sonreí.

—¿Alguna vez has usado juguetes? Antes de la otra noche en el local *swinger*, quiero decir —preguntó con curiosidad.

—Alguna vez, sí —admití sin pudor—. La noche no fue la primera.

—Lo intuí, pero no quise preguntar. Me pareció de mal gusto interrumpir a una diosa mientras juega con fuego.

—¿Y tú? ¿Juegas?

—Contigo, siempre —dijo y me besó de nuevo.

Salimos de la ducha con la piel húmeda y caliente. Yo me puse un albornoz blanco que olía a suavizante; él se enrolló la toalla a la cintura, dejando al descubierto sus abdominales de escándalo. En ese momento, llamaron a la puerta.

—Servicio de habitaciones —dijo una voz al otro lado.

Ethan abrió la puerta y pidió que llevaran el carrito del desayuno a la terraza. El camarero apenas levantó la vista. Cuando se marchó, ambos reímos.

Nos sentamos en la terraza, frente al mar, con una brisa suave acariciándonos el rostro. El desayuno era espectacular: zumo de naranja natural, café recién hecho, bollería, fruta, huevos, tostadas… Todo dispuesto con mimo.

—¿Te imaginas vivir así todos los días? —pregunté mientras le ponía azúcar al café.

—¿Con esta vista o contigo en mi cama?

—Con ambas cosas —dije, riendo.

Ethan sonrió al tiempo que negaba, pero no respondió. Hablamos de nuestras vidas. De nuestros orígenes. Y de cómo era posible que viviendo en Sevilla no nos hubiéramos cruzado antes.

—Supongo que el universo lo tenía todo planeado —dijo él, mirándome como si acabara de encontrar una joya perdida.

—O nos estaba haciendo esperar para que el encuentro fuera aún mejor —respondí, apartando la mirada para no sonrojarme.

La conversación fue natural, fluida, como si lleváramos años conociéndonos. Hablamos de nuestros ex, de heridas, de cicatrices invisibles. Yo no conté todo, pero sí lo suficiente. Él tampoco abrió del todo su caja de secretos, pero intuí que había más detrás de esa sonrisa encantadora.

Cuando terminamos, me levanté.

—Voy a cambiarme y a ver si encuentro a los demás en la piscina. ¿Te vienes?

—Voy en un rato. Tengo algunas cosas que hacer.

Nos besamos. Un beso lento, dulce, con sabor a café y deseo retenido.

Salí del camarote con una sensación extraña en el pecho. Ligera. Casi feliz. Como si después de mucho tiempo, alguien me hubiera arrancado una parte del peso que llevaba dentro y me permitiera respirar mejor.

Iba a cambiarme. Iba a disfrutar del día. Pero, sobre todo, iba a intentar no enamorarme.

Cuando llegué a la piscina, el sol ya brillaba con fuerza, reflejándose en la superficie azul del agua como si fuera un espejo líquido. Me puse las gafas de sol y eché un vistazo a mi alrededor. No tardé en verlos.

Julia estaba tumbada en una hamaca, con su melena recogida en un moño alto y unas gafas gigantes que apenas dejaban entrever sus ojos. Aiden estaba en el agua, apoyado en el borde, hablando con Saúl, que se reía a carcajadas de algo que el otro acababa de decir. Lola se estaba poniendo crema en las piernas mientras lanzaba miradas cómplices hacia todos.

—¡Buenos días, dormilona! —gritó Julia al verme acercar.

—Buenos no sé, pero calientes seguro —bromeó Lola, levantando una ceja con malicia.

—¿Qué insinúas? —pregunté con fingida inocencia mientras dejaba mi toalla en la hamaca de al lado.

—Que no se te escapa ni una noche tranquila últimamente —respondió Saúl, lanzándome una sonrisa ladeada que conocía demasiado bien.

Me limité a sonreír mientras me quitaba el pareo y me sentaba junto a Julia.

—¿Qué hacéis?

—Comentábamos que hay pistas de voleibol más allá de la zona de jacuzzis —dijo Julia, incorporándose—. Y que me apetece jugar un partidito.

—¿En serio? —pregunté riendo— ¿Ahora te da por el deporte?

—Siempre que sea bajo el sol y con rivales atractivos, sí —contestó con un guiño—. ¿Te apuntas?

—Claro. ¿Tú, Lola?

—Por supuesto. ¿Contra quién jugamos?

Aiden salió del agua y se sacudió el pelo como si estuviera en un anuncio de champú.

—Contra nosotros, por supuesto. Saúl y yo contra vosotras tres.

—Eso no es justo —dijo Lola—. Somos más.

—Tú no te preocupes, que Aiden hace trampa hasta cuando juega solo al solitario —comentó Julia entre risas.

—¡Mentira! Soy competitivo, no tramposo —se defendió Aiden.

—Sea como sea —interrumpió Julia con energía—, propongo que juguemos chicas contra chicos.

—Demasiado fácil —respondió Aiden, cruzándose de brazos—. Si no hay nada en juego, no tiene gracia.

—¿Y qué propones? —pregunté, ya oliéndome algo.

Aiden miró a Saúl, que asintió como si ya supiera lo que iba a decir.

—Si ganamos nosotros, tendréis que hacer lo que os pidamos hasta que lleguemos a Dubrovnik. Lo que sea.

—¿Y si ganamos nosotras? —preguntó Lola, afilando la voz.

—Pues entonces seremos nosotros los que obedeceremos vuestros caprichos.

Nos miramos entre las tres sin decir nada. La complicidad se tejió sola. Una sonrisa. Una ceja alzada. Una pequeña inclinación de cabeza.

—Trato hecho —dijimos al unísono.

—Esto va a ser divertido —dijo Aiden, frotándose las manos—. Ya os imagino trayéndome mojitos y masajeando mis pies.

—Sigue soñando —le respondió Lola—. Ve preparando tu discurso de sumisión, que hoy vais a morder el polvo.

Fuimos todos a las pistas. Hacía calor, pero la brisa del mar ayudaba a que fuera soportable. Pedimos una pelota en la caseta de deportes del barco y enseguida nos pusimos en posición. Julia era sorprendentemente buena. Lola tenía reflejos. Yo hacía lo que podía, pero sobre todo me reía.

Ellos también eran buenos. Saúl jugaba como si se estuviera disputando el Mundial, y Aiden… bueno, Aiden jugaba como Aiden: con estilo, trampas creativas y muchas risas.

—¡Eso era falta! —gritó Julia en un momento dado, después de que Aiden se sacara un punto dudoso metiendo el pie por debajo de la red.

—Normas internacionales de crucero —respondió él, completamente serio —. Si el pie lleva chancla, no cuenta como invasión.

—¡Qué morro tienes! —dijo Lola, mientras le tiraba la pelota a la cabeza.

—¡Auch! Cuidado, que, si me dejas sin cabeza, a ver quién te va a dar tus mejores orgasmos en el crucero —protestó.

—Mi *Satisfayer*, por supuesto —contestó ella, con todo el descaro.

El partido estuvo empatado. Entre empujones, risas, gritos y algún que otro tropezón teatralizado por parte de Aiden, el marcador fue subiendo poco a

poco. El sudor resbalaba por nuestras frentes, mezclándose con el salitre que aún llevábamos en la piel.

Al final, tras un remate espectacular de Julia que dejó a Saúl en el suelo, de manera literal, ganamos.

—¡Toma! —gritó Julia, saltando de alegría.

—¡Vamos! —dijo Lola, abrazándonos a las dos.

Yo apenas podía parar de reír. Aiden se tiró al suelo como si lo hubieran derrotado en una guerra.

—Nosotras mandamos —cantó Julia, con tono triunfal—. Que se preparen los esclavos del deseo.

—No pienso haceros la manicura —dijo Saúl, aunque tenía una sonrisa de oreja a oreja mientras se sacudía la arena.

—Ya veremos lo que pedimos —le respondí, guiñándole un ojo.

—Lo que está claro es que no os lo vamos a poner fácil —añadió Aiden, mientras se incorporaba con dignidad fingida—. Habéis ganado el primer asalto, pero quedan días por delante y yo, amigas mías, soy muy vengativo.

—Nosotras también —dijo Lola, riendo—, sobre todo, si hay cócteles y masajes de por medio.

Después de las felicitaciones, alguna que otra broma y más risas, recogimos nuestras cosas y nos encaminamos hacia el bufé para comer. El estómago ya nos rugía, y la idea de un buen plato de pasta o ensalada fresquita era demasiado tentadora como para ignorarla.

El sol seguía brillando con fuerza, pero en el ambiente ya se respiraba algo más que calor.

Se respiraba juego. Complicidad. Y algo más. Algo que aún no me atrevía a poner en palabras.

Capítulo 22



Lara

El bufé era enorme. En cuanto entramos, un delicioso aroma a comida recién hecha nos envolvió: pan horneado, platos calientes, ensaladas frescas, frutas exóticas… Parecía que el barco hubiera decidido tentarnos con todo a la vez.

Ethan se unió a nosotros en ese momento, y al verlo no pude evitar sonreír como una adolescente.

Nos sentamos en una de las mesas redondas cerca de los ventanales, desde donde se veía el mar extendiéndose hasta perderse en el horizonte. El lugar estaba animado, aunque no abarrotado. Gente de todas las edades, familias, parejas, grupos de amigos… y nosotros, un grupo cada vez más unido, con las emociones a flor de piel después del partido de voleibol.

Julia y Lola no paraban de bromear desde que nos sentamos.

—Vale —dijo Julia, mientras rellenaba su vaso de agua—, necesitamos una lista. Tenemos esclavos durante varios días. Hay que aprovechar.

—Yo quiero que Aiden nos traiga cócteles a la piscina, uno distinto cada hora —dijo Lola con total seriedad.

—¿Solo eso? —se burló Julia— Yo voy a pedir que me abaniquen mientras me pintan las uñas de los pies.

—Podéis olvidaros del decoro, ¿eh? —dijo Aiden, sirviéndose una montaña de pasta— Podéis pedir cosas sucias, perversas, impropias… Ya que mandáis, hacedlo bien.

—¿Tú lo dices porque esperas que lo hagamos o porque te excita la idea? —pregunté, riendo.

Aiden me guiñó un ojo.

—Ambas. Qué pregunta más tonta, Lara.

—Lo que está claro —intervino Saúl, dejando su plato—, es que no habéis entendido bien las condiciones. No es solo cuando estemos todos. También podéis pedir cosas cuando estemos a solas. En plan... intimidad.

Julia alzó una ceja con una sonrisa provocadora.

—Ah, ¿sí? Entonces, Saúl, prepárate. Te voy a tener yendo de un camarote a otro como si fueras un recadero personal. Y si me da por despertarte a las tres de la mañana porque quiero un masaje, espero que no protestes.

—A esas horas no suelo protestar… si el masaje es mutuo —contestó él, cogiendo la mano de Julia sobre la mesa y dándole un beso lento en los nudillos.

Ella se quedó callada durante un instante. Rara vez la veía ruborizarse, pero ese fue uno de esos momentos. Aunque intentó disimularlo, todos lo notamos.

—Qué bonito intento de parecer inocente, hermana —bromeó Ethan, que hasta entonces había estado en silencio, mirando su plato con una sonrisa suave.

—Oye, que, si quiere hacernos creer que no se han acostado, está fracasando estrepitosamente —añadió Lola, fingiendo toser mientras decía *"sexo"* entre dientes.

Julia le tiró un trozo de pan sin maldad, pero no negó nada.

—Tú calla, que en tu cara tampoco se notan los días de sequía —respondió ella, entre risas.

—Eso es porque estoy eligiendo bien —contestó Lola—. La buena compañía no se improvisa.

Todos nos reímos, incluso Ethan. Aunque, en ese momento, noté que su mano se deslizaba por debajo de la mesa hasta tocar la mía. Me sobresalté levemente, pero no la retiré. Me giré a mirarlo.

—¿Y tú qué vas a pedirme cuando estemos a solas? —me susurró, tan cerca que sentí el cosquilleo de su aliento en la oreja.

—Aún no lo he pensado —le respondí, sin mirarle—. Pero te aviso: cuando lo haga, no vas a poder negarte.

—¿Ni, aunque suponga arrastrarme por el suelo implorando clemencia?

—Sobre todo si supone eso —añadí, mordiéndome el labio.

—Dímelo en serio, Lara —insistió, ahora con la voz más grave—. Si tú mandas… ¿Qué quieres que haga?

Me quedé en silencio unos segundos. No por falta de ideas, sino por la forma en la que me miraba. Como si me estuviera desnudando otra vez, pero con la mirada. Como si todo mi cuerpo, mis pensamientos, mis deseos, fueran un mapa y él supiera exactamente por dónde caminar para incendiarme desde dentro.

—Quiero que... —comencé, bajando la voz para que solo él me oyera—, cuando estemos solos, me ates las muñecas con tu corbata. Y que no pares hasta que no te suplique que lo hagas.

Sus pupilas se dilataron. Tragó saliva y, por primera vez, fue él quien se quedó sin palabras.

—Listo. Ya te lo he dicho —dije, girándome como si nada mientras daba un sorbo a mi copa de vino.

Él soltó una risa baja, oscura, y me estrechó la mano por debajo de la mesa, sin decir nada más.

Los demás seguían a lo suyo, hablando de bromas y desafíos. Julia proponía que los obligáramos a bailar una coreografía en la cubierta del barco. Aiden sugería que nos dejaran ponerles ropa ridícula para la cena. Las ideas eran cada vez más absurdas y divertidas. Reímos tanto que las mejillas me dolían.

Después de comer, Julia, Saúl, Lola y Aiden decidieron volver a la piscina. Yo estaba tentada de ir con ellos, pero Ethan se inclinó hacia mí y dijo:

—Voy a revisar unos correos del trabajo. Solo serán unos minutos.

—Yo voy al camarote a descansar un poco —mentí, aunque en realidad solo necesitaba un momento a solas.

Nos despedimos con besos en las mejillas, risas y promesas de vernos más tarde. Ethan me acompañó hasta el pasillo y, justo antes de separarnos, me empujó suavemente contra la pared, ocultos de la vista.

—Sobre lo de atarte las muñecas —me dijo en voz baja—. ¿Tienes alguna corbata favorita?

—La negra. La que llevabas la otra noche.

—Perfecto —susurró—. Esa noche aún no ha terminado, Lara. No del todo.

Y se alejó, caminando con ese aire despreocupado suyo, dejándome ahí, con el corazón latiéndome en la garganta y el cuerpo pidiendo más.

Fui a mi camarote, sintiéndome como una adolescente que acababa de tener su primer beso. Pero no, no era un beso., era algo mucho más peligroso.

El camarote estaba en silencio cuando entré.

Me metí en el baño y abrí el grifo de la ducha, dejando que el agua me envolviera otra vez, esta vez a solas. Quería relajarme, despejarme, ordenar los pensamientos que desde hacía días andaban enredados unos con otros.

Al salir, me puse un conjunto cómodo: shorts vaqueros claros, una camiseta blanca de tirantes y unas sandalias planas. Me recogí el pelo en un moño desordenado, cogí el móvil, las gafas de sol, y salí.

No tenía rumbo fijo, solo quería caminar. Respirar el aire marino, sentir el sol en la piel sin necesidad de estar en bikini. Me perdí por los pasillos del barco, curioseando tiendas, cafeterías, zonas comunes que aún no había explorado. Había gente por todas partes, pero me sentía tranquila. Invisible de forma agradable. Nadie me reconocía, nadie esperaba nada de mí.

Pasé por la zona infantil y me detuve a ver cómo un grupo de niños se tiraba por un tobogán acuático. Las carcajadas llenaban el ambiente, y por un momento, se me escapó una sonrisa real, honesta. Había algo tan puro en esa alegría infantil…

Caminé hasta la barandilla más alejada del barco y me quedé allí, observando el mar en silencio. El azul era tan intenso que dolía mirarlo. Hice un par de fotos con el móvil, alguna del paisaje, otra en modo selfi, con el viento despeinándome y el océano de fondo. Elegí una, la que tenía esa mezcla entre paz y nostalgia en la mirada, y la subí a mis redes con una frase que me salió casi sin pensar:

“A veces el mar no responde, pero te escucha. Y eso basta.”

Guardé el móvil en el bolso y seguí caminando hasta una de las zonas de la piscina donde había varias tumbonas libres. Me dejé caer en una de ellas, a la sombra, cerré los ojos y dejé que el rumor del mar y las voces lejanas me envolvieran.

Entonces sonó mi móvil y al cogerlo, vi que era mi madre. Sonreí. Siempre sabía cuándo llamarme. O quizás era yo quien siempre necesitaba oírla en momentos así.

—Hola, cariño —su voz sonaba dulce, algo preocupada.

—Hola, mamá.

—¿Cómo va el crucero? ¿Todo bien?

—Sí, sí, todo muy bien. Me estoy relajando, conociendo gente nueva. Necesitaba esto.

—¿Y tú? ¿Tú estás bien, de verdad?

Tragué saliva. Era increíble cómo las madres sabían exactamente cuándo no estábamos del todo bien, aunque intentáramos fingirlo.

—Estoy… en proceso —respondí con sinceridad—. Me siento bien, pero también me da miedo sentirme así.

—¿Es por alguien?

—Puede ser —admití.

—¿Es bueno contigo?

—Mucho, y eso me desconcierta.

Ella guardó silencio unos segundos antes de hablar.

—A veces, después de haber estado tanto tiempo con quien no nos valoraba, nos cuesta creer que alguien lo haga sin pedir nada a cambio. Pero mereces a alguien que te vea, Lara, que te escuche y que te cuide incluso cuando no dices que lo necesitas.

Sentí un nudo en la garganta.

—Gracias, mamá. No sabes cuánto te agradezco estas palabras.

—Siempre estoy contigo, hija. Aunque no me veas, estoy aquí.

Nos despedimos con un “te quiero” sincero, y me quedé unos segundos con el móvil aún en la mano, mirando la pantalla negra.

Entonces, un movimiento en la piscina me llamó la atención.

Una pareja. Estaban de pie, discutiendo en voz baja. Él gesticulaba con impaciencia; ella miraba al suelo, cruzada de brazos. No podía oír lo que decían, pero lo vi todo en su lenguaje corporal: frustración, cansancio, resignación.

Y de pronto, sin avisar, me vi transportada a otro lugar.

Un recuerdo. Uno de esos que no pedías, pero que llegaban sin invitación.

Éramos él y yo. Julio. En aquel hotel de Málaga, una noche de agosto. Habíamos ido allí por su cumpleaños. Yo llevaba un vestido rojo; él apenas me miró. Durante la cena discutimos porque no quería que subiera una foto de los dos a Instagram.

—*¿Quieres que la gente piense que salgo con una modelo? Porque tú no lo eres* —me había dicho con una mueca de asco—. *A ver si empiezas a aceptar cómo eres, Lara.*

Me dolió. Me dolió porque, aunque no lo dijera, sabía que le avergonzaba mi cuerpo. Decía que me quería, que estaba conmigo por mi inteligencia, por mi simpatía, pero no podía evitar que se notara que le molestaba cómo me veía. Siempre encontraba algo: mis caderas, mis muslos, mis brazos, mis curvas. Me sentía como un error andante.

Y, sin embargo, yo lo quería, o eso creía. Me anulé por él, dejé de vestirme como me gustaba, dejé de comer cosas por miedo a engordar más, dejé de sonreír del todo.

Hasta que un día descubrí que se acostaba con otra. Con varias, en realidad. Y lo peor no fue eso, sino que me lo dijera sin remordimiento.

—*Tú no eres como ellas. ¿Qué esperabas? Necesito otras cosas que tú no puedes darme.*

Por no hablar de que acabé descubriendo que estaba conmigo, más por mi dinero que por mí misma.

Ese recuerdo me asfixió de pronto y me levanté de la tumbona, con las manos temblándome.

Volví a caminar por el barco, con la garganta cerrada, sin saber exactamente hacia dónde iba. Hasta que me di cuenta de que mis pasos me llevaban al camarote.

Necesitaba prepararme para la cena. Pero, sobre todo, necesitaba recuperar el control de mí misma.

Y mientras me miraba al espejo, mientras me cepillaba el pelo y me aplicaba con mimo el perfume, pensé en Ethan.

En su forma de mirarme. En cómo tocaba mi cuerpo como si fuera arte, como si lo adorara.

Tan distinto a Julio.

Tan distinto… que hasta me daba miedo.

Porque parte de mí, aún no se creía que pudiera existir alguien así. Y otra parte temía que, al final, solo quisiera lo mismo que todos los demás: sexo.

Y que todo lo demás, fuera solo una mentira bien actuada.

Capítulo 23



Ethan

La noche había caído sobre el mar con esa elegancia tranquila que solo tenían las cosas inevitables. El cielo estaba limpio, despejado, y el vaivén suave del barco casi parecía cómplice de lo que estaba por venir. Caminaba por el pasillo que llevaba al restaurante principal del crucero, con las manos en los bolsillos del pantalón de lino, la camisa blanca ligeramente desabrochada en el cuello y una sonrisa inevitable en los labios.

Sabía que ella estaría allí. Lara. Y por alguna razón que no terminaba de entender, ni quería entender, siendo sincero, mi pecho se sentía más ligero cada vez que pensaba en verla. En escuchar su risa. En notar su perfume al pasar cerca. Era extraño. Y era jodidamente maravilloso.

—¡Hermanito! —gritó Julia desde la entrada del restaurante mientras se colocaba bien su vestido verde oscuro, ajustado y elegante.

—Vas a romper cuellos esta noche —le dije al abrazarla.

—Esa es la idea. No me he pasado media hora eligiendo taconazos para pasar desapercibida.

Aiden y Saúl ya estaban con ella. Lola acababa de llegar, impresionante como siempre, y todos parecían estar de excelente humor. Pero entonces la vi.

Lara apareció como si el universo decidiera detenerse un segundo para acomodarla en el momento exacto. Llevaba un vestido rojo vino, ceñido, con

una abertura en la pierna que dejaba poco a la imaginación y mucho al deseo. Pero no era solo eso. Era su forma de moverse. De mirar. De sonreír.

Perfecta. En todos los sentidos.

Me acerqué sin pensarlo y, sin decir una sola palabra, la saludé con un beso en los labios. No demasiado largo. Solo lo suficiente para dejar claro lo mucho que me apetecía repetirlo. Lo sentí vibrar entre nosotros como una descarga.

—Estás increíble —le susurré.

—Y tú, muy seguro de ti mismo —respondió con una sonrisa pícara.

Nos reímos y entramos todos juntos al restaurante. El camarero nos condujo a una mesa redonda en una esquina con vistas al mar. Perfecta para vernos todos las caras, perfecta para brindar, para reír… para compartir.

La cena prometía.

Nos sentamos y cogimos los menús que había sobre cada plato. El chef del crucero había preparado un menú degustación especial para esa noche, sin duda alguna eligiendo solo lo mejor.

Como entrante, carpaccio de pulpo con aceite de albahaca y láminas de mango. De primero, risotto de setas trufadas con crujiente de parmesano. Para el segundo, solomillo de ternera al *foie* con reducción de vino tinto y puré de patatas. Y de postre, una delicia, milhojas de crema pastelera con frutos rojos y sorbete de limón.

Todo maridado con un vino tinto reserva para los platos principales y champán francés *Brut* Rosé para el postre y los brindis.

Desde el primer sorbo de vino, las risas empezaron a llenar la mesa. Lola y Aiden eran un dúo cómico sin proponérselo. Saúl y mi hermana Julia se enzarzaban en batallas verbales que siempre terminaban con dobles sentidos. Lara y yo… bueno, nosotros jugábamos otro juego, más silencioso, más de miradas y roces sutiles.

Hasta que sonó mi móvil.

Sentí la vibración en el bolsillo del pantalón. Lo saqué con desgana, sin mirar siquiera, pero cuando vi el nombre en la pantalla, se me heló un poco la sangre. Era Sabrina.

Resoplé y volví a meter el móvil en el bolsillo. Aiden me miró arqueando una ceja desde el otro lado de la mesa. No hizo falta que dijera nada. Le negué con la cabeza, diciéndole *"ya te contaré"*, y seguí como si nada.

Pero el maldito aparato volvió a vibrar. Y esta vez no una, sino tres veces seguidas.

Noté la mirada de Lara sobre mí. Disimulada, pero presente. No quería arruinar la noche, no quería dejar que eso me afectara. Pero el zumbido insistente me hizo sentir como si el teléfono quemara.

Lo saqué y vi un mensaje. Solo uno.

Sabrina: *Tenemos que hablar. Urgente. No me ignores o atente a las consecuencias.*

Apreté los labios y sentí esa presión en el pecho, esa que aparecía cuando algo que creías enterrado volvía a la superficie sin permiso.
Me puse en pie.

—Perdonad un segundo —dije con una sonrisa educada—. Tengo que atender esta llamada.

Lara me miró con la ceja ligeramente arqueada. Intenté transmitirle calma con la mirada, pero no sé si funcionó.

Salí del restaurante. El pasillo estaba vacío, silencioso, como si el crucero entero se hubiera pausado, y caminé hasta la cubierta. El aire del mar me golpeó con fuerza, fresco, directo. Encendí la pantalla del móvil y llamé.

Ella respondió al segundo tono.

—Sabía que llamarías —dijo con esa voz melosa suya, como si aún tuviera algún tipo de poder sobre mí.

—No tienes derecho a hacer esto, Sabrina —le solté de golpe—. Te dejé claro que lo nuestro se acabó. Lo hablamos mil veces. No me llames más.

—¿Y esperas que me quede cruzada de brazos? ¿Qué dejes todo atrás y yo finja que no me duele?

—Lo tuyo no es dolor, es orgullo herido. No me amas, Sabrina. Solo amas el control que crees tener sobre mí.

—No te voy a dejar ir tan fácilmente, Ethan. Lo sabes. No me voy a quedar sin nada después de todo este tiempo. Si no quieres perder lo que has logrado estos últimos años… será mejor que reconsideres tu decisión.

Silencio. Era chantaje. En su forma más baja y directa. Sin disimulo. Sin máscara.

—Haz lo que te dé la gana —le dije al fin, con calma—. Pero no vuelvas a llamarme. No te quiero cerca de mi vida, y menos ahora.

—Te vas a arrepentir —susurró antes de colgar.

Me quedé allí, en mitad de la cubierta, con el móvil aún en la mano y la otra apoyada sobre la barandilla metálica. Cerré los ojos y respiré hondo, dejando que la brisa marina se llevara, al menos por un momento, esa sensación sucia que me había dejado la llamada.

Nunca debí aceptar aquello. Ni involucrarme con ella. Ni ceder, ni firmar, ni permitir que alguien como Sabrina supiera tanto de mí. Si pudiera retroceder en el tiempo, ni siquiera le habría devuelto la primera llamada.

Suspiré y me pasé la mano por la cara. Tenía que volver con los demás. No merecían mi ausencia por culpa de alguien como ella.

Y Lara… Lara merecía que volviera entero. Sin sombras.

Cuando regresé al restaurante, todos seguían allí, riendo, con las copas medio vacías y un ambiente distendido que contrastaba con el nudo que aún tenía en el estómago tras la llamada de Sabrina.

Lara me miró en cuanto crucé la puerta. Su expresión era suave, sin juicio. Como si supiera que no debía preguntar, pero estaba dispuesta a escuchar si yo lo necesitaba.

Me acerqué a ella, me incliné un poco y le besé en la mejilla.

Ella sonrió, rozando mi mano con la suya bajo la mesa. Su tacto era cálido, firme. Casi como una promesa silenciosa.

—¡A la discoteca, señores! —exclamó Julia, alzando su copa vacía— ¡Qué este crucero no se baila solo!

Las chicas rieron, Aiden hizo un gesto exagerado de cansancio, pero nos levantamos todos casi al mismo tiempo. Lara se incorporó a mi lado y, mientras caminábamos hacia la salida, apoyé mi mano en la parte baja de su espalda. Pequeños gestos que ya me resultaban naturales.

La discoteca estaba en la cubierta superior. Era amplia, moderna, con luces de colores cruzando el aire como lenguas de neón, una pista de baile llena de parejas y un DJ que mezclaba con buen gusto temas latinos, pop y esas bachatas capaces de encender el fuego en un par de amantes sin que se dieran cuenta.

Pedimos unas copas, yo whisky, ella un mojito, y nos acercamos a la pista. Las chicas comenzaron a bailar entre ellas, desinhibidas, como si no existiera nada más. Julia se movía con una energía contagiosa; Lola imitaba sus pasos mientras Saúl y Aiden observaban con sonrisas cómplices.

Y yo no podía dejar de mirar a Lara.

Bailaba como si el ritmo le naciera en los huesos. Sensual, natural, con una expresión en el rostro entre serena y encendida. Llevaba aquel vestido rojo ajustado que había conseguido desarmarme desde el primer momento en que la vi entrar esa noche.

Me acerqué, deslizándome tras ella. Coloqué las manos en su cintura y le susurré al oído:

—¿Me invitas a bailar?

Se giró con una sonrisa atrevida.

—Creí que estabas entretenido con tu móvil —dijo, pero sin rastro de reproche.

—Ahora solo quiero estar entretenido contigo.

Le tendí la mano, y ella la cogió. En ese momento, el DJ cambió la canción. Empezaron a sonar los primeros acordes de *"Darte un beso"* de Prince Royce, una canción que reconocí porque mi hermana solía escucharla a menudo.

Lara se pegó a mí sin decir una sola palabra, y comenzamos a movernos al ritmo lento de la bachata. Su mano rodeó mi cuello, la otra descansaba sobre mi pecho, y nuestros cuerpos encajaban con una naturalidad que desarmaba cualquier intento de contención.

"Yo solo quiero darte un beso, llevarte a conocer el cielo…"

La cadera de ella se balanceaba con precisión, el vestido subía apenas con cada paso, y mis manos, una en su cintura y otra en la curva de su espalda, ardían con cada roce. Sus ojos se clavaban en los míos, y los míos... en sus labios.

—¿Te das cuenta de lo que me haces sentir cuando bailas así? —le susurré.

—¿Así cómo?

—Como si fueras mía.

Ella sonrió, y esa sonrisa me prendió fuego.

—Quiero que esta noche lo seas tú para mí —murmuró—. Quiero que duermas en mi camarote.

—¿Estás segura?

—Lo estuve desde que me acompañaste a la puerta del camarote la primera noche —respondió, y entonces se rozó más contra mí, deslizándose lenta y provocadoramente.

No necesitábamos más palabras.

La cogí de la mano y salimos del calor de la pista, de las luces, del ruido. Caminamos por los pasillos del barco en silencio, pero era un silencio cargado de electricidad. Cuando llegamos a su camarote, abrió la puerta, entramos, la cerró con seguro y se dio la vuelta, con la espalda apoyada contra la puerta.

—Desnúdame —ordenó en voz baja.

Me acerqué despacio. Coloqué las manos en su cintura y luego las subí, deslizándolas por su espalda desnuda, buscando el cierre del vestido. El roce de su piel me provocaba escalofríos. Bajé la cremallera muy despacio, y el vestido rojo se deslizó por sus hombros como si supiera que ya no tenía sentido resistirse.

Cayó al suelo. Ella se quedó de pie, en ropa interior: un conjunto negro, diminuto, con encaje que dejaba poco a la imaginación.

—Estás preciosa —dije, casi sin aliento.

Se mordió el labio. Dio un paso hacia mí y me desabotonó la camisa con lentitud. Cuando la quitó, sus manos bajaron por mi pecho, por mi abdomen, hasta que llegaron a la cinturilla de mi pantalón. Me lo quitó con impaciencia, y también mi ropa interior.

Nuestros cuerpos se rozaron, piel contra piel, calientes, tensos de deseo contenido.

La besé. Un beso profundo, con hambre. Ella rodeó mi cuello con los brazos mientras yo la agarraba por las caderas. La levanté y rodeó mi cintura con las piernas. La llevé hasta la cama y la deposité allí con cuidado, como si fuera algo demasiado valioso para tratar con prisa.

La observé tendida, con el pelo revuelto, los ojos encendidos y la piel palpitante.

—Hazme tuya —dijo en un susurro—. Hazme sentirlo todo.

Me incliné sobre ella y dejé que mi boca recorriera su piel. Empecé por su cuello, despacio, bajando por su clavícula, por el centro de su pecho. Tomé uno de sus pezones con los labios, lo humedecí y lo mordí ligeramente. Lara se arqueó debajo de mí y sus uñas se hundieron en mi espalda.

—Dios… —gimió— No pares.

La obedecí. Mi lengua bajó por su abdomen lentamente, mientras mis dedos recorrían la curva interior de sus muslos. Al llegar a su centro, la encontré húmeda, caliente, absolutamente preparada.

Separé sus piernas y la miré directamente a los ojos.

—Quiero saborearte —le dije.

Ella asintió, respirando rápido, con los labios entreabiertos.

Me hundí entre sus piernas con hambre. Mi lengua empezó a explorarla con ritmo, con precisión. Su sabor era una mezcla embriagadora de deseo, dulzura y fuego. Ella se retorcía, se aferraba a las sábanas, su voz se entrecortaba en gemidos cada vez más desesperados.

—Ah, Ethan… joder… sí… sí… —jadeaba.

No paré hasta que su cuerpo se tensó por completo. Un gemido desgarrado escapó de su garganta mientras su orgasmo la atravesaba como una ola. La sentí temblar, convulsionarse ligeramente bajo mi lengua, y solo entonces me incorporé.

Me miró, con el pecho subiendo y bajando de forma descontrolada, aún con las piernas abiertas, el cabello revuelto, los pezones erectos, brillando de sudor y deseo.

—Te quiero dentro —susurró—. Ya. Ahora.

Me posicioné sobre ella, la besé de nuevo, un beso profundo, con la lengua acariciando la suya. Y luego, sin más preámbulos, la penetré de una embestida lenta, pero firme. Ambos gemimos al mismo tiempo, como si todo lo que habíamos contenido se liberara de golpe.

Comenzamos a movernos en un ritmo perfectamente sincronizado. El sonido de nuestros cuerpos chocando se mezclaba con nuestras respiraciones entrecortadas. La miraba directamente a los ojos mientras me hundía en ella una y otra vez.

—Eres perfecta —le dije entre jadeos—. No tienes ni idea de lo que me haces sentir.

Ella rodeó mi cuello con los brazos, susurrándome al oído:

—Quiero que me lo hagas todo… todo, Ethan. No te guardes nada esta noche.

Le sonreí con malicia.

—¿Estás segura?

—Ata mis muñecas con tu corbata. Y hazme tuya una y otra vez.

Mi erección latió aún más fuerte con esa frase.

Me levanté un instante, fui hacia el armario, saqué la corbata negra y volví a la cama. Lara estaba tumbada bocarriba, los brazos estirados hacia el cabecero, ofreciéndose por completo.

Le até las muñecas con firmeza, pero con cuidado. Probé los nudos para asegurarme de que podía soltarse si lo necesitaba.

Me arrodillé entre sus piernas y la observé. Atada, temblorosa, expectante. Era una visión que no se me borraría nunca.

—Prepárate —le dije con voz grave.

Y entonces la penetré de nuevo, esta vez con más fuerza, con más hambre, como si necesitara marcarla, como si quisiéramos convertirnos en uno solo.

Capítulo 24



Ethan

El rumor del motor del crucero comenzaba a disminuir, como si el mar mismo supiera que nos acercábamos a tierra firme. El anuncio por megafonía, con esa voz calmada y profesional, nos confirmó que estábamos a punto de atracar en el puerto de Dubrovnik, tras unos días de travesía.

Estaba en mi camarote, ya duchado, vestido y con la maleta cerrada a un lado de la puerta. Llevaba puesta una camiseta blanca de lino, unos pantalones cortos azul marino y deportivas cómodas. Miré por última vez la habitación, buscando asegurarme de no dejarme nada atrás.

Era curioso. Aquel camarote ya no me parecía simplemente una estancia temporal. Después de las noches que había vivido con Lara, cada rincón tenía un eco, una historia. Aún podía oler su perfume en las sábanas, en mis camisas colgadas en el pequeño armario. Me quedé un segundo de pie en el centro del camarote, respirando hondo, como si necesitara guardar ese momento.

Cogí la maleta y salí.

El pasillo estaba animado. Se oían ruedas de maletas, risas, voces en distintos idiomas. Me crucé con una pareja mayor que discutía sobre si habían metido el cargador en la maleta de mano. Sonreí para mis adentros. Todo el mundo parecía estar corriendo de un lado a otro, menos yo. Yo solo pensaba en una cosa: volver a verla.

Subí a cubierta. El sol pegaba con fuerza y el cielo estaba completamente despejado. Dubrovnik se desplegaba frente a nosotros como un decorado sacado de una película: murallas centenarias, tejados de terracota, calles estrechas que descendían en dirección al mar. Era preciosa. Pero ni siquiera esa imagen me distrajo cuando vi a Lara, junto a los demás.

Estaba riendo con Lola y Julia, las tres de pie junto a la barandilla, haciéndose selfis con el mar y la ciudad de fondo. Julia había sacado una cámara instantánea y no paraba de hacer fotos que luego agitaba con una sonrisa entusiasta. Lara llevaba un vestido veraniego blanco que se movía con la brisa. El cabello recogido en un moño alto, gafas de sol y esa sonrisa suya que… joder, me desarmaba por completo.

—¡Ethan! —gritó Julia al verme aparecer con la maleta— ¡Ya era hora! Nos vamos a quedar sin sitio en la lanzadera si no espabilas.

—Tranquila, hermanita —le respondí, levantando una mano—. Estoy más que listo.

Lara se giró hacia mí en cuanto oyó mi voz. No dijo nada, pero su sonrisa se ensanchó, como si me hubiera estado esperando. Y solo con eso, el mundo pareció recolocarse en su sitio.

Bajamos del barco en grupos. Un pequeño autobús del puerto nos llevó directamente al siguiente punto de embarque: el crucero que nos llevaría a Ibiza.

Y entonces lo vi.

El *Luna* era inmenso. Moderno, blanco reluciente, con detalles metálicos y líneas estilizadas que lo hacían parecer una mezcla entre un hotel de lujo y una nave espacial. En su flanco, las letras azules brillaban al sol. Al acercarnos, vi que tenía una cubierta superior acristalada, varias piscinas, una pasarela panorámica de cristal sobre el mar y una zona de bar al aire libre decorada con plantas tropicales.

Julia, directamente, se puso a grabar *stories* con su móvil.

—¡Mirad esto, por favor! ¡Es una pasada! —gritaba mientras se giraba sobre sí misma— ¡Estamos en el maldito paraíso flotante!

Lara se reía mientras la grababa también. Lola hacía poses con gafas de sol y brazo en jarra como si fuera modelo. Aiden y Saúl asentían, pero claramente solo estaban fascinados viéndolas disfrutar.

Subimos a bordo tras pasar el control de seguridad y nos dieron nuestras tarjetas de camarote. Nos separamos para dejar las maletas y conocer nuestras habitaciones antes de salir a explorar la ciudad.

El mío estaba en la planta nueve, con vistas al mar.

Abrí la puerta y me recibió una suave fragancia cítrica. Todo estaba impoluto. El camarote tenía una cama *king size* perfectamente hecha, un balcón privado con un pequeño sofá de exterior, un escritorio de cristal con una botella de bienvenida y un baño moderno con acabados en mármol blanco. Me acerqué al balcón. El mar brillaba, azul intenso, y el viento arrastraba ese olor a sal y libertad que te llenaba el pecho.

Pero, aun así… me faltaba algo. O, mejor dicho, alguien.

Guardé la maleta en el armario y me cambié rápidamente la camiseta, optando por una más ligera. Metí la cartera, el móvil y las gafas de sol en la mochila, me eché un poco de perfume y salí de nuevo. No quería perderme ni un minuto.

En la cubierta principal ya estaban todos esperándome. Lara se había soltado el pelo y se ponía crema en los hombros mientras Lola se quejaba del calor.

—Eh, pensaba que te habías dormido otra vez —bromeó Saúl, dándome un golpe amistoso en el hombro.

—Jamás llegaría tarde si sé que ellas están esperando —dije, mirando fugazmente a Lara.

Ella me sostuvo la mirada. Fue una de esas miradas que no necesitaban ni una sola palabra. Cargada de mensajes silenciosos. Cómplice. Íntima. Y yo... yo ya empezaba a darme cuenta de que lo que sentía por ella no era pasajero.

Cogimos un taxi que nos llevó hasta la entrada del casco antiguo de Dubrovnik. La ciudad era un espectáculo. Murallas imponentes rodeaban un entramado de calles empedradas, fachadas de piedra caliza y tejados anaranjados. Era como viajar al pasado.

—Esto parece un escenario de cine —comentó Aiden.

—Lo es —dije—. Aquí rodaron parte de *Juego de Tronos*.

—¡Por eso me sonaba! —dijo Julia, entusiasmada— ¡Vamos a buscar el sitio del paseo de la vergüenza!

—Si tú haces ese paseo, voy detrás tocando una campana —rio Lola.

—Idiota —le respondió, pero todos reímos.

Caminamos por la *Stradun*, la calle principal, mientras el sol rebotaba en las piedras claras, y entramos en pequeñas tiendas de *souvenirs*. Las chicas lo querían tocar todo: collares de piedras locales, jabones artesanales, imanes de nevera. Julia compró una libreta con ilustraciones de la ciudad. Lara se probó unas pulseras de plata con detalles en azul, y cuando le pregunté si le gustaba alguna, me miró y dijo:

—No tienes que regalarme nada, ya me estás regalando todo esto.

Me dejó sin palabras. Solo pude sonreír.

Seguimos caminando hasta la *Puerta de Pile*, y desde allí subimos por las murallas. El calor apretaba, pero la vista merecía cada gota de sudor. Desde lo alto se veía toda la ciudad amurallada, el Adriático extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista y los barcos entrando y saliendo del puerto como si fueran piezas de ajedrez.

Lara caminaba a mi lado, a veces haciendo fotos con el móvil, otras simplemente contemplando en silencio. A cada paso, mi necesidad de tocarla, de enlazar mis dedos con los suyos, crecía sin remedio. Me resistía, por respeto, pero la tensión entre los dos era un fuego que ya ardía sin pudor.

Bajamos de las murallas y nos metimos en una pequeña plaza donde un restaurante nos llamó la atención. Mesas de madera, sombra de parras, manteles blancos y una pizarra con menú del día escrito a mano.

Nos sentamos en una mesa grande, bajo un toldo, con ventiladores de techo girando lentamente.

—Tengo hambre como para comerme una de esas gaviotas del puerto —dijo Aiden.

—¡Qué asco! —protestó Julia entre risas— Yo quiero algo local. ¿Qué se come aquí?

—Déjame preguntar —dije, y me acerqué al camarero, que me explicó los platos típicos con ese acento croata suave.

Pedimos varias cosas para compartir: *cevapi,* que eran pequeños embutidos de carne, *sarma*, unas hojas de col rellenas de carne y arroz, una ensalada de pulpo y un guiso de marisco que venía en una cazuela de barro. Todo regado con vino blanco local.

—Está brutal —dijo Saúl con la boca llena—. No me esperaba que Croacia tuviera esta cocina.

—Y pensar que nos quedan muchos más puertos por descubrir —añadió Lara, mirándome con una media sonrisa.

—¿Te gustaría volver algún día? —le pregunté, sin pensar demasiado.

—¿Aquí?

—Aquí. Conmigo.

Ella bajó la mirada, jugueteando con el tenedor.

—Si tú vienes, claro que sí.

En ese momento supe que me estaba enamorando.

No, no era una atracción pasajera, ni el deseo que ya conocíamos de sobra entre las sábanas. Era algo más profundo. Algo que me removía por dentro. Lara no era solo una aventura en un crucero de verano. Era una mujer que me hacía querer quedarme. Que me hacía querer ser más.

Después del almuerzo, seguimos caminando por las calles secundarias, bajando escaleras empinadas, cruzando patios interiores llenos de flores. Julia y Lola no paraban de hacerse fotos en cada rincón.

—¡Una más aquí! —decía mi hermana, colocando el temporizador del móvil.

—Otra con el mar de fondo —añadía Lola.

Yo las observaba mientras Saúl hacía de fotógrafo oficial y Aiden cargaba con bolsas de recuerdos. Lara se me acercó en uno de los momentos en que nos detuvimos frente a una pequeña fuente.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Estoy más que bien. Pero empiezo a pensar que este día es demasiado perfecto.

—¿Y eso te asusta?

—No… me hace preguntarme cuánto más puede mejorar.

Ella se acercó un poco más, me dio un beso fugaz en la mejilla y susurró:

—Mucho más.

Y tenía razón.

Capítulo 25



Ethan

Después de recorrer cada rincón que nos llamó la atención, con las manos llenas de bolsas y los móviles repletos de fotos, decidimos parar en una pequeña cafetería con terraza, justo en una plaza rodeada de edificios antiguos y flores en cada ventana.

El aroma a café recién molido se mezclaba con el aire salino que venía del mar cercano. Nos sentamos en torno a una mesa de madera rústica, y mientras el camarero nos servía *expressos* y *capuccinos*, el murmullo de la ciudad y las voces alegres de los turistas formaban una banda sonora perfecta para ese momento.

Lola pidió un pastelito local y se lo ofreció a Lara, que con una sonrisa picarona me lanzó una mirada que decía “nos están pillando”.

Julia bromeaba con Saúl y Aiden, pero yo no podía apartar los ojos de Lara. Estaba allí, a unos metros, con la luz del atardecer bañando su rostro, haciéndolo brillar con una calidez casi mágica. En ese instante sentí algo fuerte y nuevo, una mezcla de ternura y deseo que me hizo sonreír sin poder evitarlo.

Era la primera vez que sentía eso por alguien de verdad, y la sorpresa me dejaba sin aliento.

—¿Ethan? —escuché que me llamaban.

Giré la cabeza y vi a Lara, que me miraba con esos ojos llenos de una dulzura que me llegó hasta el alma.

—¿Me has oído? —preguntó con una sonrisa.

—Sí, solo estaba pensando en lo increíble que eres —contesté, sintiendo que mi voz sonaba más profunda.

Ella sonrió y cogió mi mano con delicadeza, entrelazando sus dedos con los míos.

—Ven, vamos a volver al barco, que esta noche tenemos cena de bienvenida y quiero verte guapo.

—Contigo a mi lado, ya soy el más guapo —le dije, apretando su mano.

El camino de regreso al puerto fue tranquilo. Nos sentíamos parte de algo especial, de un grupo unido, y también de una historia que empezaba a escribirse solo para nosotros.

Me vestí con cuidado, eligiendo una camisa blanca de lino, ajustada, pero sin apretar, y un pantalón oscuro que combinaba a la perfección. Me puse mis zapatos de cuero negro y peiné el cabello hacia atrás, intentando que no pareciese demasiado estudiado. Quería estar bien para la cena, para ellos, pero sobre todo para Lara.

Salí del camarote y caminé hacia el restaurante principal, donde ya estaban todos esperándome. Julia, como siempre, irradiaba alegría, y no tardó en saludarme con un abrazo cálido. Aiden, Saúl y Lola estaban allí también, y claro, Lara apareció pocos segundos después, con esa sonrisa que me derretía cada vez que la veía.

Nos tomamos una copa para empezar, un cava espumoso y fresco que hizo que la tensión de la preparación desapareciera en segundos. El camarero nos condujo a una mesa libre cerca del escenario, donde el capitán del barco subió para darnos la bienvenida oficial.

Era un hombre elegante, de mediana edad, con un porte digno y una voz firme, pero amable. Nos habló de los destinos que nos esperaban, Amalfi, Capri, Sicilia y Malta, y nos anunció que la noche siguiente tendría lugar un baile de máscaras que prometía ser inolvidable.

Sus palabras crearon un ambiente especial, una mezcla de emoción y expectativa que nos envolvía a todos.

Empezaron a servir la cena, que resultó ser un festín para los sentidos. De entrante, una crema de calabaza con jengibre y un toque de lima, acompañada de croquetas caseras de queso. De segundo, una lubina al horno con hierbas provenzales y un risotto de setas silvestres que era un auténtico placer. De postre, un tiramisú ligero con notas de café intenso y chocolate.

La comida iba acompañada de risas, anécdotas y bromas, mientras hablábamos de qué nos gustaría ver en los próximos días, de las playas secretas de Capri y de las calles empedradas de Amalfi.

Julia, Lola y Lara se reían como niñas, mientras Aiden, Saúl y yo compartíamos miradas cómplices, disfrutando del momento.

Pero mis ojos no podían apartarse de Lara. La manera en que movía sus manos mientras hablaba, la forma en que sus ojos brillaban cuando se emocionaba por alguna historia, su sonrisa al mirarme… todo en ella me tenía hipnotizado.

No pasó desapercibido para mí cómo otros hombres la miraban también, con esa mezcla de admiración y deseo que a veces irritaba, pero que en ese momento solo provocaba que la quisiera aún más para mí.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, ella sonrió y un rubor suave tiñó sus mejillas. En ese instante supe que quería verla así, feliz y sonrojada solo para mí.

Al terminar la cena, nos dirigimos a la discoteca del barco. La música nos envolvió desde el primer instante: una mezcla de ritmos latinos, pop y algo de electrónica suave que invitaba a moverse.

Lara, Julia y Lola bailaban con soltura, riendo y disfrutando cada segundo. Aiden, Saúl y yo las observábamos, pero yo no podía dejar de mirar a Lara, atrapado por esa energía única que tenía.

Me acerqué a ella y la invité a bailar. La música cambió a una bachata, suave y sensual. La cogí de la mano y la acerqué a mí, sintiendo el calor de su cuerpo y la suavidad de su piel.

Bailamos pegados, con movimientos lentos y cargados de tensión erótica. Sus ojos se cerraban a veces, disfrutando del momento, y yo me perdía en el aroma de su pelo, en la curva de su cuello.

Cuando la canción terminó, ella me miró con una mezcla de timidez y deseo, y fue ella quien, con voz baja y algo temblorosa, me dijo:

—Quiero que esta noche duermas conmigo.

Sentí un escalofrío recorrerme la espalda y una sonrisa se dibujó en mi rostro. Sin decir una palabra, la cogí de la mano y nos dirigimos hacia su camarote.

Entramos en el camarote de Lara con el corazón latiendo fuerte, como si el aire mismo estuviera cargado de electricidad. Cerré la puerta tras de mí y la miré, esa mirada que lo decía todo sin necesidad de palabras. Sus ojos brillaban con una mezcla de timidez y deseo que me aceleró el pulso.

Ella se acercó despacio, me quitó la camisa y permitió que sus manos recorrieran mi torso desnudo con una suavidad que me erizó la piel. Sentí la firmeza de su cuerpo contra el mío, la calidez de su aliento rozando mi cuello. Su vestido cedió ante la tentación y cayó al suelo, dejando a la vista la perfección de su figura, cada curva que conocía y adoraba.

—Ethan —susurró, con voz dulce, pero cargada de intención—, hazme tuya.

No necesitaba más invitación. La tomé en brazos con firmeza, pero con la ternura de quien quería guardar cada segundo de aquel instante. La deposité suavemente sobre la cama, con la sábana rozando su piel cálida y suave.

Saqué la corbata negra que había llevado guardada en el bolsillo del pantalón durante la cena y, con cuidado, até sus muñecas a los barrotes de la cama, no demasiado apretado, solo para que no pudiera apartarse de mí, para que la entrega fuera total y sin escape. Ella respiraba profundo, sus ojos clavados en los míos, llenos de una confianza absoluta.

Mis labios descendieron por su cuello, besando con delicadeza, bajando a sus hombros y acariciando sus pechos con manos firmes, pero cuidadosas. Sentí cómo su cuerpo respondía al contacto, cómo se estremecía con cada roce, cómo sus gemidos comenzaban a escaparse, suaves, llenos de promesas.

Mis dedos siguieron su recorrido por su vientre, explorando con lentitud, descubriendo cada rincón de su piel. Cuando finalmente nos unimos, fue como una llamarada que prendió todo mi ser. El calor, la humedad, el ritmo pausado, pero voraz que marcaban nuestros cuerpos se convirtió en un lenguaje sin palabras, una danza de placer.

No había prisas, solo el vaivén de nuestros cuerpos, el temblor de las caricias, la armonía de los suspiros entrecortados. Lara era fuego y agua al mismo tiempo: cálida, ardiente, dulce y serena, entregada a mí por completo.

La ataba a mí con cada beso, con cada gemido, con cada mirada que nos fundía en una sola llama. Sus uñas se clavaban en mi espalda, y yo la hacía mía una y otra vez, sintiendo que el mundo entero desaparecía hasta quedarnos solo nosotros, desnudos y enlazados.

Cuando al fin me pidió que parara, jadeante y satisfecha, la solté con cuidado, permitiendo que sus manos me abrazaran con fuerza. Nos quedamos así, pegados, en un silencio cargado de significado, más intenso que cualquier palabra.

—Ethan —susurró ella—, nunca había sentido algo así.

La miré, y supe que era verdad. Porque en aquel instante, con ella en mis brazos, todo lo que había vivido antes parecía lejano y vacío. Solo existíamos nosotros, y quería que ese momento durara para siempre.

Capítulo 26



Lara

Era una de esas noches tranquilas en alta mar en las que el leve balanceo del barco acompañaba los murmullos lejanos de la música y las olas golpeando el casco. Estábamos en mi camarote, yo aún con el pelo recogido en un moño desordenado y vestida con una bata de seda color marfil que me acariciaba las piernas. Lola se había sentado cruzando las piernas sobre uno de los sillones, con una copa de vino en la mano y su risa contagiosa llenando la estancia. Julia, por su parte, ocupaba el otro extremo del sofá, más elegante incluso vestida informalmente, con esa calma suya que me hacía sentir un poco de envidia.

Sobre la mesa del centro, el carrito de la cena que nos habían traído, rebosante de delicias. Había medallones de solomillo con reducción de vino tinto, una ensalada de rúcula con pera caramelizada, nueces y queso azul, pequeños canapés de salmón ahumado con eneldo y una tarta de frutos rojos con base de almendra que apenas habíamos podido esperar para probar. La botella de vino blanco ya iba por la mitad y los tacones que nos pondríamos después estaban estratégicamente alineados junto a la puerta.

—A ver, ¿ya tenéis claro qué os vais a poner para el baile de máscaras? —preguntó Lola, llevándose otro canapé a la boca y masticando como si fuera el mejor bocado del mundo.

Julia sonrió y se limpió los labios con la servilleta.

—Yo sí. Mi vestido es rojo, de esos que parecen simples hasta que te das la vuelta.

—¿Con abertura en la espalda? —pregunté, levantando las cejas.

—Y en la pierna —añadió con una mirada traviesa.

Lola silbó con aprobación.

—Pues Saúl va a caerse de espaldas en cuanto te vea. Por cierto, Julia… ¿De verdad tenéis un rollito?

Julia bajó un poco la mirada, pero su sonrisa seguía intacta. Bebió un trago de vino antes de responder.

—Sí. Aunque no es un simple rollito.

Lola y yo nos miramos al mismo tiempo, sincronizadas como hermanas. No dijimos nada, pero seguro que nuestras caras gritaban: "¿Cómo? ¿Saúl? ¿En serio?"

—Vale, no me miréis así —dijo ella, entre risas—. Sé que Saúl tiene fama de mujeriego. Ya me lo ha contado él mismo, por cierto. Pero conmigo se ha portado… diferente.

—¿Diferente cómo? —pregunté, inclinándome hacia delante con interés.

—Respetuoso. Tierno. Me escucha de verdad. No me presiona. Y eso que sabe que acabo de salir de una relación de muchos años y a punto de casarme, además. Lo nuestro se rompió a semanas de la boda.

—Queremos mucho, muchísimo, a Saúl, pero sabemos que no es de los que desaprovecha una situación así. ¿No te dijo algo como, véngate de él en la cama conmigo? —curioseó Lola, arqueando la ceja.

—Sí —rio—. Pero después me dijo que era broma. Me dijo que no había ninguna prisa. Que hiciéramos las cosas como yo necesitara. Y lo aceptó, sin intentar acelerar nada.

—¿Estamos hablando del mismo Saúl? —insistí yo, notando cómo el tono de su voz se volvía más dulce de lo habitual.

Julia dejó la copa sobre la mesa y sonrió como si escondiera un secreto delicioso.

—Bueno… aquella noche en Santorini, cuando fuimos al local swinger…

Lola se echó a reír inmediatamente.

—¡Ay, por favor! ¡Esa noche fue un desmadre! Dime que ahí te vengaste de tu ex.

—¡No pasó nada allí, que conste! —dijo Julia, levantando las manos a la defensiva— Solo que cuando él me acompañó al camarote… no sé. Nos miramos y me lancé a besarle. No lo planeé. Simplemente ocurrió. Le pedí que entrara.

—¿Y…?

—Y desde entonces seguimos dejándonos llevar.

Me quedé un instante en silencio, observando su expresión. Había dulzura en sus ojos, sí, pero también esa chispa que delataba cuando alguien empezaba a ilusionarse.

—Vaya con Saúl… —murmuré— Y nosotras que pensábamos que lo conocíamos bien…

—Y que sabemos que su idea de compromiso dura lo mismo que un mojito en su mano —añadió Lola, provocando más carcajadas.

—Ya… pero es que contigo parece diferente, Julia —dije con sinceridad.

—Lo sé —asintió ella—. Y si no lo fuera, también lo sabría. Estoy curada de espanto, chicas.

—Ojalá —suspiró Lola—. Porque al paso que vamos, nos vamos a enamorar todas en este viaje. Desde luego, bien podría llamarse el crucero del amor y la perdición. Porque os aseguro que Aiden es muy, pero que muy fogoso. Si hasta trajo al viaje una maleta con juguetes —dijo.

Me reí, negando con la cabeza.

—¿Y tú qué? —preguntó Julia, mirándome con picardía— ¿Qué tal con mi hermano?

Sentí cómo el calor me subía por el cuello y apreté los labios un segundo antes de responder.

—Bien… Supongo. Él es… diferente. Como Aiden. Muy fogoso, juguetón. Pero también tiene ese lado tierno. No sé cómo explicarlo… Me mira de una forma que…

—¿Que qué? —presionó Lola, dándome un codazo juguetón.

—Que me hace sentir cosas. Cosas que no me permito sentir y tú lo sabes —contesté mirándola—. Tengo miedo.

—¡Pero qué miedos ni qué mierdas! —soltó mi amiga, casi indignada— No todos los hombres son como Jesús.

Julia me miró, confundida.

—¿Quién es Jesús?

Suspiré y cogí aire. Me costaba hablar de él, pero algo en la mirada cálida de Julia me animó.

—Mi ex. Fue… horrible. Me hacía la vida imposible. Nunca paraba de criticarme, de llamarme gorda, de hacerme sentir insuficiente. Empecé a dejarme a mí misma para intentar complacerle. Cambié mi forma de vestir, dejé de comer lo que me gustaba, dejé de hacer cosas que me hacían feliz. Solo para encajar en lo que él quería de mí. Pero al final… resultó que estaba con otras. Que ni siquiera era sincero.

—Era un cabrón con todas las letras —dijo Lola, cruzando los brazos—. Te dije cientos de veces que no dejaras de comer o de ponerte lo que te diera la gana por lo que él dijera. Tú nunca estuviste gorda. Solo tenías curvas. Como ahora. Ese tío era un gilipollas.

Julia me cogió la mano con delicadeza.

—Lara… Ethan no es ese tipo de hombre.

Suspiré.

—Pero no entiendo qué ha visto en mí. Estoy segura de que las mujeres con las que suele estar son como tú. Altas, con cuerpazos de modelo, sin una curva de más…

Julia soltó una carcajada suave.

—Créeme, le he visto con mujeres. Y sí, todas iguales: esbeltas, polioperadas, sin una pizca de personalidad. Si se ha fijado en ti es porque ha visto algo que no tenían las demás.

Me quedé en silencio, digiriendo sus palabras, mientras el vino y la atmósfera empezaban a envolverme.

—¡Basta de dramatismos! —dijo Lola, poniéndose de pie de golpe y aplaudiendo— ¡Es hora de arreglarnos! El baile de máscaras nos espera, bellas damas —hizo una reverencia.

Nos levantamos entre risas y comenzamos a prepararnos. El camarote se transformó en una especie de camerino improvisado. Mientras Julia se peinaba frente al espejo, Lola rebuscaba entre su neceser un pintalabios rojo pasión y yo me debatía entre dos vestidos.

Finalmente, me decidí por uno negro, de satén, que me abrazaba como una segunda piel y tenía un escote de espalda pronunciado. Julia eligió su vestido rojo, con detalles de encaje en los costados y esa abertura lateral que prometía ser letal. Lola, por su parte, optó por uno verde esmeralda, ceñido, con un pronunciado escote en V y manga corta de tul.

Nos maquillamos con mimo. Pestañas largas, labios definidos, sombras brillantes, pero elegantes. Y entonces, las máscaras que nos habían traído con la cena: finas, metálicas, cubriendo solo los ojos y la nariz, con pequeñas piedras brillantes en los bordes. La mía era plateada, sencilla, pero con carácter. La de Lola, dorada y juguetona. Y la de Julia, negra con toques rojos, a juego con su vestido.

Me acerqué al espejo una última vez. Observé mi reflejo y me costó reconocerme. No era la misma Lara que se había escondido durante años bajo las palabras crueles de Jesús. Esta era otra. Más segura, más luminosa.

—¡Foto! —exclamó Lola, sacando el móvil.

Nos pusimos juntas. Primero serias, luego riéndonos. Cuando la vi, no pude evitar sonreír. Y se la mandé a mi madre.

Lara: *Vamos a un baile de máscaras. ¿Me veo tan bien como me siento?*

Y, por primera vez en mucho tiempo, lo sentía de verdad.

Mi madre no tardó en responder que estaba mejor que bien, que estaba reluciente.

El pasillo principal del barco conducía al salón como un túnel de luces cálidas. El eco de la orquesta flotaba en el aire; cada nota de violín se mezclaba con el murmullo elegante de las conversaciones, el tintinear de copas y el golpeteo suave de tacones sobre el suelo de mármol. Las luces tenues, los candelabros colgando del techo como cristales flotantes y la decoración de máscaras venecianas y plumas en dorado y negro hacían del lugar una fantasía.

Entramos juntas, las tres cogidas del brazo, como en esas películas antiguas en las que las mujeres entraban al salón y todas las miradas se giraban. Y así fue. No porque fuéramos las más llamativas, sino porque íbamos con una energía distinta. Una complicidad que se notaba incluso por debajo de las máscaras. Risas, miradas, una sensación de libertad que solo se tenía cuando no se esperaba nada más que disfrutar.

—Madre mía… —murmuró Lola, escaneando el salón.

—Esto parece una escena de “El gran Gatsby” —añadí, y Julia asintió con una sonrisa.

Nos acercamos a una de las barras secundarias. Un camarero elegantísimo nos ofreció copas de champán rosado y aceptamos sin dudarlo. Entonces, Julia frunció el ceño y entrecerró los ojos, mirando hacia el lado opuesto del salón.

—Allí están.

—¿Dónde? —pregunté yo, buscando entre la multitud.

—En la barra central —respondió, señalando con sutileza—. Ethan, Aiden y Saúl.

—¿Cómo puedes distinguirlos con tanta gente y con máscara? —soltó Lola, divertida.

Julia se giró hacia nosotras y dijo con tono dramático.

—Porque mi hermano Ethan nunca deja de llevar la mano en el bolsillo del pantalón cuando está incómodo, Aiden pasa el dedo por el borde de la copa como si fuera un instrumento, y Saúl tiene esa manía de mirar a los lados como si todo el mundo lo mirara a él.

Nos reímos tanto que una señora mayor con una máscara azul nos miró con expresión escandalizada.

—Vamos allá —propuso Lola—. A ver si se les cae la copa al vernos.

Nos acercamos entre la gente con movimientos lentos, pero seguros. Yo sentía cómo el corazón se me aceleraba un poco con cada paso, aunque trataba de mantener la calma. Había algo en la expectativa de esa noche, algo en el misterio de las máscaras, que lo hacía todo más intenso.

Los tres estaban allí, tal y como Julia había dicho. Ethan, con un traje negro impecable, camisa blanca y sin corbata, esa que tantos recuerdos me traía. Su máscara era gris plateada, sobria, masculina. Aiden iba con un traje azul noche con pajarita y una máscara dorada que le daba un aire canalla. Saúl, por supuesto, vestía todo negro, con una rosa oscura prendida en la solapa y una máscara negra con bordes rojos, a juego con la de Julia.

Nos vieron acercarnos y fue como si el tiempo se ralentizara un poco.

—Vaya, vaya… —dijo Saúl, levantando la copa— Si esto no es una visión celestial, que baje Dios y lo vea.

—Estáis… —Aiden nos miró de arriba abajo sin disimulo— Para pecar y no confesarse.

Nos reímos, porque ese hombre tenía cada ocurrencia.

—Estás preciosa —susurró Ethan, acercándose a mí. Me cogió la mano y me besó los nudillos con los ojos fijos en los míos, aunque parte de ellos estuvieran escondidos por la máscara.

Sentí un escalofrío que me recorrió de arriba abajo y me estremecí, incapaz de evitarlo.

—Gracias —conseguí decir, aunque mi voz sonó más baja de lo que pretendía.

El salón se llenó de una melodía con toques instrumentales, con un aire retro que recordaba a las baladas de los años sesenta. La reconocí enseguida, era *"Only love can hurt like this"* de Paloma Faith. Las parejas empezaron a deslizarse hacia la pista de baile. Era como un espectáculo de seda y movimiento, máscaras y deseo suspendido.

—¿Me concedes este baile? —preguntó Ethan, extendiéndome la mano.

—Claro.

Me llevó al centro de la pista, con delicadeza. Noté cómo su mano se colocaba en mi cintura con firmeza, pero sin apretar. Su otra mano sujetaba la mía, guiándome con suavidad. El contacto, la cercanía, su perfume envolviéndome… Todo era hipnótico.

A nuestro alrededor, las parejas giraban como si flotaran. Las luces doradas brillaban sobre los trajes y los vestidos, y todo parecía sacado de un sueño.

—Te sienta bien el misterio —me dijo él, inclinándose hacia mí.

—¿El misterio?

—La máscara, el vestido, el aura. Es como si llevaras una armadura... y a la vez no ocultaras nada.

Sonreí y bajé la mirada un segundo. Me sentía… vista. Pero no como cuando alguien te escaneaba para juzgarte, sino como cuando alguien realmente quería conocerte.

—No sabía que bailabas tan bien las lentas —le dije, intentando distraerme de mi propio rubor.

—No suelo, pero contigo es fácil seguir el ritmo.

"And when you come close, I just tremble…"[1]

Seguimos bailando en silencio, dejándonos llevar. Y, por momentos, me olvidé de todo. Del pasado, de Jesús, de mis inseguridades. Solo estaba él. Su mano, su calor, su aliento cerca del mío.

Al cabo de un rato, regresamos a la barra. Julia y Saúl se estaban haciendo selfis como si fueran adolescentes, y Lola tenía a Aiden acorralado contra una columna, entre bromas y miradas de fuego. El ambiente se había vuelto más relajado, más cálido. Todos reían, bebían; algunos se lanzaban a bailes más atrevidos cuando la música subía el ritmo. Sacamos más fotos, brindamos e incluso alguien propuso una conga improvisada a la que nos unimos entre carcajadas.

Después de un rato, sentí la necesidad de ir al baño. Le dije a Julia que ahora volvía, y me encaminé por uno de los pasillos decorados con cortinas de terciopelo.

El baño de mujeres estaba vacío, con un suave hilo musical que sonaba desde alguna parte. Me refresqué un poco el rostro, volví a retocar mis labios frente al espejo y me aseguré de que la máscara seguía en su sitio. Salí de allí sintiéndome ligera, pero al girar por el pasillo para volver al salón, me choqué con una mujer.

—Uy, perdona… —dije de inmediato.

—No ha sido nada —respondió ella con una sonrisa amable. Era mayor que yo, probablemente unos cuarenta y pocos, con un vestido ajustado color berenjena y una máscara azul oscuro. Tenía clase, aunque su sonrisa era… rara. De esas que parecían amables, pero escondían algo.

—Te he visto antes —añadió—. Estabas bailando con tu pareja, ¿verdad?

—Sí —respondí, todavía un poco sorprendida por su tono.

—Hacéis buena pareja. Se os ve muy… acaramelados.

—Gracias… —dije, aunque su voz no terminaba de cuadrar con sus palabras.

—Pero ten cuidado, cariño. A veces los hombres así solo buscan un rato de distracción. Y tú… bueno, estás un poco fuera del estándar, si me permites la franqueza.

La frase me golpeó como una bofetada. No supe qué decir. Ella pareció notarlo y añadió con voz que quiso parecer suave…

—No quiero ofenderte. Solo advertirte. Conozco bien ese tipo de hombres. Una amiga mía sufrió mucho por dejarse llevar con alguien así. Era guapo, encantador, seductor… y solo quería una cosa. Le rompió el corazón.

—Ya… —musité, sin saber si estaba más furiosa o dolida.

—Eres guapa, pero no del tipo que ellos eligen para algo serio. Solo quería que lo supieras. —y con una sonrisa forzada, se metió en el baño.

Me quedé allí de pie unos segundos, sintiendo una mezcla de confusión, rabia y duda. ¿Quién era esa mujer? ¿Y qué derecho tenía a juzgarme o a juzgarle a él?

Pero… ¿Y si tenía razón? ¿Y si solo era un juego para Ethan, una distracción?

Volví al salón con el ceño fruncido, sintiéndome más vulnerable de lo que quería admitir. Y entonces lo vi.

Ethan estaba apoyado contra una de las columnas cerca de la pista de baile, hablando con Saúl. Al verme, sonrió. Esa sonrisa suya… limpia, brillante, sin segundas intenciones. Sus ojos se iluminaron como si realmente se alegrara de verme.

Y ahí dudé. ¿Era real? ¿O solo una máscara más?

Capítulo 27



Lara

Volví a acercarme con paso lento, aún con las palabras de aquella mujer resonando en mi cabeza. Como una gota que, por más pequeña que fuera, podía agrietar algo si golpeaba el mismo sitio durante suficiente tiempo.

Pero entonces, Ethan se separó del grupo y vino hacia mí sin dudar. Caminaba como si el resto del mundo no existiera. Como si lo único importante en ese momento fuera yo.

—¿Estás bien? —preguntó, con ese tono bajo que me hacía sentir desarmada.

Asentí, intentando recuperar la sonrisa.

—Sí… Estoy bien.

Me miró con atención. Era como si pudiera ver más allá de mi máscara, más allá del maquillaje, más allá de las palabras. A veces me incomodaba esa capacidad suya, pero esta vez fue casi… tranquilizadora.

—¿Estás segura? —insistió, bajando un poco la voz.

—Lo estoy. —Mentí.

Ethan me miró durante un segundo más. Y luego, simplemente, me tendió la mano.

—Ven.

No pregunté adónde. No importaba. Le seguí.

Cruzamos el salón entre parejas que reían, entre el brillo de las luces y el eco de la música. Saúl nos vio y levantó la copa a modo de despedida silenciosa. Lola y Julia estaban sentadas en uno de los sofás, charlando, y ambas nos miraron al pasar. No dijeron nada, pero las sonrisas que se cruzaron entre ellas hablaban por sí solas.

Salimos del salón, atravesamos un par de pasillos alfombrados, con la madera crujiente bajo los tacones, hasta llegar al ascensor. Cuando se cerraron las puertas, Ethan se giró hacia mí, sin dejar de sostener mi mano.

—No tienes que decir nada —me dijo—. Solo... deja que esta noche sea lo que quieras que sea.

Lo miré en silencio y asentí.

La puerta se abrió con un leve *ding*. Caminamos hasta su camarote, y cuando lo abrió, me dejó pasar primero. El interior estaba tenuemente iluminado por las luces indirectas del techo. Había pétalos de rosa sobre la cama. El minibar abierto, con una botella de champán, y música suave saliendo del altavoz junto a la televisión apagada.

Nada más cerrarse la puerta del camarote, Ethan me besó como si llevara horas conteniéndose. Y en ese momento, supe que las dudas que había tenido se deshacían como papel mojado.

No fue un beso suave ni pausado. Fue un beso que devoraba, que reclamaba. Mi espalda quedó apoyada contra la puerta mientras sus manos recorrían mis costados como si quisiera memorizar cada curva sin quitarme aún el vestido. Sentí su respiración acelerarse contra mi boca, y las máscaras, lejos de incomodarnos, añadían una tensión deliciosa.

Sus labios bajaron por mi cuello, besando, mordiendo, lamiendo con una mezcla de deseo y ternura que me desarmaba. Cerré los ojos y me dejé llevar, mientras sus dedos bajaban por mi columna, y susurraba junto a mi oído:

—Llevo toda la noche deseando hacerte esto…

Yo temblaba. Literalmente. El calor de su cuerpo, el modo en que me miraba incluso a través de esa media máscara, su olor, su voz… Todo se mezclaba como una droga suave que me embriagaba sin resistirme.

Me giró despacio, de espaldas a él, y desabrochó la cremallera de mi vestido con una lentitud casi cruel. Notaba sus dedos recorrer la piel que iba quedando al descubierto, y cada roce encendía mi piel como fuego. Cuando el vestido cayó al suelo, dejándome en lencería negra, Ethan soltó un suspiro ronco que me erizó la piel entera.

—Eres jodidamente perfecta.

Me giré para enfrentarme a él, sintiéndome deseada como hacía años que no me sentía. Deslicé mis manos hacia los botones de su camisa, desabrochándolos uno a uno mientras sentía el leve temblor de su respiración contra mi cuello. Le quité la camisa con suavidad y deslicé las yemas de mis dedos por su torso. No nos quitamos las máscaras. Seguían ahí, como parte del juego, como si fueran testigos silenciosos de lo que iba a ocurrir.

Me besó de nuevo, más lento esta vez. Sus manos bajaron por mi espalda hasta mis muslos, y me levantó como si no pesara nada, llevándome hasta la cama. Me tumbó con cuidado, como si fuera algo valioso, y se tomó un momento para mirarme.

—¿Estás segura?

Asentí sin dudar.

Entonces se incorporó, fue hasta uno de los cajones junto a la cama y sacó algo que me hizo sonreír: una caja discreta, negra, con un vibrador pequeño y silencioso, un *Satisfyer*, un tubo de gel y… su corbata negra.

—¿Te apetece jugar? —preguntó con esa media sonrisa que conocía ya demasiado bien.

—Sí, pero sin quitarnos la máscara —respondí, dejando que mi voz sonara segura, firme… excitada.

Me quitó el sujetador, me recostó sobre la cama de nuevo y me besó mientras deslizaba mis brazos por encima de la cabeza. Usó su corbata de seda negra para atarme las muñecas al cabecero, y ese simple gesto me hizo sentir expuesta, pero increíblemente viva. Cada fibra de mi cuerpo estaba atenta, despierta, deseando.

Ethan abrió el gel, lo calentó entre sus dedos y comenzó a deslizarlo por mi abdomen, entre mis pechos, sobre mis caderas. La sensación era indescriptible: una mezcla entre calor, cosquilleo y un deseo que se multiplicaba con cada caricia.

—Quiero que sientas todo —murmuró, mientras el gel se deslizaba por mi piel.

Después, bajó con los labios y la lengua, dejando un rastro húmedo y ardiente a su paso. Encendió el vibrador y comenzó a usarlo contra mi cuerpo, sin prisa. Lo pasó por mis muslos, por mi vientre, por el borde de mi ropa interior sin tocarme aun directamente. Mis caderas se movían, levantándose solas, buscando más, pidiendo sin palabras.

Y entonces, por fin, lo usó donde más lo necesitaba, y un gemido escapó de mis labios antes de poder contenerlo.

Ethan lo sostuvo allí con la presión exacta, mientras su otra mano bajaba mis bragas con delicadeza. La combinación del vibrador y el gel de efecto calor me hizo arquear la espalda. Era demasiado. Era perfecto. Era salvajemente íntimo.

Sin quitarme la corbata de las muñecas, se deslizó hacia abajo y comenzó a lamerme con una destreza que me desarmó por completo. Su lengua se movía con una precisión casi cruel, sabiendo exactamente qué hacer y cómo hacerlo. No apartó el juguete, lo mantuvo en su sitio mientras su boca y sus dedos se convertían en un arma de placer.

Me corrí con un gemido desgarrado, sin vergüenza, sin contención. Me dejé llevar. Me rendí.

Y él no paró.

Sentí cómo Ethan prolongaba mi orgasmo hasta dejarme jadeando, arqueada, con las muñecas aún atadas y los muslos temblando. Su lengua, sus labios, su respiración caliente, todo en él era preciso, pero entregado. Como si disfrutara tanto dándome placer como yo recibiéndolo.

Cuando por fin se incorporó, me soltó despacio, besando las marcas que había dejado la corbata en mis muñecas. Me miró, y aunque nuestras máscaras seguían puestas, sentí su mirada clavarse en mí como una caricia. Me incorporé lentamente, aún con el cuerpo vibrando, y lo empujé hacia atrás, haciéndole caer sentado en el borde de la cama.

—Ahora me toca a mí.

Mi voz sonaba distinta. Más segura. Más… dueña de lo que deseaba. Me arrodillé frente a él, con las rodillas sobre la alfombra mullida del camarote, y deslicé mis manos por su abdomen hasta llegar al cinturón. Lo desabroché con calma, disfrutando de la anticipación, del leve gemido que escapó de sus labios cuando bajé su cremallera y lo liberé.

Estaba duro, palpitante, con esa mezcla perfecta entre control y deseo contenido. Le rodeé con la mano, lenta, firme, mientras subía la mirada hacia él a través de la máscara. Su respiración se volvió más pesada.

—Joder, Lara… —murmuró, dejando caer la cabeza hacia atrás.

Le acaricié con la lengua, primero apenas rozándole, luego lamiendo despacio toda su extensión, saboreándolo como si fuese un manjar prohibido. Notaba cómo su cuerpo se tensaba, cómo sus caderas respondían, cómo su mano buscaba mi pelo, pero no se atrevía a sujetarme del todo, como si aún quisiera darme el control.

Lo rodeé con los labios y empecé a moverme, despacio al principio, luego más profundo. Mis dedos acariciaban sus muslos mientras él gemía mi

nombre entre dientes. Me detuvo en un momento, sujetándome con suavidad por los hombros.

—Si sigues así, no aguanto…

Sonreí, le di un último beso húmedo entre suspiros y lo empujé suavemente hacia atrás, haciéndolo tumbarse. Me subí sobre él con movimientos lentos, sintiéndole debajo de mí, aún sin llegar a fundirnos del todo. Me incliné sobre su cuerpo, deslizándome apenas, provocándole y excitándole como él hacía conmigo. Nuestros cuerpos se frotaban, piel contra piel, con la fricción exacta para volvernos locos sin llegar al final.

—Lara, por favor…

Me encantaba oírle suplicar. Que alguien como él, tan seguro, tan en control, se mostrara así… tan expuesto. Tan mío.

Lo guie hasta dentro de mí con lentitud. Lo sentí entrar poco a poco, llenándome, estirándome, hasta que estuve completamente encima de él. Ambas máscaras seguían puestas, y aunque nuestros cuerpos estaban desnudos, había algo en no vernos completamente que lo hacía todo aún más íntimo.

Me moví sobre él con un ritmo lento al principio, marcando cada vaivén con precisión. Notaba cómo me llenaba, cómo cada centímetro de su cuerpo se fundía con el mío. Las manos de Ethan subieron por mi cintura, por mi espalda, y llegaron a mis pechos. Los acarició con ternura y hambre, pellizcando mis pezones con la presión exacta para arrancarme un gemido.

—No sabes lo que me haces sentir… —jadeó— Eres una maldita fantasía.

Nos movimos juntos, más rápido, más profundo. Yo cabalgaba sobre él con el cuerpo arqueado hacia atrás, los ojos cerrados, dejando que el placer me gobernara. Cada embestida era más intensa, cada roce más eléctrico. El sudor empezaba a perlar nuestras pieles; las respiraciones se volvían más animales. Todo se condensaba en esa habitación, en esa cama, en nosotros.

Ethan se incorporó de pronto y me atrapó entre sus brazos, abrazándome contra él mientras seguíamos unidos. Sentí sus labios en mi cuello, su lengua en mi clavícula. Me giró con fuerza y me tumbó bocabajo, elevando mis caderas con las manos.

Me penetró de nuevo, esta vez desde atrás, profundo, firme, controlando el ritmo, pero dejándose llevar. Grité su nombre, sin miedo a que nadie escuchara. Ya no había nadie más. Solo nosotros.

Su mano buscó de nuevo el *Satisfyer*, y mientras me embestía, lo presionó contra mí, provocando una mezcla de sensaciones que me dejó sin aire. Grité de nuevo y me corrí de una forma tan intensa que sentí que mi cuerpo entero se contraía a su alrededor. Ethan no tardó en seguirme.

Se derrumbó sobre mí, jadeando, cubriéndome con su cuerpo. Su aliento cálido contra mi espalda. Su pecho subía y bajaba. Sus dedos entrelazados con los míos.

Nos quedamos así un rato. Sin hablar. Sin movernos. Solo sintiendo.

Sus brazos me envolvían como si no quisiera que me escapara. Como si, después de todo lo que habíamos hecho, lo que más deseaba en ese momento fuera simplemente sostenerme.

Y yo… yo no quería moverme. No quería hablar. No quería pensar.

Solo quería quedarme así. Con su piel contra la mía. Su respiración calmándose. Su corazón latiendo junto al mío.

El *Satisfyer* había caído a un lado, aún encendido, vibrando sutilmente sobre las sábanas antes de apagarse solo. El gel de efecto calor seguía dejando una sensación de ardor dulce en mis muslos. Mis muñecas tenían las marcas suaves de su corbata. Y aún llevábamos las máscaras.
Ambos.

Lo pensé durante unos minutos. Estábamos completamente desnudos. Nos lo habíamos dado todo. Cuerpo, placer, deseo, gemidos. Y, sin embargo, seguíamos escondidos.

¿Era por juego? ¿O por miedo?

Me moví ligeramente, girándome sobre la cama, buscando sus ojos tras la máscara plateada. Ethan bajó la mirada hacia mí y me acarició el rostro con la yema de los dedos, como si fuese frágil.

—¿Qué estás pensando? —me preguntó en voz baja.

No respondí de inmediato. Mis dedos fueron hacia la tira de su máscara, pero él la detuvo con delicadeza, sujetando mi mano sin fuerza, solo… con intención.

—Todavía no.

Asentí. Porque lo entendía. Yo tampoco estaba preparada.

Tal vez, en el fondo, mantener las máscaras era nuestra forma de prolongar lo que acababa de pasar. De aislarlo del mundo real.

Él se acostó de lado, apoyado en un codo, observándome. Sus dedos acariciaban mi brazo, mi costado, mi cintura, como si necesitara recordarme a través del tacto que estaba allí, que era real.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí… —susurré— Más que bien.

Y era cierto.

Por primera vez en mucho tiempo, me sentía… deseada, sí, pero también respetada. Cuidada. Escuchada. Sentida.

Ethan se inclinó y me besó la frente. Un beso suave, sin intención de excitarme. Un beso lleno de algo más. Algo que no me atreví a nombrar.

Me acurruqué contra su pecho, con su mano rodeando mi cintura, y cerré los ojos. La música del camarote seguía sonando bajita, casi como un susurro

lejano. Fuera, el mar seguía su curso, indiferente a nuestras vidas. Y por un instante, todo estaba en equilibrio.

Nos dormimos así, entrelazados, con las máscaras aún puestas, como si en esa noche hubiéramos sido otros… o más bien, hubiéramos sido nosotros por fin.

Sin armaduras. Sin filtros. Solo piel, deseo… y algo parecido al amor.

Capítulo 28



Ethan

Desperté con la luz del amanecer filtrándose entre las cortinas del camarote, una claridad tenue que se colaba por las rendijas y acariciaba la habitación con suavidad. Lo primero que sentí fue el calor de un cuerpo contra el mío, un cuerpo relajado, tranquilo, dormido en calma. Era Lara, mi Lara, entre mis brazos. La miré con una sonrisa silenciosa mientras retiraba un mechón de su cabello que le caía sobre la cara, colocándolo con delicadeza tras la oreja.

Me quedé así un momento, embebido en esa escena: su respiración pausada, su piel aún cálida, la suave curva de su rostro bajo la máscara que aún no nos habíamos quitado de la noche anterior. Pensé en lo que habíamos vivido juntos, en cómo ella se había dejado hacer con una mezcla de entrega y dominio, de dulzura y de fuego, y eso me había excitado más de lo que jamás hubiera imaginado.

Era fascinante cómo Lara, con esa mezcla de timidez y valentía, a veces tomaba el control y me dominaba a mí, y otras veces se abandonaba a mi deseo. Era una danza perfecta, impredecible, adictiva. No podía creer que esa mujer estuviera aquí, conmigo, compartiendo no solo la cama, sino también algo más profundo, algo que ni siquiera yo acababa de entender del todo.

Me incliné hacia ella y le di un beso suave en la frente, tan tierno que apenas la despertó. No quería romper ese momento, así que me moví con cuidado para no perturbar su sueño y me levanté de la cama.

Mientras me dirigía al cuarto de baño, escuché el pitido de un mensaje entrante en mi móvil, que descansaba sobre la mesita de noche. Lo cogí y vi que era de Sabrina. Lo abrí con curiosidad, pero enseguida me arrepentí de haberlo hecho. Solo ella podía hacer que mi día cambiara tan drásticamente.

Sabrina: *Se te va a acabar lo bueno, Ethan. Quedas advertido.*

Resoplé, frustrado, maldiciendo para mis adentros. Nunca debí haber tomado esa decisión. Jamás debí haber hecho lo que hice. Aquello me estaba empezando a pasar factura, y Sabrina, como siempre, no perdía oportunidad para recordármelo. Marqué su número al tiempo que abría el grifo de la ducha.

—Buenos días, bombón.

—¿Qué quieres? —dije con voz fría cuando ella respondió, con esa voz melosa y venenosa que conocía demasiado bien.

—Oh, Ethan, no te pongas así —replicó Sabrina con una risa traviesa—. Solo quería advertirte. Desde la terraza del camarote tienes unas vistas preciosas, ¿no te parece?

Fruncí el ceño. ¿Cómo demonios sabía eso ella?

—¿Te gustó Dubrovnik? ¿Disfrutaste del baile? Seguro que sí.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Ya lo sabrás —contestó, y antes de que pudiera replicar, colgó.

Me quedé mirando el móvil, pensando que seguramente lo sabría por mi hermana Julia. Ella siempre subía fotos a sus redes sociales, y en muchas aparecíamos Aiden y yo. Por no hablar de que también salían Lara, Lola y Saúl, y en todas Lara estaba a mi lado. No era la primera vez que una simple publicación se convertía en un problema, y con Sabrina pendiente de todo, sabía que la tormenta no había hecho más que empezar.

Dejé el móvil sobre el mueble del lavabo y me metí bajo la ducha. El agua caliente me ayudó a despejar la mente, aunque no pudo borrar del todo la sensación de amenaza que Sabrina me había dejado. Traté de centrarme en el presente.

Cuando salí, con la toalla ceñida alrededor de las caderas, Lara ya estaba despierta, sentada en la cama y sonriéndome con esa mezcla de ternura y picardía que me volvía loco. Nos saludamos con un "buenos días" y me recosté a su lado, fundiéndonos en un beso que empezó suave y que pronto se volvió más urgente, más ansioso.

Una cosa llevó a la otra, y terminamos envueltos en un momento íntimo, sensual y apasionado. Su piel contra la mía, nuestras respiraciones entrecortadas, los gemidos ahogados que llenaban el camarote. La electricidad entre nosotros era palpable, de eso no había duda.

Nos movíamos al ritmo de nuestro propio deseo, explorando cada rincón, cada curva, cada latido. No había prisas, solo el placer de estar juntos, de redescubrirnos una y otra vez. Los juegos que comenzamos la noche anterior continuaron: las máscaras seguían puestas, manteniendo ese aire de misterio que hacía que todo fuera más excitante.

Susurrábamos palabras cargadas de significado, promesas silenciosas que solo nosotros entendíamos. Cuando me giré para besar su cuello, noté cómo se estremecía bajo mis labios, entregada y dueña de sí misma al mismo tiempo.

Después de ese momento, ella se vistió con una elegancia natural que me dejó sin aliento. La acompañé con una sonrisa cómplice hasta la puerta del camarote, y quedamos en encontrarnos en el bufé para desayunar.

Mientras me vestía, no podía dejar de pensar en Sabrina. En qué estaría tramando esa mujer y en qué se le estaría pasando por la cabeza para lanzarme esa amenaza tan directa. El juego con ella nunca había sido sencillo, y tenía la sensación de que estaba a punto de complicarse mucho más.

Con la camisa impecable y la mirada fija en el espejo, me preparé para enfrentar el día. No solo el día a bordo del barco, sino todo lo que venía después.

Porque aquella noche con Lara había cambiado algo en mí. Algo que ni siquiera Sabrina podría amenazar.

Llegué al bufé con la mente revoloteando entre los pensamientos que Sabrina había sembrado en mí apenas unas horas antes. Pero todo eso se desvaneció cuando vi a todos ya sentados alrededor de la mesa: Julia, Saúl, Aiden, Lola y, por supuesto, Lara.

Ella me saludó con esa sonrisa tímida que me derretía cada vez que la veía, y no pude evitar besarla delante de todos, mirándola a los ojos mientras notaba ese rubor tan adorable que me hacía querer protegerla del mundo entero.

Nos sentamos entre risas y bromas; la mesa estaba llena de platos apetitosos: frutas frescas, croissants recién hechos y crujientes, huevos revueltos con bacon, zumos naturales, yogures y quesos. La mezcla de aromas hacía que el ambiente fuera cálido y relajado, perfecto para ese grupo tan peculiar y animado que formábamos.

Y la conversación se centró en qué haríamos al llegar a nuestro próximo destino, que no era otro que Amalfi.

Hasta que mi hermana Julia, con esa energía contagiosa que siempre tenía, fue la primera en lanzar el plan para el día en el que estábamos.

—Hoy quiero ir al spa —dijo con una sonrisa—. Y después me encantaría que me dieran un buen masaje.

Lola y Lara no tardaron en apuntarse con entusiasmo, y pronto Aiden y Saúl también se animaron. Sonreí para mis adentros, pensando que un masaje me vendría bien para relajar esos músculos tensos, no solo por el cansancio físico, sino por todo lo que llevaba dentro.

—Un masaje nos vendrá bien a todos, eso seguro —añadí, intentando mantener la voz ligera.

Aiden, como siempre, no pudo resistirse a meter baza con su típico comentario pícaro.

—¿Habrá masajes con final feliz? —preguntó, con una sonrisa socarrona.

Lola le lanzó una colleja rápida y contundente, justo a tiempo para que la broma no se fuera demasiado lejos.

—Ese te lo doy yo esta noche —dijo ella riendo, y todos soltamos una carcajada que alivió cualquier tensión residual.

—Me da en la nariz que se le va a hacer el día larguísimo —rio Saúl.

—Ni te lo imaginas, colega —resopló Aiden, que acabó volteando los ojos y me reí al verle.

La conversación se fue llenando de planes para la llegada a Amalfi: paseos por la costa, cenas en la terraza, excursiones a pueblos cercanos. Incluso Saúl habló de su idea de alquilar un barco pequeño para explorar calas escondidas.

Miré a Lara y la vi tan radiante, con esa luz que parecía brillar desde dentro. Tenía la sensación de que había algo más entre nosotros que no acabábamos de verbalizar, algo que iba más allá de la pasión que compartíamos. Pero por ahora, preferí dejar que ese silencio entre nosotros fuese cómodo, un espacio donde las miradas decían más que las palabras.

Durante el desayuno, la atmósfera fue ligera, llena de complicidad, de pequeños detalles y miradas robadas. Me sentí afortunado de estar rodeado de gente tan especial y, sobre todo, de tener a Lara a mi lado.

Cuando terminó el desayuno, y antes de que todos nos dispersáramos para prepararnos para el spa, me acerqué a Lara, la cogí de la mano y la miré a los ojos.

—¿Te apetece que esta noche cenemos solos? En tu camarote o en el mío, donde prefieras —le susurré.

Ella asintió con una sonrisa, y en ese momento, supe que, aunque la tormenta que Sabrina podía traer nos amenazara, nosotros teníamos algo que valía la pena proteger.

Después del desayuno, todos nos dirigimos al spa del barco, un oasis de calma y lujo que prometía ser el refugio perfecto para desconectar y disfrutar. El ambiente estaba impregnado de aromas suaves, la luz tenue apenas iluminaba las estancias y una música relajante acariciaba los sentidos. No tardamos en dejarnos llevar por esa atmósfera, entre risas, bromas y miradas cómplices.

Lara y yo estábamos juntos, pero no podía apartar la vista de ella. Había algo en su forma de moverse, en la manera en que su piel brillaba con la luz tenue, que me mantenía hipnotizado. Era diferente a todas las mujeres con las que había estado; no solo por su belleza, sino por esa mezcla de inocencia y fuego que la hacía tan única.

Durante el rato que pasamos en las piscinas y saunas, entre charlas y caricias robadas, sentí cómo la conexión entre nosotros crecía con cada gesto, con cada roce accidental que se convertía en una promesa. Su mano en la mía, su sonrisa tímida cuando la miraba demasiado fijamente, el modo en que se mordía el labio cuando algo la emocionaba o la tentaba.

Cuando llegó el momento de los masajes, las chicas se dirigieron a una sala para su tratamiento, mientras que nosotros, los chicos, entramos en salas individuales. Me acomodé en la camilla, cerré los ojos y me puse el antifaz que estaba preparado para mí.

No tardé en escuchar la puerta abriéndose y cerrándose de nuevo, y a quien estuviera allí cogiendo lo necesario para masajearme y quitar un poco de tensión a mi cuerpo.

Los sonidos relajantes, el aroma del aceite, la calidez de las manos sobre mi espalda… Todo invitaba a desconectar. Pero entonces, tras girarme para quedar bocarriba después de que me masajeara la parte trasera, sentí que las

manos que me masajeaban comenzaban a recorrer zonas que no esperaba, con una intención mucho más provocativa. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al notar cómo esas manos descendían por mi torso y, finalmente, bajo la toalla.

Di un leve brinco al sentir que comenzaban a masajear mi miembro y fruncí el ceño, sorprendido.

—No he pedido un masaje erótico —murmuré, pero la mujer siseó pidiéndome silencio.

Pregunté quién era, y la única respuesta que recibí fue un leve golpecito juguetón en el pecho.

—¿Lara? —pregunté.

Y cuando recibí un suave y juguetón "Ajá" por su parte, sonreí con complicidad y le dije que siguiera, que no parara.

La sensación fue exquisita, sus manos hábiles y firmes, sus labios rozando mi piel con suaves y breves besos. Jadeé, perdiéndome en el placer que me ofrecía sin prisa, con dedicación.

Hasta que esos labios descendieron por mi vientre y no tardé en sentir la húmeda lengua deslizándose por la longitud de mi dura erección. Gemí al sentirlo y un sonido gutural escapó de mis labios al notar cómo Lara envolvía con ellos mi miembro y me devoraba por completo.

Sin duda alguna, esa noche iba a devolverle esta sorpresa con creces.

Cuando me sentí a punto de estallar, le advertí que, si seguía así, acabaría allí mismo.

Ella se apartó con una risilla traviesa que no vi, pero escuché perfectamente, se subió a la camilla y se penetró a sí misma con una habilidad que me dejó sin palabras. Sus gemidos me envolvían y su cuerpo se movía al ritmo del placer, hasta que ambos llegamos al clímax, jadeantes y exhaustos.

Me besó el vientre y subió dejando besos por mi torso, mientras yo susurraba que había sido increíble. Cuando me quitó el antifaz, me encontré con la sonrisa satisfecha de Sabrina.

—No puedes negar lo evidente —dijo ella con malicia—. Somos puro fuego.

Me la quité de encima y me levanté de un salto, cubriéndome con la toalla.

—¿Qué haces aquí?

—¿Creías que podrías irte un mes entero sin mí? Qué equivocado estabas, Ethan —suspiró.

—No tenías derecho a hacer lo que has hecho.

—Oh, por supuesto que lo tengo. ¿No te acuerdas de nuestro pacto?

—Vete de aquí, baja del crucero en el próximo puerto y vuelve a Sevilla.

Sabrina no contestó y, sin perder la sonrisa, dejó mi móvil sobre la camilla.

—Seguro que a tu amiguita le gusta ver cómo me follas —comentó, y salió dejándome con un nudo en el estómago.

Cogí el móvil pensando en que eso había sido otra amenaza de Sabrina, una más. Hasta que con horror descubrí que Sabrina había enviado un vídeo de nosotros a Lara.

Maldecí, enfadado y preocupado, mientras me vestía deprisa para ir a buscar a Lara y explicarle todo.

Capítulo 29



Lara

El ambiente en la sala de masajes era cálido y relajante, con una fragancia suave a lavanda y eucalipto flotando en el aire, y una música instrumental envolvente que parecía acariciar los sentidos. Me tumbé en la camilla con los ojos cerrados, respirando profundamente mientras el aceite tibio se deslizaba por mi espalda. El tacto firme, pero cuidadoso del masajista me hizo soltar un suspiro de alivio. Después de los últimos días que estaba viviendo, intensos, emocionantes y a la vez confusos, esto era justo lo que necesitaba.

A mi lado, en las camillas contiguas, estaban Lola y Julia. No podía verlas, pero escuchaba perfectamente sus voces.

—Si llevas la mano un poquito más arriba entre mis muslos, tampoco me voy a quejar, ¿eh? —bromeó Lola con un tono pícaro.

Las carcajadas no se hicieron esperar. Incluso mi masajista soltó una leve risa entre dientes. Me reí con los ojos cerrados, divertida y avergonzada a partes iguales.

—¡Madre mía, Lola! —soltó Julia entre risas.

—¿Qué quieres? Es que este hombre me está relajando que da gusto.

—Esto es vida —añadió Julia—. Si pudiera, me quedaba a vivir en un crucero para siempre. Masajes, cócteles, paisajes de película, y sin tener que ver las caras de pena que ponen mis amigas cada vez que me recuerdan que me quedé compuesta y sin novio a semanas de casarme. Uf.

Hubo un pequeño silencio incómodo, aunque enseguida se volvió a llenar de risas.

—Tú te has librado, cielo —dijo Lola—. Has esquivado un matrimonio probablemente aburrido y predecible. A cambio, mira dónde estás: rodeada de lujo, con amigos, pasándolo bien… ¡Y con Saúl!

Julia soltó un bufido divertido y murmuró algo que no entendí del todo. No quise interrumpir el momento. Estaba tan bien… Mis músculos se iban deshaciendo bajo el masaje, y mis pensamientos, por unos minutos, dejaron de correr como locos.

Hasta que sonó mi móvil. Un pitido seco, rápido, familiar.

Abrí los ojos despacio y giré la cabeza hacia donde estaba mi bolso, encima de una silla. Mi masajista se detuvo un segundo y me lanzó una mirada de advertencia.

—Nada de distracciones, ¿eh? Estamos en modo zen —dijo, casi en broma.

—Lo siento —susurré—, puede que sea mi madre. Solo será un segundo.

Él suspiró con resignación, pero me alcanzó el teléfono. Lo cogí con una sonrisa distraída, aun sintiéndome relajada… hasta que vi el nombre de Ethan en la pantalla.

Y, sin poder evitarlo, sonreí. Como una tonta. Como la tonta enamorada que empezaba a darme cuenta que era.

Pero esa sonrisa apenas duró un suspiro.

El mensaje incluía un vídeo. Lo abrí sin pensar. Al principio solo vi una camilla de masaje, como la nuestra. Luego, una figura femenina de espaldas. Y luego… Ethan.

Y no estaba recibiendo un masaje terapéutico, precisamente.

Ella le tocaba. Lo acariciaba de una forma que no dejaba lugar a dudas. El cuerpo de Ethan se movía bajo sus manos, sus gemidos eran inconfundibles. El vídeo no dejaba lugar a dudas de lo que pasaba en esa sala de masajes.

Me quedé paralizada. El móvil tembló en mis manos y sentí que me descomponía.

—¿Qué pasa? —preguntó Lola desde su camilla— ¿Es tu madre?

—Lara, estás blanca como el papel —dijo Julia, sentándose—. ¿Están bien tus padres?

Yo no podía responder. No podía ni hablar. Solo sentía las lágrimas caerme por las mejillas, cálidas, silenciosas, incontrolables.

Me levanté de la camilla de golpe, cubriéndome con la toalla como pude. Ni siquiera esperé a que alguien dijera algo más. Salí de la sala como alma que lleva el diablo, sin mirar atrás, sin escuchar las voces que me llamaban.

Corrí hasta mi camarote, cerré la puerta con llave y me dejé caer en el sofá, con el móvil aún en la mano, y volví a reproducir el vídeo. Esta vez con sonido.

—Joder… —susurré, tapándome la boca con la mano.

Escuchar su voz, su respiración… sus gemidos. Sentir que no solo estaba con otra, sino que lo estaba disfrutando, que ella le provocaba eso que la noche anterior había sentido yo... fue como una bofetada en el alma.

La imagen de su cuerpo tenso, su cara entre el placer y la rendición, su boca soltando un “ha sido increíble” mientras le acariciaba el vientre, y luego… el beso.

Ese maldito beso.

Yo no estaba en ese vídeo, pero juro que dolió como si lo estuviera. Como si la que estaba tumbada allí fuera yo y de pronto me hubieran arrancado del momento para sustituirme por ella.

Me quedé inmóvil durante unos segundos más. Después, me puse en pie, entré en el cuarto de baño y abrí el agua de la ducha. Me quité la toalla, aun con las lágrimas cayendo, y me metí bajo el chorro caliente.

Quería quitarme el aceite del cuerpo. Quitarme la piel. Quitarme esa sensación de haber sido una idiota. Una más. Una más en la lista de mujeres que caían rendidas ante un tipo como Ethan.

¿Y qué esperaba, realmente?

Recordé las palabras de aquella mujer en el baño del restaurante, la que me había advertido con esa sonrisa cruel de que no me fiara de hombres tan atractivos que se liaban con mujeres como yo. Que solo buscaban divertirse.

Y se estaba divirtiendo.

Solté un sollozo ahogado, me abracé a mí misma y cerré los ojos, dejando que el agua se mezclara con mis lágrimas. Me dolía hasta respirar. No porque Ethan me debiera algo, no era nada mío, sino porque... porque había empezado a sentir.

Y eso era lo que más dolía. Yo había empezado a sentir de verdad.

Me sequé como pude, me puse el albornoz del barco y me dejé caer sobre el sofá de nuevo. Estaba temblando. Por fuera y por dentro.

Y entonces llamaron a la puerta.

—Lara, abre —la voz de Julia sonaba del otro lado, preocupada.

—Lara, como no abras, te juro que tiro esta maldita puerta abajo —dijo Lola, y sabía que iba en serio.

Suspiré, me arrastré hasta la puerta y la abrí. Estaban las dos ahí, con el gesto serio. Y cuando vieron mi cara, ya sabían que aquello no era un susto de mis padres.

Pero no preguntaron. Entraron y cerraron la puerta detrás de ellas.

Lola fue la primera en hablar, como siempre.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué lloras? ¿Qué te han dicho tus padres?

Negué con la cabeza en silencio, mordiéndome el labio. Tenía la garganta tan cerrada que no podía emitir ni una palabra.

—Vale, no han sido tus padres —dijo Julia, entrecerrando los ojos—. ¿Qué ha pasado entonces? ¿Algo te ha hecho daño? ¿Quién?

—No es nada —susurré, tratando de sonar creíble, pero sin éxito.

Lola bufó.

—Mira, Lara, el que nada no se ahoga. Pero si no me lo cuentas, te tiro por la borda con una pesa atada a los tobillos. Porque la última vez que te vi con esa cara… fue por Jesús.

Tragué saliva. Aquel nombre aún era capaz de darme una punzada en el pecho. Pero esto… esto era distinto.

Suspiré, cogí el móvil de la mesita y se lo tendí a Lola sin decir nada. Ella y Julia se sentaron a mi lado, con la expresión seria. Le di a reproducir el vídeo, incapaz de volver a mirarlo, y desvié la vista hacia el suelo, conteniéndome para no romper a llorar otra vez.

Pasaron solo unos segundos, y Julia fue la primera en hablar.

—Es… ¿Ethan? —preguntó, casi con incredulidad.

—Sí —susurré, sin mirarlas.

—Pero esa… esa mujer no eres tú. —dijo Lola.

Negué en silencio, con la vista clavada en mis manos.

—Hostia puta —murmuró Lola—. ¡Pero qué coño…!

Julia se quedó quieta, con el ceño fruncido, como si algo no terminara de encajarle.

—¿Lara… desde cuándo tienes esto?

—Me ha llegado mientras estábamos en el masaje —dije, con la voz rota —. Y… yo pensaba que era él, escribiéndome algo bonito o… no sé. Una tontería. Pero era esto. Un puto vídeo. Y… —la voz se me quebró— y sigue pensando que soy yo la que está con él.

Volví a romperme. Las lágrimas me cayeron una vez más, sin poder evitarlo. Me limpié con el dorso de la mano, rabiosa, frustrada.

—Pero ¿qué tenéis exactamente? —preguntó Julia, con cuidado— Quiero decir… ¿Sois pareja? ¿Os habéis dicho que estáis juntos?

Negué lentamente.

—No. No somos nada. Pero, aun así… —Me tragué el nudo de la garganta — Duele. Porque yo sí estaba sintiendo algo. Y ya sé que no debería. Que lo que pase en el crucero se queda en el crucero. Pero yo estaba empezando a… —Me quedé callada.

—A enamorarte —terminó Lola por mí, sin un atisbo de burla en su voz.

Asentí, y eso dolió más que todo lo anterior. Porque ponerle nombre lo hacía real.

Julia no dijo nada durante unos segundos. Luego, se inclinó hacia el móvil que Lola sostenía todavía, retrocedió el vídeo y pausó en una imagen.

—Esta mujer… me suena. —Frunció más el ceño, concentrada—. La he visto antes. Creo que ha estado en algunas de las cenas a las que he ido con Ethan. En galas, eventos benéficos, entregas de premios…

Lola la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Quieres decir que esa mujer ha estado en este crucero?

—No lo sé. Puede que sí. Y si ha estado aquí todo el tiempo… —Julia apretó los labios, molesta.

—Entonces Ethan ha podido acostarse con las dos —terminó Lola, tajante —. La ha tenido cuando tú no estabas. Y a ti cuando ella no estaba. O incluso peor: a las dos al mismo tiempo.

La idea me golpeó en el pecho con fuerza. Me levanté en silencio, sintiendo un hueco horrible en el estómago, y caminé hacia la terraza.

Apoyé las manos en la barandilla y cerré los ojos. El mar frente a mí seguía tan azul y sereno como siempre. Qué ironía. Todo a mi alrededor seguía igual… excepto yo.

Pensé en las veces que Ethan había dicho que tenía “cosas que hacer”, que no podía unirse al grupo. ¿Y si era por ella? ¿Y si ese tiempo lo estaba compartiendo con la del vídeo? Con esa mujer que encajaba con el tipo de chica que yo nunca sería.

Julia y Lola salieron tras de mí. Se colocaron a cada lado y me abrazaron sin decir nada. Noté el calor de sus cuerpos, el consuelo silencioso de su presencia.

—No llores más —susurró Lola—. No lo merece.

—Es un cabrón, Lara —añadió Julia con rabia—. No sé qué coño pretende, pero te juro que voy a hablar con él.

Justo en ese momento, sonó la puerta del camarote. Las tres nos quedamos quietas.

—Lara, abre. Por favor —la voz de Ethan al otro lado me hizo apretar los dientes—. Solo quiero hablar contigo —insistió, con un tono más apremiante.

Yo no me moví. No iba a abrir. No iba a mirarle a los ojos después de eso. No podía.

Lola me miró de reojo.

—¿Quieres que lo echemos nosotras?

—No —susurré—. Habladlo con él si queréis, porque yo no puedo.

Me senté en la hamaca de la terraza, envuelta aún en el albornoz, con el alma hecha trizas.

Lola y Julia intercambiaron una mirada y, después de darme un beso en la mejilla cada una, se fueron hacia la puerta. Las oí abrir, y luego, las voces bajaron el volumen y dejaron de ser comprensibles.

Me quedé sola en la terraza mirando al mar, con la certeza de que había sido una completa idiota por pensar, aunque solo fuera por un instante, que un hombre como Ethan se fijaría de verdad en alguien como yo. Porque la mujer del vídeo era justo del tipo con el que todos sabían que Ethan solía estar.

Y yo, por más que lo intentara, nunca lo sería.

Capítulo 30



Ethan

Salí de la sala de masajes aún con el cuerpo tenso, no por lo que acababa de ocurrir, o quizás sí, pero más por la ansiedad que me devoraba por dentro que por cualquier otra cosa. No había ni un solo músculo en mí que no se sintiera entumecido, no por relajación, sino por la rabia y la impotencia. Me ajusté la toalla al cuerpo mientras caminaba deprisa por el pasillo que daba al área común del spa, ignorando a los empleados que me saludaban con amabilidad, ajenos al caos que se acababa de desatar.

Lo primero que hice fue dirigirme a la sala donde sabía que estaban mi hermana Julia, Lara y Lola. Tenía la esperanza, una estúpida esperanza, de encontrar allí a Lara, poder hablar con ella, decirle que todo había sido una trampa, un engaño de Sabrina. Explicarle que yo no sabía que ella, la arpía, estaba en el barco, y que jamás habría consentido que hiciera algo así si lo hubiese imaginado. Pero cuando llegué a la sala, estaba vacía. Completamente vacía.

Me asomé, entré unos pasos y eché un vistazo alrededor. Solo quedaban las toallas perfectamente dobladas en la repisa, un par de botes de aceite de masaje y el leve aroma a lavanda que flotaba en el aire. El silencio era total. No había rastro de ellas. Mi corazón empezó a latir con más fuerza.

—Joder… —murmuré para mí mismo.

Salí de la sala y crucé el spa a paso ligero. Mis pies descalzos resonaban ligeramente sobre el suelo de madera pulida. No quería correr, pero estaba al

borde. Sentía cómo la adrenalina comenzaba a inundarme mientras mi mente jugaba con mil posibles escenarios. ¿Habría visto Lara el vídeo? ¿Lo habría compartido con mi hermana y Lola? ¿La habría destrozado? Porque yo sabía bien lo que ese vídeo mostraba… y era demoledor para cualquiera, pero sobre todo para ella.

Ella, que me había mirado con esa mezcla de ternura y asombro en cada encuentro. Ella, que había empezado a confiar en mí, poco a poco, con miedo, pero confiando, al fin y al cabo. Y ahora, todo eso se iba a la mierda por culpa de una mujer que no sabía aceptar un no por respuesta.

Me coloqué la camiseta y los pantalones cortos al vuelo mientras caminaba, sin detenerme, con el móvil en la mano y la respiración acelerada. Llamé al camarote de Lara y la llamé a ella. Una vez. Dos. Tres. Nada. Ni un solo sonido al otro lado. Ni pasos, ni voces. Ni siquiera una sombra moviéndose tras la mirilla. Llamé a la puerta, esta vez con más insistencia.

—Lara, por favor —dije, con la voz más templada que pude, aunque me ahogaba por momentos—. Sé que estás ahí. Por favor, solo necesito hablar contigo.

Seguí llamando, más fuerte, más desesperado.

—Solo escúchame un momento, solo eso. No ha sido lo que crees. No sabía que ella estaba grabando, ¡joder! Ni siquiera sabía que estaba en este maldito barco. Por favor, ábreme. Déjame explicarte…

Pero nada. Ni un movimiento. Solo el silencio más frío y cruel.

Y entonces, cuando ya pensaba que no iba a salir nadie, escuché pasos acercándose y esperé que se abriera la puerta. Esperando ver el rostro de Lara bañado en lágrimas, su expresión dolida, su enfado, su decepción. Lo que fuera. Prefería mil veces enfrentarme a eso que a este silencio sepulcral.

Pero no era ella.

Era mi hermana Julia, y detrás de ella estaba Lola, con el ceño fruncido y la mandíbula tan apretada que parecía que iba a romperse los dientes.

Ambas se quedaron allí paradas frente a mí. Julia me miró de arriba abajo como si tratara de encontrar algo en mí que no lograba identificar. No hablaba. Solo me miraba. Pero su mirada era tan potente, tan penetrante, que me atravesó.

Lola, en cambio, no se molestó en contenerse.

—Vaya, qué sorpresa verte aquí, justo en este camarote —escupió con sarcasmo venenoso—. ¿Buscas a alguien?

—Necesito hablar con Lara —dije, tratando de mantener la calma.

—¿Después de lo que le has hecho? —intervino Julia con voz firme, cruzándose de brazos— ¿Vienes a qué? ¿A seguir burlándote de ella?

—¡No! —negué de inmediato, dando un paso hacia ellas, pero Lola me cortó el paso como un portero de discoteca malhumorado.

—¿Y qué pretendías? ¿Que viera ese vídeo y luego vinieras a "explicarle" y te dejara hacerlo? —preguntó Julia con tono gélido— ¿Te has divertido mucho grabándolo? ¿Enviándoselo tú mismo?

Abrí los ojos como platos. ¿Cómo podía pensar mi hermana pequeña eso de mí?

—¡No he sido yo quien se lo ha enviado! —repliqué— ¡Yo ni siquiera sabía que Sabrina estaba grabando! Juro por lo que quieras que no sabía nada. ¡Ni que estaba en el barco!

Lola soltó una risa amarga. No había ni rastro de humor en ella.

—¿Y qué era entonces? ¿Una de tus fantasías? ¿Follar con mi amiga y luego humillarla? Porque si eso es lo que querías, podrías haberte ahorrado el numerito de seducción. Te la follas y ya está. No hacía falta arrastrarla contigo a tu maldito juego.

Sentí cómo la vergüenza y la rabia se mezclaban dentro de mí como un cóctel explosivo. Miré alrededor, dándome cuenta por primera vez de que

varias personas en el pasillo nos miraban con disimulo. Algunos cuchicheaban, otros simplemente se quedaban quietos fingiendo que no escuchaban.

—Por favor —dije, bajando la voz—. Aquí, no. Vamos a hablar a otro sitio, por favor. Esto no es privado…

Lola me miró con los ojos entrecerrados, valorando la idea durante unos segundos. Finalmente, dio media vuelta.

—Mi camarote está al lado. Vamos.

No esperó a que le agradeciera. Julia me miró una vez más antes de seguirla. Caminamos en silencio, los tres, hasta la puerta contigua. Lola abrió con su tarjeta y entró sin más. Julia y yo la seguimos y cuando entramos, cerró de un portazo.

Me giré hacia ellas, todavía con el pecho agitado y la cabeza a punto de estallar. Necesitaba hacerles entender. Necesitaba que creyeran en mí. No podía perder a Lara. No así. No por algo que yo no había provocado.

Pero todavía no sabía que lo peor estaba por venir.

El camarote de Lola era pequeño, pero impecable. Un espacio que olía a perfume y a ira contenida. La tensión allí dentro era espesa, casi física. Me quedé de pie, en medio de la habitación, mientras Lola se cruzaba de brazos y se apoyaba contra la pared. Julia no se sentó tampoco. Se mantuvo cerca de la puerta, con los brazos también cruzados y los ojos fijos en mí.

—Habla —dijo Lola, sin rodeos.

Tragué saliva. Me pasé una mano por la nuca. No sabía ni por dónde empezar. Todo lo que dijera podía parecer una excusa. Pero no podía quedarme callado.

—Sabrina apareció por sorpresa en la sala de masajes. Yo estaba allí, esperando a la masajista. No sabía que era ella. No tenía ni idea de que estaba en el barco.

—¿Y luego qué? —preguntó Julia, sin inmutarse.

—Pues que empezó el masaje, después me tocó y dije que no había pedido eso, pero me mandó callar y yo…

—Por Dios —dijo Lola con una frialdad que me heló la sangre—. Ese vídeo muestra a una Sabrina completamente desnuda, encima de ti, besándote, y tú… no pareces muy incómodo, la verdad.

El estómago se me revolvió.

—Porque pregunté si era Lara y asintió, por eso me dejé hacer, porque creí que era ella.

Julia me miró fijamente. En sus ojos había duda. En los de Lola, aún puro rechazo.

—¡Fue una trampa! —grité, sin poder contenerme más— Sabrina lo tenía planeado desde el principio. Quería vengarse de mí por haberla dejado. Por decirle que lo que había entre nosotros acabó. Pero me ha seguido escribiendo y llamando, insistiendo en que no podía acabar. Y de repente aparece aquí. No sé cómo supo que estaba aquí, tal vez por tus fotos en redes. Lo que sé es que tenía todo preparado para joderme.

Julia bajó la mirada por un instante. Lola soltó un bufido.

—Y lo ha conseguido —dijo—. Ha destrozado a Lara.

Sentí un golpe seco en el pecho, como si me hubieran empujado desde dentro, y cerré los ojos por un segundo.

—¿Dónde está? —pregunté— ¿Dónde está Lara?

Julia me miró.

—Se quedó en la terraza de su camarote. Estaba llorando. No paraba. No podía ni respirar. Ni Lola ni yo conseguíamos que nos hablara. Solo repetía

que era una idiota, que había confiado en ti… —la voz se le quebró ligeramente—. Que nunca debió haberse acercado.

Cada palabra era una puñalada y sentía que me estaban arrancando la piel desde dentro.

—Tengo que verla —dije, dando un paso hacia la puerta.

Julia me detuvo con una mano en el pecho.

—No. Ahora no. No puedes.

—¡Pero necesito hablar con ella! ¡Decirle qué no es lo que cree!

—No va a escucharte, Ethan. No en ese estado. Y no después de ver lo que vio. ¿No lo entiendes? —Julia me levantó la voz por primera vez en su vida — Está rota. Lo que vio la destrozó. Porque confió en ti. Porque te creyó diferente.

—¡Lo soy! —grité— ¡No soy ningún cabrón! Joder, Julia, ¡tú me conoces! ¿De verdad crees que sería capaz de hacerle algo así?

Ella me sostuvo la mirada, y por un momento vi en sus ojos algo que no supe identificar del todo. Tal vez duda. Tal vez compasión. Tal vez ambas.

—No lo sé, Ethan. No lo sé… —susurró.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Lola se apartó de la pared y fue hacia la ventana. Miró hacia fuera, con los brazos aún cruzados, como si necesitara tomar aire sin abrir la ventana.

—¿Lo estás diciendo en serio? —le pregunté a mi hermana entonces, con la voz más baja— ¿De verdad podrías creer que fui capaz de planear algo así?

Julia apretó los labios.

—No quiero creerlo, pero también sé que hay una parte de ti que siempre ha huido de todo lo que implicaba compromiso, responsabilidad o consecuencias. Y Lara no es como las otras. A ella le importabas. ¿Tú sabes lo que significa eso?

Asentí, sin poder hablar. Porque sí, lo sabía jodidamente bien.

—¿Dónde está ahora? —volví a preguntar.

Julia se pasó una mano por el pelo, nerviosa.

—Te lo he dicho, Ethan, en su camarote llorando por tu culpa.

Me pasé las manos por la cara. Sentí que me faltaba el aire. El mundo se estaba cayendo a pedazos a mi alrededor y yo no podía hacer nada para detenerlo.

—¿Y si…? —me detuve un segundo, tragando saliva— ¿Y si me dejáis escribirle una carta? Una nota. Solo para que la lea cuando quiera. Para explicarle. Para decirle…

—¿Decirle qué exactamente? —preguntó Lola con la ceja arqueada, mirándome.

—Para decirle que si la pierdo por esto… no voy a poder perdonármelo nunca.

Julia me miró con los ojos brillantes, como si algo en mí le hubiese hecho recordar al chico que era antes de perderme en la vorágine de mi propio ego.

—Entonces escríbela —dijo al fin—. Yo me encargaré de que le llegue. No puedo prometerte que la lea, pero lo intentaré.

Asentí, con el corazón bombeando más rápido. Esa era mi única oportunidad. Mi única esperanza.

Me senté en el pequeño escritorio del camarote, cogí papel y bolígrafo —los únicos elementos analógicos que parecían tener en ese barco lleno de

pantallas— y empecé a escribir.

«Lara:

No sé si vas a leer esto. No sé si querrás volver a saber de mí. No sé si he perdido para siempre la única cosa buena que me ha pasado en mucho tiempo. Pero si estás leyendo esto, significa que al menos aún tengo una mínima oportunidad.

Lo que viste… no es lo que parece. Sé que es la frase más usada y la menos creíble, pero es la única verdad que tengo. Sabrina me tendió una trampa. Se coló en la sala de masajes y comenzó todo eso sin que yo tuviera idea de que era ella porque pensé que eras tú. Me grabó sin mi consentimiento. Me tocó sin mi permiso. Y luego, lo envió para destruirte. Para herirte a ti. Para destruirme a mí.

Y eso es lo que no me voy a perdonar nunca. Porque yo debería haberte protegido. De ella. De esto. De mí mismo.

No supe ver el peligro. No supe anticipar lo que podía pasar. Porque sigo teniendo esa parte de mí que cree que todo va a salir bien simplemente por desearlo. Y contigo no puedo ser ese tipo de hombre. Tú mereces a alguien mejor.

Pero también te juro, Lara, por lo más sagrado que tengo, por mi familia, que jamás quise hacerte daño. Que nunca habría permitido que nadie te hiriera así si hubiera podido evitarlo.

Y que no voy a dejar de luchar por ti. Porque lo que siento por ti no es pasajero. No es un capricho. Es real. Jodidamente real.

Espero que algún día puedas perdonarme. Ethan»

Doblé la hoja con cuidado y Julia me la quitó suavemente de las manos.

—Se la daré. Te lo prometo.

La miré y asentí. Por ahora, eso era lo único que tenía.

Capítulo 31



Ethan

Caminaba por el pasillo de vuelta a mi camarote, con la sensación de que me habían vaciado por dentro. Lo que debía haber sido un masaje relajante había terminado convirtiéndose en una pesadilla con nombre propio: Sabrina. No podía dejar de pensar en la mirada de Lara viendo ese vídeo. Me dolía el pecho solo de imaginarlo.

Al doblar la esquina, me topé de frente con Aiden.

—Eh, tío, ¿estás bien? —me preguntó con el ceño fruncido— Tienes pinta de estar hecho mierda y eso que venías del spa. Deberías estar flotando, no con esa cara de funeral.

—Ahora no, Aiden —murmuré sin detenerme.

Pero él me siguió. Supo leer entre líneas que necesitaba hablar, aunque no quisiera admitirlo.

Llegamos a mi camarote, abrí la puerta y la dejé abierta para que entrara. Cerró tras él mientras yo me iba directo al mueble bar que tenía junto a la ventana y me serví un vaso de whisky. Uno generoso. Lo apuré de un trago. Luego me serví otro. Y otro más.

—Vale, para —dijo Aiden, quitándome la botella—. Como sigas así, no llegas ni a la cena. ¿Qué ha pasado? ¿Se ha muerto alguien?

Solté una risa amarga.

—Ojalá fuera tan simple.

Me dejé caer en el sillón y miré el vaso vacío en mi mano, como si pudiera encontrar respuestas al fondo. Pero lo único que encontraba era la desesperación.

—Sabrina —dije al fin.

Aiden soltó un suspiro y se sentó en el sofá frente a mí, cruzando los brazos.

—¿Qué ha hecho ahora?

—Ha venido al crucero —solté, como si fuera una confesión—. Está aquí. Y ha estado en el spa. Haciéndose pasar por Lara durante el masaje.

—¿Cómo que…? Espera, ¿me estás diciendo que…?

Asentí, antes de que pudiera siquiera terminar.

—Sí. Yo creí que era Lara. Juro que lo creí. Pensé que había entrado para sorprenderme, pero era Sabrina.

Aiden se quedó callado unos segundos, procesando. Luego se llevó una mano a la cara.

—Joder, Ethan… ¿Y Lara?

—Lo ha visto. Sabrina grabó todo. Todo, Aiden. Y le ha mandado el vídeo.

—¡Pero qué hija de puta!

Asentí. No había otra palabra para describirla. Aunque incluso esa se quedaba corta.

—¿Y qué coño hace aquí? ¿No tenía marido, una casa enorme en la sierra y un chófer con cara de asesino?

—Supongo que le ha dicho a su marido que se iba de retiro espiritual, o qué sé yo. Me da igual. No quiero verla cerca. Te juro que, si vuelve a cruzarse en mi camino, la tiro por la borda.

Aiden esbozó una sonrisa irónica.

—Buena idea. Pero te aviso que eso se considera asesinato, por muy bruja que sea.

Me incliné hacia adelante y apoyé los codos sobre las rodillas, enterrando la cara en las manos.

—No puedo más con esto, tío. Pensé que había terminado con Sabrina hace meses. Pensé que lo tenía todo bajo control. Pero se me ha ido de las manos. Esto ya no va de ella… esto va de Lara. Y la he jodido. Mucho.

—¿Y cómo se lo ha tomado?

—No ha querido ni verme. Julia y Lola me han dicho que le dé espacio. Que probablemente no querrá saber nada de mí por un tiempo. Y lo entiendo. Pero me está matando.

Aiden me observó en silencio durante unos segundos. Luego se inclinó hacia mí.

—Ethan… ¿Te has enamorado de Lara?

No necesité decir nada. Solo asentí, en silencio, sin fuerza para hablar. Y esa simple afirmación pesaba más que todo el resto.

—Ya lo decía yo —murmuró él—. Desde que llegamos al barco, no eres el mismo. Y cuando la miras… joder, se te nota. Hasta un ciego lo vería.

No dije nada, no podía. Solo me pasé la mano por el pelo y exhalé con frustración.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó Aiden— Porque dudo que Sabrina se quede tranquila después de esto.

—Eso es lo peor —dije, señalando mi móvil que estaba sobre la mesa—. No deja de amenazarme con que me hará perderlo todo.

—¿A qué se refiere con eso? —preguntó con el ceño fruncido.

Era mi mejor amigo y ni siquiera él sabía la verdad. Nunca se lo dije por vergüenza, pero ahora… ahora necesitaba contarle toda la historia. Desde aquella maldita gala benéfica, dos años y medio atrás. Cuando mi empresa estaba en un momento crítico. Cuando Sabrina apareció como la solución perfecta: una mujer con contactos, casada con un millonario con ganas de invertir.

—Me acosté con ella —dije, sin adornos—. Y después me dijo que su marido invertiría en mi empresa. A cambio de unas acciones, claro, y yo acepté. Desesperado. Pensé que podría devolverle el dinero pronto. Que saldría del bache.

Aiden me escuchaba con atención. No me juzgaba, pero tampoco parecía sorprendido.

—¿Y después?

—Me dijo que, cuando se divorciara, esas acciones fueran suyas. A cambio, yo no tendría que devolver el dinero. Y seguiríamos viéndonos. Sin compromisos, sin matrimonio. Solo sexo y poder.

—¿Y tú aceptaste?

—Al principio no. Luego, sí. Fue mi peor error. Porque entonces me enganché a esa dinámica. No porque quisiera. Era una especie de prisión con paredes de lujo. Sexo y más sexo, Aiden, fuego que me abrasaba en cada maldito encuentro. Pero hace unos meses, empezó a cambiar las reglas. Quería que me casara con ella después del divorcio. Que uniéramos nuestras empresas. Que lo hiciéramos todo oficial.

—¿Y tú le dijiste que no?

—Por supuesto. Le dije que todo había acabado. Que me cansé de ser su juguete. Y desde entonces no ha parado de amenazarme. Que, si no volvía con ella, le contaría todo al marido y que él exigiría el dinero de vuelta sabiendo que me había estado acostando con ella.

—¿Y tú qué piensas hacer?

—Devolverle el dinero, si es necesario. Romper el pacto. Lo que sea. Pero no quiero saber nada más de ella.

Aiden se quedó pensativo; luego me dio una palmada en el hombro.

—Haz lo que tengas que hacer, Ethan. Pero primero, dale espacio a Lara. No la presiones. Si siente algo por ti, volverá. Pero si la atosigas ahora, solo la alejarás más.

—No quiero perderla —confesé, bajando la voz.

—Entonces no hagas ninguna estupidez —dijo, y se puso en pie—. Voy a pensar en algo. Veré qué se puede hacer con Sabrina. Pero tú, mantén la cabeza fría, aunque sea por un par de días.

Le agradecí con la mirada y se marchó sin decir más.

Me quedé solo y me serví otro whisky, esta vez sin apurarlo. Me acerqué a la ventana del camarote y contemplé el horizonte. Todo parecía en calma. El mar, el cielo, la brisa. Pero dentro de mí, todo era tormenta.

Pensé en Lara. En sus ojos. En su risa. En cómo se había abierto poco a poco, como una flor al sol. Y ahora, todo eso se había marchitado por mi culpa.

Entonces vibró mi móvil. Lo cogí con un presentimiento oscuro y no fue para nada desacertado. Era Sabrina.

Sabrina: *Estaré en el restaurante dentro de una hora. Si no vienes, ya sabes lo que perderás. Decide tú, cariño.*

Maldita sea. Quise estampar el móvil contra la pared, pero no lo hice. Tenía una decisión que tomar. Y solo una hora para hacerlo.

Después de mucho pensarlo y meditarlo, decidí ir al restaurante donde me esperaba Sabrina para comer. Entré con una mezcla de nervios y resignación, sin imaginar que esa visita me devolvería a la realidad de una manera mucho más dura de lo que esperaba.

Al entrar, mi mirada se posó en una de las mesas del fondo y allí estaban todos. Mi hermana Julia, Saúl, Aiden, Lola y Lara. Justo en ese momento, sus ojos se cruzaron con los míos, y lo que vi me destrozó por dentro. Ella estaba con la mirada baja, con lágrimas que aún brillaban en sus mejillas, y el dolor que le consumía era palpable. En ese instante sentí cómo un nudo se formaba en mi garganta, un golpe sordo que me atravesaba el pecho. Quise acercarme a ella, consolarla, pero no pude.

Fue entonces cuando Sabrina apareció a mi lado sin hacer ruido, y me cogió del brazo con una firmeza que me hizo volver a la realidad. Al mirarla, ella me sonrió con esa prepotencia y arrogancia que desde hacía meses me provocaban un profundo asco. Sabrina se puso de puntillas y, con esa sonrisa altiva, me besó en los labios. La aparté ligeramente y apreté los dientes, tan fuerte, que creí que me los partiría.

—No vuelvas a hacer eso —exigí.

Ella, con voz fría y desafiante, no dudó en responderme.

—Lo haré tantas veces como quiera para que esa niña gorda y estúpida se dé cuenta de que un hombre como tú no quiere nada con ella.

Volví a mirar hacia la mesa y vi que Lara seguía con la cabeza agachada, llorando en silencio mientras Lola le frotaba la espalda tratando de consolarla. Saúl, al ver la escena, se levantó con la clara intención de darme un puñetazo por gilipollas, pero Julia y Aiden se interpusieron rápidamente para evitar cualquier altercado.

Sabrina, sin dejar que reaccionara, me llevó a una mesa cercana para sentarnos y comer. Empezó a hablar con esa voz fría y calculadora sobre el

pacto que teníamos, una situación que había comenzado años atrás cuando mi empresa pasó por un mal momento, hacía ya dos años y medio, el mismo tiempo que llevábamos viéndonos a espaldas de su marido.

—Recuerdas aquella gala benéfica —empezó Sabrina—, cuando coincidimos y terminamos acostándonos. Te dije que mi marido podía ayudarte, que estaría dispuesto a inyectar algo de dinero en tu empresa y tú aceptaste.

Asentí, recordando aquel momento con una mezcla de arrepentimiento y resignación que me llevaban mortificando todos estos años.

—Te dije que no sería necesario que se lo devolvieras —continuó Sabrina —. Mi marido invertiría como había hecho en otras empresas, a cambio de unas cuantas acciones. Cuando él lo hizo, te convencí para que, en el momento en que yo quisiera el divorcio, esas acciones fueran para mí. Me aseguré de que no se opondría cuando en el divorcio se repartieran los bienes. Además, quedamos en que seguirías siendo mi amante, porque yo no quería volver a casarme, y sabía que tú tampoco.

Bajé la mirada, sintiéndome atrapado en esa red de manipulaciones una vez más. Si algo tenía Sabrina es que era una manipuladora nata.

—Pero hace unos meses —prosiguió, con tono firme—, me pusiste todo demasiado difícil. Insistí en que cuando me divorciara tendríamos que casarnos, que con el dinero que me correspondería podría ayudarte a crecer mucho más. Y tú te negaste, porque lo que querías era dejar de ser mi amante.

Apreté los puños, incómodo y cansado de esa situación.

—No voy a permitir que rompas el pacto —me advirtió Sabrina, mirándome fijamente—. Si lo haces, le contaré a mi marido que hemos estado acostándonos a sus espaldas todo este tiempo desde que nos conocimos. Él querrá recuperar su dinero, y tú lo perderás todo.

—Estoy dispuesto a devolvérselo —dije con firmeza hablando por primera vez desde que nos habíamos sentado.

—No me importa lo que tú quieras —respondió ella con una sonrisa cruel —. No voy a renunciar a lo que me corresponde en el divorcio.

Sabrina se levantó de la mesa y, antes de irse, me lanzó una última advertencia:

—Piénsalo bien antes de hacer una estupidez. Y deja de verte con esa niña. Si no, juro que le contaré todo a mi marido.

Cuando ella se fue, me quedé solo, mirando hacia la mesa donde Lara apenas comía y tenía la mirada perdida. Me mataba verla así, pero sabía que debía darle espacio, tal como me había dicho Aiden.

Sin embargo, en mi interior sabía que no iba a concederle más de dos días. No estaba dispuesto a estar separado de ella ni un minuto más que cuarenta y ocho horas.

Capítulo 32



Lara

Llevaba días sin salir del camarote. Las cortinas seguían echadas, el aire olía a encierro y a lágrimas secas. Solo la puerta del baño se abría de vez en cuando para dejarme pasar; el resto del tiempo me quedaba tumbada en la cama, hecha un ovillo, con la música sonando de fondo, repitiendo una y otra vez esa maldita canción, *"Only love can hurt like this"* de Paloma Faith.

Me desgarraba. Me rompía. Pero no podía dejar de escucharla. Era masoquismo puro, sí, lo sabía, pero cada palabra, cada nota, me hablaba directamente al pecho. Como si esa canción se hubiese escrito justo para mí, para este momento.

El vídeo… ese maldito vídeo.

Lo había visto una vez. Solo una. Pero me había bastado. Aquel momento en el que Ethan aparecía entregado, con esa mujer… sus labios, su piel… No hacía falta más. El golpe fue certero, como un puñal que no había dejado de retorcerse desde entonces en lo más profundo de mí.

Y pensar que yo estaba empezando a… no. No quería ni decirlo.

Las lágrimas volvían cada vez que me acordaba. Cada vez que esa imagen se repetía como una pesadilla en mi cabeza. ¿Cómo podía haber sido tan idiota? ¿Cómo había caído tan rápido, tan fuerte?

Había salido del camarote solo una vez desde entonces, y fue porque Lola y Julia prácticamente me arrastraron. Querían que comiera algo, que me

aireara. Saúl y Aiden también estaban allí, pero ni siquiera podía recordar qué comimos. Yo apenas probé bocado. Solo empujé la comida con el tenedor y fingí una sonrisa de vez en cuando. El alma la tenía hecha trizas.

Fue entonces cuando Julia me dio aquella nota. Decía que era de su hermano.

"Lo que viste… no es lo que parece."

Cuando leí esa parte, me reí amargamente. Como si una frase como esa pudiera borrar el sabor del engaño. Como si él no hubiese estado ahí, con esa mujer, y como si yo no hubiese visto cómo la besaba, cómo dejaba que le tocase, como si fuese yo. Porque eso era lo peor de todo. Que, según se escuchaba en el vídeo, él pensaba que era yo.

Ridículo. Doloroso.

Y luego pasó… lo vi. En el restaurante. Estaba allí él. Tan tranquilo. O al menos, eso aparentaba. Y ella, esa mujer, lo besó delante de todos como si nada. Como si yo no existiera. Como si mi corazón no estuviera en el suelo, hecho polvo y volviendo a ser pisoteado.

Desde entonces, no salí más. Me refugié en mi camarote como si fuera una fortaleza. Una trinchera emocional. Y fingía estar bien cuando hablaba con mis padres por videollamada. Ponía mi mejor cara, les decía que todo iba genial y que estaba aprovechando el crucero. Mentira tras mentira. Y colgaba rápido, con la excusa de que me esperaban los demás.

El aviso de que estábamos llegando a Amalfi me sacó de mis pensamientos.

Me asomé a la terraza justo en ese momento. La brisa del mar acariciaba mi cara, y la ciudad se dibujaba al fondo, pintoresca, vibrante, como sacada de una postal. Me habría encantado descubrir sus calles con Ethan. Habíamos hablado de eso, de perdernos por sus callejuelas, de tomar helado de limón, de hacernos fotos con el mar de fondo. Planes que ya no tenían sentido.

Una sonrisa amarga se me escapó sin querer. Era tan absurdo todo.

Oí la voz de Lola desde fuera del camarote mientras llamaba a la puerta con insistencia.

—¡Lara! ¡Vamos, nena! ¡Se supone que hay que desembarcar!

Me levanté con pereza y los ojos hinchados de tanto llorar. Abrí la puerta y allí estaba ella, con cara de desesperación.

—¿En serio estás en pijama todavía? —resopló, cruzándose de brazos— Pero ¿qué haces, Lara? ¡Tienes que salir, Amalfi te espera!

—No voy a ir —respondí con la voz apagada—. Me quedo aquí. No me encuentro bien.

—Llevas tres días diciendo lo mismo —protestó—. No te hemos traído a un crucero para que te encierres como Rapunzel en una torre. ¡Te vas a oxidar!

—Por favor, Lola, respeta mi decisión. Saldré cuando me sienta mejor.

Ella resopló con fuerza.

—Más te vale salir pronto, o te saco a rastras de los pelos, ¿me has oído?

Se fue resoplando, murmurando algo sobre lo cabezota que era. Me quedé en la puerta unos segundos, sintiendo ese nudo en el pecho que se apretaba más cada vez que alguien me hablaba con cariño. Porque no podía soportar que me quisieran cuando yo me sentía tan rota.

Decidí darme una ducha. El agua caliente me ayudó a relajarme, aunque solo un poco. Me vestí con ropa cómoda, unas zapatillas, gafas de sol y cogí el bolso. No sabía si estaba tomando una buena decisión, pero la idea de respirar otro aire, de pisar tierra firme, me empujó a salir.

El barco ya casi se había vaciado. El personal del crucero iba cerrando accesos, y los últimos pasajeros bajaban a paso lento. Yo lo hice sola, sin compañía, evitando encontrarme con nadie conocido. Quería perderme, y eso fue exactamente lo que hice.

Amalfi era preciosa.

Las callejuelas estrechas, los colores brillantes de las fachadas, los aromas que salían de las pastelerías y pizzerías… Todo parecía querer animarme, como si el lugar supiera lo mucho que necesitaba algo bonito.

Caminé sin rumbo, dejándome llevar. Me detuve a desayunar en una terraza pequeña, pedí un café con leche y un *sfogliatella*, un dulce de masa similar al hojaldre, muy crujiente, relleno de canela y espolvoreado con azúcar glas que sabía a gloria. Luego visité la Catedral de San Andrés, compré un imán para mi madre y otro para mí, e hice algunas fotos del mar y del cielo.

Pero no podía evitar que, al ver a las parejas que caminaban de la mano, que se besaban al borde del acantilado, que se hacían selfis juntos mientras reían, se me escapara una sonrisa triste.

Y entonces, otra vez, las lágrimas.

Volví a pensar en Ethan. En su sonrisa torcida, en la manera en que me miraba cuando pensaba que yo no lo notaba. En su risa grave, en cómo me abrazaba por la espalda cuando creía que estaba dormida. Todo me dolía. Incluso los recuerdos buenos.

Porque ahora solo podía pensar en aquella escena. En cómo se entregó a otra pensando que era yo. ¿Pero cómo no supo que no lo era? ¿No era capaz de distinguir mi voz, mi forma de tocarle, mi piel? ¿De verdad estaba tan ciego?

Me sentía traicionada, pero también usada. Y esa combinación era una bomba emocional que no sabía cómo desactivar.

Me dediqué a pasear empapándome de cada rincón, visité la *Piazza del Duomo y Vía Lorenzo d'Amalfi*, el epicentro de la ciudad, el lugar perfecto donde disfrutar de cafeterías, tiendas y ese ambiente local con sus gentes sonrientes.

Incluso paseé cerca de la playa de *Spiaggia Grande*, la playa principal de Amalfi, donde lo más destacado eran sus guijarros oscuros.

Cuando quise darme cuenta, era tarde y se me había pasado la hora de comer, así que callejeé de nuevo hasta encontrar una taberna escondida donde comí pasta con marisco y bebí un vino blanco que me supo a tristeza. Me obligué a hacer alguna foto más, a sonreír en una de ellas, por si me preguntaban después. Como si pudiera engañar a la cámara.

Pasadas las cuatro de la tarde, mientras recorría una pequeña plaza escondida, escuché una risa. Y no una cualquiera, sino la de Lola.

Mi cuerpo reaccionó solo. Me escondí en un callejón estrecho, pegada a la pared como una ladrona. Asomé un poco la cabeza y vi que estaban todos allí. Lola, Saúl, Julia, Aiden. Y no muy lejos, vi una silueta que reconocería en cualquier parte.

Ethan.

Me giré y volví sobre mis pasos sin hacer ruido. El corazón me latía con fuerza. No estaba lista para verlos. Mucho menos a él.

Así que tomé el camino más corto de vuelta. Mi día en Amalfi había acabado.

Subí al barco con paso ligero, casi ansioso, como si me persiguieran. El sol empezaba a inclinarse sobre el mar, tiñéndolo de reflejos dorados, pero yo no sentía belleza en nada. Todo se me hacía lejano, como si estuviera viendo el mundo desde detrás de un cristal empañado.

El pasillo hacia mi camarote estaba desierto. Agradecí el silencio, la soledad. Al cerrar la puerta detrás de mí, solté un suspiro largo y sentí cómo se me aflojaban las piernas. Me apoyé en la madera, dejando que el peso de todo me aplastara de nuevo. Era como si cada paso que daba fuera una batalla perdida contra mí misma.

No encendí la luz. Me quité las zapatillas y me dirigí directamente a la terraza. Me senté en la silla, mirando el mar, dejando que el viento me

despeinara, que el rumor de las olas me adormeciera un poco.

Ese mar infinito parecía entenderme. Era como yo: vasto, confuso, incapaz de encontrar una orilla a la que aferrarse.

Saqué el móvil del bolso. Mis dedos se deslizaron con naturalidad hasta el icono de *Spotify*, y un instante después, sonó de nuevo esa canción. *"Only love can hurt like this"*. Bajé el volumen, pero no pude evitar cerrar los ojos al oír los primeros acordes. Las palabras eran como cuchillas en mi alma.

"I'd tell myself you don't mean a thing. And what we got, got no hold on me..."[2]

Mentira tras mentira. Claro que significaba. Claro que me importaba. Ethan había conseguido lo que no había conseguido nadie desde hacía años: que bajara la guardia. Que creyera. Que confiara. Y ahora me sentía una completa idiota.

Apreté los dientes con fuerza. Quería dejar de llorar, lo juro. Quería salir de ese bucle, pero cada vez que creía haber superado todo, el dolor volvía, más afilado, más cruel.

Me levanté de golpe. Necesitaba moverme. Me metí en el baño, me lavé la cara, los dientes. Me desvestí con movimientos mecánicos y me puse el pijama. Quería desaparecer. Dormir hasta llegar a Sevilla. Despertar en mi casa, con mis cosas, mi cama, lejos de todo esto. Lejos de él.

Y entonces, un pensamiento me atravesó la mente como un relámpago: ¿y si todo esto no hubiese pasado nunca?

Cerré los ojos y me imaginé bajando del barco con Ethan en Amalfi, riéndonos de alguna tontería, sacándonos fotos frente al mar, compartiendo un helado mientras me hacía cosquillas en el costado. Me imaginé su mano en la mía, sus labios besándome la frente.

Y entonces el vacío volvió con toda su crudeza. Porque nada de eso había pasado. Porque todo lo que creí que estaba construyéndose entre nosotros, se había roto antes de poder siquiera florecer del todo.

Me tumbé en la cama de lado, mirando hacia la pared.

No sabía cuánto tiempo pasó. Podían haber sido minutos o una hora. Solo sabía que estaba allí, inmóvil, con la mente dando vueltas como un carrusel endemoniado, hasta que mi estómago rugió.

Había pasado tanto rato sin comer, que el cuerpo empezaba a quejarse. Pensé en llamar a recepción y pedir algo al camarote, pero no tenía fuerzas ni para eso.

Y justo entonces, escuché unos golpes suaves en la puerta. Contuve el aliento. Tal vez fuera el servicio de habitaciones. O quizá…

—¿Lara? —la voz de Lola me sobresaltó.

Me acerqué a la puerta y la abrí. Ella me miró con el ceño fruncido, vestida con un mono corto veraniego, el pelo recogido de forma desordenada y gafas de sol sobre la cabeza.

—¿Sigues en pijama? —preguntó, sin disimular el reproche— ¿Qué haces, cariño? ¿En serio te has pasado el día entero aquí encerrada, otra vez?

—He salido —respondí, con voz seca.

—¿Cómo que has salido?

—A Amalfi. He ido sola. Necesitaba estar sola.

Lola parpadeó sorprendida, como si no se lo esperara. Luego resopló y se cruzó de brazos.

—¿Y por qué no nos has dicho nada?

—Porque no quería ver a nadie. Y me alegro de no haberlo hecho. Os he oído en una plaza; casi me pilláis.

—¿Nos evitaste?

—Sí —reconocí, sin esconderlo—, y lo volvería a hacer.

Me miró durante unos segundos, y luego suspiró.

—Lara, no puedes seguir así. No es sano. No es justo para ti.

—¿Y qué quieres que haga? —repliqué, sintiendo cómo la voz se me apagaba poco a poco— ¿Que me ponga a bailar en la cubierta como si nada? ¿Qué sonría y finja que no me siento una mierda cada vez que pienso en lo que vi?

—No, pero tampoco puedes hundirte como si el mundo se hubiera acabado. Porque no se ha acabado. Estás viva, cariño. Y si no quieres vivir por ti, hazlo por mí, que me tienes preocupada, joder.

No supe qué contestar. Ella me miraba con una mezcla de rabia y ternura que me hizo bajar la vista.

—Solo necesito un poco más de tiempo —susurré—. Solo un poco más.

—Vale —cedió—, pero como no estés mejor mañana, te juro por mi peluca de los carnavales de Cádiz que te saco de aquí a empujones.

Esbocé una sonrisa débil.

—Lo tendré en cuenta.

Lola se fue, no sin antes darme un beso en la frente. Cerré la puerta detrás de ella, pero esta vez no volví a la cama.

Volví a salir a la terraza, y esta vez me llevé una copa de vino que encontré en el minibar. No me gustaba beber sola, pero necesitaba algo que me ayudara a relajar el nudo constante en el pecho.

El sol ya se escondía, y el mar se teñía de ese azul profundo que solo tenía al caer la noche. Y allí, por primera vez en días, me permití estar en silencio. No llorar. No pensar. Solo estar.

Como si el mundo pudiera parar unos minutos y dejarme respirar.

Capítulo 33



Lara

La mañana siguiente me desperté con la garganta seca y los ojos hinchados. Dormí mal, como siempre desde aquel día. A ratos me despertaba con el corazón encogido; otras veces soñaba con Ethan y me odiaba por eso. Pero ahí estaba el sol colándose entre las cortinas, implacable, recordándome que el mundo seguía girando, aunque yo quisiera bajarme.

Tardé unos minutos en moverme de la cama. Todo me pesaba: el cuerpo, la cabeza, los recuerdos. Me arrastré al baño, me lavé la cara con agua fría y me miré al espejo. Tenía ojeras, el pelo alborotado, los labios agrietados. No había ni rastro de la chica feliz que llegó al barco con ganas de comerse el mundo.

Después de vestirme con desgana, me había puesto el bikini debajo de un vestido holgado, agarré una toalla, las gafas de sol y bajé hasta la piscina del crucero. Necesitaba agua. Silencio. Algo que me hiciera sentir humana otra vez.

Con suerte, no me cruzaría con nadie.

Cuando llegué, el lugar estaba tranquilo. Había algunas familias, niños chapoteando en la parte menos profunda, padres relajados en tumbonas con libros o cócteles de colores. Me pareció otro universo, uno al que yo no pertenecía.

Me pedí un zumo de frutas en el bar, de mango, piña y maracuyá, lo llevé hasta una de las tumbonas más alejadas y me senté allí, sintiendo el sol en la piel. Me quité el vestido y dejé que la brisa me acariciara el rostro. Cerré los ojos y respiré hondo. Intenté vaciar la cabeza, por más que fuera imposible.

Después de unos minutos, me metí en la piscina.

El agua estaba templada, agradable. Me sumergí por completo, buscando unos segundos de paz absoluta. Allí, bajo el agua, no se oía nada. Ni risas, ni música, ni mi mente gritando que lo había perdido sin ni siquiera haberlo tenido por completo. Solo el latido sordo de mi corazón y el eco del agua vibrando contra mis oídos.

Cuando salí a la superficie, me sentí un poco más ligera. No mejor, pero sí menos rota. Me quedé en el agua un buen rato, observando a los niños jugar. Había una niña pequeña que se reía a carcajadas mientras su padre la lanzaba al aire y la atrapaba de nuevo. Reía con tanta libertad que me dio una punzada de envidia. De nostalgia. ¿Cuándo fue la última vez que me reí así?

Salí del agua cuando sentí que ya era suficiente. Volví a mi tumbona, me sequé el cuerpo, me senté a tomar otro sorbo de zumo. Cerré los ojos un momento y, entonces, alguien habló. Una voz femenina. Fría. Irónica.

—Ya te lo advertí la noche del baile de máscaras.

Me giré, y allí estaba ella. La mujer del vídeo. La del vestido rojo, la del beso robado, la que había arrasado con mi corazón sin siquiera conocerme.

Me quedé helada.

Tenía una sonrisa torcida en los labios y los ojos ocultos tras unas enormes gafas de sol. El bikini le sentaba perfecto, el cuerpo bronceado, el andar seguro.

—¿Perdona? —logré decir, aunque apenas me salía la voz.

—Te dije que esos hombres solo quieren divertirse con chicas como tú —añadió con sorna—. Pero claro, tú tenías que comprobarlo por ti misma.

Me quedé en silencio. Por un momento creí que mi mente me jugaba una mala pasada. Pero no. Era ella. Y me conocía. Lo supe por cómo me miraba, por cómo disfrutaba del momento.

La observé mejor. Y entonces recordé. El baño. Aquella noche. Cuando me tropecé con ella.

No fue un accidente. No fue casualidad. Ella ya sabía quién era yo.

El estómago me dio un vuelco. Sentí náuseas, rabia, impotencia, pero no dije nada. Me limité a recoger mis cosas, intentando no mostrar lo rota que estaba por dentro.

—Si eres lista —añadió ella, mientras me daba la espalda—, te alejarás de Ethan. De lo contrario… podrías acabar arrepintiéndote.

No respondí. No quería darle el gusto de verme reaccionar. Pero por dentro me hervía la sangre.

Entré en el barco a paso rápido, con las lágrimas otra vez apretándome la garganta. Iba mirando al suelo, deseando llegar a mi camarote y encerrarme de nuevo, desaparecer. Pero justo cuando doblé la esquina de uno de los pasillos, sentí una mano agarrándome de la muñeca.

Me giré con fuerza. Y allí estaba Ethan.

Mi cuerpo se tensó al instante y el corazón se me aceleró como si fuese a salirse del pecho.

—Lara… —susurró él, con los ojos clavados en los míos.

Me quedé muda.

Él tenía el ceño fruncido, el rostro marcado por unas ojeras que no recordaba. Parecía más delgado, más… cansado. Había dolor en su mirada. Y ternura. Y algo más. Algo que me dolía aún más que el vídeo.

Se acercó un poco más. Yo retrocedí, pero él no soltó mi muñeca. Su toque era suave, como si temiera romperme.

—Por favor, escúchame. Solo te pido unos minutos. Ya te he dejado espacio, pero no puedo esperar más —dijo en voz baja, casi temblorosa.

Yo solo lo miraba. Sin saber qué decir, sin saber cómo sostenerme en pie. Él alzó las manos, con una delicadeza que me desarmó, y me secó las lágrimas con sus pulgares, con una ternura que me rompió el alma en mil pedazos.

—¿Por qué lloras, preciosa?

Aquella palabra, "preciosa", tan suya, tan nuestra… hizo que mi cuerpo temblara. Pero no respondí. Me aparté con cuidado, sin brusquedad, pero con firmeza.

—Déjame en paz —dije, sin mirarle—. No quiero verte más.

Y me fui, dejándolo ahí, solo, con la mano aún en el aire, con el rostro herido, mientras me decía a mí misma que no debía mirar atrás.

Corrí hasta mi camarote, cerré la puerta de un portazo y me dejé caer sobre la cama, sollozando con una fuerza que me hizo doler el pecho.

Sentí rabia. Sentí dolor. Pero, sobre todo, sentí que me estaba rompiendo por dentro. Y lo peor de todo era que, a pesar de todo, lo amaba.

La noche cayó sin que me diera cuenta.

Me quedé dormida a ratos; otras veces simplemente estuve tumbada, mirando el techo. La canción ya no sonaba en mis auriculares, pero seguía ahí, atrapada en mi mente como una maldición. No quería llorar más, pero no podía evitarlo. El corazón me pesaba, como si llevara una piedra en el pecho.

La escena con Ethan se repetía una y otra vez en mi cabeza.

"¿Por qué lloras, preciosa?"

Maldito Ethan. Maldita yo por seguir temblando cada vez que escuchaba su voz en mi memoria.

Estaba en la terraza del camarote cuando oí los golpes en la puerta. Primero suaves, luego insistentes. Me levanté a regañadientes. Estaba a punto de ignorarlos, de fingir que no estaba. Pero entonces escuché las voces. Eran Lola y Saúl.

—¡Lara! ¡Abre ya! ¡Tenemos comida y no pienso comerme tu parte! —gritó Lola, medio divertida, medio mandona.

Volteé los ojos y fui hasta la puerta. Al abrir, allí estaban los dos, con un carrito del servicio de habitaciones repleto de bandejas.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté, más sorprendida que molesta.

—Salvarte de ti misma —contestó Lola, mientras entraba sin esperar invitación—. Y alimentarte, porque seguro que no has cenado ni has comido bien.

—Estoy bien —mentí.

—Y una mierda —saltó Saúl, cerrando la puerta detrás de él—. Tienes la cara más demacrada que la mona del *Ecce Homo*.

Me reí, sin querer.

—Eso no es gracioso.

—Un poco sí —añadió Lola, arqueando una ceja—. Pero bueno, da igual. Vamos a cenar, hablar de la vida y, si hace falta, a llorar contigo. Pero no te vas a quedar sola otra vez esta noche.

Suspiré, resignada. La verdad es que, en el fondo, agradecía no estar sola. Estaba harta de mi cabeza, de mis pensamientos oscuros.

Nos sentamos los tres en la pequeña mesa del camarote. Lola destapó las bandejas y el olor a comida caliente invadió el espacio. Habían pedido pasta,

ensaladas, una tabla de quesos y embutidos, pan recién horneado. Incluso vino.

—Si no comes, te atamos a la cama y te metemos la comida a la fuerza —amenazó Lola con una sonrisa.

—Tampoco os paséis —dije, cogiendo el tenedor sin muchas ganas—. Pero gracias.

Durante unos minutos solo comimos. En silencio. Y luego, claro, llegó el momento inevitable.

Ethan.

—Está hecho polvo —dijo Saúl, sin mirarme—. Lo vimos esta tarde. Ha hablado con nosotros. Con Julia también.

—¿Y? —pregunté, sabiendo que la conversación ya estaba perdida.

—Nos ha contado todo —continuó Lola—. Sobre esa mujer. Sobre lo que pasó realmente.

—¿Y lo habéis creído?

—Sí —dijo Saúl, sin dudarlo.

Me quedé quieta. No supe qué decir. Los miré a ambos, esperando que siguieran.

—Esa tía lo manipuló —dijo Lola—. Sabía lo que hacía. Le hizo creer que eras tú.

—Él pensó que eras tú. Yo he visto el vídeo, y no, plato de buen gusto no es —me dijo antes de que pudiera interrumpirle—, pero escuché todo. Él preguntó si eras tú y esa mujer con un simple "ajá" le hizo creer que sí.

Me llevé las manos a la cabeza.

—¿Y eso qué cambia? ¿De verdad no fue capaz de notar que no era yo?

—¿Tú lo has visto bien cuando te encontró en el pasillo hoy? —dijo Lola — Está destrozado.

—Yo también estoy destrozada —respondí con rabia contenida—. ¿Y eso qué? No cambia nada.

—Sí cambia —dijo Saúl—. Cambia que no te ha mentido. Que no te ha traicionado. Cambia que lo que sentiste no fue una mentira.

Las palabras me golpearon con fuerza. Sentí que algo se rompía dentro de mí.

—¿Sabes lo peor? —susurré, con la voz rota— Que yo tampoco quería esto. Que no debería haberme liado con él. Que no debería haber empezado nada con nadie en este maldito crucero.

—Pero lo hiciste —dijo Lola con suavidad—. Porque lo sentiste.

—Porque estaba desesperada —me defendí.

—No, nena —negó Saúl, mirándome fijamente—. Lo hiciste porque te enamoraste. Y no pasa nada. Te puede pasar. A todos nos puede pasar.

—No es amor —dije, aunque ya ni yo me creía.

—¿No? ¿Entonces por qué llevas cuatro días encerrada llorando? ¿Por qué sigues escuchando esa canción como si te desgarrara por dentro? ¿Por qué te tiemblan las manos cada vez que lo nombras?

Abrí la boca, pero no me salía ninguna defensa.

—Vale —admití al fin, y las lágrimas me brotaron otra vez—. Vale. Me enamoré. No sé cómo pasó, ni cuándo, pero pasó. Me rompí mi propia promesa y me enamoré de ese idiota.

Lola me abrazó sin decir nada. Saúl se quedó en silencio, dándome espacio.

—No debería haberlo hecho —seguí, entre lágrimas—. No de un tío como él. Esos hombres no se fijan en chicas como yo.

—¿Cómo qué no? —saltó Saúl, indignado— ¿Y qué clase de chica eres tú? A ver, dímelo.

—Yo qué sé. Normal. Rara. No soy como esas tías que tienen a todos detrás. No soy sexy. No soy… perfecta.

—No me jodas —dijo Saúl, levantándose—. Eres guapa, inteligente, con un par de ovarios que muchos quisieran. Lo que pasa es que, por culpa de tu ex de mierda, te crees que no vales nada. Pero Ethan no ha dicho ni una sola palabra para menospreciarte, al contrario. Te ha mirado siempre como si fueras un regalo que no se merece.

Me tapé la cara con las manos. Estaba llorando de nuevo. Pero era distinto. No era solo tristeza. Era también rabia. Contra mí misma.

—¿Y si todo es verdad? —pregunté— ¿Y si no me mintió? ¿Qué hago con esto que siento?

—Lo mismo que yo con lo que siento por Julia —dijo Saúl, sonriendo de lado—. Me da un vuelco el corazón con solo verla. Esa mujer me tiene loquito. Me podéis llamar idiota, cursi o lo que queráis. Pero me pienso ir de aquí con ella de la mano y no soltarla.

Lola y yo lo miramos boquiabiertas.

—Te ha dado fuerte —dijo Lola, riéndose entre lágrimas.

—Como decía mi difunto padre: Cuando el amor nos golpea, no lo hace con cuidado. Lo hace con la fuerza de una bola de demolición.

Y los tres nos reímos. Por primera vez en días, nos reímos de verdad.

Cenamos un poco más, bebimos vino, y cuando se marcharon, me sentí menos sola, menos rota.

Me acomodé en la terraza, con los auriculares puestos. Y sí, volví a poner la última canción que bailé con Ethan por millonésima vez en esos días. Pero esta vez ya no fue solo tristeza.

Fue también esperanza. Porque, aunque dolía, dolía porque había amado. Y eso, por primera vez en mucho tiempo, me hacía sentir viva.

Capítulo 34



Ethan

Desde que la vi en ese pasillo, con los ojos enrojecidos por el llanto y el cuerpo tembloroso como si estuviera a punto de romperse, su imagen no ha salido de mi cabeza. Lara. Joder… Lara.

Luego vi a Sabrina en la piscina, con esa sonrisa de víbora satisfecha, y supe que había tenido algo que ver. La conocía demasiado bien. Sabía cómo jugaba, cómo manipulaba. Y esta vez no solo había jugado conmigo, sino también con ella. Con Lara. Con mi Lara.

Llevaba días sin verla. No bajaba a comer con nosotros. No salía con el grupo. Y cuando lo hacía, si me veía a lo lejos, se giraba como si tuviera la peste. Y yo… yo no sabía cómo coño arreglar esto.

Lola me lo había dejado claro: “dale espacio, Ethan. No puedes presionarla”. Saúl también me había escuchado. Los dos sabían la verdad, pero no se lo habían contado a Lara. Me habían dejado claro que eso me correspondía a mí. Y yo lo sabía. Lo sabía mejor que nadie. Era mi historia, mi mierda, mi error… y era a Lara a quien se lo tenía que contar. Cuando quisiera escucharme, si es que alguna vez quería hacerlo.

Pero no me lo estaba poniendo fácil.

Acabábamos de llegar a Capri. El día amaneció despejado, con ese azul limpio que solo el Mediterráneo sabía regalar. Me puse unos vaqueros cortos

y una camiseta blanca. Deportivas cómodas y gafas de sol. Un turista más, aparentemente. Pero por dentro, era una tormenta.

Subí a cubierta y vi a Julia, Aiden, Saúl y Lola esperando. Iban a desembarcar. Estaban animados, planeando la ruta, las fotos, los sitios donde comer. Yo solo pensaba en si ella bajaría también.

—No voy con vosotros —dije, y al instante todas las miradas se volvieron hacia mí.

—¿Seguro? —preguntó mi hermana, arqueando una ceja, y asentí.

—Sí, prefiero ir solo hoy. Pero si… si por un casual veis a Lara y está sola, no la dejéis. Que no se sienta así, ¿de acuerdo?

Todos asintieron sin decir nada. Julia me abrazó antes de bajar y me dio un beso en la mejilla.

—Te va a escuchar, hermanito. Créeme —susurró.

Quise creerla. De verdad lo intenté.

Me quedé en cubierta durante veinte minutos, tal vez más, esperando. Miraba la pasarela cada pocos segundos, deseando ver esa silueta que ya reconocía a distancia. Pero no bajó. El corazón me pesó como una piedra.

Al final, suspiré, me puse los auriculares y bajé del barco.

Capri era una postal viva. Calles empedradas, casas blancas, flores colgantes por cada rincón y ese olor a mar mezclado con jazmín que parecía seguirme a cada paso. Me senté en una terraza frente a la plaza central y pedí un desayuno típico: café expreso, croissant, fruta fresca.

Y sí, pensé en ella.

En su risa cuando me corregía el acento italiano. En cómo fruncía la nariz cuando algo no le gustaba. En cómo entrelazaba los dedos con los míos sin

darse cuenta mientras caminábamos. Todo eso lo echaba de menos. Más de lo que me atrevía a admitir.

Después del desayuno caminé sin rumbo fijo. Subí escaleras empedradas, saqué fotos de los acantilados y de las flores que trepaban por las fachadas. Visité el mirador de *Tragara*, donde las vistas al mar eran tan perfectas que dolían. Pensé en si Lara estaría viendo lo mismo desde su camarote. Ojalá no.

Terminé comiendo en un restaurante familiar donde el propietario me recomendó un plato de *ravioli caprese* que estaba para llorar de bueno. Y mientras tomaba el café, no dejaba de mirar el móvil esperando un mensaje que no llegaba.

Mantenía la esperanza de que me escribiera, solo porque mi hermana siempre me decía que la esperanza nunca debía perderse.

Seguí caminando por Capri como un alma en pena. Pasé por una calle estrecha con tiendas de artesanía y una de ellas tenía joyería hecha a mano. No era de fijarme mucho en esas cosas, pero algo, no sabía bien qué, me hizo detenerme.

En el escaparate, colocada en un expositor de madera clara, había una pulsera de plata con una piedra turquesa incrustada. Era delicada, simple, pero con un diseño que tenía algo especial. Me hizo pensar en ella. No sabía por qué, pero supe que era para Lara.

Entré y la compré sin pensarlo demasiado. La guardé en el bolsillo con cuidado, como si fuera algo frágil. Porque lo era. Era algo que solo podía darle si me escuchaba. Si me perdonaba. Si volvía a mirarme como antes.

Y justo entonces, el día se jodió.

Estaba sentado en una cafetería tomando otro café cuando la vi.

Sabrina entró como si todo le perteneciera, con ese vestido ceñido que mostraba más de lo que dejaba a la imaginación, gafas oscuras y esa sonrisa de víbora bien alimentada. Me localizó al instante y caminó hacia mí con paso firme. Sin invitación, se sentó frente a mí.

—Qué casualidad encontrarte aquí, Ethan —dijo con ese tono fingido de dulzura que me ponía los pelos de punta.

—Vete a la mierda, Sabrina —respondí sin rodeos.

Ella se echó a reír. Ese tipo de risa falsa, ensayada, que usaba para provocar.

—¿Todavía estás enfadado por lo del vídeo? —se burló— Vamos, cariño. Solo fue una advertencia.

—Fue crueldad —espeté, apretando los dientes.

—Fue negocio —me corrigió, bebiendo un sorbo de mi café—. Yo te di lo que necesitabas cuando tu empresa estaba al borde del colapso. Tú me prometiste lo que yo necesitaba. Y ahora resulta que te pido hacer otra cosa y no quieres cumplir con tu parte. Eso no me gusta. ¿En serio no vas a dejar a esa niña gorda y estúpida?

Eso me hizo hervir la sangre de tal manera, que aparté la silla con brusquedad, me puse en pie y la agarré del brazo mientras me inclinaba hacia ella.

—Si la vuelves a llamar "niña gorda y estúpida" otra vez, no respondo —dije con los dientes apretados y lleno de rabia.

Ella arqueó las cejas con fingida inocencia.

—Oh… ¿Acaso te has enamorado de esa niña?

—Sí —dije, sin vacilar.

A Sabrina se le borró la sonrisa por un segundo. No estaba acostumbrada a que le hablaran así.

—Siempre dijiste que no te enamorarías jamás, Ethan.

—Y yo pensaba que era cierto. Pero llega un momento… —inspiré hondo — en que aparece la persona que te desarma. Que te hace ver el mundo de otra manera. Que mueve cada parte de ti sin pedir permiso. Y entonces ya no hay marcha atrás.

Ella me miró como si no me reconociera. Como si no pudiera creer lo que oía. Y me aparté de ella.

—Se acabó, Sabrina. No vas a destruir esto. No vas a destruirla a ella. Haz lo que te dé la gana. Pero si te atreves a volver a acercarte a hablar con ella, ni siquiera tu abogado podrá salvarte.

Me di la vuelta y salí de la cafetería sin mirar atrás.

La rabia me quemaba el pecho. Pero entre esa rabia también estaba ella. Lara.
Y tenía que hacer lo que fuera para recuperarla.

Capri se deshacía en colores suaves cuando la vi.

Estaba en una pequeña plaza, riéndose con unos niños locales que jugaban con una pelota. Su risa, esa risa que llevaba días sin escuchar, me atravesó como un rayo. Allí estaba ella, de pie bajo la sombra de un árbol, con un vestido blanco y el cabello suelto bailando con el viento.

Estaba guapísima. Tan jodidamente guapa que me dolía mirarla.

Me quedé quieto, observándola. No me había visto. Me apoyé contra la pared de una heladería cerrada, a unos metros, sin hacer ruido, como si con un paso en falso pudiera romper esa burbuja mágica en la que parecía vivir por un instante. Reía, se agachaba para hablar con un niño pequeño, y le dio una de las galletas que tenía en una bolsita de papel.

Esa era Lara. La que me había enamorado sin permiso. La que me había hecho reír, pensar, sentir. La que me desnudó el alma con una mirada, mucho antes de que yo siquiera entendiera lo que estaba ocurriendo.

Entonces se giró.

No me había oído, no me había visto, pero me sintió. Lo sabía. Porque su sonrisa se borró de golpe. Se despidió con un gesto suave de los niños y comenzó a alejarse por una calle lateral.

No lo pensé. Eché a andar detrás de ella.

—¡Lara! —la llamé, pero no se detuvo— Lara, por favor…

Aceleré el paso hasta alcanzarla y, sin pensarlo, le cogí de la mano. Su piel estaba tibia. Se giró de golpe, sorprendida, molesta. Pero no se soltó.

—Déjame estar, Ethan —susurró, evitando mirarme a los ojos.

—No puedo. No quiero.

—Estoy disfrutando de Capri. De mi soledad. Y tú me estás estropeando el momento.

—Solo quiero… —tragué saliva, luchando por mantener la calma— Quiero que me escuches.

—¿Escucharte? ¿Otra mentira? ¿Otra historia distorsionada para justificar ese vídeo?

Negué con la cabeza y la acerqué a mí con suavidad. Mi mano temblaba cuando la llevé a su mejilla y rocé su piel. Sus ojos se clavaron en los míos, llenos de dolor, de decepción y también de algo más. Algo que aún estaba ahí. Algo que ni siquiera Sabrina había podido borrar.

—Por favor, dame solo unos minutos. No voy a darte excusas. No vengo a justificarme. Quiero contarte la verdad. Toda la verdad. Una que ni siquiera le había contado a Aiden hasta hace unos días, y eso es decir mucho.

Ella respiró hondo. Dudaba. Lo noté en sus ojos. Pero el muro seguía ahí.

—¿Y por qué me lo contarías ahora? —preguntó con la voz entrecortada— ¿Por lástima?

—No. Porque te debo la verdad. Porque no me aguanto más por dentro sabiendo que piensas que soy ese cabrón del vídeo. Porque… —La miré con todo lo que tenía dentro— Porque siento algo por ti.

Sus labios temblaron y vi las lágrimas aparecer, brillando en sus ojos. Levanté mis manos y las sequé con los pulgares, acariciando sus mejillas con todo el cuidado del mundo.

—No llores… por favor, no llores. Me mata verte así.

Entonces me incliné y la besé.

Un roce leve, apenas un roce sobre sus labios. Un beso lleno de disculpas, de momentos compartidos, de todo lo que no me había atrevido a decir. No me apartó. Cerró los ojos y se dejó llevar. Solo por un instante. Solo un segundo.

Y luego respondió.

Me besó de vuelta, con suavidad al principio, y después con más intensidad. Sus labios se entreabrieron y nuestras respiraciones se mezclaron. El mundo desapareció. Solo existíamos ella y yo, en esa calle de Capri, con las voces lejanas de turistas que no importaban.

Pero cuando nuestras frentes se tocaron y yo sonreí, agradecido por ese mínimo milagro… ella se apartó.

—Esto no puede ser —dijo con la voz rota.

—Lara…

—Olvídame, Ethan. Yo nunca seré la mujer que tú quieres tener en tu vida.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque lo sé. Porque lo he visto. Porque yo… —Se secó una lágrima con rabia— Yo no soy suficiente para ti.

Y se fue. Así sin más. Como si me arrancara el alma en cada paso que daba.

Volví al barco con las manos vacías y el pecho en carne viva.

Fui directo a mi camarote, me encerré, cerré las cortinas y me senté en la cama. Respiré hondo. Una vez. Dos. Tres. Y saqué el móvil para marcar el número al que debí llamar antes, años atrás, para que nada de esto pasara.

Mi padre contestó al segundo tono.

—¡Ethan! Hijo, ¿cómo va el crucero? ¿Todo bien?

—Papá —dije, con voz grave—. Tenemos que hablar y va a ser una conversación difícil.

Se hizo un silencio.

—¿Qué ocurre?

—Es sobre la inversión de la familia Romanelli. Sobre Sabrina. Sobre el acuerdo.

—¿Qué pasa con eso? ¿Hay algún problema?

—Sí. Muchos.

Me levanté y empecé a caminar por el camarote como un león enjaulado. Cerré los ojos y me preparé para decirle todo. Todo lo que había callado durante dos años y medio. Todo lo que me estaba destruyendo desde dentro.

—Papá… te mentí. A ti, a mamá, a todos. El dinero que Sabrina consiguió no vino solo por contactos. Vino por un pacto. Uno que me está costando demasiado.

—¿Qué clase de pacto? —preguntó mi padre, en voz baja.

—Uno que me está destruyendo la vida y que no pienso mantener más.

Capítulo 35



Ethan

Esa noche, mientras el sol se escondía tras el horizonte y las luces del barco se encendían una a una como luciérnagas tímidas, tras haberle confesado todo a mi padre y que me asegurara que iba a ayudarme a resolver ese asunto, decidí que ya había esperado suficiente.

Tenía que hablar con ella.

No podía seguir viéndola de lejos, evitándome, sin saber la verdad completa. No después de todo lo que habíamos vivido. No después de ese beso que me dejó con el alma ardiendo. Había una puerta entreabierta y no pensaba dejar que se cerrara sin empujarla con todo lo que tenía dentro.

Así que bajé al restaurante donde me esperaban Julia, Aiden, Saúl y Lola, que me recibieron con expresiones diversas: preocupación, expectativa y, en el caso de Lola… una sonrisa traviesa que no auguraba nada demasiado cuerdo.

—Quiero hablar con vosotros —dije al sentarme.

—¿Dé qué exactamente? —preguntó Aiden, arqueando una ceja mientras daba un trago a su copa de vino.

—Necesito vuestra ayuda. Tengo que hablar con Lara esta noche. No me puedo permitir seguir esperando. Y sé que no va a ponérmelo fácil.

Julia me miró con ternura y asintió.

—Te dije que te iba a escuchar, Ethan. Solo necesitas un empujoncito.

—¿Un empujón? —replicó Lola, sonriendo con una energía peligrosa— No, no, no. Esto va a requerir algo más grande que eso. Vamos a necesitar un golpe de efecto.

—No vamos a secuestrarla, ¿no? —preguntó Saúl, llevándose una patata a la boca.

—A ver, no lo descartemos del todo —replicó Lola, como si hablara en serio—. Tengo bridas en el camarote.

—¿Bridas? —pregunté, incrédulo.

—Para atar maletas, bobo —respondió con un guiño—. Pero si hace falta atar personas, oye, se improvisa.

Todos nos reímos. Hasta yo, que llevaba el corazón en un puño.

—Vale, fuera coñas. ¿Qué tenéis en mente? —pregunté.

Julia se inclinó hacia delante, poniéndose seria.

—Lara va todas las noches a la cubierta superior a ver las estrellas. Lo sabemos porque Lola la ha estado espiando… sutilmente.

—Yo prefiero llamarlo "seguimiento amistoso", gracias —dijo Lola, cruzándose de brazos.

—El caso —continuó Julia— es que siempre va a la misma hora y siempre va sola.

—O sea, que tengo que interceptarla allí —dije, procesando la información.

—Sí, pero no puede parecer que la estás acosando —añadió Aiden—. Tiene que ser… casual.

—¿Cómo coño hago eso? ¿Me materializo como una aparición fantasmal con una copa de vino?

—No es mala idea —soltó Saúl—. Si apareces entre la niebla del mar, igual se cree que eres un sueño erótico.

—Muy útil, Saúl —resoplé—. Gracias por tu brillante aportación.

—Vale, silencio —dijo Lola, levantando las manos como una directora de orquesta a punto de empezar una sinfonía—. Escuchad el plan maestro de Lola Rivera para forzar un reencuentro romántico sin parecer un psicópata.

Todos la miramos expectantes.

—Julia y yo nos encargamos de llevar a Lara a cubierta. Le diremos que queremos hacer una pequeña ceremonia simbólica por el viaje, que llevaremos copas de champán y que vamos todos. Vosotros —miró a Saúl y Aiden— tenéis que desaparecer justo antes. Yo fingiré que me mareo o alguna gilipollez y me iré. Julia la entretiene unos minutos y después le dice que tiene que volver al camarote porque se ha olvidado algo y, ¡boom!, la deja sola. Y tú, Ethan, ya estarás allí. Con el cielo estrellado, el mar de fondo y, si quieres ponerte intenso, alguna canción de esas que le gustan sonando de fondo.

Me quedé en silencio unos segundos. Era… ridículo. Exagerado. Muy probablemente, un desastre a punto de ocurrir. Y, aun así, era brillante.

—¿Y si no funciona? —pregunté.

—Entonces te tiras por la borda y acabas con tu sufrimiento —respondió Saúl, muy serio.

—No te ayudo a escribir tus votos cuando te cases con Julia, que lo sepas —dije.

—Ya hablaremos de eso cuando deje de hacerme pis encima de los nervios cada vez que me mira —respondió, mirando disimuladamente a Julia.

Nos reímos todos. Incluso yo, que reí con ganas por primera vez en días.

Terminamos de cenar, brindamos con una copa de champán y Lola insistió en que teníamos que gritar todos juntos "¡Operación Amor Naval!" antes de levantarnos.

—No pienso gritar eso —dije.

—Pues no hay plan —replicó ella, arqueando la ceja como una mafiosa napolitana.

—Está bien… —suspiré, levantando la copa— ¡Operación Amor Naval!

—¡Esooo! —corearon todos.

La gente en el restaurante nos miró como si estuviéramos borrachos o locos. Quizá ambas cosas. Pero, por primera vez, sentí que no estaba solo en esto. Que tenía a mi gente.

Y que, pasara lo que pasara esa noche iba a luchar por ella.

La cubierta estaba desierta, bañada por la luz tenue de las farolas del barco y el resplandor lejano de la luna. El mar, oscuro y sereno, se extendía hasta donde alcanzaba la vista, y las estrellas titilaban sobre nosotros como testigos silenciosos.

Estaba nervioso, y eso ya era raro en mí, pero ahí estaba, con la pulsera que había comprado en Capri guardada en el bolsillo, esperando a que el plan se pusiera en marcha. Me sentía como un adolescente antes de declararse por primera vez.

En ese momento mi hermana me mandó un mensaje.

Julia: *Vamos para allá. Prepárate.*

Respiré hondo, me pasé una mano por el cabello y me situé en el rincón acordado, cerca de una barandilla, con vista directa al mar. Fingía mirar las olas, pero en realidad, mi estómago era un puño cerrado.

Minutos después, escuché pasos. Voces. La risa forzada de Lola intentando vender la idea de la ceremonia con palabras como “energías”, “universo” y “desbloquear la vibración del corazón”. Me llevé la mano a la cara, intentando no reír. Por lo menos, no antes de tiempo.

Lara apareció en ese momento y… Joder, cómo se veía con esa chaqueta ligera sobre los hombros, el cabello recogido a medias y la expresión seria, pero curiosa. Hermosa, incluso rota por dentro. Incluso con ese brillo triste en los ojos. Mi corazón se retorció.

—Voy a por más champán —dijo Lola de repente, con un guiño tan disimulado como un cartel luminoso.

—Yo la acompaño —añadió Julia.

—Pero… —empezó Lara.

—Solo un momento —dijo mi hermana—. Quédate aquí. Es bonito, ¿no? Tranquilo.

Y se fueron.

Lara suspiró, sola de nuevo. Se apoyó en la barandilla. Estaba de espaldas a mí, pero podía notar cómo exhalaba con fuerza, como si estuviera intentando convencerse de que no pasaba nada. Di un paso.

—Hola.

Ella se giró con un sobresalto, nuestros ojos se encontraron y, durante unos segundos, el mundo dejó de girar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Lara, en voz baja; estaba tensa.

—Esperarte.

—¿Era esto parte de ese estúpido ritual de energías?

—Era una excusa. Necesitaba hablar contigo, Lara.

—No tengo nada que decir, Ethan.

—Pero yo sí —dije, acercándome un poco más—. Por favor. Solo escúchame. Unos minutos. Después, si sigues queriendo que desaparezca, lo haré.

Vaciló. Lo vi en su mirada. Estaba cansada, dolida. Pero también había algo más: una grieta. Una mínima esperanza. Me aferre a ella como un náufrago.

—Vale —susurró finalmente—. Tienes cinco minutos.

Respiré hondo. Lo que iba a decir no era fácil. No era bonito. Pero era la verdad.

—Hace dos años y medio, estaba casi arruinado —empecé—. Mi empresa estaba al borde del colapso. Una de esas épocas en las que te das cuenta de que, por mucho que trabajes, el mundo puede tragarte igual. Y entonces apareció Sabrina.

Lara no dijo nada, solo me miraba, expectante.

—La conocí en una gala benéfica. Sabía que estaba casada. Pero ella… era distinta. Seductora. Inteligente. Me ofreció una salida. Su marido podría invertir a cambio de acciones. A cambio de mí.

Ella frunció el ceño.

—¿Te acostaste con ella?

Asentí, sin rodeos.

—Sí. Fue una decisión desesperada. Creí que podría devolverle el dinero rápido. Que saldría del agujero. Pero ella dijo que no sería necesario. Me ofreció condonar la deuda si… me quedaba con ella. Como su amante. Sin compromisos. Sexo y poder. Como si yo fuera un maldito producto.

—Y aceptaste.

—Al principio no. Luego sí. Me atrapó. Pero nunca fue amor. Ni cariño. Solo un infierno disfrazado de lujo. Hace meses le dije que todo había acabado. Que no quería nada más con ella. Y desde entonces, me ha estado amenazando con contarle todo a su marido, con arruinarme, con destruirme.

Lara se cruzó de brazos. Su rostro era una mezcla de rabia contenida y tristeza.

—¿Y entonces?

—Entonces apareciste tú —dije en voz baja—. Este crucero iba a ser una especie de escapatoria. Necesitaba desconectar, pensar. Y apareciste tú, con esa forma tuya de hablar, de reírte, de mirarme sin exigirme nada. Y sin darme cuenta, me importaste. Mucho más de lo que creía posible.

Ella tragó saliva. Las lágrimas le humedecían los ojos, pero no se desbordaban todavía.

—Lo que viste en el vídeo fue una trampa. Sabrina lo planeó todo. Quería que tú lo vieras. Quería destrozarte. Porque me vio contigo. Porque supo que me habías tocado de una forma que ella jamás podría.

—No me lo dijiste —susurró—. Me dejaste creerlo todo. Me dejaste hundirme.

—Porque no sabía cómo enfrentarlo. Me dio vergüenza. Me dio miedo. Pero te juro, Lara, que cada palabra que te digo es verdad.

Saqué del bolsillo la pequeña caja de terciopelo.

—Vi esto en Capri —dije—. Pensé en ti al instante. Es una pieza única. Como tú.

Le ofrecí la caja. Ella la abrió con manos temblorosas. Dentro descansaba la pulsera de plata con una piedra azul turquesa en forma de lágrima.

—Quiero empezar de nuevo. Contigo. Sin mentiras. Sin fantasmas.

Ella me miró, en silencio. Y entonces dio un paso hacia mí. Y otro. Hasta que estuvo tan cerca que pude oler su perfume.

—Te odio —susurró, temblando—, pero también te echo de menos.

—Lo sé —susurré—. Yo también.

Y la besé. Esta vez, no con cautela. Sino con urgencia. Con necesidad. Con hambre.

Ella respondió con la misma intensidad, aferrándose a mi camisa, a mis brazos, a todo lo que la sostenía. La rodeé con mis manos, acaricié su espalda, su cintura, su piel.

No sabía cómo acabamos en mi camarote. Solo podía recordar cómo se desnudaba frente a mí con los ojos llenos de lágrimas, y cómo sus manos recorrían mi pecho como si necesitara confirmar que era real.

La hice mía. Despacio, con ternura. Con rabia contenida. Con amor y con deseo.

Nuestros cuerpos se entrelazaron una y otra vez, en una danza íntima, sincera, rota y entera a la vez.

Y cuando acabamos, ella se acurrucó sobre mi pecho, con una de mis manos acariciando su espalda.

Se quedó dormida así. En paz. Yo no dormí. Solo la observé, mientras respiraba profundamente, con el rostro por fin sereno.

Y me hice una promesa: Jamás volvería a verla llorar. Nunca volvería a verla derramar una sola lágrima. Salvo de felicidad.

Capítulo 36



Lara

Desperté envuelta en una calma tan profunda que me costó unos segundos darme cuenta de dónde estaba. Me sentía cálida, protegida, con el cuerpo aún rendido tras una noche que había cambiado algo dentro de mí. Me moví despacio, sin hacer ruido, y cuando abrí los ojos, lo vi.

Ethan dormía a mi lado. De lado, con el rostro parcialmente oculto por el brazo doblado bajo la almohada. Tenía el pecho descubierto, la sábana apenas cubriéndole la cadera, y el pelo revuelto cayéndole sobre la frente. Respiraba con suavidad, profundamente, y su expresión era tan serena que me atrapó. Me quedé observándolo durante unos segundos, sin moverme, simplemente admirando su perfil, la curva de su mandíbula, esa pequeña arruga entre las cejas que desaparecía cuando dormía.

Y sonreí.

Había pasado la noche con él. Con él. Y no podía estar más en paz con ello.

El recuerdo de lo que habíamos vivido me golpeó con fuerza, pero no con ansiedad, sino con una dulzura ardiente. Cada beso, cada caricia, cada roce de su piel sobre la mía estaba grabado a fuego en mi memoria. No había sido solo sexo. No. Lo sabía con certeza. Fue ternura, fue entrega, fue conexión. Ethan me había amado como si no existiera nada más en el mundo, como si yo fuera su único norte. Su forma de tocarme, de besarme, de susurrarme al

oído… Había algo en su forma de hacerme el amor que me desarmó por completo. Fue real. Íntimo. Verdadero.

Giré la cabeza con cuidado y estiré el brazo para alcanzar mi móvil en la mesita. Vibraba suavemente con un mensaje nuevo. Lo cogí con pereza, sin apartar del todo la vista de Ethan, y lo desbloqueé.

Era de Lola.

Lola: *¿Cómo estás, cariño?*

Volteé los ojos, divertida. No podía esperar otra cosa de ella.

Lara: *Cabreada contigo y con Julia por la encerrona de anoche.*

No tardó ni cinco segundos en contestar.

Lola: *¡No seas capulla! No has dormido en tu camarote, sino con el guapo londinense del que te has enamorado. Agradece la jugada maestra.*

Me reí al leerlo y miré de nuevo a Ethan. Tenía razón. Era guapo. Pero eso ya no era lo importante. Lo verdaderamente brutal era lo que había empezado a sentir por él.

Me quedé en silencio unos segundos, con el móvil aún en la mano, acariciando la idea absurda y preciosa de estar enamorada de verdad. No me daba miedo. No con él.

—¿Vas a seguir mirándome así todo el rato o vas a venir a darme un beso? —murmuró de pronto Ethan, con la voz ronca y los ojos aún cerrados.

Me sobresalté ligeramente y solté una carcajada.

—Depende... ¿Te lo has ganado?

Él entreabrió los ojos y me miró con una sonrisa perezosa. Entonces estiró el brazo y me atrajo hacia él, atrapándome contra su pecho.

—Ven aquí —susurró antes de besarme.

Nuestros labios se encontraron en un beso lento, profundo, que despertó todas las sensaciones que aún dormían en mi piel. Me apreté contra su cuerpo, sintiendo cómo su calor me envolvía por completo. Su lengua jugó con la mía con esa seguridad que solo tenía alguien que conocía el deseo del otro. Su mano bajó por mi espalda, firme, directa, hasta aferrarse a mi cadera y atraerme aún más.

En cuestión de segundos, el ambiente cambió.

Él me giró sobre la cama, colocándose encima de mí sin dejar de besarme. Mi respiración se volvió irregular cuando sus labios descendieron por mi cuello, besándome con una mezcla de pasión y ternura que me volvía loca. Sus manos se movían con destreza, como si supiera exactamente qué parte de mí quería ser tocada. Me recorrió con hambre contenida, saboreándome como si fuera un manjar.

Me deshacía con su toque, con sus dedos, con su boca, con su voz murmurando mi nombre al oído.

Cada movimiento era una explosión de deseo, cada gemido una súplica, cada mirada un juramento silencioso. Me hizo suya con una intensidad arrolladora, y yo me rendí completamente. Era placer, sí, pero también era amor. Lo sentía. Lo sabía. Ethan me hacía sentir viva. Me hacía sentir deseada, admirada, valorada.

Cuando todo terminó, nos quedamos enredados, jadeantes, sudorosos, con el corazón latiendo al mismo ritmo.

—Así da gusto despertarse —dijo él, con una sonrisa mientras me apartaba un mechón de la cara.

—No te acostumbres —le respondí, aunque sabía que ya estaba perdida.

Me levanté después de unos minutos, con el cuerpo todavía temblando de la intensidad. Empecé a vestirme mientras él se metía en la ducha. Me miró

una última vez antes de cerrar la mampara, con esa media sonrisa que siempre conseguía desarmarme.

—Te veo luego —me dijo.

—Sí —respondí, y salí de su camarote para ir al mío.

Llegué sin cruzarme con nadie, cerré la puerta tras de mí y me apoyé contra ella, exhalando profundamente. Una risa se escapó de mis labios. ¿Qué acababa de pasarme?

Me metí en la ducha para despejarme, pero el agua no consiguió borrar la sonrisa de mi rostro.

Cuando salí, me envolví en una toalla y me senté un momento en la cama. Mi móvil volvió a sonar. Esta vez era una videollamada de mi madre.

Contesté con un leve suspiro, sabiendo que no podría fingir nada.

—Hola, cariño —saludó ella con esa voz suya, cálida y cargada de intención.

—Hola, mamá.

—¿Estás bien? Te noto… diferente. ¿Has dormido?

—Sí, claro —mentí mal, y lo sabía.

—Tienes la voz más ligera. Como si te hubieras quitado un peso de encima. Y ese brillo en la cara… No tendrá algo que ver con ese chico del que me hablaste, ¿verdad?

Solté una carcajada.

—¿Tan evidente es?

—Te conozco, Lara. Desde antes de que tú supieras quién eras. Y créeme… esa vocecita tuya, esa que se te escapa cuando estás enamorada, te

delata.

Negué con la cabeza, emocionada. ¿Cómo podía ser tan certera siempre?

—Puede que tengas razón, pero no quiero decir nada todavía. Es pronto. No quiero ilusionarme demasiado.

—Haz lo que sientas, hija. Pero, por lo que veo has recuperado el brillo. Ya no te ves tan triste como hace unos días.

Y ahí estaba, la frase que me desarmó.

—Gracias, mamá —susurré.

—Llámame pronto, cariño. Disfruta del día, pero recuerda que la vida se vive de a poco. No corras y no te olvides de ti.

—Lo haré. Te quiero.

—Y yo a ti, mi niña.

Colgué, y durante un momento me quedé en silencio, dejando que todo lo que sentía se asentara. Luego me vestí con ropa cómoda, me recogí el pelo en una coleta y me miré al espejo. Mi madre tenía razón.

Volvía a sonreír. Volvía a sentirme yo.

Al salir de mi camarote, me sentía distinta. No solo por dentro, sino también por fuera. Caminaba con una especie de ligereza nueva, como si cada paso no pesara tanto, como si todo lo que había arrastrado durante meses se hubiera quedado atrás, en otro puerto. Mi reflejo en los espejos del pasillo me devolvía una versión de mí misma que hacía tiempo no veía: el brillo en los ojos, las mejillas encendidas, esa sonrisa idiota que me aparecía sin motivo.

Llegué al bufé, donde ya se escuchaban risas y el tintineo de los platos. A esa hora, los pasajeros comenzaban a llenar las mesas, algunos aún con cara de sueño, otros ya en bañador camino de la piscina. Busqué con la mirada y

enseguida vi a mis amigos. Ocupaban una de las mesas redondas junto a la ventana, con vistas al mar.

Lola levantó la mano al verme.

—¡Aquí, princesa dormilona! —gritó sin pudor, haciendo que varias personas se giraran.

Me acerqué entre risas, negando con la cabeza.

—Eres una exagerada.

—¿Tú crees? —dijo Saúl, levantando una ceja— Has llegado con media hora de retraso. Ya nos estábamos planteando enviarte un café intravenoso.

—O mandarte a Ethan con desayuno incluido —añadió Julia, con una sonrisa cómplice.

Me senté entre ellos y les miré uno a uno, fingiendo indignación.

—Os la tengo guardada —dije, mirando a Julia y a Lola—. Lo de anoche fue una encerrona en toda regla.

—Y con resultado exitoso —intervino Aiden, que hasta ese momento solo se había dedicado a comer su tostada como si fuera el manjar de los dioses.

—Si esa encerrona ha servido para que escuches a mi hermano y os reconciliéis, ha merecido la pena —añadió Julia con una sonrisa suave.

—Totalmente. Porque si no, Ethan habría acabado tirándose por la borda —bromeó Saúl mientras se servía más zumo.

—¡Sois idiotas! —me reí, cogiendo una tostada del centro—. Pero os quiero, que conste.

Entonces, como si hubiera sido invocado por nuestras palabras, Ethan apareció en el bufé.

Capítulo 37



Lara

Llevaba el pelo ligeramente húmedo y una camisa blanca remangada hasta los codos. Al verme, su expresión cambió por completo. Se acercó sin decir nada, me cogió del mentón suavemente y me besó en los labios, sin importarle que estuviéramos en público.

Un beso lento. Seguro. Íntimo. Mi estómago dio una voltereta, y noté cómo mis mejillas se sonrojaban.

—Buenos días —dijo con voz ronca, antes de sentarse a mi lado.

—Ahora sí —le respondí, bajando la mirada, aún roja como un tomate.

—Vale, este momento ya ha sobrepasado el umbral de lo empalagoso —dijo Aiden, fingiendo arcadas.

—Pues os vais a joder —comentó Ethan, muy tranquilo, mientras se servía café—. Estoy muy contento.

—¿Y no crees que eso merece una celebración? —preguntó Julia, cruzando los brazos con mirada traviesa.

—Sí —dijo Lola de inmediato—. Una buena celebración. Jacuzzi privado. Varias botellas de *Brut Rosé.* Y música.

—¿Música? ¿No queríais que nos relajáramos? —pregunté, entre divertida y desconfiada.

—La música relaja, Lara — contestó Saúl, con una seriedad exagerada—. Sobre todo, si es *chill out* con burbujas y copas frías.

—O reguetón a lo salvaje —bromeó Aiden.

—No pienso meterme en ningún jacuzzi con vosotros si vais a poner reguetón —me reí.

—Demasiado tarde, ya hemos reservado uno para esta noche —dijo Julia, guiñándome un ojo.

Justo en ese momento, cuando todo eran risas y miradas cómplices, una figura apareció junto a la mesa como una tormenta inesperada.

Sabrina llevaba gafas de sol grandes, el pelo perfectamente peinado y un vestido ajustado que dejaba claro que no venía a desayunar ni a saludar. Venía a destruir.

—¿Se puede saber qué has hecho? —preguntó, dirigiéndose directamente a Ethan, con la voz cargada de veneno.

El silencio cayó como una losa. Todos los cubiertos se detuvieron en el aire y Ethan levantó la mirada, muy despacio.

—No sé de qué hablas, Sabrina.

—¡Oh, no te hagas el tonto! —soltó con furia contenida— Mi abogado acaba de llamarme. ¡Mi marido ha iniciado los trámites de divorcio! ¡Y no piensa dejarme ni un céntimo!

—Eso suena a problema tuyo —respondió Ethan con frialdad.

—¡Me has hundido! —gritó— ¡Y todo por esa gorda estúpida que no me llega ni a la suela del zapato!

No me dio tiempo a reaccionar. Ethan se levantó de golpe, empujando la silla hacia atrás con fuerza. Su mirada era una tormenta contenida. Se acercó a ella, sin levantar la voz, pero con una intensidad que congeló el aire.

—Vuelve a llamarla así y te juro que esta vez no solo perderás el respeto de tu marido, sino también la poca dignidad que te queda. Lara es mil veces mejor que tú. Mil. No solo es hermosa, sino que es una mujer con principios, con corazón, con inteligencia. Todo lo que tú nunca tendrás.

Sabrina temblaba de rabia, de impotencia. Me miró con un asco que me atravesó, pero yo no me moví.

—Disfruta mientras puedas, guapa —escupió—. Porque Ethan acabará dejándote por otra más esbelta. Como a él le gustan. Como yo.

Fue entonces cuando Julia se levantó de su silla y le soltó una bofetada seca. El silencio volvió a imponerse.

—No vuelvas a insultar a mi amiga —dijo con voz firme—. Y mírate en un espejo antes de hablar de los demás. Tú sí que tienes mucho que callar.

Sabrina se quedó paralizada, con una mano en la mejilla. Nos miró con odio, luego a Ethan, que seguía firme frente a ella, y por último a mí, como si quisiera grabar mi cara en su memoria.

—Esto no va a quedar así —dijo entre dientes antes de girarse y marcharse.

La tensión se rompió cuando Saúl soltó un silbido.

—Joder. ¿Siempre es así de dramática o es que hoy ha desayunado dinamita?

—Siempre ha sido así —dijo Ethan, sin sentarse aún—. Solo que esta vez... ha perdido el control.

Se giró hacia mí y me cogió la mano suavemente.

—¿Estás bien?

Lo miré, consciente de que todos los ojos del bufé estaban puestos en nosotros, y asentí.

—Estoy mejor que nunca.

Y lo besé delante de todos. Porque no me avergonzaba. Porque había que callar bocas. Porque me salía del alma.

Después de besar a Ethan delante de todos, noté un pequeño temblor en mis piernas. No por nervios ni vergüenza, sino por esa mezcla de adrenalina y emoción que aún no sabía controlar del todo. Él me sonrió con esa expresión suya que lo decía todo sin necesidad de palabras. Me acarició la mejilla con el pulgar mientras volvía a sentarse a mi lado y tomaba un sorbo de café, como si nada hubiera pasado, como si no acabara de enfrentar a un demonio con forma de examante.

—Me has defendido como una leona, Julia —le dije, sonriéndola.

—No podía quedarme callada —me contestó, aún un poco alterada—. Que alguien se atreva a hablar así de ti… y delante de todos. Qué vergüenza. Eso sí, me temblaba la mano, ¿eh? —añadió con humor, llevándose la servilleta a la frente como si acabara de sudar en una batalla épica.

—A mí casi se me cae el croissant de la emoción —dijo Saúl, y todos rompimos a reír, aliviando por fin la tensión que aún flotaba en el ambiente.

—Vale, vale, chicos —intervine—. Dramitas aparte. ¿Qué vamos a hacer hoy? Necesito distracción, risas y un desayuno decente, porque lo que he vivido esta mañana ha sido de todo menos tranquilo.

—Yo voto por pedir algo dulce —dijo Lola—. Algo que me suba el azúcar y me devuelva la fe en la humanidad. ¿Hay tortitas?

—Hay de todo —respondió Ethan—. ¿Quieres que vaya por algo?

—No hace falta —le dije, poniéndole la mano en el muslo y sintiendo el calor bajo la tela de su pantalón—. Me basta con verte comer. Ya me alimentas tú.

Aiden hizo un gesto exagerado de arcadas antes de hablar.

—Esto ya se ha convertido en una película romántica de domingo por la tarde. ¿Dónde está el mando para cambiar de canal?

—Cállate, Aiden, y pásame el zumo —dijo Lola, lanzándole una servilleta.

Estuvimos desayunando durante un buen rato, sin prisas. El sol ya se filtraba con fuerza por los ventanales del bufé, haciendo que el mar brillara con tonos plateados. Desde allí se veía el horizonte azul intenso y, más allá, sin que aún pudiéramos verla, estaba Sicilia, nuestro próximo destino.

La conversación giró en torno a todo y a nada: las locuras de la noche anterior, los planes para el día, lo surrealista que era estar en ese crucero que empezaba a parecerse más a un *reality show* que a unas vacaciones. Aiden soltaba chistes a cada rato, Saúl le seguía el juego, y Julia y Lola se turnaban para pincharme con indirectas sobre lo "enamoradita" que estaba.

Y no les faltaba razón.

Me sorprendí a mí misma mirando a Ethan de reojo constantemente. Cada vez que se reía. Cada vez que hablaba. Cada vez que me buscaba con la mirada como si no pudiera evitarlo. Había algo entre nosotros que me sacudía, algo magnético, una especie de corriente invisible que nos mantenía conectados incluso en el silencio.

Cuando se inclinaba para hablarme bajito. Cuando su rodilla rozaba la mía debajo de la mesa. Cuando me cogía la mano sin decir nada.

Estaba jodidamente perdida por él.

Y no me importaba. Al contrario. Me sentía viva.

Pero por dentro, también empezaban a crecer otras emociones. Dudas, pequeños miedos que nacían cuando el corazón iba más rápido que la cabeza. ¿Y si esto era solo un momento? ¿Y si era demasiado bonito para ser real? ¿Y si Sabrina volvía a sembrar el caos?

Me sorprendí preguntándome si era suficiente para él. Si yo, con mis inseguridades, mis cicatrices, mi cuerpo imperfecto y mi caos emocional,

podía ser suficiente para un hombre como Ethan.

Él pareció leerme el pensamiento.

—No le des más vueltas —dijo en voz baja, sin mirarme, mientras se llevaba la taza a los labios—. Lo que ella ha dicho no significa nada.

Lo miré, algo sorprendida.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te conozco. Porque sé cómo te miras a ti misma cuando algo te afecta. Y porque si estuvieras cien por cien convencida de lo que vales, ni esas palabras ni esa mujer te habrían hecho parpadear.

Me mordí el labio, tocada por su sinceridad.

—No puedo evitarlo. Hay días que me siento… no sé. Insuficiente. Inadecuada.

Ethan dejó la taza en la mesa y me miró fijamente.

—Escúchame bien, Lara. Eres más que suficiente. Eres todo. Y si algún día llego a hacerte dudar de eso, te doy permiso para darme una hostia.

Me reí, aunque tenía los ojos ligeramente humedecidos.

—Eso no va a pasar. Porque tú me haces sentir lo contrario. Me haces sentir… vista.

—Porque lo estás —dijo, rozándome los dedos con los suyos—. Siempre te he visto. Incluso cuando tú no querías dejarte ver.

No supe qué decir. Así que simplemente me acerqué un poco más a él y apoyé la cabeza en su hombro. Nos quedamos así un momento, mientras los demás seguían charlando y riendo sin darnos demasiada importancia.

Hasta que Julia se levantó de golpe.

—No sé vosotros, pero yo quiero quemar un poco de adrenalina. ¿Quién se apunta a partido de voleibol?

—¿Chicas contra chicos? —preguntó Aiden.

—Obvio, tres contra tres. Y sí, hay puesta…

—Hermanita, no apuestes que igual pierdes —dijo Ethan con una sonrisa.

—Perdona, pero la otra vez ganamos nosotras.

—Erais tres contra dos, yo no estaba.

—¿Y? ¿Qué diferencia puede haber hoy estando tú? —curioseó Lola.

—Que os vamos a ganar, nena —le dijo Aiden con una sonrisa de medio lado.

—Lo dudo mucho, nene. Vamos a ganar y vosotros volveréis a ser unos obedientes y serviciales sirvientes.

—Solo de imaginar lo que me va a pedir en la cama, ya os digo que me dejo ganar —les dijo Aiden a Saúl y a Ethan.

—Este no juega, que ya ha perdido antes de que empecemos —Saúl le señaló y nos echamos a reír.

Nos levantamos uno a uno, recogiendo nuestras cosas. Ethan me pasó un brazo por la cintura y caminamos juntos hacia la salida del bufé. Yo sentía el estómago lleno y el alma ligera.

Pero antes de salir, miré una última vez hacia donde Sabrina se había marchado.

No porque me importara. Sino porque, en el fondo, sabía que no había dicho su última palabra.

Capítulo 38



Lara

Y por fin, un día después del incidente con Sabrina en el desayuno, acabábamos de llegar a Sicilia.

El barco atracó en el puerto y contempló que el sol caía con fuerza sobre el mar, y desde la terraza, la ciudad se extendía ante nosotros como un escenario perfecto: callejuelas empedradas, fachadas color ocre, tejados rojizos y palmeras balanceándose con pereza bajo la brisa mediterránea. Olía a sal, a pan recién hecho, a verano.

Me vestí con un mono blanco ligero que dejaba la espalda al descubierto, unas sandalias cómodas y un sombrero de ala ancha que me había comprado precisamente para ese momento. Al salir del camarote, sentía esa emoción infantil de excursión de fin de curso. Me eché la mochila al hombro y bajé hacia cubierta para encontrarme con los demás.

Ethan fue el primero en verme.

Estaba de espaldas, hablando con Saúl, pero en cuanto me sintió, se giró como si le hubieran tirado de un hilo invisible. Sonrió al instante. Esa sonrisa suya. Tan suya. Tan mía, ya.

—Joder, Lara… —murmuró al llegar a mí, cogiéndome por la cintura y estampándome un beso en los labios, sin importarle que estuviéramos rodeados de gente— Vas a hacer que me pierda por las calles solo por mirarte.

—No necesitas perderte para que te rescate yo —le contesté, divertida—. Aunque aviso: cobro en besos.

—Y yo pago encantado.

Lola, que nos observaba con una expresión de "me estáis dando la vida y asco a partes iguales", chasqueó los dedos para llamarnos la atención.

—¡Parejita! ¿Nos vamos ya, u os dejamos aquí subiéndoos la tensión uno al otro?

—Venga, va —dije riendo—. Hoy toca turismo.

Desembarcamos en grupo, como una pequeña pandilla de adolescentes. Caminamos por las calles de Sicilia, admirando cada rincón como si fuera una postal. Visitamos la *Piazza del Duomo*, donde las columnas del templo antiguo se mezclaban con la arquitectura barroca, y todos nos hicimos fotos delante de la catedral. Ethan me sacó una en la que salía riéndome con la cabeza echada hacia atrás y la luz del sol dándome en el rostro. Cuando me la enseñó, sentí un nudo en la garganta. Hacía mucho que no me veía así de feliz.

Después fuimos al *Mercado de Ortigia*, donde los aromas de especias, queso, aceitunas y pescado fresco se mezclaban en una sinfonía caótica, pero deliciosa. Ethan me robó una aceituna de mi bolsa, y a cambio, le robé un beso junto a un puesto de *cannoli*. Saúl compró un sombrero ridículo con la bandera italiana y no se lo quitó en todo el día. Aiden intentó regatear en un puestecito de imanes y acabó pagando el doble por torpe.

A mediodía nos sentamos a comer en un restaurante con terraza. El lugar tenía vistas al mar y mesas de madera con manteles de cuadros. Pedimos platos típicos: *pasta alla norma, arancini,* ensaladas frescas y un vino blanco frío que entraba como agua. Reímos. Mucho. Demasiado, quizá. Julia brindó "por los reencuentros, las segundas oportunidades y las curvas de Lara". Aquello hizo que casi se me saliera el vino por la nariz. Ethan le dio un golpe en el brazo, pero se rio también.

Después del café, seguimos paseando por las calles empedradas, sin rumbo fijo. Ethan no dejaba de cogerme la mano, de besarme en cualquier esquina, de rozarme la cintura cada vez que pasaba a mi lado. Era como si no pudiera tener suficiente de mí. Y yo, desde luego, no quería que parase.

—¿Sabes qué haría ahora mismo si estuviéramos solos? —me susurró en un rincón, mientras el resto miraba algunos *souvenirs*.

—No, pero tengo una ligera sospecha —le respondí, apoyándome en la pared, dejándome acorralar por su cuerpo.

Me miró con esa expresión que mezclaba deseo y ternura. Luego se acercó y me besó, suave primero, luego con más intensidad, como si el mundo a nuestro alrededor se disolviera en un fondo borroso. Me agarró por la cadera y me pegó a él, y sentí el calor de su cuerpo como una llamarada bajo la ropa.

—Cuando te tengo así —murmuró entre beso y beso—, me cuesta recordar que hay otras personas a nuestro alrededor.

—Lo sé. Yo también estoy intentando no empotrarte contra esta pared de piedra.

—Dios, Lara… —susurró, cerrando los ojos un segundo.

Nos reímos como adolescentes, con las mejillas encendidas. Entonces apareció Aiden con un helado en cada mano.

—¿Estamos interrumpiendo algo? Porque si es una escena de película, quiero *royalties*.

Nos separamos riendo y seguimos caminando entre tiendas, plazas y callejones.

Compramos recuerdos. Una pulsera para Lola, unos pendientes para mí, un colgante para Julia, un imán en forma de Vespa para cada una de nosotras. Saúl encontró una camiseta que decía *"Mamma Mia!"* y la compró sin pensarlo. Ethan me regaló una pequeña cajita de cerámica pintada a mano y dentro.

“Para guardar lo que no quieres olvidar”.

Casi me pongo a llorar ahí mismo.

La tarde fue avanzando. Nos sentamos en las escaleras de una fuente a comer helado de pistacho, y Ethan me pasó el dedo por la comisura de los labios para quitarme una gota. Lo miré. Él me miró. Y sentí que el tiempo se detenía un instante.

—¿Te das cuenta de lo que está pasando? —le pregunté en voz baja.

—Sí —respondió sin dudar—. Estoy enamorándome de ti más rápido de lo que creía posible —contestó, y yo sentí que ya lo estaba. Por completo.

A las seis decidimos regresar al barco. Estábamos agotados, sudados, con los pies doloridos y los móviles llenos de fotos. Pero con el corazón hinchado de momentos bonitos, de risas que dolían en el estómago y besos robados en callejones soleados.

Antes de embarcar, Ethan me cogió de la mano y se detuvo un momento, apartándonos del grupo. El mar brillaba detrás de nosotros.

—Gracias —me dijo—. Por no rendirte. Por darme otra oportunidad.

—Gracias a ti —le respondí—. Por hacerme sentir que sí valgo. Que soy suficiente. Y por besarme como si cada vez fuera la primera.

Me abrazó fuerte y, durante un rato, simplemente nos quedamos ahí, en silencio, sintiendo cómo el viento nos acariciaba la piel y cómo el mundo, por un instante, parecía en paz.

Después de todo el día caminando por las calles de Sicilia, comiendo como si el mundo fuera a acabarse mañana y riendo hasta quedarnos sin aliento, volver al barco fue como volver a casa. Una extraña sensación de familiaridad me invadió nada más subir la pasarela. El olor del mar, el suave traqueteo del crucero, el murmullo de la gente en los pasillos... Todo me resultaba acogedor.

Y también excitante. Porque cada paso que daba era uno más cerca de él. De nosotros.

Al llegar al camarote, Ethan me atrapó por la cintura en el pasillo y me besó en el cuello, justo en ese punto que él ya sabía que me derretía.

—Esta noche no pienso dejar que te me escapes —murmuró, con la voz grave.

—¿Quién ha dicho que quiero escaparme? —le respondí, mordiéndome el labio mientras le mantenía la mirada.

—¿Y si te digo que ya tengo en la cabeza todo lo que quiero hacerte?

—Entonces... no tardes mucho en empezar.

Me dio un azote en el trasero, suave, pero lleno de intención, y se rio al ver mi expresión.

—Te espero en la piscina. Traje de baño, gafas de sol… y esa cara que pones cuando sabes que me vuelves loco.

—Tendrás todo eso. Y más.

Nos separamos para cambiarnos. Yo fui a mi camarote, aun con el recuerdo de sus dedos en mi piel, del beso en aquella callejuela, de la mirada que me había dedicado justo antes de embarcar. Me metí en la ducha, dejé que el agua caliente me relajara los músculos y me tomé mi tiempo en prepararme.

Me puse un bikini negro de dos piezas, de esos que realzaban las curvas sin esconderlas. Por encima, un kimono transparente y largo que dejaba entrever más de lo que tapaba. Me miré al espejo y sonreí. No por vanidad, sino por seguridad. Porque, por primera vez en mucho tiempo, me gustaba lo que veía.

Y porque sabía que él también lo haría.

Al llegar a la piscina, ya estaban todos allí. Julia y Lola en las tumbonas, con cócteles en la mano. Saúl y Aiden jugando a lanzarse una pelota como críos. Y Ethan, en el agua, con el torso desnudo, apoyado contra el borde, con los brazos extendidos y la mirada fija en mí.

Se me secó la boca.

Se acercó nadando despacio, como un tiburón que había visto a su presa. Salió del agua, y cuando estuvo frente a mí, me sujetó por las caderas y me besó, húmedo, intenso, con una promesa silenciosa detrás de cada roce de su lengua.

—Si supieras las ganas que tengo de arrancarte eso que llevas puesto…

—Hazlo —le susurré—, pero más tarde.

—¿Más tarde?

—En mi camarote. O en el tuyo. Pero a puerta cerrada.

Se relamió los labios y asintió, mordiéndose el labio después.

El resto de la tarde fue una mezcla de sol, risas, cócteles de colores y miradas que decían todo sin necesidad de palabras. Cada vez que Ethan me rozaba el muslo bajo el agua, me derretía. Cada vez que me acariciaba la espalda mientras me ponía crema, tenía que controlarme para no arrastrarlo dentro del camarote en ese mismo momento.

Cuando empezó a caer la tarde, decidimos irnos a cambiar para la cena. Ethan se ofreció a acompañarme, y aunque los demás ya estaban acostumbrados a nuestra complicidad descarada, no pude evitar sonrojarme un poco al ver las miradas cómplices que nos lanzaron.

Caminamos por los pasillos del barco en silencio, esa clase de silencio que lo decía todo. Ese que pesaba, que ardía, que anticipaba lo que iba a ocurrir.

Al llegar a la puerta de mi camarote, me giré y le dediqué una sonrisa juguetona mientras me mordía el labio.

—Gracias por acompañarme, caballero.

—No hay de qué —respondió, con esa voz baja y grave que se me metía entre las piernas—. Pero si sigues mordiéndote el labio así...

—¿Qué?

—Voy a hacer que lleguemos tarde a la cena.

—Pues hazlo.

Me di la vuelta, abrí la puerta y, sin mirarlo, empecé a quitarme el kimono mientras entraba. Lo dejé caer al suelo, quedándome solo con el bikini. Noté cómo se detenía detrás de mí. Luego, el sonido de la puerta cerrándose de una patada.

Y entonces me atrapó.

Sus manos recorrieron mi espalda con urgencia, me giró hacia él y me besó como si llevara días sin hacerlo. Me apretó contra su pecho, su piel aún cálida por el sol, su aliento mezclado con deseo y vino blanco. Sus dedos bajaron por mi cintura, se detuvieron en mis nalgas, las apretaron con fuerza y me levantó ligeramente para pegarme más a él.

—Estás increíble —susurró, mordiendo mi labio inferior—. Quiero saborearte. Toda.

No contesté, no hacía falta. Lo besé como si necesitara su boca para respirar. Mis manos buscaron el nudo de su bañador, lo deshice con rapidez y sentí su erección dura contra mi vientre. Jadeó al sentir mi mano bajando entre nosotros, acariciándole con intención.

—Lara…

—Shhh… —le dije, mirándolo a los ojos— Quiero que me hagas el amor como esta mañana. Como anoche. Como si fueras a romperme en mil pedazos.

Me cogió en brazos sin dejar de besarme y me llevó a la cama. Me tumbó con cuidado, pero sus manos eran pura hambre. Me quitó el bikini despacio, con los ojos clavados en cada centímetro de piel que dejaba al descubierto. Me desnudó como si estuviera desenvolviendo un regalo muy esperado. Me recorrió con los labios, desde el cuello hasta los pechos, lamiendo, mordiendo, saboreando. Yo gemía bajito, arqueándome hacia él, pidiéndole más.

Sus dedos me exploraron con maestría, tocándome donde sabía que me perdía, y cuando metió dos dentro de mí, sentí que el mundo desaparecía. Me susurraba cosas al oído mientras me provocaba: lo mucho que me deseaba, lo bien que sabía, lo preciosa que estaba así, desnuda y abierta para él.

Y cuando por fin me penetró, lo hizo despacio, con un gemido gutural que me erizó la piel.

—Joder, Lara… —dijo, con la frente apoyada en la mía— Nunca me canso de esto. De ti.

Nos movimos juntos como si fuéramos uno. Lento al principio, con miradas intensas, susurros, caricias. Luego más rápido, más profundo, con jadeos, uñas en la espalda, gritos ahogados. Me hizo llegar al clímax con su nombre en mis labios, mientras temblaba bajo su cuerpo. Y entonces se dejó ir conmigo, apretándome con fuerza, como si el mundo fuera a romperse bajo nosotros.

Cuando todo terminó, me abrazó fuerte, con su respiración aún agitada, su piel pegada a la mía y el corazón desbocado.

—Si esto no es amor… —murmuró contra mi cuello— No sé qué lo es.

—Lo es —respondí—. Lo siento en cada maldito rincón de mi cuerpo.

Estuvimos un rato en silencio, acariciándonos. Luego, me levanté para buscar ropa y empecé a vestirme lentamente.

—O te das prisa, o llegamos tarde a la cena —le dije con una sonrisa.

Él, aún tumbado, con el cuerpo estirado y el pelo alborotado, me miró con esa expresión de peligro.

—Prefiero seguir saboreándote.

—Ethan…

Se levantó de un salto, me atrapó por la cintura, me besó otra vez y empezó a quitarme la bata que acababa de ponerme.

—No me provoques, Lara. Porque no tengo autocontrol contigo.

—Lo sé —contesté con una sonrisa, y me rendí. Otra vez.

Capítulo 39

Ethan

El agua caliente resbalaba por mi espalda mientras me quedaba allí, inmóvil, con la frente apoyada contra los azulejos del camarote. Sentía el latido tranquilo del barco bajo mis pies, ese vaivén suave que parecía mecer mis pensamientos y arrastrarlos una y otra vez hacia el mismo lugar: Lara.

Nunca antes me había enamorado. Había tenido relaciones, claro, algunas más intensas que otras, pero nada que se pareciera a esto. Esto era distinto. Ella era distinta. Y ahora entendía lo que mi madre me había dicho una vez, cuando era apenas un adolescente confuso y un poco escéptico…

—A veces, hijo, el amor no llega pronto, ni llega con ruido. A veces tarda porque las almas están esperándose, para volver a encontrarse.

Y yo había sonreído entonces, pensando que eran cosas de madre. Pero ahora… ahora lo entendía. Quizá mi alma llevaba toda la vida esperando a la suya, sin saberlo. Y cuando apareció Lara, todo encajó. Cada gesto, cada silencio, cada mirada suya tenía sentido para mí. Y esa certeza me golpeaba en los momentos más simples, como aquel, bajo el agua, mientras el vapor empañaba el espejo del baño.

Sonreí sin darme cuenta. Me habría gustado que mi madre la conociera. Estaba seguro de que le habría gustado. Lara tenía esa mezcla de dulzura y firmeza que mi madre siempre admiraba en las mujeres. Ella, tan directa como era, seguramente le habría dicho a Lara que no me dejara escapar.

Salí de la ducha envuelto en vapor, frotándome el pelo con la toalla, aun con esa sonrisa tonta en los labios. Caminé descalzo hasta la cama para vestirme, pero entonces sonó mi móvil. Lo cogí al segundo tono, viendo el nombre de mi padre en la pantalla.

—¿Papá? —respondí, sentándome al borde de la cama con el teléfono en la mano.

—Hola, hijo. —su voz sonaba relajada, pero había algo en su tono que me hizo enderezarme un poco—. ¿Tienes un minuto?

—Claro. ¿Todo bien?

—Sí, sí. Solo quería hablar contigo sobre… Sabrina.

El nombre me cayó como un vaso de agua fría en pleno pecho. Me pasé una mano por la cara, dejando escapar un suspiro.

—Adelante —le dije, sabiendo que tarde o temprano teníamos que hablar de ella.

—He estado haciendo algunas averiguaciones. Unos antiguos contactos me debían favores, y resulta que la señora en cuestión… no solo estaba contigo.

—¿Qué quieres decir?

—Que tenía un par de amantes más —respondió sin titubeos—. Todos hombres de negocios. Todos con algo que ella quería conseguir. Los tanteaba, les hacía creer que eran especiales y luego buscaba que se comprometieran con ella. No es solo contigo, Ethan. Era parte de su estrategia.

—¿Cómo… cómo lo has descubierto? —pregunté, con el corazón golpeándome el pecho.

—Como te digo, aún me quedan algunos amigos en ciertas esferas. Gente que no olvida los favores. Y, además, he hablado directamente con su marido.

Eso me dejó helado.

—¿Con su marido?

—Sí. No quiere recuperar el dinero que invirtió en tu empresa. Dice que los beneficios que le da son estupendos y que sabía cómo era su mujer. No le sorprendió nada de lo que le conté.

Me quedé en silencio tragando saliva. Era todo tan retorcido y tan absurdo a la vez… Parte de mí se sentía aliviada, otra parte terriblemente estúpida.

—Gracias por hacer todo eso, papá —dije al fin—. Y… lo siento. Siento no habértelo contado antes.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Porque no quería que me vieras débil. La empresa estaba tambaleándose y yo… me sentía un fracaso. No quería que pensaras que no podía con ello.

—Ethan —su voz fue firme, pero no dura—. Para eso estamos los padres. Para ayudar a nuestros hijos. Si me lo hubieras dicho, yo mismo habría puesto el dinero sin pensarlo.

—Eso era precisamente lo que no quería —admití, mirando el suelo—. Que tuvieras que ayudarme. Quería salir adelante por mis propios medios.

—Y lo has hecho, pero recuerda que pedir ayuda no es rendirse. Es ser valiente.

Asentí, aunque él no pudiera verme. Me dolían un poco sus palabras, porque tenía razón. A veces, yo mismo me ponía trabas por orgullo.

—¿Y cómo está Julia? —preguntó, cambiando el tema con suavidad.

—No te preocupes por tu hija pequeña —dije con una sonrisa—. Está perfectamente. Disfrutando del crucero, soltando todo lo que llevaba dentro y… olvidándose de Alessandro.

—Me alegra saber que estás ahí con ella —dijo, con ese tono que usaba cuando quería decir mucho sin decir demasiado.

—Me alegra estarlo —respondí con sinceridad.

Nos despedimos con palabras cálidas y un "cuídate mucho" de los que dejaban huella. Cuando colgué, me quedé un rato con el móvil en la mano, mirando a la nada.

Mi padre tenía razón.

Me vestí con movimientos lentos, aun digiriendo esa conversación, sintiendo que me había quitado un peso de encima. Aquello que me había dicho… que los padres estaban para ayudar a sus hijos, me resonaba por dentro. Había cosas que uno no podía ni debía cargar solo.

Y por primera vez en mucho tiempo, sentí que todo empezaba a encajar.

El sol ya brillaba con fuerza cuando llegué al bufé del barco. Me puse las gafas de sol al cruzar la terraza exterior, aunque el resplandor no me molestaba tanto como la sonrisa tonta que se me dibujó en la cara al verla.

Lara ya estaba allí. Sentada junto a Lola, con el pelo suelto cayéndole sobre los hombros, vestida con un vestido corto y claro que dejaba ver parte del bikini debajo. Tenía esa expresión medio divertida y medio distraída que me encantaba, como si el mundo no fuera con ella hasta que se cruzaba conmigo. Y cuando me vio, sonrió como siempre.

Me acerqué a la mesa donde ya estaban todos: Julia, mi hermana, sentada frente a Saúl, y a su lado Aiden, que bromeaba con Lola sobre algo que seguramente rozaba el límite de lo políticamente correcto. Al llegar, me incliné hacia Lara y le di un beso en los labios. Corto, suave, pero lleno de intención.

Ella se sonrojó, y en ese momento pensé que no había visto en mi vida a una mujer más hermosa. Ese rubor leve, esa sonrisa tímida y ese brillo en los ojos. No hacía falta nada más. Ni luces, ni maquillaje, ni artificios. Lara era belleza en estado puro.

—Buenos días, tortolito —dijo Lola, sin perder la oportunidad.

—Buenos días, equipo —respondí, sentándome entre Aiden y Lara.

Y como siempre, la mesa ya estaba llena de comida lista para que la disfrutáramos. Zumos, café, tostadas con aguacate, huevos revueltos, fruta fresca, bollería, incluso un poco de jamón ibérico. Había de todo y para todos los gustos.

La conversación en la mesa era un vaivén constante de bromas, anécdotas y pequeñas confidencias.

Lola y Aiden se lanzaban pullas como dos adolescentes, aunque había una complicidad clara entre ellos que iba más allá de las palabras. Julia no paraba de sonreír. Su risa sonaba ligera, como si se hubiera quitado una mochila entera de encima. Saúl la miraba como si no existiera nada más en el mundo y de vez en cuando, le cogía la mano. Ella no la soltaba. Ni una sola vez.

Me alegraba por ella. De verdad. Después de Alessandro, pensé que le costaría tiempo volver a confiar en alguien. Pero ahí estaba, sentada en un barco en medio del Mediterráneo, con la mirada luminosa y el corazón latiéndole a ritmo de mar.

—¿Tenéis planes para hoy? —preguntó Aiden, mientras se metía un trozo de piña en la boca.

—Piscina, sol y cócteles —respondió Lola como si fuera una orden médica.

—Y hablar de lo que haremos en Ibiza —añadió Julia—. Solo nos quedan unos días de crucero y después... ¡Playa y discotecas!

—Y alguna excursión, ¿no? —dijo Lara, mirándome— Habías dicho algo sobre una cala secreta.

—Exacto —asentí—. Tengo un par de lugares apuntados. Rutas que no salen en los mapas turísticos. Vamos a ver lo mejor de la isla, os lo prometo.

—¿También secretos románticos? —dijo Saúl, guiñándome un ojo.

—Quién sabe —respondí con media sonrisa, mientras Lara bajaba la mirada, sonriente.

Después del desayuno nos fuimos todos a la piscina del barco. Las hamacas estaban ya bastante ocupadas, pero encontramos un espacio en la parte de popa, con vistas al mar abierto. Aiden y Saúl fueron por bebidas, y cuando volvieron, teníamos una bandeja de cócteles de frutas, zumos tropicales y algo con menta que sabía a verano.

Nos tumbamos al sol. Julia se puso crema mientras Saúl le hacía un moño improvisado. Lara se sentó a mi lado, con las piernas cruzadas y un sombrero que le quedaba espectacular. Yo me recosté en la tumbona, entrecerrando los ojos, escuchando las risas que me rodeaban y sintiéndome, por primera vez en mucho tiempo, en paz.

—¿Tú también eres de los que se tuestan al sol hasta quedar como un camarón? —me preguntó Lara en voz baja, girándose hacia mí.

—Yo soy más de sombra con bebida en la mano —le respondí, haciendo un gesto hacia el vaso.

—Entonces estás aprendiendo —susurró, y su voz me rozó como una caricia.

A nuestro alrededor, todo era tranquilidad. El sonido del agua, las conversaciones lejanas, el suave balanceo del barco. En algún momento, Lola propuso una ronda de juegos de palabras, y acabamos riendo tanto que varias personas de hamacas cercanas se giraron para mirarnos. Aiden imitó a un camarero italiano, Julia lloraba de la risa, y yo no podía apartar la mirada de Lara, que se reía con las mejillas encendidas y los ojos brillantes.

Aquellos momentos no tenían precio.

Pasamos toda la mañana allí, y no se trataba de hacer nada extraordinario. Solo estar juntos, sentirnos cómodos, vernos reflejados los unos en los otros y saber que habíamos encontrado algo especial. Algo que iba más allá del crucero, del mar, del sol. Un vínculo que se había creado sin planearlo.

Pensé entonces que esos cuatro, Julia y Saúl, Aiden y Lola, tenían un futuro prometedor por delante. Se notaba. En los gestos, en la forma de mirarse, en cómo se tocaban sin pensar. No era solo atracción o diversión, había ternura.

Y nosotros, Lara y yo, éramos otra historia. Algo diferente. Más silencioso, quizá. Más íntimo. Pero también más profundo.

Porque cuando la miraba, no veía solo lo que tenía delante. Veía lo que podía ser.

Capítulo 40



Ethan

La noche cayó sobre el mar como un suspiro cálido, y con ella llegó el momento de arreglarnos para la cena. Me puse una camisa azul marino que a Lara le encantaba; me lo había dicho un par de noches atrás, con ese tono que usaba cuando no quería que sonara importante, aunque lo era, y unos pantalones beige. Me miré al espejo un momento antes de salir del camarote. Tenía esa expresión tranquila que últimamente me acompañaba cada vez que estaba con ellos o, mejor dicho, con ella.

El restaurante del barco, decorado con luces cálidas y detalles dorados, tenía un ambiente relajado y elegante a la vez. Ya estaban todos allí cuando llegué. Julia con un vestido rojo que le quedaba increíble, Lola de negro con unos pendientes enormes, Aiden en su clásico estilo de tipo despreocupado, pero siempre impecable, y Saúl, que parecía no poder apartar la vista de mi hermana. Y Lara…

Lara llevaba un vestido blanco corto, sencillo, con los hombros al aire. Tenía el pelo suelto, ligeramente ondulado, y un brillo en la piel que no tenía nada que ver con el maquillaje. Me miró y sonrió. Me acerqué a ella, le di un beso en la mejilla, uno de esos lentos que terminaban muy cerca de la comisura de los labios, y le susurré:

—Estás preciosa.

—Tú también —me respondió bajito, como si le diera algo de vergüenza decirlo delante de los demás.

Nos sentamos y el ambiente en la mesa era alegre y animado. Pedimos varios platos para compartir, como siempre hacíamos. Esa noche fue especial, lo noté desde el primer bocado. El menú era una maravilla.

Comenzamos con un carpaccio de ternera con lascas de parmesano y aceite de trufa, seguido por tartar de salmón con aguacate y mango, y luego un par de platos principales que nos dejaron sin palabras: solomillo con salsa de Pedro Ximénez y risotto de setas con queso de cabra. De postre, un coulant de chocolate con helado de vainilla que nos hizo pelear con las cucharas por el último bocado.

—Estoy empezando a pensar que voy a tener que comprarme ropa nueva cuando termine el crucero —bromeó Aiden, mientras se recostaba en su silla.

—Lo dices como si te importara no caber en tus camisas —dijo Lola, arqueando una ceja.

—Mientras tú me las quites, me da igual que me aprieten —respondió él, provocando risas por toda la mesa.

Fue entonces cuando Julia y Lola lanzaron su bomba.

—Nos vamos a apuntar al karaoke de esta noche —anunció Julia con una sonrisa traviesa.

—¿En serio? —pregunté, sorprendido.

—Totalmente —respondió Lola—. Y no vamos solas.

—¿A qué te refieres? —dijo Lara, mirándolas con cierta sospecha.

—A que tú también te apuntas —dijo Julia—. Vamos, no puedes decir que no. Según me ha dicho Lola, cantas de maravilla y lo sabes.

—Ni loca —dijo Lara, riéndose—. No he cantado en público desde el colegio.

—Pues esta noche toca —dijo Lola, dándole una palmadita en la pierna—. Entre las tres podemos arrasar.

Y tras unos minutos de insistencia, de bromas, de apuestas y promesas, Lara aceptó a regañadientes, pero con una sonrisa que la delataba. No podía resistirse cuando estábamos todos juntos.

Terminamos la cena entre brindis y carcajadas. Aiden pidió una copa de vino dulce para cerrar la velada, y cuando por fin nos levantamos de la mesa, todos íbamos con ese ánimo ligero que solo daba una combinación de buena comida, buena compañía y expectativas divertidas.

La discoteca del crucero estaba en la cubierta superior. Un lugar amplio, con luces de neón, pista de baile y un pequeño escenario con un micrófono en el centro. El concurso de karaoke ya estaba en marcha cuando llegamos, y algunos pasajeros se animaban con canciones conocidas mientras el público aplaudía, más por simpatía que por talento.

Nos sentamos cerca del escenario, con copas en la mano. La música sonaba fuerte, pero no tanto como para no poder hablar. Pedimos mojitos, gin tonics y alguna copa sin alcohol para quien no quería pasarse.

Y entonces comenzó la primera ronda del trío estelar: Julia, Lola y Lara.

Subieron al escenario con actitud desenfadada. La primera canción fue *"Wannabe"* de Spice Girls, y la rompieron. Julia llevaba el ritmo como si lo tuviera en la sangre, Lola lo daba todo con las expresiones, y Lara… Lara cantaba con una voz dulce, afinada, preciosa. La gente aplaudió y silbó al terminar. El animador del karaoke las presentó como "las chicas del Mediterráneo", y el apodo se quedó con ellas toda la noche.

—¿Seguro que no quieren subir ustedes también? —nos preguntó una camarera, mirando a Saúl, Aiden y a mí.

—Prefiero mantener mi dignidad intacta —dijo Aiden, levantando la copa.

—Y yo prefiero no espantar a los delfines —añadió Saúl, riéndose.

—Yo estoy bien aquí… —dije, observando a Lara— Viéndolas brillar.

La segunda ronda fue aún mejor. Cantaron *"Valerie"* de Amy Winehouse y consiguieron que casi toda la discoteca se levantara a bailar. Había algo en su energía que era contagioso. Incluso los pasajeros más tímidos se acercaban para moverse un poco.

Entre canción y canción, volvían a la mesa a beber un sorbo y a comentar cosas rápidas. Lara se sentó un par de veces a mi lado, y yo no podía evitar rodearle la cintura con el brazo. Su piel estaba cálida por el baile, y su sonrisa brillaba aún más que las luces del techo.

En la última ronda, eligieron una balada. *"Someone Like You"* de Adele, y ahí ya no hubo duda: ganaron. La interpretación fue impecable, especialmente la parte que cantó Lara en solitario. Su voz tembló por la emoción, pero no falló ni una nota.

Cuando terminó la canción, se escuchó un aplauso cerrado, incluso de algunos miembros de la tripulación. El animador les entregó un trofeo dorado en forma de micrófono, que Lola levantó como si fuera un premio Grammy.

Lara regresó a la mesa, aún sin creerse lo que acababa de pasar. Yo me levanté, la cogí por la cintura y la senté suavemente en mi regazo. Tenía las mejillas encendidas y los ojos brillantes.

—Has estado… perfecta —le susurré al oído—. En todos los sentidos.

Me miró, y por un segundo, no existió nada más. Ni música, ni risas, ni copas. Solo ella y yo.

Nos besamos. Un beso largo, profundo, lleno de esa conexión que solo se daba cuando dos personas ya no se buscaban, porque se habían encontrado.

—¡Eh, eh, por favor, que esto es una discoteca, no un hotel! —bromeó Julia.

—¡Algunos queremos dormir tranquilos esta noche! —añadió Aiden.

—O no dormir, pero no por eso —dijo Lola, riendo mientras alzaba su trofeo.

Acabamos todos riéndonos a carcajadas. Aiden propuso un brindis improvisado, y chocamos los vasos entre gritos y risas.

Yo no podía dejar de pensar que ese viaje había sido una especie de milagro. Que, si no hubiera subido a ese barco, si no me hubiese atrevido a salir de mi rutina, nunca habría encontrado a Lara. Ni habría visto a Julia tan feliz. Ni habría conocido esa versión de Aiden que solo aparecía cuando estaba enamorado de verdad.

Lo mejor que nos pudo pasar a los tres fue hacer ese crucero. Sin ninguna duda.

Después de tanta risa, baile y canciones, la discoteca empezó a vaciarse poco a poco. Algunos pasajeros se marchaban a sus camarotes; otros seguían en la pista, algo más tranquilos. Mis amigos decidieron quedarse un rato más, pero yo tenía otros planes.

Me giré hacia Lara y le susurré al oído, bajito, como si compartiera un secreto:

—¿Te apetece dar un paseo?

Ella me miró, con esa mezcla de ternura y curiosidad que me desarmaba cada vez.

—¿Ahora?

—Ahora mismo. Solo tú y yo. El mar, la brisa... y ninguna canción de las Spice Girls de fondo.

Se rio y asintió con un gesto que me encantaba. Nos despedimos del grupo, entre bromas y gestos cómplices, y salimos de la discoteca. En el pasillo, Lara se quitó los tacones y caminó descalza a mi lado. Yo la miré de reojo, sintiendo que la noche se volvía más bonita solo por tenerla cerca.

La cubierta del barco estaba tranquila. Un par de parejas paseaban en silencio, abrazadas, y algún que otro marinero cruzaba con paso rápido. El cielo estaba completamente despejado, salpicado de estrellas que brillaban como si hubieran decidido salir solo para nosotros.

Nos acercamos a la barandilla, donde el viento era más fresco, y Lara apoyó los codos en el metal, mirando hacia el horizonte. El mar era una inmensidad negra y brillante, y las luces del barco se reflejaban en el agua como un rastro de magia.

Yo me acerqué por detrás, rozando su brazo con el mío, y susurré:

—¿Sabes lo que dicen de las noches así, en alta mar?

—¿El qué? —preguntó, girando apenas la cabeza, con una sonrisa.

—Dicen que, si miras fijamente al cielo durante cinco minutos sin parpadear, puedes ver el reflejo de tu alma flotando entre las estrellas.

Lara se echó a reír.

—¡Eso no puede ser verdad!

—Te lo juro —insistí, poniéndome muy serio—. Y, además, si en ese momento hay una persona especial a tu lado… entonces esa alma que ves reflejada ya no es solo la tuya, sino la vuestra junta.

—Eso suena precioso… —murmuró.

—Lo es. Claro que me lo acabo de inventar ahora mismo —dije, y no pude aguantar la risa.

Ella se giró hacia mí, fingiendo una expresión indignada, y luego me dio un leve golpe en el hombro.

—¡Eres un idiota! —dijo entre risas.

—Lo sé —asentí, mirándola divertido—. Pero soy un idiota con buena imaginación.

Nos reímos juntos. Ese tipo de risa que te sacudía desde dentro, que no se forzaba, que simplemente brotaba. Y después, cuando las carcajadas se calmaron, nos miramos.

En silencio y muy cerca.

Las luces tenues de la cubierta iluminaban su rostro de una forma suave, casi etérea. El pelo le bailaba un poco por el viento, y sus ojos… sus ojos eran una promesa que aún no se había dicho en voz alta.

Le acaricié la mejilla con la yema de los dedos. Lo hice despacio, como si temiera que el momento se rompiera al más mínimo movimiento brusco. Lara cerró los ojos durante un segundo, como si ese gesto la hubiera tocado por dentro. Después los abrió, y me miró directamente.

Entonces la rodeé por la cintura. Sentí cómo su cuerpo encajaba con el mío, como si lleváramos toda la vida encontrándonos en otras formas, en otros tiempos, hasta llegar a este instante.

—Lo que sí es verdad… —le dije en voz baja— Es que siento algo muy fuerte por ti, Lara.

Ella no dijo nada. Solo me escuchaba.

—Y no quiero que esto acabe cuando lleguemos a Ibiza. No quiero que se quede en este barco, ni en este viaje. Quiero que sigamos, tú y yo. En tierra firme. En Sevilla. Donde sea, pero juntos.

Ella respiró hondo, y en sus ojos vi un brillo distinto. No era sorpresa, era reconocimiento. Como si lo que yo acababa de decir fuese algo que ella también había pensado, pero no se había atrevido a decir aún.

Entonces me incliné hacia ella, muy despacio, dejando que el momento hablara por mí. Y la besé.

Un beso profundo, intenso, sin reservas. Un beso que no buscaba respuesta, porque la respuesta ya estaba en sus labios, en la forma en que sus manos se aferraban a mí por la espalda, en cómo su cuerpo se curvaba hacia el mío sin miedo, sin dudas.

Fue uno de esos besos que hacían que el mundo se detuviera. Que no necesitaban música ni palabras ni testigos. Solo dos personas y un universo que, por fin, se alineaba.

Cuando nos separamos, sus ojos seguían cerrados. Y cuando los abrió, me miró como si ya supiera todo lo que venía después.

—Tú tampoco vas a librarte de mí, Ethan —murmuró.

Sonreí, y en ese momento, supe que no necesitábamos más promesas. Solo seguir caminando juntos.

Capítulo 41



Lara

Desperté lentamente, envuelta en el calor suave de las sábanas y con esa sensación placentera de no tener prisa por salir de la cama. El camarote estaba en silencio, con la tenue luz del amanecer colándose por la rendija de la cortina. Olía a café suave, a champú y a él. A Ethan.

Me giré, aún medio dormida, estirando el brazo hacia el otro lado de la cama. Vacío.

Fruncí el ceño con una ligera sonrisa y me incorporé, arrastrando la sábana conmigo. Estaba desnuda, mi cuerpo aún sensible, con el eco del deseo de la noche anterior recorriéndome la piel. Las sábanas aún conservaban su calor.

Fue entonces cuando se abrió la puerta del baño y apareció Ethan.

Tenía el pelo mojado, algunas gotas de agua resbalándole por el pecho. Iba descalzo, con una toalla blanca ceñida a las caderas. Se frotaba el pelo con otra, distraído. Pero al levantar la vista y verme allí sentada, desnuda, con la sábana apenas cubriéndome, se quedó quieto. Sonreí al ver cómo su mirada se oscurecía, como si le costase respirar un segundo.

Y yo… me mordí el labio.

—No hagas eso —dijo con voz grave, y la mirada fija en mi boca—. O llegaremos tarde a cubierta.

—¿Tarde? —pregunté con inocencia, dejando caer la sábana poco a poco hasta dejar mi sexo al descubierto— Vaya… qué lástima.

Ethan soltó una risa seca y baja, pero no se movió al principio. Se limitó a mirarme, como si no supiera si lanzarse sobre mí o huir para no sucumbir. Sus ojos recorrieron mi cuerpo con deseo, sin disimulo, sin filtros.

—¿Seguro que quieres irte ya? —susurré.

No dijo nada, simplemente dejó caer la toalla al suelo y entonces me besó.

Fue un beso distinto. Urgente, cargado de necesidad. Se recostó sobre mí, su cuerpo caliente cubriendo el mío, piel contra piel. Nos abrazamos con las manos, con las piernas, con todo lo que teníamos. Lo atraje hacia mí como si lo necesitara para respirar. Él me levantó las caderas, me acarició como si me conociera desde siempre y, con un solo movimiento, me hizo suya de nuevo.

Gemí contra su boca cuando entró en mí, lento, pero decidido. Sus caderas comenzaron a moverse, y el mundo dejó de girar. No había tiempo, ni cubierta, ni Malta. Solo nosotros dos.

Nuestros cuerpos se conocían cada vez mejor. Cada movimiento, cada caricia, cada respiración al borde del clímax. Ethan susurró mi nombre mientras aceleraba, con una de sus manos sujetando mi cintura y la otra acariciándome el rostro con una ternura salvaje.

—No sabes lo que me haces, Lara… —murmuró con voz ronca, justo antes de perder el control.

Nos entregamos al placer sin restricciones, sin miedo. Arqueé la espalda, temblando, dejándome llevar por las sensaciones que me atravesaban como oleadas de fuego. Y cuando exploté, cuando el orgasmo me sacudió por dentro con fuerza, Ethan me siguió segundos después, con un gruñido ahogado y la cabeza apoyada en mi cuello.

Permanecimos así un rato. Fundidos. Sudorosos. Respirando a la vez. Él fue el primero en moverse, besándome la frente, luego los labios, y finalmente separándose con esa sonrisa pícara que ya me sabía de memoria.

—Ahora sí que vamos tarde —dijo.

—La culpa es tuya —murmuré, aún sin fuerzas para moverme.

—¿Mía? Tú te has mordido el labio.

Me reí mientras me giraba hacia el borde de la cama. Me dolían las piernas, pero era un dolor dulce, de los que valían la pena. Me metí en la ducha mientras él se vestía, escuchando su voz canturrear algo desde el vestidor. El agua caliente me ayudó a espabilarme del todo, aunque seguía teniendo la sonrisa idiota de quien acababa de vivir algo demasiado bueno como para olvidarlo.

Salí envuelta en una toalla y me puse ropa cómoda: unos shorts vaqueros, una camiseta blanca ancha, gafas de sol y zapatillas. Ethan ya estaba listo, con su mochila al hombro y su eterno estilo de "turista guapo sin esfuerzo".

—¿Lista para descubrir Malta? —me preguntó al ofrecerme la mano.

La cogí. Claro que lo estaba.

Salimos del camarote y fuimos directos a cubierta. Nada más vernos, Lola y Julia gritaron desde la barandilla, con tono de burla.

—¡Ya pensábamos que nos íbamos sin vosotros! —dijo Julia, cruzándose de brazos.

—O que os habíais caído por la borda… desnudos —añadió Lola, guiñándonos un ojo.

—Estábamos… repasando el itinerario —dijo Ethan con total descaro.

—Sí, claro. Itinerario horizontal —murmuró Aiden, haciendo que todos rieran.

Yo me limité a sonreír, fingiendo inocencia. Pero la forma en que Ethan me cogió de la cintura y me dio un beso en la mejilla no dejó mucho a la imaginación.

Desembarcamos poco después. La mañana en Malta era cálida, el cielo despejado y las calles repletas de vida. Fuimos primero a una cafetería pequeña y luminosa, en una de las calles empedradas del centro de *La Valeta*. Pedimos café con leche, zumos naturales, croissants, tostadas y algo que parecía una mezcla entre empanada y pastelito relleno de queso. Estaba delicioso.

Después comenzamos a recorrer la ciudad.

Las fachadas doradas brillaban al sol. Calles estrechas, balcones de colores, tiendas artesanales. Cada rincón parecía sacado de una postal. Ethan no soltó su móvil ni un momento. Nos hizo fotos a todos, por separado, en grupo, en pareja. Yo le hice fotos a él también, aunque prefería guardarme las mejores para mi memoria.

Subimos a los jardines de *Upper Barrakka*, desde donde se veía el puerto y los tejados de toda la ciudad. El aire olía a mar, a piedra caliente y a flores. Nos sentamos un rato en un banco, y Ethan me cogió la mano. Luego me besó los dedos, con ese gesto suave que siempre me dejaba sin palabras.

Seguimos caminando. Visitamos la catedral de San Juan, entramos en varias tiendas de recuerdos y artesanía, e incluso probamos dulces típicos en un puesto callejero. En todo momento, Ethan se mantuvo cerca de mí. Me pasaba el brazo por los hombros, me acariciaba la espalda con los dedos, me besaba la sien o me susurraba alguna tontería al oído que me hacía reír.

—¿Estás bien? —me preguntó en un momento, mientras bajábamos una cuesta empinada de piedra.

—Estoy… feliz —respondí con total sinceridad.

Y lo estaba. No solo por el viaje, o por el lugar, o por las fotos. Sino por él. Por nosotros.

A mitad de la mañana, nos detuvimos en una plaza encantadora para hacernos más fotos. Julia y Saúl no paraban de reír, posando como modelos de anuncio. Aiden y Lola se hacían los intensos, abrazados como si

protagonizaran una telenovela. Ethan me atrajo hacia él de improviso, me dio un beso en los labios y disparó un selfi con su móvil.

—La mejor del día —dijo al revisarla.

Yo le sonreí, y supe que lo decía en serio.

Tras horas caminando, riendo, haciéndonos fotos y disfrutando del sol, empezábamos a tener hambre de verdad. Julia, en voz alta, ya iba eligiendo qué pediría sin saber todavía a qué restaurante iríamos.

—Necesito algo que tenga queso, pan caliente y una copa de vino blanco —dijo como quien lanzaba una oración al cielo.

—Y si puede ser con vistas al mar… —añadió Lola, abanicándose con la mano mientras caminábamos por una de las calles más bonitas que habíamos visto hasta ahora, llena de balcones de colores y plantas trepando por las paredes.

Ethan sacó el móvil y buscó recomendaciones. A los pocos minutos, encontró un pequeño restaurante tradicional maltés en una calle menos transitada, con una terraza bajo un enorme toldo de tela blanca que dejaba pasar la brisa marina sin que molestara el sol.

Nos sentamos en una mesa larga, todos juntos, y el camarero, un hombre mayor de sonrisa amable, nos explicó algunos platos típicos. Con acento encantador, nos recomendó probar la *fenek*, que era conejo estofado; la *pastizzi*, una masa rellena de queso o guisantes; el *stuffat tal-qarnit*, un guiso de pulpo; y un plato de *bragioli*, que era carne rellena con salsa de vino.

Pedimos de todo, como si fuésemos una familia numerosa sin límites. También una botella de vino blanco bien frío y otra de agua. Las risas no tardaron en llenar la mesa.

—Estoy empezando a pensar que este viaje va a terminar con todos nosotros rodando en lugar de caminando —dijo Aiden, señalando su plato lleno.

—Yo, encantada —respondió Lola, llevándose a la boca un bocado de conejo—. Si me dan de comer así cada día, que me lleven rodando hasta Sevilla.

—Os imagináis quedarnos aquí a vivir todos juntos —dijo Julia, con una sonrisa soñadora—. Alquilar una casa cerca del mar, abrir un pequeño bar de tapas, música española y vino cada noche.

—Tú y tus películas —murmuró Saúl, aunque la miraba como si en el fondo le gustara la idea.

Yo miré a Ethan, que estaba concentrado cortando su carne, y sentí esa familiar calidez en el pecho. Lo conocía desde hacía tan poco y, sin embargo, todo con él me parecía fácil. Natural. Como si ya supiera cómo sería vivir juntos, reír juntos, compartir la rutina sin que perdiera la magia.

—¿Qué pasa? —preguntó él al notar mi mirada.

—Nada —respondí, sonriendo—. Solo… que me gustas.

Él ladeó la cabeza y me miró con esa expresión suya que podía derretirme en dos segundos.

—Tú también me gustas, Lara. Pero no se lo digas a nadie, que lo nuestro aún es confidencial —dijo en voz baja, con tono burlón.

—Demasiado tarde. Creo que todo el barco lo sabe —dije, mientras le cogía la mano por debajo de la mesa.

Después del almuerzo, salimos con el estómago lleno y la sonrisa aún más amplia. Caminamos sin rumbo fijo por algunas callejuelas menos turísticas y entramos en varias tiendas artesanales: joyerías con collares hechos a mano, puestos de cerámica, tiendas de ropa de lino y algodón ligero.

Compramos recuerdos. Yo encontré unos pendientes pequeñitos con forma de concha, hechos en plata, que me enamoraron al instante. Ethan me los regaló sin decir nada, simplemente me los entregó envueltos en papel azul y

me besó en la mejilla. Le di las gracias con una sonrisa que se me escapó del alma.

Lola encontró un vestido precioso de estampado floral que le quedaba increíble, y Aiden, sin pensárselo, se lo compró como si fuera lo más normal del mundo. Julia y Saúl, mientras tanto, miraban anillos de forma sospechosa, aunque no dijimos nada.

Al cabo de un rato, necesitábamos un descanso. Paramos en una de las plazas más bonitas que habíamos visto, en una cafetería con terraza sombreada por árboles de hojas verdes y densas. El ambiente era tan relajante que nos quedamos casi una hora allí, simplemente charlando, tomando café, helados y refrescos.

El camarero nos recomendó un dulce típico maltés llamado *Kannoli tal-Irkotta*, parecido al *cannoli* italiano, pero con un relleno más suave de ricotta y ralladura de naranja. Estaba para llorar de bueno.

Ethan me acariciaba la rodilla bajo la mesa mientras hablábamos. Saúl contaba una historia absurda sobre un turista alemán que se perdió en la excursión de la mañana y acabó tomando el sol en la cubierta equivocada. Aiden hacía imitaciones de los camareros del barco. Julia y Lola no paraban de reír.

En un momento, me incliné hacia Ethan y le susurré:

—Esto me gusta.

—¿El dulce?

—Todo. El grupo. La risa. Tú. Nosotros.

Me miró de lado, acariciando mi muslo con los dedos, y murmuró:

—Esto solo acaba de empezar, Lara.

Regresamos al barco por la tarde, con el sol ya más bajo en el horizonte y el aire un poco más fresco. Estábamos todos cansados, pero felices. Subimos

al camarote para dejar las bolsas con nuestras compras, y nos duchamos por turnos. Yo me miré en el espejo mientras me secaba el pelo, y me reconocí. Me vi contenta. Más viva. Más yo.

Me vestí con un vestido ligero, sin complicaciones, y salí a la terraza del camarote para ver el mar. Ethan vino por detrás y me abrazó, apoyando el mentón en mi hombro.

—¿Te ha gustado Malta?

—Mucho —dije, cerrando los ojos—. Pero tú me gustas más.

—Qué suerte la mía, entonces.

Nos quedamos así unos minutos, en silencio, solo nosotros y el sonido del mar, que parecía susurrar que el mejor día del viaje aún no había llegado.

Y no sabíamos cuánta razón tenía.

Capítulo 42



Lara

La tarde en Malta nos había dejado a todos con una mezcla deliciosa de cansancio, felicidad y hambre. De nuevo. Después de una buena ducha y un rato de descanso en los camarotes, nos enviamos mensajes por el grupo que teníamos en el móvil, ese que Lola había llamado “La tripulación pirata”, y quedamos para cenar todos juntos en el restaurante principal del barco.

Yo me puse un vestido negro, sencillo, pero con la espalda descubierta, y unas sandalias bajas. No necesitaba más. Me sentía guapa, y más aún cuando vi la mirada que Ethan me echó al verme.

—Si nos quedamos encerrados de nuevo, ya sé de quién será la culpa —me dijo, dándome un repaso de arriba abajo mientras se abrochaba la camisa blanca.

—Esta vez llegaré puntual, lo prometo —le respondí sonriendo, y lo agarré del brazo mientras salíamos al pasillo.

El restaurante estaba decorado con luces cálidas, centros de mesa con velas y flores blancas. La atmósfera era animada, con gente por todas partes, pero nosotros teníamos una mesa reservada junto a uno de los ventanales. Desde allí se veía el mar oscurecido por la noche y las luces del puerto alejándose poco a poco.

Lola y Aiden ya estaban allí cuando llegamos. Ella llevaba un vestido rojo que le sentaba de escándalo, y él la miraba como si el resto del mundo no

existiera.

—Mira quiénes han decidido aparecer —dijo Lola, levantando su copa de vino al vernos.

—¿Quién da la bienvenida a los recién casados? —añadió Aiden, guiñándonos un ojo.

—Qué poco os gusta exagerar —respondió Ethan, quitándose la chaqueta antes de sentarse a mi lado.

Poco después llegaron Julia y Saúl, cogidos de la mano, con una complicidad que ya no intentaban ocultar. Julia traía esa sonrisa tonta que solo se ponía cuando alguien te gustaba demasiado. Saúl parecía el mismo de siempre, pero se notaba que se contenía para no besarla cada vez que ella le hablaba.

—¿De qué os reís? —preguntó Julia, sentándose frente a mí.

—De la gente que llega cinco minutos tarde —respondió Lola, cruzándose de brazos en broma—. Antes esto era un grupo puntual y serio. Ahora…

—Por favor —interrumpí—, si aún no han traído ni el pan.

—¿Y qué más da? —saltó Saúl— Venimos aquí a cenar, pero ya os aviso: la conversación será de nivel infantil.

—¿Otra vez las adivinanzas absurdas? —pregunté, poniendo los ojos en blanco.

—No —dijo él, con una sonrisa torcida—. Hoy tocan imitaciones. Vamos a hacer "¿Quién soy?", pero sin decir nombres. Solo gestos y voces. El que adivine más, elige el postre de los demás.

—Venga, va —dijo Aiden, frotándose las manos—. Esto me va a encantar.

La cena fue un desfile de risas, bromas, imitaciones ridículas y platos deliciosos.

Pedimos de todo: risotto de setas, salmón a la plancha, canelones de espinacas y ricotta, pollo al curry con arroz jazmín, ensalada de mango y aguacate, y una selección de tapas que incluía hummus, queso manchego, jamón y pan de cristal con tomate.

Yo pedí un vino rosado suave; Ethan optó por cerveza. Lola y Aiden compartían una copa grande de sangría y Julia se había encaprichado con un cóctel de frutas que parecía más una macedonia con hielo.

Entre plato y plato, el juego de Saúl nos tuvo a todos llorando de la risa. Él imitó a un camarero italiano que habíamos tenido la primera noche, con tal precisión que Julia estuvo a punto de atragantarse del ataque de risa. Aiden imitó a Lola en una mañana con resaca, y ella le lanzó una servilleta al grito de, "¡traidor!".

—¡Te juro qué no hablo así! —decía ella, entre carcajadas.

—¿Perdona? Has dicho literalmente: "¿Quién ha sido el criminal que me ha metido tequila por vía intravenosa anoche?" —respondió él, intentando imitar su tono con voz ronca.

—Eso lo dijiste tú —gritamos todos casi al unísono.

Ethan me imitó a mí diciendo: “Ethan, deja el móvil y bésame” con voz melosa, y yo le di una colleja fingida. Después me incliné hacia su oído y le susurré, divertida:

—Sigue haciendo imitaciones y esta noche duermes en el sofá del camarote.

—¿Eso es una amenaza o una promesa? —respondió en voz baja, rozándome el muslo con su mano por debajo del mantel.

El calor me subió por el pecho. Dios. Ese hombre sabía perfectamente cómo volverme loca.

Para cuando llegó el postre, un surtido de mini tartas, trufas de chocolate y helado de vainilla con nueces caramelizadas, ya estábamos desparramados en

las sillas de tanto reír.

Julia empezó a contar una anécdota absurda de la infancia, algo de una obra de teatro escolar donde había acabado interpretando una piedra porque no quedaban papeles principales. Lo contaba tan seria, con tanto drama, que parecía una tragedia griega.

—¿Sabéis lo que es pasar dos semanas ensayando para quedarte quieta en una esquina con una cartulina gris pegada al cuerpo? —dijo— Y encima me dijeron que no podía ni parpadear porque "las piedras no se mueven" —añadió, indignada aún veinte años después.

—Pues tú eres la piedra más graciosa que he visto nunca —dijo Saúl, besando a Julia en la frente.

El gesto fue tan bonito, tan espontáneo, que me quedé mirándolos con una sonrisa. Algo estaba cambiando en ellos. Lo sentía. Lo veíamos todos.

Ethan me rodeó los hombros con su brazo, acercándome a él. Apoyé la cabeza en su pecho y cerré los ojos un segundo. La risa de los demás, el sonido suave del mar fuera, el murmullo de otras mesas… todo me envolvía como una manta cálida.

—¿Te lo estás pasando bien? —me preguntó en voz baja.

—Mucho. Me encanta esto. Todos nosotros juntos. Es como si este viaje nos hubiera hecho encontrarnos de verdad.

—Quizá era el momento —susurró él—. Quizá todo tenía que pasar como ha pasado. Para que ahora estemos aquí. Tú y yo.

Lo miré. Esa manera de decir las cosas, sin adornos, pero con tanta verdad, era algo que me desarmaba.

Lo besé. Lento. Sin prisa. Con el corazón.

La cena terminó entre más bromas, brindis y abrazos. Salimos del restaurante casi a medianoche, caminando por la cubierta iluminada por

farolillos, con el aire fresco y el cielo estrellado sobre nosotros.

Y sin saberlo aún, al día siguiente algo nos cambiaría para siempre.

A la mañana siguiente, el barco seguía su curso hacia Ibiza, y aunque muchos pasajeros habían amanecido con cara de resaca o cansancio, nuestro grupo parecía más animado que nunca.

Aiden y Lola habían salido a correr temprano, según ellos, para "sudar la culpa de los postres", mientras que Julia y Saúl habían desaparecido del radar desde el desayuno. Ethan y yo pasamos la mañana holgazaneando en la cubierta superior, entre cafés, tumbonas y algún que otro beso robado tras las gafas de sol.

—Esto es vida —murmuré mientras él me acariciaba el muslo suavemente.

—Esto es el prólogo de algo mejor —respondió él sin apartar la mirada del mar.

Aiden y Lola se unieron a nosotros, solo que Aiden vino para pedirle a Ethan que fuera con él para hablar de algo de trabajo, así que Lola y yo nos quedamos allí, al sol como dos girasoles, según ella.

Estábamos en ese momento perfecto, en el que todo parece ir bien, cuando Saúl apareció entre las tumbonas, con el pelo revuelto, gafas de sol oscuras y una expresión algo nerviosa en la cara.

—Chicas, necesito secuestraros —dijo, plantándose frente a mí y a Lola—. Vamos al camarote un momento.

—¿Qué pasa? —pregunté, sentándome.

—Nada malo. Bueno, depende de cómo lo miréis. Pero necesito hablar con vosotras a solas.

Nos miramos entre nosotras con curiosidad. Lola arqueó una ceja, tragó el último sorbo de su zumo y dijo:

—Esto suena a confesión. ¿Has matado a alguien?

—Casi. Pero no. Venid.

Subimos con él hasta su camarote y, al cerrar la puerta, nos sentamos en la cama, esperando que soltara la bomba.

—Vale, no sé cómo empezar —dijo rascándose la nuca—. Esto no es ninguna broma, os lo juro. Y necesito que no os pongáis como locas, ¿vale?

—Demasiado tarde —solté, ya con el corazón latiendo más rápido—. Habla ya, Saúl. ¿Qué pasa?

—Voy a casarme.

Nos quedamos mudas. Lola me miró. Yo la miré a ella. Después, ambas volvimos a mirar a Saúl, que tenía una sonrisilla culpable como si acabara de romper la ley.

—¿Perdón? —dijo Lola, rompiendo el silencio— ¿Casarte con… quién?

—Con Julia —dijo, como si fuera la cosa más evidente del mundo.

—¿Cuándo? —pregunté, aun sin terminar de creérmelo.

—Mañana por la noche. Nos casa el capitán del barco.

El silencio fue tan largo que se escuchaba incluso el zumbido del aire acondicionado. Luego Lola explotó.

—¿¡Pero qué cojones estás diciendo!? —gritó entre risas— ¿Os vais a casar mañana? ¡¿En serio?!

—¡Qué sí! —dijo Saúl, levantando las manos— Nos escapamos ayer por la tarde un rato y compramos las alianzas en una joyería de Malta. Son preciosas. Esperad…

Se metió la mano en el bolsillo y sacó una cajita negra. Al abrirla, vimos dos anillos sencillos de oro blanco, con un pequeño grabado en el interior.

—¿Las comprasteis ayer? —dije, alucinada.

—Sí. Lo decidimos casi sin pensar. Pero no por impulso, ¿vale? No es una locura, o sí, pero… es una de esas locuras que sientes que tienen todo el sentido del mundo.

—¡Estáis completamente locos! —exclamó Lola, aunque sonreía de oreja a oreja.

—Sí, un poco, pero como decía mi madre —añadió Saúl, bajando la voz —: "lo que empieza como una locura puede convertirse en lo mejor de tu vida".

Lo miramos en silencio. Había algo en su rostro, en cómo hablaba de Julia, que era diferente. Era real.

—No sé cómo, ni cuándo ha pasado —continuó—, pero Julia me ha desarmado. Ha hecho que todo tenga sentido. Que el dolor, el pasado, las dudas se esfumen. Quiero estar con ella. Y ella quiere lo mismo.

—¿Y qué pasa con vuestros padres? —pregunté, aún impactada.

—Ya nos ocuparemos de eso cuando volvamos. Pero esto… esto lo vamos a hacer. Y quiero que vosotras estéis con nosotros mañana.

Miré a Lola otra vez. Ella fue la primera en moverse. Se levantó, se acercó a Saúl y le dio un abrazo fuerte.

—Estáis locos, pero me encanta. Se nos casa el niño. Y yo que pensaba que ibas a ser el soltero de oro para siempre…

—Eso era antes de Julia —dijo él, abrazándola también.

Me acerqué y los abracé a los dos.

—Estoy alucinando, pero estoy feliz por vosotros. De verdad. Julia merece a alguien que la mire como tú lo haces y tú, te mereces a alguien que te devuelva la vida como lo hace ella.

—Gracias, de verdad —dijo Saúl, visiblemente emocionado.

Nos separamos y, como era de esperar, Lola fue la primera en retomar el tono habitual del grupo.

—Bueno, bueno… Esto no se puede quedar así. Tenemos una despedida de soltera que organizar.

—¡Y un vestido! —dije— No me digas que se va a casar con un vestido de los que trae en la maleta.

—Calla, que Julia es capaz de hacerlo —añadió Lola.

—Mañana por la noche, ¿eh? —dije, pensativa— Eso nos da poco más de veinticuatro horas para preparar algo digno.

—Y para que no se enteren los otros pasajeros. Esto tiene que ser íntimo y mágico —añadió Saúl.

—Entonces prepárate —dijo Lola—. Porque no sabes con quién te has metido. Nosotras dos vamos a hacer que esta boda sea inolvidable.

—Y vosotras dos no sabéis cómo parar, ¿no? —dijo Saúl, entre risas.

—Ni falta que hace.

Salimos del camarote cargadas de ideas, risas y una emoción difícil de describir. El plan de boda secreta, la historia que estaban escribiendo Julia y Saúl, y esa conexión profunda que había entre todos, hacían que el viaje ya no pareciera solo un crucero, sino algo mucho más importante.

Y mientras caminaba por el pasillo hacia mi camarote con Lola, pensando en alianzas, vestidos y sorpresas, no pude evitar mirar el anillo que yo no tenía aún en el dedo, pero que empezaba a imaginarme.

Porque quizás las locuras, sí eran eso. Pero qué bien sabían cuando eran por amor.

Capítulo 43



Ethan

Estaba abrochándome la camisa, todavía medio adormilado, cuando llamaron a la puerta del camarote. Supuse que sería Lara, pero al abrir, me encontré con la sonrisa de mi hermana.

—Julia. Qué sorpresa —dije, haciéndome a un lado para dejarla pasar—. ¿Qué haces aquí tan temprano?

—Quiero hablar contigo —respondió, seria, aunque con ese brillo en los ojos que siempre tenía cuando estaba a punto de soltar una bomba.

Se sentó en el borde de la cama mientras yo cogía el reloj del escritorio y me lo ajustaba a la muñeca. Me miraba como si no supiera por dónde empezar.

—¿Va todo bien? —pregunté, girándome hacia ella— ¿Ha pasado algo?

—Sí. Bueno… no es algo malo. Es… algo importante.

Me crucé de brazos, apoyándome en el marco de la puerta del baño, esperando.

—Me voy a casar.

La frase cayó como si hubiese soltado un cubo de agua helada en mitad del camarote.

Parpadeé, y al principio pensé que había oído mal.

—¿Cómo? —dije, incorporándome.

—Me voy a casar, Ethan —repitió—. Con Saúl.

Me quedé en silencio unos segundos. Después sonreí, acercándome a ella.

—Vale… vaya. No me lo esperaba, pero… me alegra. Si estás tan segura de que Saúl es el hombre con el que quieres compartir tu vida, y casarte en un futuro, entonces…

—No, no me has entendido —me interrumpió, levantándose de la cama—. Me caso esta noche.

Me giré hacia ella como a cámara lenta, procesando la frase palabra por palabra.

—¿Cómo qué… esta noche?

Ella sonrió, encogiéndose de hombros.

—¡Sorpresa!

La miré fijamente, intentando entender si estaba de broma. Me acerqué un paso.

—Julia, dime que esto es una broma. Dímelo. Vamos, que es una de tus locuras pasajeras y que en realidad…

—No es una broma —me cortó, con una voz firme y dulce a la vez—. Me gusta Saúl, Ethan. Me hace sentir cosas que jamás sentí, ni siquiera con Alessandro. Es pronto, lo sé. Es una locura, lo admito. Pero me he enamorado, y no necesito años para saber que es con él con quien quiero despertarme cada día. Sé que es el hombre de mi vida y no quiero esperar más.

Suspiré, me pasé la mano por el pelo. Tenía el corazón dividido entre el susto y la ternura.

—¿Se lo has dicho a papá y a Daniela?

—No, solo a ti. Porque tú… vas a acompañarme esta noche. Hasta él.

—¿¿Qué?? —me reí con incredulidad— ¿Quieres que yo…?

—Quiero que seas mi padrino. Quiero que seas tú quien me lleve hasta Saúl.

Me quedé en silencio mirándola. Viendo a mi hermana pequeña delante de mí. Con sus ojos llenos de ilusión y ese brillo de niña grande que siempre había tenido. Me vi a mí mismo con doce años, en el hospital, cuando Daniela me puso a Julia en brazos por primera vez. Era una bebé diminuta, envuelta en una mantita azul, con una naricita perfecta y unos ojos que se abrían como dos ventanas al mundo.

—No puedo creerlo —murmuré, llevándome las manos a la cara—. No puedo creer que seas esa bebé que me dieron hace tantos años y ahora estés aquí, diciéndome que te vas a casar.

Ella sonrió. Y yo, sin poder evitarlo, me acerqué, la cogí del rostro entre las manos y le besé la frente.

—¿Y tú qué? —preguntó entonces, apartándome un poco para mirarme— ¿Te gusta Lara?

Asentí sin dudar.

—Sí, me gusta mucho.

—¿Te has enamorado de ella?

La miré a los ojos. No tenía sentido mentir.

—Sí.

—Y si te pidiera que te casaras con ella ahora mismo, sin pensarlo demasiado, ¿qué harías?

Sonreí al escucharla.

—Diría que sí.

Julia asintió, satisfecha.

—Pues eso es exactamente lo que sentimos Saúl y yo. No tiene lógica, no tiene reglas, no sigue los tiempos tradicionales. Pero es amor, Ethan. Y esta noche nos casa el capitán del barco.

Tragué saliva. Era una locura, pero su convicción era tan honesta, tan limpia, que no me salía oponerme. Y si algo había aprendido con los años era que cuando el amor golpeaba con fuerza, uno no podía mirar hacia otro lado.

—Está bien —dije al fin, con una sonrisa lenta dibujándose en mi cara—. Si tú estás segura, yo estoy contigo. Pero prepárate, porque cuando papá se entere, me matará primero a mí por permitirlo.

—Papá lo superará. Mamá llorará. Y tú… tú me acompañarás hasta el hombre que he elegido —dijo, apretándome la mano.

—Siempre.

Nos abrazamos fuerte. Con ese abrazo de hermanos que guardaba toda una vida compartida. Entre juegos, llantos, broncas, risas, consejos, secretos, pérdidas y reencuentros.

Y esa noche, sin saberlo aún, yo iba a entregarla al siguiente gran capítulo de su vida.

La noticia de la boda aún resonaba en mi cabeza como una canción pegadiza. Por mucho que intentara centrarme en otra cosa, no podía dejar de pensar en Julia caminando hacia el altar improvisado con Saúl esperándola al otro lado. Mi hermana pequeña casándose, esa misma noche.

Pero si había algo que me tranquilizaba, era saber que, si bien la decisión era precipitada, el tipo con el que se iba a casar no era ningún idiota. Al contrario. Saúl era uno de los buenos.

Por eso, cuando Aiden apareció en mi camarote con su sonrisa de "he preparado algo", supe que tenía que dejar que el día siguiera su curso.

—Venga, vístete. Hoy tenemos plan de hombres —me dijo con una ceja arqueada—. Última noche de libertad de Saúl.

—¿Esto va a incluir strippers y tequila, o vamos a ser civilizados? —pregunté, mientras me ponía una camisa.

—Depende de lo que encontremos en el casino —rio Aiden.

Nos encontramos con Saúl en la cubierta intermedia, frente al restaurante. Él ya estaba allí, apoyado en la barandilla, con las gafas de sol puestas y el pelo algo despeinado por el viento.

—Míralo, parece tranquilo —bromeé al acercarme—. ¿Ya has escrito tus votos?

—Aún estoy procesando que me caso esta noche —dijo con media sonrisa —. ¿No es demasiado tarde para huir?

—Sí —dijo Aiden—, pero aún puedes correr por la cubierta y fingir que te has perdido.

—O tirarte por la borda. Aunque el agua está fría —añadí.

—Sois unos imbéciles —rio Saúl.

Nos dimos un apretón de manos de esos que duraban más de lo normal. Sabíamos que el momento era especial, aunque intentáramos cubrirlo con humor.

La comida la hicimos los tres solos, en un pequeño restaurante del barco con vistas al mar. Pedimos algo de marisco, carne asada con patatas y

cerveza. Hablamos de todo y de nada. Nos reímos de anécdotas absurdas, como cuando Aiden se emborrachó en uno de nuestros viajes de negocios y acabó abrazando una estatua, o cuando Saúl fingió ser guía turístico en Roma para ligar con una alemana.

—¿Y qué pasó con la alemana? —pregunté.

—Me pilló al tercer monumento. Me dijo que el Coliseo no se construyó en el año que le dije. Ahí lo supe: se acabó.

—Bravo —dijo Aiden, brindando con la cerveza—. Por el guía turístico más lamentable del Mediterráneo.

—Y por el valiente que se casa hoy —añadí, levantando mi vaso—. Por Saúl. Que está a punto de tomar una de las decisiones más importantes de su vida… con una mujer que vale por mil.

—Por Julia —dijo Aiden—. Porque no sabemos cómo, pero ha hecho que este hombre deje de comportarse como un adolescente. Y eso, amigo, te lo digo en palabras de Lola.

Saúl sonrió. Su mirada se volvió más seria.

—Sabéis que es una locura, ¿no?

—Claro —dije—, pero eso no significa que esté mal.

—Lo sé. Lo sé porque la miro y se me olvida el resto del mundo. Porque en estos días, cada vez que la escucho reír, me entra un miedo horrible de no estar a la altura, y una felicidad que me hace querer intentarlo con todo lo que tengo. Me siento vivo con ella. Me siento… completo.

Hubo unos segundos de silencio.

—Pues no la cagues —dijo Aiden, bajando la voz—. Porque te juro que, si le haces daño, te arrepentirás. Julia es su hermana —me señaló a mí—, pero es como si lo fuera mía también.

Saúl asintió sin ofenderse. Al contrario, con una sonrisa agradecida.

—Antes de hacerle daño, me corto una mano.

—Pues más te vale —añadí yo, medio en broma medio en serio—. Julia ha pasado por lo suyo. Solo quiero una cosa para ella: que sea feliz. Si tú se lo das entonces tienes mi bendición.

—Gracias. A los dos. Os lo digo de verdad.

Después de comer, decidimos que la mejor forma de continuar la despedida de soltero era con unas cervezas en el casino del barco. El lugar tenía un aire elegante, con moqueta roja, lámparas de cristal y mesas circulares llenas de jugadores vestidos con trajes o vestidos llamativos.

Nos acercamos a una mesa de póker y nos sentamos. El crupier nos saludó con una sonrisa profesional y comenzó la partida. Era una de esas en las que te jugabas más el orgullo que el dinero.

—Vale, señores —dije mientras barajaban las cartas—. Si uno de nosotros gana más de tres manos, que el perdedor invite a una cena en condiciones en Ibiza.

—Hecho —respondieron los dos.

Las primeras rondas fueron de tanteo. Jugábamos tranquilos, entre cerveza y bromas. Aiden era el más agresivo apostando, mientras que Saúl parecía analizarlo todo con detalle.

—Estás demasiado tranquilo para alguien que se casa esta noche —le dije tras una jugada buena.

—Estoy concentrado. Casarme es fácil. Ganarte a ti es lo complicado —respondió con una sonrisa burlona.

Reímos. El ambiente se volvió más competitivo y jugamos durante un par de horas. El camarero nos trajo más cervezas. En la cuarta mano, Saúl nos ganó a los dos con una escalera que ni vimos venir.

—¡Vamos! —gritó, levantando los brazos.

—Bueno, bueno… —dije— Parece que el novio viene con suerte.

—O que está en modo tiburón —añadió Aiden.

Hicimos más brindis, esta vez con whisky.

—Por la última noche de soltero —dije, levantando el vaso.

—Por el amor —añadió Saúl, con tono más solemne.

—Y por el pobre capitán que va a tener que leer votos mientras navega rumbo a Ibiza—remató Aiden, provocando otra carcajada.

Cuando salimos del casino caminamos en silencio un rato, como si estuviéramos digiriendo no solo las cervezas y las cartas, sino también lo que estaba por venir.

Me quedé un momento detrás de ellos, observándolos. Saúl y Aiden caminaban riendo, sin preocuparse por nada. Y yo, por primera vez en mucho tiempo, sentí que todo estaba bien.

Julia iba a casarse con alguien a quien acababa de conocer. Sí. Era una locura.

Pero, por alguna razón, sentía que era la mejor locura que mi hermana pequeña podía cometer.

Capítulo 44



Lara

Aquella tarde se presentó cálida y luminosa, con el sol acariciando la cubierta del barco y una brisa suave que invitaba a disfrutar del momento. La despedida de soltera de Julia había comenzado con una mezcla de nervios, alegría y esa chispa de aventura que solo tenían las ocasiones especiales.

Nos encontrábamos Lola, Julia y yo en la piscina del crucero, las tres sumergidas en el agua clara mientras reíamos sin parar. Julia estaba radiante, con los ojos brillando más que el reflejo del sol en el agua, y aunque sabía que dentro de unas horas daría uno de los pasos más importantes de su vida, en ese instante era solo una chica feliz y relajada, disfrutando del cariño de sus amigas.

—No puedo creer que hoy sea el día —dijo Julia, mientras salía del agua y se secaba el cabello con una toalla, lanzándonos una mirada cómplice—. Estoy emocionada y a la vez muerta de nervios.

—Será una noche preciosa —le aseguré, sonriendo—. Y con ese vestido que te has comprado, vas a dejar a todo el mundo con la boca abierta.

—¡Sí! Lo encontré en una de las tiendas del barco esta mañana. Sencillo, pero perfecto —añadió Lola, que ya había visto el vestido y estaba encantada —. Vas a estar preciosa, Julia, además, con Ethan acompañándote... va a ser una imagen que no se me va a olvidar nunca.

—¡Por favor! —respondió Julia con una carcajada— Que me ponga nerviosa no significa que vaya a echar a correr en medio de la ceremonia.

—Bueno, que no te dé por huir, que luego hay que rescatarte y no sé si el capitán del barco estará muy contento —bromeé, haciendo que las tres estalláramos en risas.

—¡Ya me veo! —exclamó Lola— "Señores pasajeros, tenemos un escape en cubierta tres. Novia a la fuga, repito, novia a la fuga. Por favor, busquen a la novia fugitiva". ¡Ay, qué divertido sería!

Después de unas horas de sol y risas en la piscina, nos dirigimos al spa del crucero. El ambiente relajante nos envolvió: el suave aroma a eucalipto, las luces tenues y el murmullo del agua creaban una atmósfera perfecta para desconectar del mundo.

Nos tumbamos en las camillas, mientras tres masajistas expertas nos daban un masaje que parecía fundir todas nuestras preocupaciones. Julia suspiraba de felicidad, y Lola y yo nos mirábamos, felices de verla tan tranquila y contenta.

—Esto es justo lo que necesitaba antes de la tormenta —bromeó Julia, refiriéndose a la boda.

—Pues que dure mucho la tormenta —dijo Lola, haciendo que las tres nos echáramos a reír—. ¡Pero sin rayos ni truenos, eh! Que seamos tormenta suave, una de esas que solo trae lluvia fina y ganas de bailar bajo el agua.

—Me apunto a esa tormenta —dije yo, cerrando los ojos mientras me dejaba llevar por el masaje—. Y que Saúl esté preparado, que Julia viene con fuerza.

Julia rio entre susurros y dijo:

—Ojalá él sepa lo que le espera.

Terminamos el masaje con sonrisas satisfechas, sintiéndonos como nuevas. Luego, con la piel tersa y la mente despejada, nos dirigimos al camarote de

Julia, que habíamos decorado con globos y pequeños detalles para la ocasión. Allí descorchamos una botella de champán y abrimos una bandeja con fresas frescas.

Entre brindis, risas y confidencias, la tarde fue ganando ese toque de complicidad que solo tenían las amigas que se conocían bien.

—¿Sabéis qué es lo que más miedo me da? —dijo Julia, con una sonrisa nerviosa, mientras mordía una fresa y nos lanzaba una mirada llena de sinceridad.

—¿Que Saúl se arrepienta? —dijo Lola, sin pensarlo, y las tres nos reímos porque la pregunta, aunque seria, tenía un toque de humor.

—No, que se me arrugue el vestido —contestó Julia, riendo a carcajadas —. Es broma. Lo que me asusta es que todo cambie demasiado. Que después de la boda... no sé, que no seamos los mismos o que algo se rompa.

—Claro que cambiará —dije, cogiendo su mano con cariño—. Pero eso no significa que vaya a ser peor. A veces, cambiar es crecer. Y vosotros dos vais a crecer juntos, como una planta que se hace fuerte con el tiempo.

—Eso espero —susurró Julia, emocionada—. Porque si algo tengo claro es que quiero que Saúl y yo seamos ese tipo de amor que dura toda la vida. Como mis padres.

—Y lo seréis —aseguró Lola—. Lo noto. No me equivoco.

—Además —añadí con picardía—, cuando os pongáis a discutir por tonterías, siempre tendréis a Lola para mediar y a mí para recordároslo con risas y bromas.

—¡Perfecto! —respondió Julia, levantando la copa— Por nosotras, por la amistad y por este nuevo capítulo que empieza.

Brindamos con alegría, sintiendo la fuerza de esa amistad que había surgido durante este crucero.

Luego llegó el momento de preparar a Julia para la boda. El vestido blanco, sencillo, pero precioso, colgaba en la percha del armario del camarote. Lola y yo nos pusimos manos a la obra.

—¿Quién diría que esconderías una estrella de cine bajo esa tranquilidad? —comentó Lola, admirando el vestido.

—Con este vestido no hay quien me reconozca —bromeó Julia.

—Vas a brillar como nunca —le aseguré sonriendo mientras la ayudaba.

Entre risas, suspiros y algún que otro tropezón con los botones del vestido, logramos que Julia brillara con luz propia. Su sonrisa lo decía todo: se sentía hermosa, segura y lista para dar ese paso.

—¿Sabéis? —dijo Julia mirándonos al espejo— Creo que no podría haber pedido mejores amigas para este momento.

—Y nosotras no podríamos estar más orgullosas —respondí, dándole un beso en la mejilla.

Cuando terminamos, nos miramos las tres en el espejo. Julia estaba radiante. Aquella noche, antes de la boda, la despedida de soltera había sido perfecta: llena de momentos íntimos, amistad sincera y muchas ganas de celebrar el amor.

La noche cayó sobre el crucero con una magia especial. Las estrellas comenzaron a brillar en un cielo despejado, y las luces cálidas del barco creaban un ambiente íntimo y acogedor en la cubierta donde se iba a celebrar la boda.

Ethan estaba allí, esperándola con una sonrisa nerviosa, pero llena de orgullo. Cuando Julia apareció del brazo de su hermano, envuelta en aquel vestido blanco sencillo, pero radiante, todo pareció detenerse un instante. Bajo la luz tenue de las guirnaldas y las velas, Julia parecía aún más hermosa, casi como sacada de un sueño.

—Estás preciosa, Julia —le dijo Ethan con voz suave, acercándose para besarla en la mejilla con ternura—. No puedo creer que esta pequeña niña vaya a casarse esta noche.

Julia le devolvió la sonrisa, y aunque sus ojos reflejaban una mezcla de nervios y felicidad, se notaba la seguridad que tenía en su decisión.

Dos músicos de la orquesta comenzaron a tocar suavemente *"Thousand Years"*, de Christina Perri, mientras Julia y Ethan caminaban hacia el centro, iluminados por la luz de las velas. Saúl sonrió al ver a Julia, le cogió la mano y ambos se miraron con ese amor inconfundible que había empezado a crecer entre ellos durante esos días de crucero.

El capitán del barco tomó la palabra bajo el manto de estrellas.

—Estamos aquí reunidos para celebrar el amor y el compromiso de Julia y Saúl. Que esta noche, iluminada por las estrellas, sea el comienzo de un camino lleno de amor, respeto y complicidad.

Cuando llegó el momento de los votos, Julia habló con la voz entrecortada por la emoción.

—Saúl, esta noche bajo este cielo estrellado, quiero que sepas que he encontrado en ti un amor que creí imposible. Has llenado mis días de esperanza y mis noches de paz. No necesito años para saber que eres el hombre con quien quiero compartir mi vida. Prometo amarte, respetarte y apoyarte, en las risas y en las lágrimas, en la calma y en la tormenta.

Saúl, con una sonrisa nerviosa, respondió con igual sinceridad.

—Julia, desde que te conocí supe que eras especial. Esta noche, bajo las estrellas, te entrego mi corazón sin reservas. Prometo estar a tu lado en cada paso, cuidarte y amarte con cada latido. Lo nuestro es un comienzo loco, sí, pero un comienzo verdadero y eterno.

Cuando pronunciaron el "sí, quiero", un aplauso emocionado rompió el silencio, y Julia y Saúl se besaron con un amor que iluminaba la noche más que cualquier estrella.

Ethan me apretó la mano con fuerza, me miró y sonrió. Se inclinó para secar una lágrima que resbalaba por mi mejilla, y me besó con una ternura que hacía que mi corazón se acelerara.

Después, nos dirigimos a la discoteca para celebrar la boda entre risas, copas y baile. La felicidad se sentía en el aire, y aquella noche quedó grabada en todos nosotros como un momento mágico e inolvidable.

Al final, Ethan me susurró al oído:

—Lara, esta noche quiero que sea solo nuestra.

Y sin dudarlo, le pedí que me llevara a mi camarote para sellar nuestro amor, un amor que supe, sin ninguna duda, que quería para toda la vida.

Capítulo 45



Ethan

El sol aún no había alcanzado su punto más alto cuando el crucero atracó en el puerto de Ibiza. El cielo estaba limpio, de un azul tan intenso que dolía mirarlo directamente, y el mar parecía una sábana de seda ondeando al ritmo de la brisa. Respiré hondo, apoyado en la barandilla de la cubierta, sintiendo el aire cálido y salado llenarme los pulmones.

—Ya estamos aquí —susurré, más para mí que para nadie.

Detrás, oí los pasos ligeros de Lara acercarse. Cuando la sentí a mi lado, giré la cabeza. Tenía el pelo revuelto por el viento y los ojos brillando de emoción. Sin decir nada, le pasé un brazo por los hombros y la atraje hacia mí. Ella apoyó la cabeza en mi pecho. Permanecimos así, en silencio, observando cómo la isla se hacía cada vez más nítida.

Después de todo lo vivido en el crucero, los días compartidos, las risas, las noches mágicas, la boda de mi hermana, esto era una especie de epílogo, un regalo extra antes de volver a la realidad. Pero también sabía, con una certeza serena, que Ibiza no era un final. Era el principio de algo.

El resto del grupo no tardó en aparecer. Julia llevaba gafas de sol y una coleta alta; Saúl empujaba una maleta con una mano mientras con la otra sostenía la de mi hermana. Aiden bostezaba, como si las pocas horas de sueño le hubieran pasado factura, y Lola, como siempre, hablaba por los codos, haciendo reír incluso al operario que ayudaba con el equipaje.

Cuando salimos del puerto, un coche de siete plazas nos esperaba para llevarnos a la casa que había alquilado semanas antes. Nadie más sabía cómo era. Quería sorprenderlos, y vaya si lo hice.

La carretera serpenteaba por la costa sur de la isla, entre pinos y acantilados. El coche subió una colina bordeada de flores, hasta detenerse ante una verja blanca automática que se abrió lentamente. Más allá, apareció la casa.

—Vaya —dijo Lara, en un susurro cargado de asombro.

Era una villa blanca de líneas minimalistas, construida con piedra natural y grandes ventanales. Estaba rodeada de olivos y lavanda, con el mar al fondo extendiéndose en un horizonte turquesa. La piscina, de borde infinito, parecía perderse en el cielo. Un porche de madera rústica cubría la terraza, donde se encontraba una larga mesa con sillas de mimbre, perfecta para cenas al aire libre. A un lado, tumbonas bajo sombrillas blancas. El aroma a romero y salitre impregnaba el aire.

—Vale, Ethan… —dijo mi hermana, mientras bajaba del coche con cara de no creérselo— ¿Te ha tocado la lotería y no nos has contado nada?

—O has robado un banco y nos estás usando de coartada —añadió Aiden entre risas.

Me encogí de hombros, fingiendo modestia.

—Quería que fuera especial.

—Pues lo es —dijo Julia, abrazándome por detrás—. Eres el mejor hermano del mundo.

Entramos cargados de maletas. La casa era aún más impresionante por dentro: techos altos, paredes encaladas, suelos de madera clara. Tres dormitorios espaciosos con camas grandes y sábanas de lino blanco, cada uno con su propio baño. Cocina americana con isla central, cafetera italiana ya preparada, una nevera enorme que había mandado llenar con antelación, y lo

mejor: los ventanales se abrían completamente, dejando que el exterior se fundiera con el interior.

Mientras los demás exploraban y elegían habitaciones, Saúl y Julia el dormitorio más grande con terraza privada, Lola y Aiden uno que daba al jardín trasero, y Lara y yo el de la esquina, con vista directa al mar, preparé algo de comer.

Tenía todo planificado: pan payés, aceite de oliva virgen extra, tomates dulces, queso curado de cabra, uvas frescas y aceitunas de Kalamata. Abrí una botella de vino blanco frío y lo serví en copas grandes. Cuando me giré, Lara ya estaba sentada en la barra de la cocina, con el pelo recogido en un moño desenfadado y los ojos fijos en mí.

—¿Siempre cocinas con tanta clase? —preguntó, sonriendo.

—Solo cuando estoy enamorado.

No necesitó responder. Se levantó, se acercó y me besó.

Comimos en la terraza. Risas, brindis, conversaciones cruzadas. Aiden se empeñó en demostrar que sabía cortar el queso "como un profesional" y acabó con el dedo vendado con una servilleta. Lola aprovechó para burlarse de él el resto del almuerzo. Julia y Saúl no paraban de mirarse como si acabaran de inventar el amor, y yo... yo no podía dejar de mirar a Lara.

Después de comer, hicimos lo que cualquier grupo de amigos haría en una tarde de verano ibicenco: nos pusimos los bañadores y nos tiramos a la piscina. Literalmente.

La primera en saltar fue Lola, seguida de Julia. Aiden se deslizó por la escalera, digno como si fuera un lord inglés entrando al baño. Saúl y yo hicimos una competencia de saltos que acabó con más agua fuera que dentro. Lara, elegante como siempre, entró caminando poco a poco, hasta que me acerqué sigilosamente por detrás y la cogí en brazos.

—¡No te atrevas, Ethan!

—Demasiado tarde...

Y la lancé con un grito que se fundió con su risa.

Pasamos la tarde flotando, charlando, tomando el sol. Julia puso música con su altavoz: desde clásicos de los años noventa hasta reguetón actual. Lola improvisó una coreografía en el agua. Aiden se quedó dormido en la tumbona, bocarriba, con la boca entreabierta y un sombrero de paja sobre la cara. Saúl le dibujó un bigote con rotulador lavable. Y Lara... Lara me cogió de la mano, me atrajo hacia ella en la piscina y se quedó abrazada a mi cuello mientras susurraba:

—Esto parece un sueño.

—Si es un sueño, no quiero despertar.

La besé allí, en medio del agua, con el sol dorándonos y el mar de fondo recordándonos que aún teníamos días por delante.

Cuando empezó a caer el sol, todos fuimos a ducharnos. Me detuve en el marco de la puerta mientras Lara se cepillaba el pelo frente al espejo. Llevaba un vestido sencillo, blanco, con tirantes finos y espalda descubierta. Sus ojos se cruzaron con los míos en el reflejo.

—¿En qué piensas? —preguntó.

—En lo afortunado que soy.

Ella sonrió, se giró y me abrazó por la cintura.

—No soy de hacer listas, Ethan... pero si las hiciera, este día estaría entre mis favoritos.

—Pues aún no ha terminado.

Le guiñé un ojo y le tendí la mano.

—¿Te apetece ver el atardecer conmigo, antes de que nos preparemos para esta noche?

Asintió sin decir nada, y salimos al porche, los dos descalzos, con una copa de vino cada uno.

Nos sentamos juntos en uno de los sillones de mimbre. El cielo se teñía de naranja, rosa y violeta, y las sombras del día se estiraban lentamente. Lara apoyó la cabeza en mi hombro, y yo le acaricié el brazo en silencio. Fue uno de esos momentos que no necesitaban palabras. Que se quedaban contigo.

Y pensé, mientras la tenía tan cerca, mientras escuchaba su respiración tranquila y sentía su calor, que no había otro lugar en el mundo donde quisiera estar.

Ni otra persona con quien quisiera compartirlo.

La noche en Ibiza tenía ese aire eléctrico que no se podía describir del todo con palabras. Algo en la combinación del salitre suspendido en el ambiente, las luces de neón que comenzaban a despertar la ciudad y esa brisa suave que parecía susurrarte promesas al oído, te invitaba a dejarlo todo atrás y sumergirte en lo desconocido.

Nos preparamos con calma. Cada uno en su habitación, entre música, risas y algún grito de "¿Alguien ha visto mi otra sandalia?". Me vestí con una camisa blanca remangada, pantalones azul marino y unas zapatillas cómodas. Al mirarme al espejo, sonreí. Estaba tranquilo, feliz... distinto.

Lara apareció en la puerta del dormitorio mientras me abotonaba la camisa. Llevaba un vestido corto color vino que resaltaba el tono de su piel dorada por el sol. El escote en V era discreto, pero suficiente para robarme el aliento. Su pelo caía suelto en ondas naturales sobre los hombros. Me quedé unos segundos en silencio, observándola.

—¿Voy bien? —preguntó, juguetona.

—Estás impresionante. Creo que voy a tener que pelearme con medio Ibiza esta noche.

Ella rio y se acercó para ayudarme a remeter la camisa. Sentí sus dedos cálidos deslizándose por mi cintura y luego su beso en la mejilla.

—No hace falta que pelees con nadie —susurró—. Soy tuya.

Y juro que esas tres palabras me dejaron sin habla.

El local que habíamos elegido estaba en lo alto de una colina, con vistas al mar iluminado por la luna. Era uno de esos lugares que combinaban elegancia y desenfado a partes iguales: sofás bajos en el exterior, mesas de madera con velas y una pista interior donde sonaba música electrónica suave.

Julia y Lola iban delante, agarradas del brazo y riendo a carcajadas. Aiden y Saúl bromeaban entre ellos, imitando pasos de baile ridículos mientras nos acercábamos a la entrada. El portero nos saludó con una sonrisa al reconocer la reserva y nos guiaron hacia una mesa redonda junto al ventanal. Desde allí se veía todo el puerto y, más allá, la línea oscura del mar.

—Esto es otra liga —dijo Aiden, mirando a su alrededor—. ¿Sabes lo que me habría costado invitaros a un sitio así en Londres?

—Mucho más de lo que vales —le respondió Lola, y todos estallamos en carcajadas.

Nos sentamos, pedimos cócteles, mojitos, margaritas, una piña colada para Julia y una copa de vino blanco para Lara, y comenzamos a hablar de todo y de nada. Anécdotas del crucero, de nuestras vidas antes del viaje, de lo que haríamos cuando volviéramos a Sevilla. Cada conversación traía consigo una risa nueva, un gesto compartido, una mirada que decía más que mil palabras.

Cuando la música subió un poco, Julia fue la primera en levantarse. Estiró la mano hacia Saúl y le hizo un gesto de “vamos”. Él no dudó ni un segundo y la siguió hasta la pista. No tardaron en contagiar al resto. Lola fue con Aiden y, tras unos segundos de duda, me giré hacia Lara.

—¿Bailamos?

—Siempre —respondió con una sonrisa que me derritió.

La pista no estaba demasiado llena. Había espacio para moverse sin prisas, para dejarse llevar. No éramos grandes bailarines, ninguno de nosotros, pero eso era lo de menos. Lara y yo nos movíamos al ritmo de la música, sin preocuparnos por el tiempo, por las miradas. Solo nosotros. Su cuerpo contra el mío, su risa cerca de mi oído, sus brazos rodeando mi cuello mientras me dejaba perderme en ella.

Hubo un momento, quizás cuando empezó a sonar una versión suave de *"Is This Love"* de Bob Marley, en el que me detuve a mirarla. Sus ojos me buscaban con una mezcla de ternura y deseo. Le aparté un mechón de cabello de la frente y le susurré:

—Estoy completamente loco por ti.

—¿Desde cuándo?

—Desde la primera vez que te vi sonreír.

Lara no dijo nada, solo se inclinó para besarme. Un beso lento, profundo, que nos robó el aliento y, por un instante, el mundo.

Después de un par de horas, regresamos a la mesa para descansar y beber agua. Aiden estaba sudando como si acabara de correr una maratón.

—Esto es cardio disfrazado de fiesta —dijo, mientras bebía medio litro de agua de una vez.

—Tú te quejas —añadió Julia—, pero en la boda estabas como pez en el agua.

—Es que aquel día el DJ tenía mejor gusto —respondió él, y todos reímos.

Lola, como siempre, empezó a inventarse historias sobre los clientes del local.

—¿Veis a ese tío del fondo, el de la americana blanca? —Señaló discretamente— Es traficante de langostas. Lo sé por cómo sostiene la copa.

—¿Y esa pareja? —preguntó Julia.

—Esa es fácil. Son actores. En realidad, están interpretando una ruptura. Les pagan por generar drama.

Nos dolía el estómago de tanto reír. Lara, sentada a mi lado, se apoyaba en mi hombro entre carcajada y carcajada, y yo le acariciaba el brazo, disfrutando de cada pequeño gesto.

Salimos del local pasada la medianoche. La brisa era cálida, pero ya no sofocante. Caminamos despacio por el paseo, en dirección al coche. Ibiza a esas horas tenía otra cara, más íntima. Las luces titilaban en el mar, las conversaciones eran más suaves y las risas más bajas.

De camino a casa, todos íbamos relajados, medio dormidos. Las bromas se convirtieron en silencios cómodos. Julia se acurrucó en el hombro de Saúl. Aiden y Lola se quedaron dormidos, literalmente, en el asiento trasero. Yo conducía, con Lara a mi lado, su mano sobre la mía en la palanca de cambios, sus dedos entrelazados con los míos.

—Gracias por esta noche —me dijo en voz baja, cuando ya casi llegábamos.

—¿Por qué?

—Por hacerme sentir tan... viva.

La miré de reojo. Su rostro estaba iluminado por la luz tenue del salpicadero. Era hermosa, pero lo que más me atrapaba era esa forma que tenía de mirarme, como si en mis ojos encontrara algo que el mundo le debía.

—Tú me haces sentir que todo esto tiene sentido —le dije.

Y en ese instante supe que no estaba diciendo algo bonito sin más. Era verdad. Ella había llegado a mi vida como una ola serena, que sin arrollarme me arrastró a lo mejor de mí.

Cuando llegamos a la casa, dejamos que los demás se fueran directos a dormir. Lara y yo nos quedamos unos minutos más en la terraza. Nos quitamos los zapatos, nos sentamos en el borde de la piscina con los pies dentro del agua y nos quedamos mirando el cielo estrellado.

—¿Ves esa constelación? —dije, señalando un grupo de estrellas— Dicen que, si pides un deseo mientras la miras, se cumple.

—¿Y qué has deseado tú?

—No tener que despedirme de ti nunca.

Ella me miró, emocionada, y sin decir una palabra me besó. Un beso lento, tierno. De esos besos que no necesitaban explicaciones.

Fue el final perfecto para una noche mágica.

Capítulo 46



Ethan

Dos días después de nuestra llegada a Ibiza, la casa ya se sentía como un hogar improvisado. No sabía si fue el sol, la piscina, las habitaciones amplias o el hecho de estar rodeado de las personas que más quería, pero había algo especial en esa rutina sin relojes ni presiones.

Esa mañana la comenzamos tarde, como todas desde que llegamos. Desperté con Lara enredada entre mis brazos, su respiración pausada y su piel cálida rozando la mía. Me quedé unos minutos observándola en silencio, acariciándole la espalda con la yema de los dedos. Luego se despertó, con esa sonrisa que ya me resultaba imprescindible.

—¿Tienes hambre? —le pregunté en voz baja.

—Siempre que estoy contigo —respondió, con tono pícaro.

Nos reímos, nos besamos y, tras una ducha rápida, bajamos a la cocina. Aiden ya estaba ahí, con el torso desnudo, removiendo algo en una sartén mientras tarareaba una canción.

—Buenos días, pareja del año —saludó sin girarse.

—No estamos nominados —contesté, dejando un beso en la mejilla de Lara.

—¿Seguro? Porque os oí reír anoche como si no hubiera un mañana.

Lola apareció detrás, con un pareo anudado a la cintura y una coleta alta, café en mano.

—Hemos decidido organizar una barbacoa hoy —dijo, sin rodeos—. Julia y yo vamos a preparar las ensaladas, Aiden se encarga de las bebidas, tú de encender la barbacoa y Saúl... bueno, que decore o algo.

—¿Yo no tengo voz ni voto? —pregunté.

—Ninguno —dijeron los tres al unísono.

Lara estalló en carcajadas.

—Bienvenido a la democracia ibicenca.

Para el mediodía, ya estaba todo en marcha. La terraza se convirtió en nuestro rincón favorito: mesa larga de madera, sillas, música suave sonando desde un altavoz portátil y el aroma inconfundible del carbón encendido mezclado con el de la brisa marina.

—¡Esto está que arde! —grité, mientras colocaba chorizo, costillas, brochetas y verduras sobre la parrilla.

Saúl se acercó con dos cervezas frías y me tendió una.

—Nunca pensé que acabaría casado y en una casa de lujo en Ibiza en cuestión de semanas —dijo, brindando conmigo—. Gracias por no haberme echado del barco cuando me lie con tu hermana.

—Estuve tentado —bromeé—, pero al final vi que la hacías feliz y eso es lo único que me importa.

—La quiero, Ethan. La quiero mucho.

—Lo sé, Saúl. Lo sé.

Nos dimos un apretón de manos y luego un abrazo rápido, típico entre hombres que no necesitaban muchas palabras.

Julia apareció con una ensalada de pasta enorme, que colocó en el centro de la mesa con teatralidad.

—¡A disfrutar! He picado el tomate como si fuera cirugía.

—Y yo he cortado la lechuga como si odiara a alguien —añadió Lola, soltando una carcajada.

Aiden trajo las bebidas, mojitos para las chicas, cerveza para nosotros. Lara se sentó a mi lado, cruzando las piernas sobre la silla mientras se recogía el pelo en un moño improvisado.

—¿Puedo decir algo? —dijo Julia, levantando su vaso— Este viaje ha sido una locura, pero ha sido la mejor locura de mi vida.

—Brindo por eso —añadió Aiden—. Y por el amor, el buen vino y las barbacoas al sol.

—Y por las suegras que todavía no saben que estamos casados —bromeó Saúl, y todos estallamos en carcajadas.

—¡Me muero el día que se enteren! —dijo Lola, riendo tanto que casi escupe el mojito.

—Eso sí que va a ser una película de acción —comentó Lara, divertida.

Nos reímos tanto que olvidamos por un momento lo que nos esperaba fuera de ese paraíso. El tiempo parecía haberse detenido.

Después de comer, nos tumbamos en las hamacas y colchonetas. Algunos dormían, otros simplemente miraban el cielo. Yo tenía a Lara conmigo, tumbada sobre mi pecho, con los ojos cerrados y una sonrisa tranquila. Le acaricié la espalda, lentamente, mientras escuchaba su respiración pausada.

—¿Estás bien? —le susurré.

—No quiero que esto se acabe —respondió sin abrir los ojos—. Es como si el mundo fuera perfecto solo aquí, contigo.

Me quedé en silencio, besándole la frente.

—Lo llevaremos con nosotros. Cuando volvamos. Tú y yo. Esto no termina.

—Prométemelo.

—Lo juro —le dije, mirándola a los ojos—. Contigo, todo empieza.

Lara sonrió y me besó. Un beso tierno, profundo, lleno de promesas silenciosas.

Más tarde, Lola y Julia nos arrastraron a un juego de cartas en la mesa de la terraza. Se nos unieron Aiden y Saúl, aún medio adormilados, y jugamos a uno de esos juegos absurdos que mezclaban verdad o reto, mímica y adivinanzas.

—Vale —dijo Lola—. Ethan, imita a una gallina borracha intentando declararse a una palmera.

—¿Eso es un castigo o un exorcismo? —pregunté, entre risas.

—¡A jugar! —gritaron todos.

Terminé haciendo el ridículo durante cinco minutos, cacareando y abrazando una sombrilla del jardín como si fuera mi gran amor. Lara se reía tanto que tenía lágrimas en los ojos.

—Esto hay que grabarlo —decía, doblada de risa—. Por favor, que alguien lo suba a redes.

—Prohibido —dije, señalándola—. O terminarás casada con una gallina.

—No me importaría si eres tú —respondió, riendo.

Y juro que, en ese momento, mientras todos reían y el sol empezaba a caer, supe que no necesitaba nada más.

Nada más que esto.

Esa noche, Ibiza tenía un brillo distinto. El aire era tibio, con el aroma salado del mar colándose entre las calles adoquinadas del puerto. Las luces de los restaurantes y bares se reflejaban en el agua, como si la ciudad misma celebrara algo. Y nosotros también teníamos motivos.

Habíamos decidido salir a cenar los seis a un restaurante en el puerto, uno de esos con terraza abierta y farolillos colgando que bailaban con la brisa. Elegimos una mesa amplia cerca del borde, con vistas al mar y a los yates iluminados. La camarera, una chica simpática y parlanchina, nos trajo copas de vino y nos explicó los platos del menú con tanta pasión que acabamos pidiéndolo todo.

—Esta noche no se cuentan calorías, ¿vale? —dijo Julia, levantando su copa.

—Nunca se cuentan cuando hay postre —añadió Lola.

Pedimos de todo: croquetas de boletus, calamares a la andaluza, pulpo a la brasa, un arroz meloso con marisco que nos hizo cerrar los ojos al probarlo. Y, para terminar, varios postres para compartir: coulant de chocolate, tarta de queso al horno y sorbetes artesanales.

Lara estaba a mi lado, con el cabello recogido de manera informal, unos pendientes pequeños en forma de luna y una blusa blanca que resaltaba su bronceado. Cada vez que sonreía, notaba algo en el pecho, como una corriente eléctrica que me recordaba lo mucho que me importaba.

—¿Qué piensas? —me preguntó, al pillarme mirándola.

—Que podrías ser una aparición —le respondí en voz baja, acercándome a su oído—. Y yo no sabría distinguir si estoy despierto o soñando.

Lara soltó una carcajada, tapándose la boca con la mano.

—Eres un tonto.

—No, preciosa, soy tu tonto —le guiñé un ojo.

Aiden propuso brindar otra vez, esta vez por “el amor, la locura y el crucero del amor”. Y todos chocamos nuestras copas entre bromas y carcajadas. Aquella mesa era el lugar más feliz del mundo.

Cuando terminamos de cenar, caminamos de vuelta a la casa. Las luces de la ciudad se iban apagando poco a poco, y el sonido del mar rompía como un murmullo de fondo. Al llegar, Saúl propuso sacar la música a la terraza, pero Julia tenía otra idea.

—Nosotras nos vamos a dar un baño —anunció, sacándose las sandalias.

—¿A estas horas? —preguntó Aiden.

—¿Y qué? Hace calor. Y el agua nos llama —añadió Lola, desabrochándose el vestido.

—¿Y el bañador? —curioseé.

Lara me lanzó una mirada traviesa.

—¿Quién necesita uno?

En cuestión de segundos, las tres estaban corriendo hacia la piscina en ropa interior, riendo a carcajadas como niñas pequeñas. La luna iluminaba sus siluetas y el agua brillaba con cada salpicadura.

—Están locas —dije, sonriendo.

—Y tú, encantado —se burló Aiden.

—Pues claro —respondí, quitándome la camiseta.

Lara nadaba de espaldas, con los ojos cerrados. Cuando me acerqué, abrió uno y me miró con una sonrisa.

—¿Vienes a por mí?

—Siempre.

Me sumergí y nadé hasta ella. Cuando salí a la superficie, estaba frente a mí, su rostro a escasos centímetros. Le acaricié la mejilla y ella apoyó la frente en la mía.

—¿Sabes lo que pienso cada vez que te miro? —le pregunté.

—¿Qué estás loco por mí? —respondió, medio en broma.

—Sí, pero también que no tengo ni idea de cómo vivía antes sin ti.

Lara me rodeó con los brazos por el cuello y me besó. Un beso lento, profundo, cargado de deseo y ternura. El resto del mundo desapareció. Solo existíamos ella y yo, flotando en el agua, como si el universo entero se hubiera detenido para darnos ese momento.

Después del baño, envueltos en toallas, subimos a la habitación. Cerramos la puerta tras nosotros sin decir nada. Ya no hacían falta palabras.

Lara me empujó suavemente hacia la cama, con una mirada intensa y los labios húmedos por el beso anterior. Yo le acaricié la cintura, sintiendo su piel caliente y su respiración agitada.

—Hazme tuya —susurró.

Y lo hice. Con toda la pasión, la delicadeza y el amor que sentía por ella. Esa noche no hubo prisa. Nos besamos como si fuera la primera vez, y nos amamos como si fuera la última. Cada caricia, cada gemido, cada suspiro eran una promesa silenciosa de todo lo que vendría después.

Cuando nos quedamos dormidos, Lara enredada entre mis brazos, con el rostro apoyado en mi pecho y los dedos entrelazados con los míos, supe que no había marcha atrás.

Estaba enamorado de verdad y no había lugar mejor en el mundo que ese instante con ella.

Capítulo 47



Lara

Ibiza estaba despidiéndose de nosotros con una calma casi perfecta. El cielo nocturno era una pintura en la que las estrellas bailaban al compás de una brisa tibia que acariciaba suavemente mi rostro. La última noche del viaje había llegado, y aunque por dentro sentía esa mezcla agridulce de querer detener el tiempo y a la vez avanzar, sabía que había algo muy especial en aquel momento.

Ethan me había preparado una sorpresa para esa noche, un detalle que me emocionó y me hizo sonreír antes incluso de salir del coche. Me llevó a un restaurante pequeño, escondido en uno de los callejones del puerto viejo, un lugar con encanto que parecía detenido en el tiempo, con luces tenues, farolillos colgando y una atmósfera íntima, como si estuviéramos en un pequeño mundo aparte, solo para nosotros dos.

Nos recibió una camarera con una sonrisa amable y nos condujo a una mesa apartada, justo al borde de la terraza, desde donde podíamos ver las luces del puerto reflejándose en el agua, y escuchar el murmullo suave del mar. El lugar tenía ese olor a sal, madera vieja y jazmín que te hacía sentir relajado y a la vez despierto, expectante.

—¿Te gusta? —me preguntó Ethan mientras se sentaba frente a mí, sus ojos reflejando el brillo de las velas.

—Es precioso —respondí—. No puedo imaginar un sitio mejor para esta noche.

Él me sonrió con ese gesto tan suyo, de complicidad y ternura.

Poco a poco, el camarero fue sirviendo los platos. Comenzamos con unas gambas al ajillo, que desprendían ese aroma irresistible que parecía despertar todos los sentidos. Después, compartimos una tabla de quesos y embutidos locales, con pan recién hecho, aceitunas y tomates maduros. La comida se convirtió en una excusa para charlar, para descubrir matices de la personalidad del otro que quizá, en el ajetreo del día a día, habíamos dejado un poco escondidos.

Hablamos de todo: de sueños, de miedos, de cómo nos habíamos conocido en aquel crucero que parecía un simple viaje y que había cambiado tanto. Ethan, con su voz profunda y pausada, me contó detalles de su infancia en Londres, de cómo había sentido desde pequeño esa necesidad de salir al mundo, pero al mismo tiempo conservar lo esencial de sus raíces.

—Recuerdo a mi madre en la cocina —decía mientras sonreía—, siempre cantando mientras preparaba la comida, y a mi padre intentando que no me metiera en líos. Me decía que debía ser responsable, pero no que dejara de soñar.

Me encantaba verlo así, tan sincero, tan abierto, como si las barreras se fueran cayendo con cada palabra.

Yo también compartí momentos que hasta entonces no había contado a nadie: mis dudas cuando decidí dejar el trabajo para ser diseñadora freelance, el miedo a no estar a la altura y la alegría inmensa que sentí cuando por fin logré montar mi primer proyecto.

Ethan me miraba con esa intensidad que hacía que mis mejillas se ruborizaran y mis dedos se entrelazaran con los suyos sobre la mesa.

—Lara —susurró—, cuando pienso en todo esto, en lo que hemos vivido en tan poco tiempo, no puedo evitar sentir que contigo todo encaja. Como si cada paso nos hubiera llevado hasta aquí, a esta noche, a este momento.

Sentí que me faltaba el aire, pero no de nervios, sino de ese amor tan real que me envolvía.

Las horas pasaron entre risas y miradas que decían más que mil palabras. De fondo, una suave melodía de jazz tocada por un dúo local llenaba el espacio, haciendo que cada segundo fuera aún más especial. Ethan se levantó un momento para ir a por una botella de champán que había reservado, y cuando volvió, me sorprendió con una sonrisa traviesa y dos copas relucientes.

—Esto es para celebrar el verano más increíble —dijo, brindando conmigo.

El sabor burbujeante del champán combinaba con el dulce de las fresas que nos sirvieron después, y entonces él se inclinó hacia mí, cogiendo mi mano y acariciando mi piel con el pulgar.

—Lara, sé que hemos vivido muchas cosas, y que todavía tenemos muchas más por delante —empezó, con la voz un poco rota—. Pero esta noche quiero ser totalmente honesto contigo. Estoy enamorado. No solo de ti, sino de la vida que podemos construir juntos.

Noté que mis ojos empezaban a brillar con lágrimas que querían salir. Él continuó, con una ternura infinita.

—No voy a pedirte que nos casemos mañana ni nada por el estilo, porque sé que ese paso es enorme y quiero que lo tomemos con calma. Pero quiero que sepas que tú eres la mujer con la que quiero vivir, con la que quiero despertar cada día. Quiero que vivas conmigo en Sevilla, que hagamos de esa ciudad nuestro hogar, que escribamos nuestra historia a nuestro ritmo, sin prisas, pero con la certeza de que es contigo.

Sentí que mi corazón latía tan fuerte que parecía querer salirse del pecho.

—Ethan… —le dije, con la voz entrecortada por la emoción— No hay nada que quiera más en este mundo que estar contigo. Quiero empezar esa vida juntos, ahora mismo.

Él me abrazó con fuerza, y el mundo alrededor desapareció por un momento. Sentí su calor, su latido, su amor, y supe que no había lugar en el que quisiera estar más que a su lado.

La noche siguió su curso, entre caricias furtivas, palabras susurradas y sueños compartidos bajo un cielo que parecía bendecirnos. Esa última cena en Ibiza no fue solo una despedida de un verano, sino el comienzo de algo eterno.

Cuando regresamos a la casa, todavía con el eco de la cena y las palabras que habíamos compartido flotando en el aire, sentí cómo un silencio cálido y cómodo nos envolvía. Ethan me había preparado un refugio perfecto en Ibiza, un oasis donde cada detalle parecía pensado para hacernos sentir que, a partir de ese momento, lo importante éramos nosotros.

Entramos con las manos aún entrelazadas, como si soltarnos fuera un pensamiento imposible, y la sensación de intimidad que nos rodeaba se hizo aún más palpable.

Al salir al patio, lo primero que llamó mi atención fue la piscina iluminada desde dentro, con luces suaves que teñían el agua de un azul cristalino y parecían hacerla brillar con cada movimiento.

El sonido del agua y la noche estrellada creaban una atmósfera mágica, casi irreal, como si estuviéramos en una película donde el tiempo se detenía solo para nosotros dos.

—¿Quieres darte un baño? —me preguntó con una sonrisa.

Asentí sin pensarlo, deseando que la noche se estirara para poder saborear cada instante.

Nos despojamos de la ropa con la naturalidad que solo se tenía cuando confiabas plenamente en la persona que tenías al lado, y nos metimos en la piscina, sintiendo cómo el agua fresca nos envolvía y despertaba todos los sentidos.

Él me miraba con esos ojos que siempre parecían tener un brillo especial cuando me veía, y yo me sentía vulnerable y fuerte a la vez, sostenida por ese amor que empezaba a ser el centro de mi vida.

Nadamos despacio, disfrutando del contacto y de las risas que escapaban cuando uno de los dos hacía alguna broma o se zambullía de repente, salpicando al otro.

—Eres increíble —me dijo Ethan mientras se acercaba a mí, rozando mis brazos con las manos—. No sé cómo he tenido la suerte de encontrarte.

Sentí que mi corazón se aceleraba y, sin pensarlo, le rodeé el cuello con los brazos.

Nos fundimos en un beso lento, primero suave, tanteando, para luego volverse urgente y lleno de deseo.

El agua se convirtió en nuestro refugio y escenario, en una caricia líquida que nos envolvía mientras nuestras manos recorrían la piel del otro, descubriendo cada rincón con un fervor contenido.

Él me apoyó contra el borde de la piscina, mientras yo sentía cómo la calidez de su cuerpo contrastaba con el frío del agua, y esa sensación hizo que todo se intensificara aún más.

Sentí sus labios en mi cuello, descendiendo con delicadeza, y mis manos se aferraron a sus hombros, anclándome a esa realidad que quería retener para siempre.

Nos movimos con una sincronía perfecta, cada gesto cargado de emoción, de necesidad, pero también de respeto y cariño.

Entre susurros, confesiones y jadeos, nos dimos el tiempo para saborear cada instante, sin prisa, como si ese fuera nuestro único momento en el mundo.

Cuando por fin salimos del agua, temblando un poco por el frío, Ethan me envolvió en una toalla y me llevó a la casa, donde nos esperaba un espacio cálido y acogedor.

Nos sentamos juntos en el sofá, aún húmedos, con el pelo pegado a la piel y las miradas cómplices.

—Te quiero —me dijo, con una sinceridad que me hizo llorar otra vez, pero esta vez de felicidad.

Le acaricié la mejilla y lo besé, sintiendo que en ese momento no había nada más que importara que nuestro amor.

Epílogo



Lara

Diez años habían pasado desde aquel verano que cambió nuestras vidas para siempre.

Mientras me sentaba en el sofá de nuestra casa en Sevilla, con la mirada perdida en la ventana que daba al jardín, no podía evitar sentir una profunda gratitud por todo lo que habíamos vivido. Aquel crucero, aquella despedida en Ibiza, las promesas susurradas bajo las estrellas… todo parecía un sueño que, milagrosamente, se había convertido en nuestra realidad.

Ethan y yo nos habíamos casado hacía nueve años, en una ceremonia íntima rodeados de amigos y familia, celebrando el amor que nos unía con la misma intensidad que la primera vez que nos miramos en cubierta. Nuestra vida juntos había sido una aventura constante, llena de retos, alegrías y, sobre todo, de mucho amor.

Supimos desde el principio que no sería fácil, que el amor verdadero no se trataba solo de mariposas en el estómago, sino también de compromiso, de lucha diaria, de paciencia y de respeto mutuo. Pero eso nunca nos asustó, al contrario, nos impulsó a construir un hogar donde la confianza fuera el cimiento de todo.

Teníamos dos hijas maravillosas, Elena y Luna, llamadas así en honor a aquellos dos cruceros que nos unieron: Elena, la mayor, con ocho años, y Luna, la pequeña de seis. Dos niñas llenas de vida, curiosidad y alegría, que

llenaban nuestra casa con risas, juegos y alguna que otra rabieta que, al final, no era más que parte del encanto de verlas crecer.

Elena había heredado mi carácter reflexivo y algo soñador, y Luna tenía la energía imparable y creativa de su padre. Verlas juntas era como ver la mejor versión de nosotros reflejada en sus gestos, en sus ideas, en sus preguntas interminables sobre el mundo.

Yo seguía siendo la diseñadora de interiores freelance que siempre fui, combinando mi talento y creatividad con la flexibilidad que necesitaba para cuidar de nuestras hijas. Ethan, por su parte, seguía dirigiendo su empresa, y aunque los días eran intensos, siempre encontraba tiempo para estar con la familia y disfrutar de cada momento juntos.

Por las noches, cuando las niñas dormían y la casa quedaba en silencio, nos sentábamos los dos en la terraza con una copa de vino, a veces sin decir una palabra, otras veces riendo por cualquier tontería, pero siempre sintiendo que estábamos exactamente donde queríamos estar.

Y recordar aquel verano inolvidable siempre me hacía sonreír. Fue como si el destino hubiera querido dejar marcado ese momento como un punto de partida para una nueva familia elegida, una de esas que no nacía por lazos de sangre, sino por experiencias compartidas y decisiones conscientes de permanecer en la vida del otro.

De Sabrina supimos que se había vuelto a casar, aunque no le iba muy bien en ese nuevo matrimonio.

Saúl y Julia seguían tan enamorados como el primer día. Aquel par impulsivo que había decidido casarse en alta mar había encontrado la felicidad verdadera. Tenían dos hijas, Lara de ocho años y Lola de cinco, y a pesar de que sus padres, al principio, habían pensado que era una locura, ahora se alegraban de verlos tan felices y unidos. Nos visitaban cada fin de semana, y nuestras hijas se llevaban como hermanas más que primas.

Julia seguía siendo una de las mejores escritoras de novela juvenil, y Saúl compaginaba su trabajo como fotógrafo con el de ilustrador para algunos de los libros de Julia. Aún hoy en día, con el paso de los años, se le iluminaban

los ojos cuando hablaba de Julia del mismo modo que lo hacían cuando se conocieron.

Lola y Aiden también habían acabado casándose, aunque ellos primero fueron padres. Tenían dos hijos, Alan y Sam, de nueve y siete años, y formaban una familia tan alegre y llena de vida como la nuestra. Cada vez que nos reuníamos, era una fiesta de niños corriendo por el jardín, de historias compartidas y de risas que parecían no tener fin.

Aiden, con su humor británico y su eterna paciencia, se había adaptado tan bien a la vida en Sevilla que ya hablaba con más refranes que cualquiera. Lola, por su parte, seguía siendo esa mujer apasionada, intensa, capaz de transformar cualquier reunión en una celebración espontánea. A veces bromeábamos diciendo que, si no fuera por ella, nuestras vidas serían mucho más aburridas. Y puede que fuera cierto.

Mis padres y los de Ethan estaban encantados con cómo habíamos crecido todos, con cómo la vida nos había unido y había hecho de nuestra familia algo fuerte y duradero.

La vida no siempre fue fácil, claro. Tuvimos nuestras discusiones, nuestras noches en vela, nuestros miedos. Como cuando Luna enfermó con apenas un año y pasamos días enteros en el hospital, agarrándonos la mano sin decir nada, solo sintiendo que lo más importante del mundo estaba en esa cuna rodeada de cables. O cuando yo tuve que hacer frente a una crisis en mi trabajo que casi me hizo tirar la toalla, y fue Ethan quien me recordó quién era, quiénes éramos y todo lo que habíamos construido juntos.

También aprendimos a disfrutar de las pequeñas cosas. De los desayunos caóticos entre mochilas escolares y cereales derramados. De los domingos en pijama viendo películas antiguas. De las noches de verano en el jardín, contando estrellas con las niñas mientras les inventábamos historias imposibles sobre constelaciones y dragones dormidos en la Vía Láctea.

A veces, cuando teníamos suerte y conseguíamos que los abuelos se quedaran con las niñas un fin de semana, nos escapábamos a la playa, solo nosotros dos. Caminábamos por la orilla, en silencio, o hablábamos de todo y de nada. Nos gustaba imaginar cómo sería nuestra vida dentro de otros diez

años. ¿Nos seguirían despertando temprano las niñas? ¿Tendríamos el pelo más canoso y la piel más marcada? Probablemente sí, pero también sabíamos que seguiríamos caminando juntos, mano a mano, como lo habíamos hecho desde aquel primer verano.

Y mientras observaba a Elena y Luna jugar en el jardín, con los rayos dorados del atardecer iluminándoles el pelo y las risas escapando como mariposas por el aire, sonreí para mis adentros al recordar aquella noche en el crucero, cuando Saúl, nervioso y feliz, nos dijo aquella frase que ahora entendía con toda su profundidad: "A veces, lo que comienza como una locura puede convertirse en lo mejor de tu vida".

Porque si tuviera que revivir de nuevo aquel verano, subir a ese crucero en el que conocí al hombre de mi vida y padre de mis hijas... lo haría sin dudar ni un segundo.

Y añadiría algo más: no todas las historias de amor siempre comenzaban con una certeza. Algunas empezaban con dudas, con pasos torpes, con silencios que no se sabían interpretar. Pero cuando el corazón encontraba su hogar en otro, cuando las risas se volvían necesarias y el futuro se construía con la misma ilusión con la que dos niñas montaban una cabaña en el salón, entonces sabías que estabas exactamente donde tenías que estar.

Ese crucero fue solo el principio. El verdadero viaje empezó cuando decidimos apostar por nosotros, por esta vida compartida que, a pesar del tiempo, de los cambios, de las adversidades, seguía siendo nuestra mejor aventura.

Y mientras la brisa de la tarde entraba por la ventana, trayendo consigo el olor de los jazmines del jardín, me levanté del sofá y fui a unirme a mis hijas y a mi marido, a mi familia. Porque el pasado se guardaba en el corazón, sí, pero la vida... la vida se vivía aquí, ahora, entre las risas de nuestras hijas, los abrazos de quien amabas y la certeza de que, a veces, la locura más grande era la que más sentido tenía.

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:
Dylan Martins
Janis Sandgrouse

Amazon:
Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins
Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:
@dylanmartinsautor
@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:
@ChicasTribu

---

[1] Traducción: Y cuando te acercas, simplemente tiemblo

[2] Traducción: Me decía a mí misma que no significas nada. Y lo que tenemos no me afecta